



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927.

Vol.1

Autor:

Pegoraro, Andrea

Tutor:

Podgorny, Irina

2009

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Doctor en Filosofía y Letras.

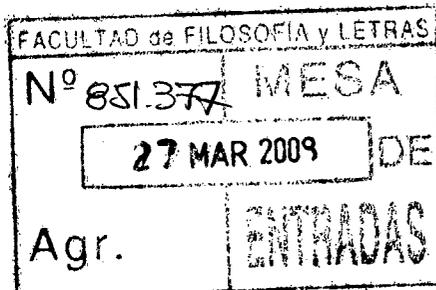
Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis
13-2-2-1



Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927

ANDREA PEGORARO

Directora: Dra. Irina Podgorny
Co- Director: Dr. José Antonio Pérez Gollán
Consejera de Estudios: Dra. Miryam Tarragó

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires

2009

TOMO I

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos

Introducción General

pp - 1-27

Capítulo I:

La conformación del escenario americanista en la Argentina: protagonistas, prácticas y debates a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

1.1 Episodios en el desarrollo del americanismo en Francia desde los años de 1850 a 1875 pp - 38-34

1.2 La recepción de las ideas americanistas en la Argentina: dos generaciones de estudiosos pp - 34-49

1.3 La presencia argentina en los Congresos Internacionales de Americanistas y la construcción del americanismo local pp - 49-54

1.4 Un lugar para el Río de La Plata en la historia americanista pp - 54-57

1.5 Colecciones de objetos y cráneos indígenas americanos para el diálogo americanista pp - 58-66

1.6 La confluencia de dos generaciones y el carácter de los nuevos espacios, 1890-1904 pp - 66-82

Capítulo II:

Protagonistas, debates y prácticas científicas en la presentación de los temas etnográficos entre 1890-1904.

2.1 Las antigüedades de los Valles Calchaquíes pp - 83-88

2.2 Desiderio Aguiar, San Juan y Los huarpes pp - 89-92

2.3 Los indios del Plata pp - 92-95

2.4 Resolver el pasado a través del presente: la recolección de objetos, costumbres y vocabularios de los indígenas del Chaco y Alto Paraná

pp - 95-119

Capítulo III:

Creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

- 3.1 La enseñanza de la arqueología y la antropología en la Facultad de Filosofía y Letras y los museos y gabinetes universitarios en los años previos a la creación del Museo Etnográfico pp - 120-129
- 3.2 El Museo Etnográfico pp - 129-154

Capítulo IV:

Temas americanistas, colecciones americanas: tiempo, distancia y recolección de las sociedades indígenas.

- 4.1 Temas etnográficos y colecciones de las antiguas sociedades argentinas y americanas pp - 155-181
- 4.2 El presente indígena en el americanismo: colecciones y debates pp - 182-187
- 4.3 Redes de recolección e Instrucciones elaboradas desde el Museo pp - 188-199
- 4.4 De los 'ingenios' y 'reservas' como sitios privilegiados para la observación y recolección etnográfica de los "contemporáneos primitivos" pp - 200-206
- 4.5 Americanismo, colecciones de etnografía y definiciones de lo salvaje pp - 207-213
- 4.6 El problema etnográfico guayaquí y la presentación de una colección de objetos en el Congreso de Americanistas de 1910 pp - 213-219
- 4.7 El tema araucano y la Patagonia pp - 219-226

Capítulo V:

Las colecciones "exóticas" de la sección de etnografía en el Museo Etnográfico, 1904-1917. pp - 227-233

- 5.1 Los canjes de colecciones: una red de intercambio de materiales, información y prestigio pp - 233-244
- 5.2 Museos y comerciantes de piezas: compra y venta de objetos en el mercado

internacional	pp - 245-255
5.3 El valor de las colecciones: objetos “auténticos” o “genuinos” y las falsificaciones	pp - 256-259
5.4 Las exhibiciones temporarias	pp - 259-263

Capítulo VI:

La clasificación y organización espacial de las colecciones, 1906-1917.

6.1 El debate internacional sobre los sistemas de clasificación de los objetos	pp - 264-270
6.2 Los sistemas de clasificación adoptados en la Argentina	pp - 270-275
6.3 La clasificación de las colecciones en el Museo Etnográfico	pp - 276-284
6.4 “Una sección como una enseñanza en sí misma”	pp - 284-302
6.5 Las visitas escolares	pp - 303-311
6.6 El Museo como un “Depósito Visitable”	pp - 312-316
6.7 Continuidades y cambios en el proyecto para el Museo: la dirección de Salvador Debenedetti	pp - 316-324
6.8 Nuevos Servicios y materiales para la enseñanza	pp - 324-330

Capítulo VII:

Nuevos temas americanistas: el diálogo entre la arqueología, el arte y la arquitectura y la incorporación del presente indígena.

7.1 El nombramiento de adscriptos y personal científico para el Museo: el “diálogo” entre la arqueología, la arquitectura y el arte	pp - 346-357
7.2 La recuperación de “motivos Indígenas” en los textiles y las cerámicas del noroeste argentino, la Patagonia y la región andina	pp - 358-369
7.3 Colecciones etnográficas del Chaco en las exposiciones municipales	pp - 370-381

Consideraciones Finales	pp- 382-389
Bibliografía	pp-390-420
Apéndices	pp-421-445

Agradecimientos

A lo largo de la realización de esta tesis, de una u otra manera distintas personas han estado presentes.

Un agradecimiento muy especial para mi Directora, Irina Podgorny, por su apoyo permanente, orientación, exhaustiva corrección de mi escritura y generosos comentarios. A José Antonio Pérez Gollán, por su estímulo y generosidad con la que siempre me ha brindado su biblioteca. A Miryam Tarragó, por su respaldo en el desarrollo de esta investigación y fundamentalmente por la paciencia que ha tenido en la etapa final del proyecto. A Marta Dujovne, porque me abrió la puerta del Museo Etnográfico hace más de 10 años y a partir de allí siempre me ha acompañado con su lectura crítica, sugerencias y afecto en el desarrollo de mi carrera.

Asimismo agradezco profundamente a mis compañeros del Museo Etnográfico, principalmente a Verónica Jeria, Silvana Di Lorenzo, Mariana Elías, Mariana Abatizzi y Fernando Veneroso, por su infinito respaldo, fundamentalmente en este último tiempo. A Silvia Calvo y Vivian Spolianky por su constante aliento, y a esta última por la lectura de un borrador.

También a los bibliotecarios del Museo Etnográfico, Mónica Ferraro, Eugenia Cantero, Silvia Soruco y Eduardo Jopia, que desde el comienzo de mi investigación han estado pendientes de la bibliografía que necesitaba, y al personal del Archivo, Marisa Scarafoni e Ignacio Roca, por su tiempo y dedicación.

Debo también mencionar a los bibliotecarios de la Biblioteca Tornquist, quienes me han prestado toda la ayuda necesaria, y a Raúl Robles, del Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por su disposición y paciencia.

A Verónica Stáfora, Alicia Kurck, Matilde Lanza, Mariana Carballido Calatayud, Ana María Telesca, Daniela Fanego, Santiago Espel, Javier Nastro, Isabel Iriarte y Marcelo Lamani, porque de diversas maneras colaboraron en la finalización de la tesis, ya sea por sus comentarios, preguntas sobre el tema o por la ayuda técnica que me brindaron en el armado de la versión final.

A mis compañeros del equipo de investigación, Susana García, Máximo Farro y Alejandra Pupio, por sus sugerencias, lectura de los borradores y el intercambio de ideas.

Finalmente, a mi familia, mis padres Juan y Silvia, porque siempre están presentes, y muy especialmente a mis hermanas Julieta y Valeria y a mi "hermana elegida", Bárbara Pra, porque estuvieron pendientes de mi trabajo desde el comienzo, apoyándome incondicionalmente, y de una u otra manera

animándome todos los días. Además a las dos últimas, por su dedicación en la lectura de los borradores, correcciones y sugerencias.

A Marcelo, y a nuestro hijo Ignacio, porque sin su compañía, apoyo y la infinita paciencia que tuvieron, esta historia no hubiese sido posible.



Dibujo de Eduardo A. Holmberg

Introducción

El objetivo general de esta tesis es analizar las prácticas de la etnografía que se desarrollaron en la Argentina entre la última década del siglo XIX y 1927. Para ello nos hemos propuesto hacer una historia de las colecciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante el período mencionado.

El Museo Etnográfico fue un espacio donde se desarrollaron las discusiones y actividades sobre el estudio de las distintas sociedades humanas. La historia de sus colecciones muestra una historia de prácticas de recolección, clasificación, estudio, conservación y exhibición de “objetos” que permiten trazar, por un lado, la articulación entre colecciones, ideas, debates, protagonistas e instituciones en contextos históricos específicos. Por otro, seguir los cambios que se producen en los temas o tópicos etnográficos de la época. De esta manera, podemos adelantar, que desde la última década del siglo XIX estas actividades se refirieron a las sociedades que habían habitado el actual territorio argentino y las regiones fronterizas en el pasado. Recién en la década de 1920 se incorporaría el presente de los pueblos indígenas.

Antecedentes teórico-metodológicos

En los últimos treinta años, las colecciones, las prácticas museísticas y su relación con la producción del conocimiento han sido el objeto de estudio de más de una disciplina. Desde distintos enfoques, tales como la semiótica, la antropología, la historia, el psicoanálisis y la sociología de la cultura, los museos generaron una bibliografía copiosa en todos los idiomas europeos¹.

En la década de 1990 esta relación entre museos y campos disciplinares ha sido expuesta por Tony Bennett (1988, 1995) y Eilean Hooper-Greenhill (1992) quien fue la primera en desarrollar el tema en su trabajo *Museum and the Shaping*

¹ Una bibliografía incompleta sobre el tema incluye a Krzysztof Pomian, 1987; Enrique Florescano, 1993; Flora Kaplan, 1994; John Elsner y Roger Cardinal, 1994; Ivan Karp y Steven D. Lavine, 1991; Luis Gerardo Morales Moreno, 1996; Susan Sheets-Pyenson, 1989; Susan Pearce, 1993; James Clifford, 1985, 1987, 1988; Nicholas Thomas, 1991; Oliver Impey y Arthur Mac Gregor, 1985; George Stocking, 1985.

of knowledge. Esta obra ha sido considerada una de las primeras en examinar el vínculo entre el museo y la creación del saber. Recurriendo a Foucault, Hooper-Greenhill analiza los museos como “tecnologías disciplinadoras”. Examina, además, la organización institucional y la clasificación que se hace de los objetos para entender cómo estas instituciones se modelan, controlan y ordenan. Por su parte, Bennett en *The Birth of the Museum* (1995), plantea desde una perspectiva histórica y política la relación entre saber y poder, sosteniendo que los museos son instancias de poder político creados por el gobierno. En esta línea de discusión es que se desarrollan lo que se ha llamado *Museum Studies*, en el que han confluído los enfoques de diversos especialistas y los llamados *estudios culturales o postcoloniales*. Sin embargo, Bennett (2004) ha modificado su enfoque y llevó el análisis a las relaciones de micropoder que se plantean dentro de las instituciones y que se reflejan, por ejemplo, en las disputas por las clasificaciones, muy lejos de una relación directa entre poder político y museos. (cf. Podgorny y Lopes 2008). La tesis aquí presentada se emparenta con este enfoque.

Desde el campo de la antropología, el papel de la historia de las colecciones y de la actitud de coleccionar ha sido definida como “central to an understanding of how those social groups that invented anthropology have *appropriated* exotic things, facts and meanings” (Clifford 1985: 240, cursivas en el original). El orden dado a las colecciones antropológicas revela, en este sentido, cómo las cosas pertenecientes a un universo diferente cobraron significado para los grupos que en el siglo XIX empezaron a disponer de ellas. Este tipo de análisis ha originado una vasta producción bibliográfica en torno a diferentes ejes temáticos. Susan Sheets-Pyenson (1988), William Sturtevant (1969, 1973) y George Stocking (1985) han hablado de la “era de los museos” para referirse al auge de esas instituciones que empezarían a ser definidas como “archivos de cultura material”, dedicados a la colección, preservación, exhibición, estudio e interpretación de objetos materiales de las sociedades coloniales y las campesinas de Europa. De esta manera, el estudio de las colecciones sería una

forma de historiar el desarrollo de la disciplina que comenzó estrechamente ligada a los museos (Stocking, 1985).

Al mismo tiempo, diversos autores se han ocupado de la práctica del coleccionismo antropológico, definido como un proceso propio del occidente moderno en el que confluyen la mirada de la expansión colonial con una compulsión a clasificar la diferencia (Clifford, 1988; Penny, 1998; Elsner y Cardinal, 1994; Belk, 1995; O' Hanlon y Welsch, 2000). Por otro lado, otras investigaciones pusieron el énfasis en los procesos de formación de los acervos de los museos y en los itinerarios de los objetos, desde el lugar de recolección hasta su organización en el interior de las instituciones (Parezzo, 1987, Fowler y Fowler, 1996, O' Hanlon y Welsh, 2000; Damy y Hartman, 1986; Grupioni, 1998), vinculándolos, a su vez, con el debate sobre el tipo de relación -ya sea de "intercambio" o de "apropiación"- generado entre el nativo y el colector (Thomas, 1991; Herle, 1998; Jones, 1995; Lawson, 1994).

En las últimas décadas, el énfasis en el estudio de las colecciones y las prácticas asociadas a ellas también ha tomado fuerza en la historia de la ciencia. Dentro de este enfoque los trabajos sobre la historia de la antropología del siglo XIX se han volcado a estudiar las prácticas vinculadas al desarrollo de la cultura material y la lógica visual de las colecciones y los museos antropológicos (Dias, 1997). Desde esta perspectiva el Museo se considera un espacio de visualización de la antropología y por ende de producción del conocimiento antropológico.

Paula Findlen, quien analizó la actividad de coleccionar ligada a la práctica de la filosofía natural en el contexto del Renacimiento, ha señalado que los museos se constituyeron como los lugares donde ubicar los objetos reunidos y como los espacios donde se generaban y se mantenían las relaciones entre las cosas, las palabras y las personas. En este sentido, la historia de los espacios del museo y los objetos coleccionados muestra las prácticas asociadas a la colección de objetos de la naturaleza, a la relación entre el campo, el gabinete y los poseedores de un conocimiento local sobre las cosas y a las maneras de ordenarlas y colocarlas en un lenguaje universal, a través de la descripción y la

clasificación (Flinden, 1994). Y aunque los museos modernos del Siglo XIX no pueden ser tratados de la misma manera que los gabinetes del Renacimiento y del Barroco, los trabajos de las últimas décadas sobre la historia de la antropología del siglo XIX han tomado las ideas de Flinden como punto de partida para encarar cómo los antropólogos y los científicos decimonónicos pensaron alrededor de los objetos. La práctica de pensar, lejos de ser una tarea abstracta, recupera este aspecto material ligado a la filosofía natural de la llamada “revolución científica” (Shapin y Schaffer 1985).

El desarrollo de la antropología y su institucionalización ha sido un proceso complejo que adquirió características propias en función de la tradición académica en la que tomó forma. Como se sostiene en esta tesis, las colecciones y los museos han sido uno de los espacios donde ese proceso tuvo lugar. Gran parte de la historiografía norteamericana se ha ocupado de examinar el desarrollo de la antropología en sus propias instituciones (Kroeber, 1954; Collier y Tschopik, 1954; Darnell, 1969, entre otros). Curtis Hinsley (1981, 1992, 1994) y Steven Conn (1998) se han concentrado en el desarrollo de la disciplina en la Smithsonian Institution y en los museos universitarios creados en distintos estados norteamericanos, especialmente Filadelfia.

En el caso de la relación entre los museos europeos y la producción del conocimiento, se destacan los trabajos de Nélia Dias (1991, 1994, 1997) para Francia y los de Glenn Penny (1999, 2002a, 2002b) para Alemania. Ambos, desde una perspectiva que privilegia el análisis de la articulación entre las prácticas, ideas, debates e instituciones en contextos históricos determinados examinan las colecciones y los museos específicamente etnográficos como espacios de institucionalización de la antropología.

Dias (1991) entiende el museo como un espacio o laboratorio privilegiado de producción del conocimiento antropológico, donde las colecciones y las prácticas que se organizan en torno a ellas reflejan los debates teóricos de la época. Ella analiza la emergencia de la antropología -antropología física, etnología y etnografía- en Francia en la segunda mitad siglo XIX tomando como eje la formación del Musée d' Ethnographie du Trocadéro (1878), institución

cuyo nombre mismo revela los estrechos vínculos entre los museos y el desarrollo de la disciplina durante ese período en Francia. Al respecto también ha señalado que los nombres de las instituciones no son irrelevantes: nos informan sobre lo que se percibe y clasifica en su ámbito (Dias, 2006). Así los términos definen un objeto de estudio y en ese sentido el cambio de nombre de una institución también demuestra los giros en los debates y temas que orientaban los objetivos de los museos. Con anterioridad a Dias, George Stocking (1971), había examinado la historia de cada uno de estos términos - etnología y antropología- mostrando cómo las discusiones que se mantuvieron en torno a su definición constituyen también la delimitación de fronteras disciplinares, de protagonistas e instituciones involucradas.

Por su parte Penny se ha concentrado en el surgimiento de la etnología y etnografía en Alemania, analizando las motivaciones e intereses que movilizaron a los etnólogos alemanes en la creación de museos etnográficos durante la Alemania Imperial, estudiando especialmente el proyecto de Adolf Bastian para el de Berlín y los proyectos de Hamburgo, Munich y Leipzig. Este período se caracterizaría por el esfuerzo de los directores por recolectar la mayor cantidad de objetos materiales de forma de representar de la manera más completa posible la historia de la humanidad, desde sus orígenes hasta el presente: los espacios donde preservar estos materiales quedaron prontamente saturados, dado el rápido crecimiento de las colecciones a partir de las expediciones y por las redes de comunicación e intercambio establecidas en todo el mundo (Penny, 2002)².

La historiografía sobre las disciplinas antropológicas en la Argentina se ha concentrado en distintos momentos de su desarrollo. En particular, se ha prestado atención al inicio de la antropología social en Buenos Aires, sobre todo a la creación de la licenciatura de Antropología en la Universidad de Buenos Aires (Bartolomé, 1980; Herrán, 1985; Garbulsky, 2000; Visacovsky, Guber y Gurevich 1997; Guber, 2005; Vessuri, 1990; Perazzi, 2000).

² En referencia a esto Penny (2002) ha destacado la paradoja que surge al constatar la importancia de los etnólogos y de los museos etnográficos alemanes en el desarrollo de la antropología en el siglo XIX frente a una historiografía de la disciplina de este período dominada por el relato historiográfico de la antropología anglosajona.

Para el período que nos ocupa en esta investigación se pueden distinguir distintas versiones, unas basadas en recuerdos personales, otras en la historia del gran hombre o aquellas donde las condiciones sociales y políticas aparecen determinando sin mediaciones la práctica académica local (por ej. Ratier y Ringuelet 1997; cf. Podgorny 2001). Así, algunos autores (Madrazzo, 1985; Arenas, 1990; Fígoli 1990, 1995) han examinado su desarrollo en coincidencia con la “época de centralización del Estado argentino” y en el marco de un “contexto ideológico positivista” en el cual las instituciones tales como el Museo de La Plata, el Museo Nacional y posteriormente el Museo Etnográfico, habrían desempeñado un papel central. Desde un análisis del coleccionismo y los museos, y para el caso puntual del Museo de La Plata y el Museo Etnográfico, se ha planteado una relación directa entre la emergencia de la institución y una necesidad interna del expansionismo del estado argentino en búsqueda de un pasado nacional como sostén de la identidad nacional en formación (por ej. Andermann y Fernández Bravo, 2003). En este sentido, la colección es vista como un instrumento a través del cual los científicos instalan un orden y jerarquía a partir del proceso mismo de clasificación de estos objetos de la “otredad”. Y la formación de estas colecciones que se enviaban desde “los márgenes rurales a las ciudades y sus ámbitos científicos de exhibición” es un proceso entendido como parte de la política colonial interna del Estado. En términos generales podemos decir que, en estos enfoques, el Estado aparece casi como el autor de estas instituciones o, al menos, como motor de su creación y garante de su funcionamiento, a través de un estímulo permanente y consensuado entre los protagonistas en la búsqueda de una historia nacional común. En este sentido la fórmula se sostiene con una relación directa entre la emergencia institucional y una necesidad del Estado y la ciudadanía.

Con un enfoque diferente, anclado en la historia de las ciencias, las investigaciones de Irina Podgorny (1995, 1999, 2002, 2004) están orientadas a estudiar la institucionalización de la antropología y la arqueología tomando como casos de estudio distintos museos nacionales, desde fines del siglo XIX hasta la cuarta década del XX. Su trabajo se estructura como un estudio de las

prácticas de las disciplinas como trabajo colectivo que se sustenta por una red de intercambio de datos, ideas e instrumentos. Así, el trabajo de los científicos y las colecciones aparece vinculado a la política pero de otra forma: su modelo apunta al estudio de las redes de sociabilidad privada y del uso de los recursos económicos para el financiamiento de los proyectos e investigaciones. Al mismo tiempo, desde esta perspectiva la emergencia y el desarrollo de los museos articulan las ideas y las prácticas científicas e institucionales de los protagonistas de la época en su propio contexto.

En este mismo enfoque podemos situar una serie de estudios que examinan la formación de colecciones y las prácticas ligadas a los museos escolares, municipales, provinciales y universitarios. Al respecto Susana García (2007), ha examinado el proceso de creación de museos escolares a fines del siglo XIX, teniendo en cuenta la articulación entre los funcionarios escolares, los profesores, la actividad de los naturalistas y las firmas comerciales de material didáctico para la formación de colecciones de ciencias naturales para la enseñanza escolar. Máximo Farro (2008) ha trabajado la historia del Museo de La Plata en sus años iniciales, cuando la Institución fue dirigida por Francisco Pascasio Moreno (1852-1919), examinando, por un lado, el proceso de formación de las colecciones y, por otro, los trabajos de estudio y clasificación realizados en el espacio del Museo. Alejandra Pupio (2005) ha estudiado las relaciones de colaboración que se dieron hacia mediados del siglo XX entre los coleccionistas del interior de la Provincia de Buenos Aires y el papel que desempeñaron en la creación de un patrimonio regional.

Sobre el Museo Etnográfico en otros trabajos me he ocupado de estudiar la manera en la que se formaron las primeras colecciones durante los años 1904-1917, examinando específicamente el tendido de una red de recolección local de objetos indígenas. Para ello se utilizaron los canales administrativos y burocráticos estatales, a través de los cuales se distribuyeron las "instrucciones" elaboradas por el director del Museo sobre los objetos a reunir, dónde encontrarlos y como enviarlos hacia la institución (Pegoraro, 2005).

Sobre el Museo Etnográfico, podemos mencionar también trabajos que han examinado de manera general la formación de sus colecciones (Dujovne, Pegoraro y Pérez Gollán, 1997); otros que han reconstruido la historia de algunas colecciones específicas, como las de arqueología (Iriarte, 1993, 1998, 2004; Pérez de Micou, 1998), las de de etnografía (Pérez Gollán José A. y Pegoraro, 2004) y los que, en un marco de estudio más amplio, plantean la relación entre ciencia y coleccionismo en la Argentina a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX (Pérez Gollán, 1995; Podgorny, 1998, 2000, 2001b, 2004).

Como se puede apreciar en este recorrido, la historia de las colecciones del Museo Etnográfico y las prácticas científicas e institucionales asociadas permanecen sin analizar. Tampoco se ha examinado la relación entre la formación de las colecciones y las prácticas de la etnografía, objetivo central de esta tesis.

La fundación del Museo Etnográfico

La creación del Museo Etnográfico en el año 1904 debe entenderse en el marco de la promoción de las “humanidades” iniciada en 1896 con la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Halperín Donghi, 1962, Buchbinder, 1997). A diferencia de los museos con colecciones antropológicas existentes en ese momento en la Argentina, como el Museo de La Plata y el Museo Nacional, donde se reunían colecciones de numismática, de geología, paleontología, zoología, arqueología, antropología y etnografía, este nuevo museo reuniría exclusivamente materiales producidos por el hombre (Lafón, 1958; Arenas, 1989-90; Figoli, 1990; Pérez Gollán, 1995; Dujovne, Pegoraro, Pérez Gollán, 1997; Podgorny, 2000). Los objetos representarían a las sociedades que habían ocupado el territorio nacional y americano desde antes de la conquista.

La nueva institución quedaba a cargo de Juan B. Ambrosetti (1865-1917) profesor suplente de la cátedra de Arqueología Americana de dicha Facultad, reconocido como naturalista, arqueólogo, viajero y coleccionista. En 1899 su

casamiento con María Helena Holmberg (1881-1971)³, hija del naturalista Eduardo Ladislao, lo vincularía con la elite porteña. Por el lado de su suegra, Magdalena Jorge Acosta de Holmberg, se emparentó con los Jorge, una antigua familia porteña dedicada al comercio, especialmente con Faustino Jorge, que tendría una destacada actuación en la magistratura y en la política. Faustino J. padre de Magdalena y de Faustino, había nacido en Portugal y había llegado a Buenos Aires en 1835 como representante de la casa de comercio paterna de Oporto. También Ambrosetti se vincularía con Carlos Correa Luna, miembro de la Junta de Historia y Numismática y dedicado al periodismo, y con Mauricio Nirenstein, profesor titular de Literatura de Europa Septentrional en la Facultad, esposos de sus cuñadas María Laura y María Magdalena Holmberg. La red familiar se extendía también hacia los Correa Morales: Eduardo Ladislao Holmberg era primo del escultor Lucio Correa Morales casado con la pintora y geógrafa Elina González Acha⁴, de cuyos hijos nació María Cristina⁵, quien se casaría con Francisco Aparicio. Todos ellos, parientes y amigos, aparecerán como donantes de piezas, de cuadros, de esculturas, de mobiliario y de dinero para solventar la compra de colecciones. Incluso Eduardo A. Holmberg, "Eduardito" como llamaba Ambrosetti a su cuñado, lo acompañará en sus primeras expediciones para dibujar los paisajes, los pueblos, su gente, las horas de descanso de los viajeros en sus campamentos y distintos objetos que hallaban en las excavaciones.

³ Ambrosetti y María Helena tuvieron dos hijos: Cora y Héctor. María Elena era aficionada al dibujo, ilustró los trabajos de Ambrosetti y coleccionó junto con las piezas de arte colonial. Entre otras actividades presidió la Liga Argentina de Lucha Contra el Cáncer, que fundó en unión con Helena Larroque de Roffo. En 1947 fundó el Hogar Santa Elena, lugar que albergaba a operados de tumores; perteneció al Consejo de Mujeres y a la Embajada de Mujeres de América. Véase el Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas, de Lili Sosa de Newton. Plus Ultra, 1986. Eduardo Ladislao Holmberg y Magdalena Jorge Acosta tuvieron siete hijos: María Laura, María Magdalena, María Abelina casada con Enrique Udaquiola Vidal, Ricardo, Luis, Eduardito, amigo de Ambrosetti, y María Elena. Una biografía completa de Holmberg es la de su hijo Luis Holmberg, "*Holmberg, el último enciclopedista*", Buenos Aires.

⁴ Se había graduado en la Escuela Normal de Profesoras; fundó el Liceo Nacional de Señoritas n° 1 en 1907 y, en 1922 fundará la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos.

⁵ María Cristina se desempeñará como Secretaria General de la Comisión Nacional de la Mujer del Ministerio de Trabajo y Previsión en 1956. Fue además Presidenta del Comité de Ciencias Sociales de la UNESCO.

Ambrosetti, en efecto, canalizó recursos y dádivas a favor de la institución a través de las redes familiares, sociales y científicas en las que estaba inserto. Este aspecto de su biografía permite apreciar otra dimensión de estas instituciones: más que ligadas a una biografía, al esfuerzo individual o a un plan orquestado desde el Estado, surgen y se mantienen gracias a las relaciones de clase y de negocios de una determinada red social, apoyadas por los vínculos de parentesco de sus directores y la posibilidad que esto les brindaba para canalizar recursos y colecciones en su provecho⁶. En ese sentido, las colecciones permiten definir los contornos de las redes de sociabilidad científica de la época.

Desde muy pronto Ambrosetti participó en diversas instituciones científicas de variada permanencia en un contexto de fuerte labilidad institucional: Director de la Sección Zoológica del Museo de Entre Ríos (1886), Director del Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino (1896), naturalista viajero del Museo de La Plata (1892) y encargado de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Buenos Aires (1903). Cuando se hace cargo de la organización del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras procura concentrar allí los estudios necesarios para la historia americana. Para ello se organizó la enseñanza de la arqueología americana alrededor de la misma práctica sobre el objeto, brindando a los estudiantes la posibilidad de participar de distintas maneras en el proceso de formación de las colecciones, que se iniciaba con su recolección en el campo y se continuaba en el trabajo de estudio, clasificación y arreglo en el espacio del Museo. De esta manera en la articulación de programas de cátedras universitarias, colecciones, prácticas, debates y la formación de discípulos locales, se pretendía consolidar la ciencia americanista.

Las colecciones debían estar a disposición de las materias que se dictaban en la Facultad de Filosofía y Letras y, especialmente, de las cátedras de

⁶ Máximo Farro, ha demostrado para el Museo de La Plata, por ejemplo que aunque es innegable el papel de Francisco Moreno en el proyecto de creación institucional, sus redes sociales y familiares y la manera en que estas funcionaron como un apoyo a su trayectoria, es lo que permite comprender, desde el punto de vista histórico la formación de las colecciones y el funcionamiento de la Institución. Farro, 2008; véase también Podgorny, 2000, 2005, 2007, Podgorny y Lopes, 2008

Arqueología Americana a cargo de Samuel Lafone Quevedo (1899) y J. B. Ambrosetti (1903), y la de Antropología, a cargo de Robert Lehmann-Nitsche (1905) y más tarde de Félix Outes (1908) (Podgorny 2006). Aunque, como veremos en esta tesis, la creación del museo estuvo ligada a una cátedra y a la llamada “cuestión calchaquí”, no se descuidó la adquisición de colecciones para el dictado de la cátedra de antropología. En el desarrollo de la tesis veremos que gran parte del presupuesto se invirtió en compras de cráneos y esqueletos, bustos en yeso, láminas e instrumental, destinado a abastecer a la Sección de Antropología y facilitar su enseñanza.

Estas colecciones se desarrollaron apelando a las mismas modalidades que desde fines del siglo XIX utilizaban otras instituciones similares: se organizaron expediciones arqueológicas y etnográficas, se encauzaron las donaciones de los particulares, se encargaron “misiones etnográficas” y viajes de estudio a diferentes regiones y se extendió una red de recolección de objetos etnográficos de grupos indígenas de distintas zonas del país a través del aparato burocrático del Estado nacional, convocando a personal del Ejército y agentes administrativos de los gobiernos de los Territorios Nacionales (Pegoraro, 2005). Una de las particularidades del Museo Etnográfico desde los primeros años de su funcionamiento residirá en el acervo heterogéneo que reunió en cuanto al tipo y procedencia de las piezas. Desde 1908 se podían encontrar en sus salas objetos de África, Oceanía, y Asia. Para formar estas colecciones, se realizaron compras a comerciantes especializados en objetos etnográficos y etnológicos y se insertó a la institución en las redes internacionales de canje de publicaciones y colecciones, incluyendo museos de Europa, Estados Unidos y la Argentina (Dujovne, Pegoraro y Pérez Gollán, 1997).

Recordemos: la circulación de objetos de sociedades no occidentales fue un proceso que tuvo lugar desde la modernidad inicial. De estos encuentros entre sociedades diferentes como consecuencia de los viajes de exploración hacia regiones del mundo no occidental, se generó un corpus de literatura dedicado a la aventura del viaje a otras geografías. En la segunda mitad del

siglo XIX los objetos materiales que habían dado vida a los gabinetes de curiosidades o exhibidos en las ferias internacionales, se constituyeron en los fondos etnográficos de museos de historia natural, nacionales o provinciales, o específicamente, de los nuevos museos denominados etnográficos (Dias, 1991)⁷. Este proceso estuvo acompañado de un nuevo contexto, donde se asumía que la expansión europea y el progreso tecnológico produciría el desvanecimiento gradual de las costumbres de las sociedades no occidentales, de su lengua y sus creencias. Sin embargo, el conocimiento de los objetos pertenecientes a otras culturas allanaba el camino para una explicación de la diversidad humana y por eso era importante conservarlos (Stocking, 1985; Dias, 1991; Hinsley, 2000; Penny, 2002). Este nuevo escenario generó la acumulación y clasificación de estos objetos productos de las distintas actividades humanas y los museos surgen como las instituciones donde se generará una ciencia con basamento empírico para explicar la historia y la cultura humana (Stocking, 1985; Dias, 1991, Penny 2002). El Museo era parte de una necesidad interna del mismo proceso científico de la antropología: este sería un “laboratorio del saber antropológico” (Dias, 1991, 1994), donde se almacenaría las huellas materiales de la humanidad para poder comprobar y generar hipótesis (Penny, 2002). En el museo, el objeto quedaría como testimonio del pasado y presente de estos pueblos. Así, el desarrollo de la antropología hacia fines de siglo, como una disciplina organizada inicialmente alrededor del principio del cambio en el tiempo y dedicada al estudio de los grupos que no habían dejado registros escritos, internamente desarrolló un fuerte énfasis hacia la recolección y el estudio de objetos materiales que incorporaban el desarrollo del pasado cultural y racial (Stocking, 1985: 114; Dias, 1991).

Como ha señalado Penny para Alemania, el desarrollo de la etnología como ciencia coincide con un momento en el que a nivel internacional varias ciencias se

⁷ Por ejemplo el Museo del Congo Belga (Tervuren) en 1897, el Museo de Historia Natural de Chicago, el Museo de la India fundado en Londres en 1887; también por ejemplo de la Exposición Etnográfica organizada en Estocolmo en 1878-79 por la Sociedad Sueca de Antropología y Geografía sobre las colecciones hechas por M. M. C. F. Lindberg y Stolpe: al finalizar la exhibición la Sociedad crearía un museo etnográfico con las colecciones y cuyos álbumes fotográficos de los objetos fueron incluso presentados en la Exposición Internacional de Ciencias Geográficas de Venecia; o el gabinete etnográfico de la Academia de Varsovia que exhibía la colección reunida en Rusia y Polonia por Th. Yerbeza. *Revue d'Ethnographie*, 1882, Tome I, París, p:62.

convirtieron en museológicas, tales como las ciencias de la vida, la geología, la mineralogía y la geografía (cf. Pickstone 1994). Esta tendencia metodológica fue un impulso para que los etnólogos ocuparan los museos como un espacio de trabajo. Precisamente, la etnología surgía como la comparación entre la mayor cantidad de culturas, de manera tal que la necesidad de este espacio físico hizo que los museos fueran vitales para su consolidación como ciencia. Definidos como “Archivos de cultura material” (Stocking, 1985), en los museos se empezaron a desarrollar actividades que se inscribían en una empresa más amplia de conservación y tareas de archivo, desarrolladas hasta entonces en los repositorios de documentos y en las bibliotecas (Huyghe citado en Dias, 1991). De esta manera, podemos ubicar el almacenamiento y la organización de los objetos de los pueblos no occidentales en distintas instituciones museográficas creadas bajo diferentes tradiciones académicas y científicas en cada país. En las instituciones norteamericanas este tipo de colecciones ocuparon salas y galerías de distintos museos nacionales, universitarios y de historia natural⁸.

Distintos son los casos de Alemania y Francia, donde las instituciones creadas para almacenar este tipo de objetos recibieron específicamente la denominación de “etnográficos”. En Alemania, los proyectos para los museos de Berlín, Hamburgo, Munich y Leipzig se caracterizarán por el esfuerzo de los directores por recolectar la mayor cantidad de objetos materiales de forma de representar de la manera más completa posible la historia de la humanidad, desde sus orígenes hasta el presente. De hecho para Adolf Bastian (1826-1905), director del Museo de Etnografía de Berlín entre 1873 y 1905, el ideal de museo etnográfico era aquel que contenía cultura material de todas partes del mundo y

⁸ En 1846 entre las colecciones más importantes del Smithsonian Institution estaba la donación hecha por W.L. Abbott de 500 objetos procedentes del Río Kendawangan, de Borneo. *Report on the Progress and Condition of the U.S. National Museum for the year ending June 30, 1909*. En el Museo de la Universidad de Pensylvania (1889), se podían encontrar colecciones de objetos del Mediterráneo y objetos budistas de origen asiático, como así también material de centro y sud-América. Conn 1998. En el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, se exhibían desde 1903 los objetos de Sudáfrica donados por Kohnweillier y una serie de África, Borneo, Congo y Alaska adquiridos por compra. *Report the American Museum of Natural History, 1903*, New York. En el orden de los museos universitarios, pero creados específicamente para el estudio de la Arqueología y etnografía del continente americano, el Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard, recibía la donación de viajeros y capitanes de barcos, de colecciones hechas en las islas del Pacífico, África, Asia, tallas de madera de Nueva Zelanda y adornos de plumas de Hawái, que se destacaban además por la “dificultad de obtener similares por los rápidos cambios en las costumbres de las personas”. *Thirty-third Report of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, 1898-99*, Harvard University, 1900. *Guide to the Peabody Museum of Harvard University with a Statement relating to Instruction in Anthropology. Complementary to the American Association for the advancement of Science, Fiftieth Anniversary, Cambridge Day, 1898*.

de todos los tiempos. En este sentido Glenn Penny ha recordado que los espacios donde preservaban estos materiales quedaron rápidamente saturados por el acelerado crecimiento de las colecciones a consecuencia de las expediciones que se organizaban y las redes de comunicación e intercambio establecidas en todo el mundo. El crecimiento de estas instituciones fue de tal magnitud que sus proyectos y la organización de las colecciones se constituyeron en un modelo para los directores de los museos americanos (Penny, 2002).

En Francia, los primeros fondos etnográficos se desarrollaron en el seno de un museo de arqueología o de historia. Pronto se convertirán en museos etnográficos con colecciones de África, Oceanía, Asia y América en: el Museo de Etnografía del Trocadero; los acervos del Museo de la Sociedad de Antropología creada por Paul Broca (1824-1880) como complemento de la cátedra de la escuela de Antropología; el museo de antropología integrado como anexo al Museo de Historia Natural de Lyon en 1879; el Museo de la Artillería (1878), y del Museo de Antigüedades Nacionales (1862) (Dias, 1991). En la Argentina, como veremos más adelante, el Museo Etnográfico fue el primero en reunir grandes cantidades de colecciones de Oceanía y el primero en adquirir objetos africanos. Este tipo de colecciones funcionaban como una carta de presentación entre las instituciones museográficas internacionales, insertando al museo en redes de intercambios de colecciones, publicaciones e información.

En 1912, como una síntesis del tipo de colecciones que se habían reunido desde la creación del Museo Etnográfico, Ambrosetti señalaba:

“Para los fines de este museo, que son a la vez didácticos y de investigación, cualquier objeto producto de la industria del hombre primitivo ó de cultura exótica llenará un vacío. Nos permitimos llamar especialmente la atención de todas las personas de buena voluntad, así como también de los coleccionistas, sobre la importancia de fomentar este Museo universitario abierto a todos los estudiosos sin distinción alguna, que quieran aprovechar el material en él conservado. Será obra

patriótica para todos los ciudadanos fomentar como lo ha sido hasta ahora, el engrandecimiento desinteresado de esta institución” (Ambrosetti, 1912:33).

En resumen, la característica que diferenciará al Museo Etnográfico de otros museos en la Argentina de esa época será, por un lado, su acervo exclusivamente referido al hombre y la combinación de colecciones americanas y extraamericanas; por otro, su denominación de “etnográfico”. Si bien es cierto que en el siglo XIX, como veremos más adelante, se había creado un Museo Etnográfico y Arqueológico en el Instituto Geográfico Argentino -sede Buenos Aires-, el nuevo museo de la Universidad fue el primero en la Argentina en ser designado exclusivamente con este nombre que lo asimilaba con los museos “etnográficos” creados en el viejo continente. La diferencia con aquellos en los residirá en que allí se reunían colecciones de las sociedades no europeas, reservando para su propia historia los museos denominados arqueológicos (Pomian, 1988). En el Museo Etnográfico de Buenos Aires se combinaría, en cambio, la presentación del pasado americano con los “contemporáneos primitivos” de la Argentina, del resto del continente y de África, Asia y las islas del Pacífico.

La historia de las colecciones del Museo Etnográfico como historia de la etnografía

La investigación que presentamos aquí se sustenta en la línea de investigación desarrollada por Irina Podgorny en la Argentina, que promueve la necesidad de estudiar la historia de los museos como un proceso en el que se combinan un conjunto de prácticas colectivas y heterogéneas que se articulan y combinan en distintos circuitos sociales (Rudwick, 1976; Podgorny, 1995, 2002, 2005; Podgorny y Lopes, 2008).

En coincidencia con esta perspectiva, esta tesis estudia la historia de las colecciones del Museo Etnográfico, examinando las prácticas científicas e

institucionales en torno a ellas con el objetivo de establecer la relación entre museos y producción del conocimiento antropológico en contextos históricos específicos. En otros términos, las colecciones reflejan la agenda científica de la época y se constituyen en un instrumentos a partir del cual reconstruir las ideas, debates, prácticas, redes de sociabilidad e institucional y trayectorias científicas de los protagonistas de la época.

Las etapas que atraviesan estos objetos son parte de su vida. En cada una de ellas, un conjunto de prácticas científicas e institucionales los ha convertido en objetos de investigación científica (Daston 2000). Comenzando con la recolección y transporte hacia la institución, para extenderse a la clasificación, organización y conservación, estas prácticas muestran la consolidación de la actividad científica en un determinado espacio y tiempo, constituyendo un proceso en el que se establece una red de sustentación de las actividades cuyos elementos más visibles son, precisamente, las instituciones científicas. Estas actividades de observación, indagación y clasificación del objeto lo convierten en "objetos científicos" (sensu Daston, 2000).

La tesis se estructura en siete capítulos. En cada uno de ellos se muestran distintas prácticas científicas e institucionales organizadas en torno a debates y colecciones de objetos. Para ello nos hemos apoyado en el análisis de fuentes primarias, en particular, documentos inéditos de carácter institucional. Estos materiales de archivo comprenden cartas personales, legajos de colecciones, notas y memorias institucionales, memoranda, informes de expediciones y libretas de campo que se encuentran en los fondos de los archivos del Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", Facultad de Filosofía y Letras, Museo de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia", Museo de Farmacobotánica y Archivo General de La Nación.

En particular, la documentación del Archivo del Museo Etnográfico permite vislumbrar la relación entre la formación de las colecciones y la práctica de la etnografía que tiene lugar tanto en el campo como en el gabinete, en la que se articulan actores y distintas actividades e intereses. Fundamentalmente se pueden identificar los problemas institucionales que afrontaban los directores

del Museo, tales como la situación presupuestaria, edilicia y espacial, el nombramiento de personal técnico y científico y la misma formación de las colecciones. Esta metodología permite explorar la potencialidad de los documentos analizados, y convertirlos en parte constitutiva de análisis y no en una mera ilustración, ya que en ellos, fundamentalmente en las cartas o documentos administrativos y burocráticos, pueden quedar plasmados los problemas institucionales y las disputas científicas (Grupioni, 1998). Como fuentes primarias publicadas hemos analizado: a) la prensa diaria local y de circulación nacional; b) las publicaciones científicas, universitarias y las revistas de los centros de estudiantes universitarios; c) las publicaciones oficiales de la Universidad tales como: memorias, actos públicos, digestos; d) revistas de época.

En líneas generales podemos decir que esta metodología nos ha permitido desnaturalizar o al menos problematizar la ecuación Estado-Museo y Biografía-Museo, sobre la que se han erigido otros estudios sobre este tipo de instituciones en el país. Es por ello que presentamos al Museo no como una biografía sino una multiplicidad de ellas; no como un trabajo individual, sino una empresa colectiva y, fundamentalmente, como una institución inmersa en un abanico de ideas, debates y prácticas en las que los principales protagonistas de esta historia se consideraron americanistas.

Hemos tomado el americanismo científico como un eje central en este estudio porque los debates, temas de estudio y la formación de colecciones de objetos estuvieron orientados por este "movimiento" o "nueva ciencia" surgida en el viejo continente, especialmente en Francia, en el siglo XIX, sobre la reformulación de antiguas preguntas sobre el origen y la antigüedad de América y sus habitantes. Con la revisión de fuentes documentales, crónicas de Indias, relatos de viajeros, misioneros, religiosos y la recolección de nuevos materiales, se abrieron nuevos debates que ocuparon la agenda científica de un grupo de estudiosos interesados en la historia del Nuevo Continente. En Francia las sociedades científicas y publicaciones especializadas constituyeron la base sobre las que se organizaron los congresos de americanistas, que

convocaban a especialistas en temas americanos de distintas partes del Mundo (Prévost, 2007).

Motivados por el desarrollo de estos estudios, durante las últimas décadas del siglo XIX, los estudiosos de temas americanos en la Argentina discutirán sobre quién debía estudiar América y a sus antiguas poblaciones. Para ello enmarcaron sus discusiones y producción científica con las ideas americanistas de sus colegas extranjeros, aportando un conocimiento específico que tendió a la “americanización” del americanismo. Es decir, este grupo de estudiosos no se puede estudiar aislado de la producción internacional: muy por el contrario, sus temas se desarrollaban en diálogo con los círculos científicos más allá de las fronteras. Sin embargo en pos de consolidar una “nueva ciencia” americana, pretendieron cimentar un americanismo científico desde un lugar estratégico, que combinaba la ubicación geográfica en el mismo continente convertido en objeto de estudio con la posibilidad que ello brindaba para la recolección de objetos materiales y documentos históricos. De ese modo, se propusieron responder qué era América y los americanos y, para ello, determinar quiénes debían ser los portavoces del estudio del continente.

Viéndose a sí mismos como los hacedores de esta historia, armaron una argumentación sostenida sobre la importancia de la recolección y el estudio directo de los objetos materiales dejados por las antiguas sociedades. Y precisamente por su cercanía a la evidencia material, a los monumentos y a los grupos indígenas contemporáneos, postularon poseer mejores herramientas que sus colegas europeos para bucear en una historia de la que se consideraban parte. El resultado de este proceso en la Argentina es lo que aquí denominaremos una “etnografía americanista”, es decir, el desarrollo de los estudios sobre las poblaciones americanas bajo los cánones promovidos por una ciencia americanista internacional que, en el contexto local, adquirió características particulares: rigurosidad científica apoyada en la revisión de las fuentes históricas coloniales y el trabajo directo sobre los objetos materiales. Para formalizar su adhesión a este movimiento internacional algunos estudiosos argentinos se asociaron a las sociedades americanistas que se

crearon en Francia, tales como la *Société de américanistes* de Francia (1857/1863) y a la *Société des américanistes de Paris* (1895).

Los protagonistas que tratamos en esta investigación estuvieron vinculados entre ellos a través de lazos de amistad, familiares y relaciones sociales gestadas en los colegios secundarios, aulas universitarias y su participación en los espacios de sociabilidad de la elite porteña de la época. A través de ellos intercambiaron ideas y publicaciones americanistas (cf. Buchbinder, 1996; Farro, 2008). En la década del 1870, las figuras más prominentes de este movimiento pertenecían a una generación que había nacido durante las primeras tres décadas del siglo XIX, formada, entre otros, por Bartolomé Mitre, Andrés Lamas, Manuel Ricardo Trelles, Vicente Fidel López, Ángel Justiniano Carranza, Juan María Gutiérrez y Samuel Lafone Quevedo. En esos años se empezaría a sumar otro grupo, formado por jóvenes nacidos alrededor de 1850 y que, a través de sus relaciones sociales, políticas, científicas o familiares con el primer grupo, tuvieron acceso a las discusiones americanistas, sea en los centros de reunión, tertulias, publicaciones, institutos o asociaciones que se iban gestando. En este grupo se cuentan Estanislao Zeballos, Ernesto Quesada y Francisco Pascasio Moreno. En la década de 1890, se incorporaron Juan Bautista Ambrosetti y Félix Outes. Más tarde, hacia la década de 1920, se destacarán Enrique Palavecino y Clemente Onelli. Como veremos en esta tesis, también participaron los científicos extranjeros que trabajaban en los distintos museos del país, entre los que destacaremos a Eric Boman, Robert Lehmann-Nitsche y José Imbelloni.

Recordemos: la estructura institucional sobre la que se organizaban las actividades en este fin de siglo XIX descansaba en diferentes tipos de espacios científicos y académicos: museos, sociedades, institutos, congresos, publicaciones y cátedras universitarias. En cada uno de ellos, los científicos, presentaron los temas de discusión de diferentes maneras: visual, narrativa o discursivamente. Con diferentes recursos y estrategias, armaron exhibiciones, impulsaron exploraciones en el territorio nacional y países limítrofes, editaron catálogos y presentaron trabajos en publicaciones periódicas; enseñaron a través

de programas de estudios, desarrollaron conferencias y auspiciaron y organizaron congresos. Además de las colecciones y bibliotecas particulares (cf. Buchbinder), los espacios a los que hacemos referencia comprenden: el Museo de La Plata (1884), su Revista (1890) y Anales (1890); el Museo Nacional (fundado como Museo Público en 1823); el Museo Arqueológico y Etnográfico del Instituto Geográfico Argentino y su Boletín (1879); la Sociedad Científica Argentina y sus Anales (1872) A ellos se suman la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires (1893), la Junta de Numismática Americana (1893) y las cátedras de Arqueología Americana (1899) y antropología (1905), dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Podgorny, 2006).

En particular la formación de colecciones para los museos se organizó sobre distintas modalidades, evidencia de una actividad científica colectiva. Una de las modalidades fueron las expediciones a distintas regiones del país, constituidas por personas que cumplían distintas actividades en el Museo, ya sea como preparadores, "naturalistas viajeros", encargados de secciones, dibujantes y fotógrafos. Al mismo tiempo se extendieron redes de recolección en la que se involucró a personas externas a la institución y que actuaban según instrucciones que elaboraban los mismos directores de los museos. Estas orientaban sobre qué tipo de material recolectar, dónde hacerlo, los datos que debían acompañarlos y las condiciones de almacenamiento para el trayecto hasta la institución con el objeto de evitar el deterioro del viaje. También se estimularon las donaciones de particulares y se nombraron "corresponsales", una figura que consistía en formalizar el vínculo con personas que residían en el interior y a las que se les encargaba el envío de datos y objetos. En este caso, la adscripción a la institución científica lo diferenciaba de los aficionados o comerciantes (Podgorny y Lopes, 2008: 20). Las compras a comerciantes de especímenes de historia natural, objetos etnográficos y arqueológicos y el desarrollo de los canjes entre los museos argentinos y del exterior constituyeron otra de las maneras de adquirir colecciones y de presentar sus instituciones a los colegas. Estas modalidades se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XX.

En el caso particular del Museo Etnográfico, a excepción de los canjes internacionales que se interrumpieron con la primera guerra mundial, sobrevivieron al menos hasta 1925.

Respecto de la historia institucional, *Ciro René Lafón* (1958) organizó un relato sobre el desarrollo del Museo de acuerdo a un esquema que más tarde también reproduciría *Fígoli* (1995). Allí se sucedían distintas etapas, cada una correspondía a un director, con características y cambios sustanciales en cada una de ellas. Así, el período del que aquí nos ocupamos, consta para Lafón de dos etapas, la primera desde su fundación hasta la muerte de *Ambrosetti* ocurrida en 1917 y la segunda, desde la dirección de su sucesor, *Salvador Debenedetti* hasta 1930. Asimismo ambas se presentan como una continuidad de proyectos gracias a la estrecha relación entre el maestro y su discípulo, cuyo progreso se debió en parte a la personalidad de sus directores.

Si bien Lafón definió la dirección de *Debenedetti* como una suerte de continuidad con la de *Ambrosetti*, creemos, sin embargo, que presentar unidos en una línea estos dos períodos oscurece la diferencia entre sus biografías, la formación y trayectoria científica de cada uno y los contextos universitarios y del país en que cada uno desarrolló sus tareas. En consecuencia nos proponemos estudiar a la institución no ya asociada a la biografía de sus directores, sino precisamente a partir de la formación de las colecciones y de las prácticas organizadas en torno a ellas, tomando en cuenta las trayectorias de sus directores pero en contextos institucionales, científicos y sociopolíticos específicos.

Por último nos interesa señalar que el Museo Etnográfico, por el tipo de acervo que se reunía, queda emparentado, no con museos locales sino con un modelo de museo europeo, específicamente los etnográficos creados en Francia y Alemania. Esto nos obliga a trascender una historia argentina del Museo, para situarlo, por un lado, en los debates del americanismo internacional y local; por otro, en una historia más amplia que es el desarrollo de los museos en general, y, en especial, el de los museos etnográficos y universitarios en distintas partes del mundo.

En relación a esto queremos señalar que en la Argentina del período comprendido entre fines del siglo XIX y la década de 1920, los términos “etnografía” y “etnología” fueron intercambiables, de manera muy similar a lo que sucedió en Alemania Penny (2002). Así, estos definían el mismo objeto de estudio, tanto la descripción de los “usos y costumbres”, de la lengua, como de la ubicación geográfica de las sociedades indígenas, siguiendo la definición del francés Paul Topinard (1877). La elección que hizo cada uno de los protagonistas de la época podría pensarse como una adopción de tradiciones científicas o elecciones teóricas diferentes. Pero, en verdad, a diferencia de las discusiones sostenidas en otros países⁹, este debate en la Argentina el interés se orientó hacia una definición y consolidación de una ciencia americanista hecha por americanos.

En el **Capítulo I** se presenta el escenario americanista en la Argentina. Para ello, examinamos la recepción que tuvo el americanismo en la primera generación de estudiosos locales que desde 1870 dialogaron con los estudiosos europeos. Por otra parte, se muestra cómo se incorporó una nueva generación de estudiosos, a través de las redes científicas y de sociabilidad que los vinculaba con la primera generación. Como se ha señalado más arriba, los estudios que se han referido a los inicios del Museo Etnográfico vinculan su origen con un proyecto positivista y con un impulso estatal con el fin de crear instituciones para los fines “civilizatorios” de la nación (Andermann y Fernández Bravo, 2003; Fígoli, 1990, 1995; Arenas, 1990). En este escenario, que se examina en este capítulo, se demuestra que muchas de las sociedades e institutos que se crearon, tuvieron una corta vida sujeta a los vaivenes económicos y políticos de la época: Más aún, el “gran problema” para los estudiosos de ese momento residía en la “falta” de apoyo público, expresado en la estrechez de los espacios y los límites del intercambio científico, que dificultaban la incorporación al movimiento americanista internacional y su consolidación en el contexto local.

⁹ En el capítulo II se desarrolla el debate sostenido entre los profesores norteamericanos John W. Powell y Daniel Brinton, sobre la definición y uso de ambos términos en la enseñanza de las disciplinas antropológicas en los Estados Unidos a fines del siglo XIX.

En el **Capítulo II**, se presentan los espacios, protagonistas y temas sobre los que se fueron conformando los estudios etnográficos a fines del siglo XIX hasta la creación del Museo Etnográfico en 1904. Las discusiones de ese momento giraban en torno a las poblaciones de lo que empezó a llamarse región noroeste, Pampa-Patagonia y cuenca del Plata (Podgorny, 1999). Específicamente nos referiremos a la “civilización calchaquí”, los diaguitas, guaycurúes, guaraníes, querandíes, huarpes y las sociedades indígenas contemporáneas que habitaban los territorios nacionales y provinciales. De esta manera se pretendió definir un mapa que se constituyera en un corpus de información con la distribución espacial, orígenes, características físicas y familias lingüísticas a las que pertenecían todas estas poblaciones que habitaron el territorio nacional desde el período precolombino hasta la época contemporánea. Iniciado el siglo XX, se incorpora al debate científico el presente indígena, incluyendo los aborígenes del Chaco argentino, como los del Mato Grosso, el Amazonas y el Alto Paraguay. Ya en la década de 1920, se producirá una revalorización de lo autóctono, en lo que se incluirá la producción “artística” indígena, “descubierta” en los tejidos y en los “motivos” decorativos de la cerámica. Junto a esto comienzan la exhibición de materiales americanos etnográficos fuera de los espacios institucionales museográficos y los viajes de estudio y recolección de materiales de las sociedades indígenas de la región chaqueña del país.

En el **Capítulo III** se presenta el momento fundacional del museo Etnográfico, situándolo como un nuevo espacio americanista dentro de la Facultad de Filosofía y Letras; su origen circunscrito específicamente a una cátedra y sus primeras colecciones, dirigidas fundamentalmente a para apoyar la investigación, enseñanza y difusión de la prehistoria y etnografía americana. Aquí nos interesa señalar dos cuestiones. Primero, que el Museo reunió objetos que en la institución fueron catalogados como arqueológicos, antropológicos y etnográficos de las poblaciones argentinas y americanas. Segundo que aunque fue un espacio inicialmente concebido para almacenar y estudiar colecciones del nuevo continente, acorde con la enseñanza de las materias de la facultad, su

primer director desarrolló en paralelo un proyecto de convertir a la institución en un "museo civilizado", es decir en parangón con los "modernos museos" de Europa y los estados Unidos. Para ello, se propuso formar colecciones de todos los continentes, que dieran cuenta del "hombre primitivo". Como estrategia utilizó distintas modalidades: estimuló las donaciones particulares, desarrolló canjes institucionales con museos de la Argentina, de los Estados Unidos y de distintos países europeos; organizó las expediciones arqueológicas y etnográficas en el territorio nacional y encargó misiones científicas en los países limítrofes.

En el **Capítulo IV** se presentan los temas etnográficos que se desarrollaron entre 1904 y 1917 y su articulación con la formación de las colecciones americanas del Museo Etnográfico. En torno a esto surgen dos cuestiones que organizaron las ideas de la época: la primera, el interés por completar los datos faltantes del mapa etnográfico referente a sociedades del pasado histórico. Quedarán ausentes de la agenda local el tema "resuelto" de los Querandíes, instalado por Trelles y posteriormente por Félix Outes en la última década del XIX y se volverá a discutir sobre los huarpes, en los términos enunciados por Desiderio Aguiar. La segunda cuestión se refiere a un nuevo problema etnográfico: el presente indígena. Este tema ocupó la agenda científica del americanismo local por la preocupación que manifestaron los protagonistas de la época frente a la desaparición de los grupos aborígenes, su lengua, artefactos y costumbres. El nuevo foco de interés se puso en evidencia en los congresos científicos que se realizaron en Buenos Aires en 1910, para los festejos del Centenario. El tema se tradujo en la "urgencia" por recoger objetos y vocabularios nativos, proceso que de alguna manera organizó las prácticas en el interior de las instituciones, cuyos directores impulsaron diferentes mecanismos para formar colecciones de estos grupos aborígenes distantes a las instituciones metropolitanas. Se impulsaron viajes para realizar estudios antropológicos, recoger vocabularios lingüísticos y objetos materiales de aquellas sociedades, pero las colecciones que formaron parte de la sección de etnografía del Museo, no fueron objeto de estudio científico; ellas se exhibieron en las vitrinas y

estanterías de la sala, con el mismo criterio de una aparente distancia geográfica y temporal que las de África y Oceanía.

El **Capítulo V** describe y analiza la formación de la Sección de colecciones “exóticas” del museo, formada por objetos de África, Asia y Oceanía. Para ello, Ambrosetti impulsó los canjes con distintos museos de Europa y los Estados Unidos de forma de reunir objetos de Asia, África y el Pacífico, a cambio de objetos arqueológicos recogidos en las expediciones que se realizaban al noroeste de la Argentina (Dujovne, Pegoraro y Pérez Gollán, 1997; Pegoraro, 2005). Estos materiales que ocuparon dos salas de exhibición no fueron utilizadas en la enseñanza o en la investigación, sino que se utilizaron para organizar exhibiciones temporarias. El motivo de la formación de este tipo de acervo significaba para Ambrosetti obtener el reconocimiento de los directores de otros museos del “mundo civilizado”, instancia fundamental para ingresar en una red internacional de intercambio de materiales e información (Penny, 2002).

En el **Capítulo VI** se analiza la manera en la que se definió la enseñanza e investigación de la etnografía a través del proceso de clasificación, organización y exhibición de las colecciones del Museo Etnográfico entre 1904-1917. En este contexto, se sucedieron una serie de cambios en el Museo Etnográfico sobrevenidos por la muerte de Ambrosetti en 1917 y la asunción al cargo de director de Salvador Debenedetti, entonces su discípulo y Secretario de la institución. Con Debenedetti surge un nuevo proyecto institucional ligado a la apertura al público en 1918, la creación de un laboratorio fotográfico y de una biblioteca y un catálogo bibliográfico de temas de arqueología, etnografía e historia colonial americana; la finalización de los canjes internacionales y el fortalecimiento de las expediciones en el territorio argentino y los países limítrofes. Asimismo, se orientó la formación de tejidos, especialmente del noroeste del país, de la Patagonia y de Bolivia y se empezaron a prestar y donar objetos a museos escolares recientemente creados. Varios de ellos fueron organizados, incluso, por el mismo Debenedetti. De este modo, en este período

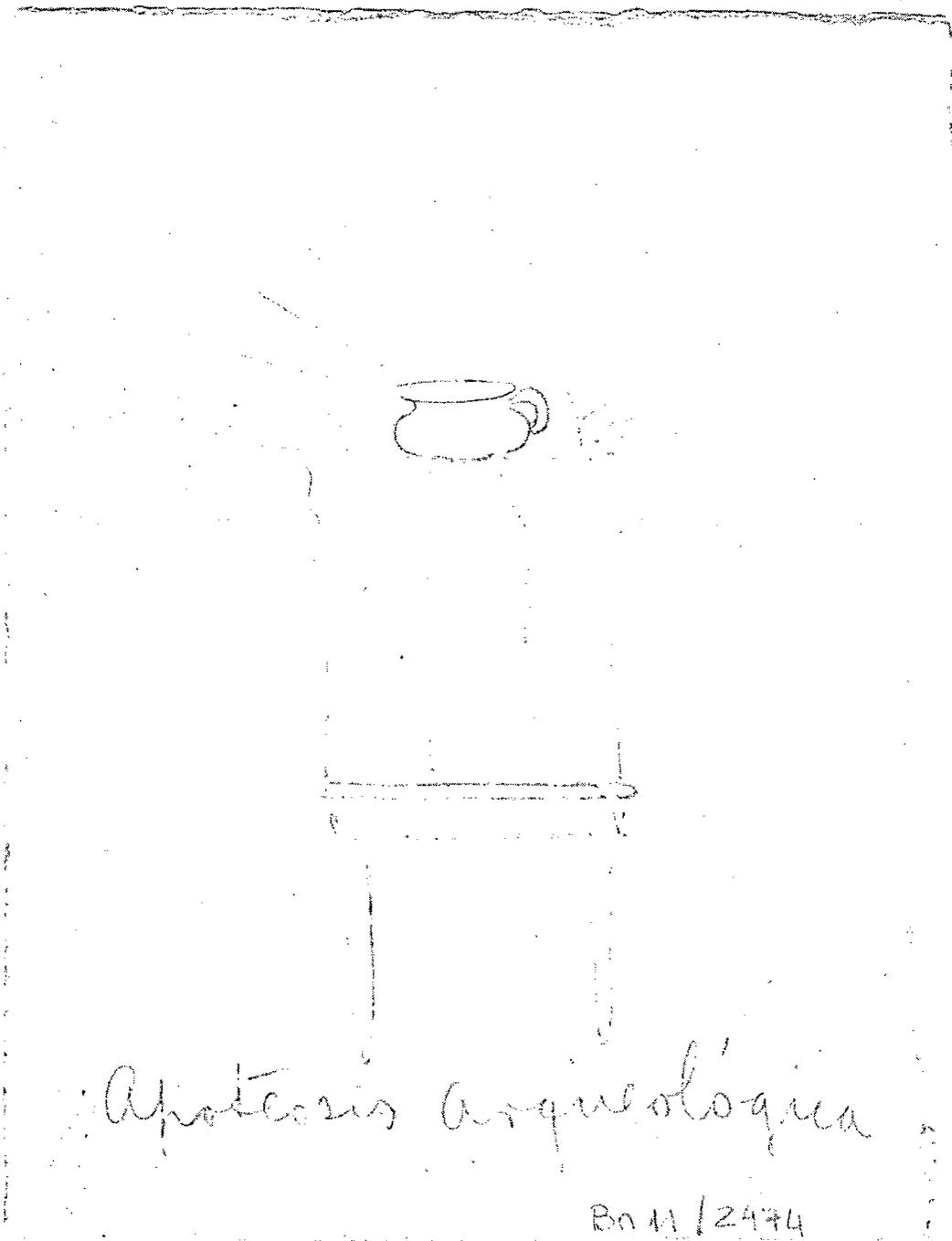
la enseñanza de la etnografía se fortalecerá ya no solo dentro de la institución museográfica sino también en el ámbito escolar.

Este período coincide con un movimiento de recuperación del “arte” indígena como representante de lo americano y local. Las escuelas y talleres de tejidos y telares impulsados por Clemente Onelli se combinaron con un programa similar impulsado desde la Liga Patriótica Argentina que, a través de las Exposiciones de telares y Tejidos que organizaban anualmente, presentaron motivos de piezas arqueológicas e indígenas, extraídos de las cerámicas y tejidos de los museos, para que fueran aprendidos y reproducidos por tejedoras del interior del país. Como veremos, a pesar de que Debenedetti ofreció algunos objetos del Museo Etnográfico para la reproducción de los motivos indígenas en las cerámicas y tejidos, hay un debate relacionado con la recuperación de un pasado “muerto” del que la arqueología estuvo ausente, robusteciendo el carácter científico del museo y sus colecciones.

Aunque Debenedetti fallece en 1930, esta investigación finaliza tres años antes, cuando sucede una serie de cambios no solo en el Museo sino también en el desarrollo de la práctica de la etnografía en la Argentina. Respecto de lo primero, 1927 es el año de mudanza del Museo a su actual edificio y una redefinición, tanto en la manera de organizar el material en las nuevas salas como en el uso de diferentes y nuevas estrategias de exhibición para que las colecciones constituyan una enseñanza por sí mismas. Asimismo, en este año Debenedetti impulsará la creación de la Sociedad de Americanistas con sitio en el Museo. En referencia a la práctica de la etnografía, se destacará la incorporación de Enrique Palavecino al Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Su actuación acompañó un nuevo rumbo en los temas etnográficos que hasta ese momento ocupaban la agenda científica local, tanto en lo que respecta a los tópicos de discusión como a la manera de estudiarlos. El presente de las sociedades indígenas, especialmente el indígena chaqueño y el viaje de estudio se convirtieron en los temas protagónicos de aquel momento.

En resumen, desde la perspectiva propuesta en esta investigación, la historia de estas colecciones y su vinculación con las prácticas etnográficas, se

basa en entender las biografías de los personajes y los objetos, las redes, las prácticas científicas e institucionales y la configuración de la “etnografía americanista” articuladas en distintos contextos históricos de la Argentina de los inicios del Siglo XX.



Apotecas Arqueológicas

Bn 11/2474

Dibujo de Eduardo A. Holmberg

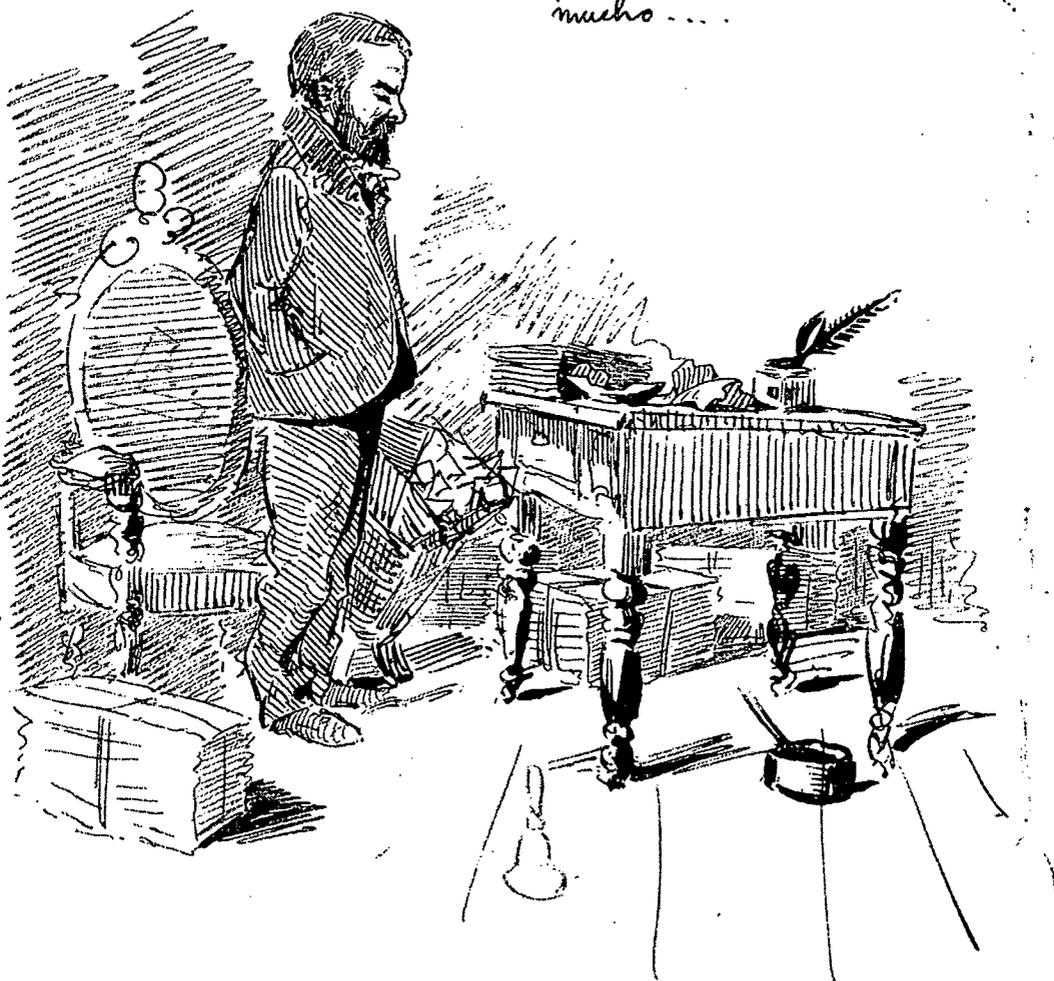
1.

Una desgracia arqueológica

Por

Eduardo A. Holmberg

(El). Esplendida ocasión!
Estos fragmentos de puzo me la
proporcionan, ... escribiré mucho
mucho



Capítulo I

La conformación del escenario americanista en la Argentina: protagonistas, prácticas y debates a fines del siglo XIX

"(...) en fait, l' Américanisme ne saurait avoir une méthode qui lui soit propre. Un Américaniste peut être historien, anthropologue, sociologue, linguiste, et..., et chacun de nous, suivant sa spécialité, obéit à une discipline particulière, qui ne saurait être modifiée par le seul fait qu'il s'agit de questions relatives à l'Amérique"¹⁰.

El afianzamiento del americanismo en la Argentina hacia los años de 1890, se puede reseñar en distintos grupos de individuos vinculados a actividades de la vida política, intelectual y comercial que de diferentes maneras compartían su afición por el estudio de la historia americana. La mayoría de ellos habían compartido las aulas en los colegios secundarios y en la Universidad de Buenos Aires, habían sido miembros de instituciones y sociedades científicas y eruditas, y participaron en los distintos espacios de sociabilidad de la elite porteña de entonces. Sus trayectorias biográficas y científicas evidencian que la recepción y discusión de las primeras ideas americanistas europeas había comenzado en los albores de 1870, de la mano de una generación que había vivido en plenitud la etapa pre y posrosista en el Río de La Plata y que su interés por desarrollar estudios orientados a la historia argentina, en especial de la cuenca del Plata y de América del Sur en general, reunir libros y documentos al respecto, había comenzado en los años inmediatamente anteriores a la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas. A través de ellos, se fue incorporando una generación más joven que realizaron exploraciones en el territorio nacional, formaron colecciones y crearon museos¹¹.

Estos estudiosos, a la vez que procuraron enmarcar sus ideas y debates en el contexto del americanismo internacional, se propusieron consolidar una

¹⁰ Rivet Paul Presentación de L' Américanisme et la Société des Américanistes, en la Société des Américanistes, junto a Dr. Capitan y M. Vignaud. *Journal de la Société des Américanistes*, T XI, 1913-19: 18.

¹¹ Una bibliografía incompleta sobre las actividades culturales, intelectuales y políticas de los grupos letrados de la época reúne: Halperin Donghi, 1962; Quattrocchi-Woisson, 1995; Buchbinder, 1996; Myers, 1998; Garavaglia, 1999; Bertoni, 2001.

ciencia con características propias, hecha por americanos. Definirse como americanista, significaba perseguir una forma de hacer ciencia que había surgido en Europa, más específicamente en Francia y consolidarla en el ámbito local a través de debates y prácticas concretas de producción científica. Este proceso que hemos definido como una americanización del americanismo, se constituyó apoyándose sobre una estructura del conocimiento científico sostenido sobre ideas y prácticas que se articularon en distintos contextos institucionales. Se puede decir así que en esta articulación de distintas generaciones de hombres, ideas y prácticas, el americanismo se afianzó hacia la última década del siglo XIX.

En este capítulo se presenta en primer lugar la emergencia del americanismo científico en Francia, señalando episodios relevantes de su desarrollo, específicamente la creación de sociedades, publicaciones y los congresos en los que se reunían. En segundo lugar, se reseña el escenario de estudiosos de temas americanos en la Argentina y la recepción de las ideas americanistas europeas desde 1870 y la paulatina incorporación al movimiento científico internacional y conformación de la ciencia americanista en el contexto local.

Episodios en el desarrollo del americanismo en Francia desde los años de 1850 a 1875.

El relato historiográfico tradicional muestra que el conocimiento del continente americano, sus poblaciones y la recolección de materiales es tan antiguo como la conquista española. Pero es recién en el siglo XIX, cuando se vive el auge de los viajes alrededor del mundo destinados a la exploración de la naturaleza y recolección de especímenes de historia natural como a la observación de las poblaciones locales, que estudiosos europeos se interesaron por las sociedades americanas motivados por construir una historia de la humanidad.

Hasta ese momento el interés convergía en los estudios de las sociedades "orientales", en los que Egipto y Asiria entre otras, eran exponentes

del progreso que habían alcanzado y que se reflejaba en sus “admirables imperios”; con la convicción de que las “civilizaciones más avanzadas y más perfectas” contenían elementos de las sociedades no solo orientales sino también de las “más primitivas de América”¹², se propusieron completar el desarrollo de la humanidad con estudios sobre la naturaleza, geografía y poblaciones del continente.

Así, se retoman con una nueva perspectiva las fuentes de información histórica que desde el siglo XV y fundamentalmente a partir del XVI habían dejado los hombres que motivados por la búsqueda y explicación de la existencia de tierras “exóticas” y hombres extraños que no estaban mencionados en la Biblia, habían realizado viajes a estos territorios. Relatos de marinos, misioneros, comerciantes y viajeros que daban pruebas de sus experiencias americanas, constituía ahora un valioso corpus de escritos del Nuevo continente con información sobre las poblaciones locales, sus características físicas, sus costumbres, y monumentos.

En ese sentido una obra que contribuyó a ponderar la magnitud de la información disponible para volver a estudiar al continente americano y dar cuenta de la diversidad humana y cultural, fue *La histoire des nations civilisées du Mexique et de l’Amérique Centrale* de Brasseur de Bourbourg, en 1857-1859; ella marcó una etapa importante en el dominio del conocimiento en Francia, porque demostraba tanto la cantidad de información existente de la época colonial como así también había un nuevo camino hacia el estudio de los habitantes de este territorio, mostrando la complejidad y diversidad de las poblaciones locales (Prévost, 2007).

Este proceso que tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX en Europa, ha sido caracterizado por Prévost como “el redescubrimiento de la América Indígena”, ya que dio lugar a la reformulación de viejas preguntas, junto a la edición de la documentación de los siglos anteriores y el impulso a nuevos estudios, viajes y fundación de sociedades, publicaciones e instituciones

¹² Discurso de Fabié, presidente del Congreso Internacional de Americanistas de 1888 en Berlín.

que finalmente constituyeron el marco de desarrollo del americanismo científico.

Junto a ello la recolección de materiales, fue una condición indispensable en el sostén de los nuevos estudios americanos; tal es el caso de Francia e Inglaterra que financiaron viajes de exploración y recolección de materiales precolombinos que se incorporarían al corpus de información; en Inglaterra por ejemplo se reunieron importantes colecciones de objetos precolombinos en el British Museum en 1865 (Hill Boone, 1993). En el caso del Gobierno Francés, se había involucrado en el Proyecto pre-colombino desde 1850 cuando financió la primera expedición a México y América Central llevada a cabo por Désiré Charnay y continuó destinando presupuesto para ello a lo largo del siglo XIX. Tal y como ha señalado Williams los franceses desarrollaron una tendencia a verse ellos mismos como árbitros culturales de la historia universal, lo cual quedó reflejado cuando en el Louvre se reunió la colección de materiales Pre-Colombinos más importantes del período e invirtió cantidades de dinero en avanzar con proyectos americanistas.

En este sentido, entender lo pre-colombino, era una forma de entender y conocer la historia del mundo, de las personas y de la mayor región geográfica del mundo (Williams, 1993). Los museos, efectivamente en Europa y especialmente en Francia, tuvieron un papel protagónico en el estudio de la cultura material de los antiguos americanos y la formación de las colecciones pre-colombinas, material que constituyó una de las partes más importantes del desarrollo del americanismo de este país (Williams, 1985:148). Una institución que encarnó estas ideas y proyectos fue el Museo de Etnografía del Trocadero en París que en 1882 presentará al público las colecciones americanas de la mano de su curador Ernest- Théodore Hamy (1842-1909), formadas por diez mil objetos que provenían del Museo de las Misiones Científicas, de colecciones particulares y de distintos museos extranjeros, entre ellos el de Viena (Hamy, 1988; Dias, 1991).

La primera sociedad americanista creada en Europa, fue la "Société des Américanistes" de Francia. Fundada en 1857, por un grupo de estudiosos entre

los que se destacaban Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), Joseph Aubin, Henri Bauchat, Eugene Boban, Eric Boman, Alcides d'Orbigny y León de Rosny, comenzó a funcionar regularmente en 1863 y se constituyó en un espacio de reunión del primer núcleo del americanismo francés (Prévost, 2007). Una serie de acontecimientos históricos, tales como la derrota militar de Francia en México y la guerra Franco-prusiana, afectaron la integridad y funcionamiento del grupo hasta el año de 1873, un año antes de la muerte de Brasseur de Bourbourg, se reestructuró bajo la figura de León de Rosny (1837-1914) (*idem*: 167).

Esta sociedad fue "por mucho tiempo la asociación científica europea consagrada a la arqueología de las dos américas, a la historia precolombina, a la etnografía de las poblaciones indígenas, las lenguas, la historia natural, y las antiguas escrituras de uno y otro continente trasatlántico"¹³. Para difundir los estudios americanos sus miembros habían impulsado inicialmente los *Archives de la Société Américaniste de France* (1857) y el *Annuaire de la Société Américaniste de France* que apareció en 1863, cambiando en 1875 al nombre de *Archives de la Société Américaniste de France* y además crearon *Archives du Comité d'archeologie américaine* (1893) (Comas, 1974). Asimismo, esta Société estableció una biblioteca y el *Musée d'Archaeology Américaine* en Nancy. Más tarde impulsó la publicación del *Journal de la Société des Américanistes de Paris*¹⁴, y movilizó recursos para brindar cursos de historia, arqueología y lenguas americanas, siendo el primero de "Histoire general de l' Amerique avant Christophe Colomb"; no menos importante aún fue la realización de Congresos Internacionales de Americanistas que se realizarían cada dos años iniciando sus reuniones en 1875 en la ciudad de Nancy¹⁵.

Estos congresos internacionales tenían el objetivo de reunir a los sabios de todo el mundo en un proyecto americanista común¹⁶, con el propósito de

¹³ León de Rosny. Discurso pronunciado en la Société de Américanistes de Francia. *Archives de la Société Américaine de France*, Tomo II, 1882.

¹⁴ En el primer tomo de esta publicación en la que predominaban los trabajos sobre México y Perú se habían incluido dos estudios sobre los indígenas norteamericanos, uno sobre los indios fueginos y otro sobre los araucanos.

¹⁵ *Archives de la Société des Américanistes de France*.

¹⁶ Discurso inaugural del Presidente del Congreso Internacional de Americanistas, Fabié en 1888.

“contribuer au progrès des études ethnographiques, linguistiques, et historiques relatives aux deux Amériques spécialement pour les temps antérieurs á christophe Colomb, et de mettre en rapport les personnes qui s’ intéressent á ces études”¹⁷. Como ha señalado Comas, se constituyeron en un espacio privilegiado para el debate sobre las características que definirían a esta nueva ciencia, incluyendo una delimitación de los temas de estudio y por ende el límite temporal.

En la primera reunión en Nancy en 1875, León de Rosny (1837-1914) afirmaba que el campo del americanismo consistía en enriquecer los “malosentendidos hechos por incursiones anteriores a los territorios americanos”¹⁸; de esta manera para definir la nueva ciencia se necesitaba consensuar un método apoyado sobre hipótesis con “valor científico, sin dar lugar a afirmaciones sin pruebas”, contrarrestando elucubraciones más o menos fantásticas e infundadas sobre los orígenes del nuevo continente y las relaciones con el viejo mundo (Comas, 1974). En otras palabras esto permitía por un lado controlar el dominio de la nueva ciencia y por otro limitar la diversidad y tipo de temas que se discutían, definiendo el rumbo del americanismo. Por ejemplo, en la siguiente reunión de 1877 la agenda del congreso se ocupó con una serie de disertaciones sobre la evangelización en América antes de su descubrimiento y de la existencia de la Atlántida; a esto no solo reaccionó nuevamente Rosny, sino también Lucien Adam, Presidente del Congreso con la intención de encauzar el americanismo hacia hipótesis basadas en hechos objetivos (cf Comas 1974).

Una de las maneras de orientar las discusiones fue la elaboración de los programas de temas a tratar en las reuniones. En estos, desde 1875 en adelante se puede apreciar la organización cada vez más específica de las secciones y los temas incluidos en cada una. En términos generales las secciones abarcaban el poblamiento de América, la relación entre el viejo y el nuevo continente, y la

¹⁷ Artículo 1º de los Congresos Internacionales de Americanistas, 1875, Nancy.

¹⁸ León de Rosny. *ibid.*:8.

clasificación de las poblaciones humanas en términos geográficos, físicos o anatómicos, lingüísticos y étnicos.

Esta organización de los debates propendía como ya se mencionó a configurar una "ciencia nueva", que evidentemente requería de un diálogo entre diferentes estudiosos en pos de definir por un lado, qué significaba ser americanista y, por otro, instrumentar el uso de términos y conceptos científicos, esto era acordar la terminología para referirse a las sociedades existentes en América anteriores a la conquista como así también para referirse al hombre prehistórico.¹⁹ Al mismo tiempo consensuar la delimitación temporal del objeto de estudio de manera de evitar debates políticos teniendo en cuenta que las reuniones de americanistas convocaban a participantes de distintas nacionalidades e ideas políticas. En esencia, como "ciencia nueva", se proponía una mirada objetiva sobre la historia americana.

La recepción de las ideas americanistas en la Argentina: dos generaciones de estudiosos

Estas ideas que estaban circulando en Francia en torno a la constitución de una ciencia americanista, fueron recibidas en la Argentina por una generación de letrados de la época que como ya se señaló, estaba vinculada a actividades numismáticas, al coleccionismo de documentos, libros antiguos y ediciones "raras" sobre América y en particular del Río de La Plata. Las figuras más prominentes fueron el general Bartolomé Mitre (1821-1906), Andrés Lamas (1817-1891), Ángel Justiniano Carranza (1834-1899), Manuel Trelles (1821-1893), Juan María Gutiérrez (1809-1878), Vicente Fidel López (1815-1903) y Samuel Lafone Quevedo (1835-1920).

Mientras comenzaban a desarrollar su afición al estudio de la historia del Río de La Plata, sobre una relectura del pasado, revisando crónicas coloniales y diarios de viajes, eran testigos de distintos episodios del devenir de esta nueva ciencia en Europa, específicamente de la creación de la "Société des Américanistes" de Francia y de la aparición de la obra de Brousseau de

¹⁹ Intervención de Lucien Adam en el Congreso Internacional de Americanistas de 1877.

Bourbourg "*La histoire des nations.....*" en 1857-1859. Es así que la incorporación del americanismo en la Argentina de aquel período fue un proceso en el que a la misma vez que los estudiosos recibieron las ideas europeas, se proponían confrontarlas con sus propios argumentos.

Parte de los integrantes de esta primera generación rioplatense había compartido desde los años de 1830 distintas experiencias y escenarios de vida en su trashumancia fundamentalmente entre la Argentina, Montevideo y Chile, tanto porque algunos pertenecían a familias con antiguo arraigo en el Uruguay y la Argentina, porque habían nacido en la banda oriental o porque se habían exiliado en aquellos países durante el régimen de Juan Manuel de Rosas (1793-1877), al cual la mayoría de esta generación fueron opositores (Myers, 1998).

Juan María Gutiérrez había compartido con Vicente Fidel López las aulas de instituciones educativas rivadavianas, en el Colegio de Ciencias Morales primero y en la Universidad de Buenos Aires después. Pertenecientes ambos a la llamada generación del '37, sus obras abarcaban todos los géneros – filosofía, historia, economía, novela, drama, poesía, periodismo político-, pero en todos ellos aparecía una problemática común que los mancomunaba: el de la nación²⁰.

Gutiérrez había estudiado en la Universidad de Buenos Aires el curso de ciencias físico-matemáticas (1823-1825) y mientras participaba en las actividades del Instituto Topográfico, continuaba sus estudios en derecho, que concluyó en 1834. Su destierro en 1838 lo había llevado al escenario montevidiano junto a otras figuras de su generación, en donde con el transcurso del tiempo muchos fueron absorbidos por el medio político y periodístico local (Myers, 1998; Halperin Donghi, 2002).

También en aquella ciudad, el uruguayo Andrés Lamas, político, diplomático y redactor de varias publicaciones como *El Universal*, *El Sastre* y *El Nacional* y cuyo padre era el Jefe político de Montevideo se había incorporado a

²⁰ Fue en la historia argentina el primer movimiento intelectual con un propósito de transformación cultural totalizador, centrado en la necesidad de construir una identidad nacional. Las figuras principales del movimiento fueron pocas y dominarían la vida cultural argentina hasta 1880: Esteban Echeverría (1805-1851), Juan Bautista Alberdi (1810-1884), Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, José Marmol (1807-1882), Félix Frías (1816-1881). Entre los extranjeros se encontraba Andrés Lamas. Myers 1998:383.

esta generación del '37, junto a los argentinos Miguel Cané (padre), José Marmol, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre.

Este último había permanecido en Montevideo los primeros años de exilio y allí, en paralelo a la actividad militar (se había alistado en la Academia Militar en 1837), mantendría sus actividades en política. Junto a Andrés Lamas participaría en una experiencia "semiparlamentaria" en "Sociedad Nacional" (1847) y en el periódico *La Nueva Era*, en el que volcaban sus ideas sobre el desarrollo político del momento.

Al tiempo que colaboraba en el periódico *El Iniciador* (Montevideo 1837-1846) y desarrollaba su vocación por los estudios históricos Mitre se integra como miembro al "Instituto Histórico y Geográfico Nacional de Uruguay" creado en 1843 a iniciativa de Lamas, quien había destinado para ello sus colecciones de documentos, iconografía, cartografía y numismática con el objetivo de preparar los materiales para escribir la historia nacional Lamas ²¹.

Para muchos de los miembros de esta generación, en los años siguientes a 1840, su exilio se había continuado en Bolivia, Santiago y Valparaíso. En Chile, Gutiérrez, Mitre y López habían sido testigo de la emergencia de un conjunto de ideas alineadas con un sentimiento de nacionalidad, cuya referencia principal era "la nación argentina" en lugar de una identidad americana o hispanoamericana que había proclamado esta misma generación del 37 en sus inicios, cuando a pesar de reconocer la tutela intelectual europea, habían planteado la importancia del estudio de "lo propio" y de apoyarse en pertenencia a una cultura americana. A través de los años de exilio y los viajes que los habían hecho sentir ajenos a determinadas situaciones, habían encontrado en aquel entonces en la Nación Argentina un punto referencial (Myers, 1998). Efectivamente con el tiempo, la distancia geográfica al lugar de pertenencia se había traducido en una búsqueda por una identidad argentina.

El regreso al país después de la batalla de Caseros, los había involucrado en un período histórico en el que a la vez que se discutía una

²¹ Los miembros del Instituto eran: Teodoro Vilardebó, Cándido Juanicó, Manuel Herrera y Obes, Florencio Varela, Fermín Ferreira, Melchor Pacheco y Obes, José Rivera Indarte, Francisco Araucho, Julián Álvarez, Bartolomé Mitre, Santiago Vázquez, y Bernardino Rivadavia. Véase Lamas 1922; Zubillaga 2003.

organización nacional con propuestas de distintos proyectos para definir el rumbo del país y una política posrosista²², se vivía una Buenos Aires con nuevos espacios de sociabilidad²³, reuniones y encuentros, la creación de espacios tales como el Club del Progreso²⁴ y la expansión de la masonería, una institución que en los años venideros agrupará a los hombres públicos rioplatenses más influyentes de la política argentina. Pilar González Bernaldo de Quirós, ha señalado el rápido crecimiento de estas agrupaciones en la ciudad de Buenos Aires después de la caída de Rosas, no precisamente como un proceso de expansión local, sino ligado a su difusión en la costa atlántica de América del Sur (González Bernaldo de Quirós, 1990, 2001). Las logias creadas en Brasil primero y su expansión por el sur del continente después, atestiguan un desarrollo que se va a concretar en su instalación en el contexto local. El ánimo no es profundizar en esto, sino simplemente señalar la vinculación de muchos de los americanistas de la época a las logias masónicas, como por ejemplo Mitre o Vicente Fidel López.

En aquel contexto histórico los miembros de esta generación participarán en distintas esferas de la vida pública, cultural e intelectual del país. Por su parte, Mitre había combinado su actividad política con la periodística dirigiendo el periódico *Los Debates* (1852) cuyas páginas utilizaba para plasmar sus ideas en torno a una definición política (Halperin Donghi, 2005:83). Al mismo tiempo su afición a la historia que, como ya se mencionó, había comenzado a desarrollar en el exilio y su participación en el Instituto que Andrés Lamas había creado en Uruguay, lo incentivó a fundar una asociación similar en Buenos Aires en 1854: el "Instituto Histórico y Geográfico del Río de La Plata".

Ahora en su tierra natal, se proponía con esta nueva asociación "echar las bases científicas y literarias, cuya falta" sostenía Mitre, "se hace sentir en un pueblo tan ilustrado como el de Buenos Aires", en el cual "en medio de tantos

²² Halperin Donghi (2005) ha tratado los distintos proyectos que se discutieron después de la caída del gobierno de Rosas, sobre los que orientar la nueva política del país..

²³ Sobre las nuevas modalidades asociativas incluyendo la instalación de las logias masónicas en el período ver González Bernaldo de Quirós, 1990, 2001. En alusión a Mitre véase Halperin Donghi.

²⁴ Algunos de los espacios de sociabilidad y en especial el papel del Club del Progreso en la sociedad porteña de la época, han sido tratados entre otros por Giusti 1954 y Malosetti Costa, 2001.

adelantos y progresos, falta todavía un teatro para la inteligencia, una tribuna para la libre emisión del pensamiento científico o literario y un centro para los hombres de ciencia, artes o letras". Así desde el nuevo instituto se motivaba el estudio de la historia, la geografía y la estadística, circunscriptas a "todos los países del Río de La Plata", fuentes de las cuales se podía extraer una "inestimable cantidad de información que aún no había sido clasificada". Mitre esperaba con esto no solo que en el "exterior" se reconociese el trabajo de los americanos sino también contribuir al desarrollo de "una santa hermandad de las ciencias y las letras" favoreciendo la "agitación de las ideas"²⁵.

Junto a ello Mitre fue enriqueciendo su biblioteca particular a través tanto de la compra de obras en el exterior, copias de documentos que le proporciona directamente el archivo de Sevilla, como del intercambio de manuscritos, memorias y libros que mantenía fundamentalmente con Lamas y Trelles y con los chilenos Benjamín Vicuña Mackena (1831-1886)²⁶ y Diego Barros Arana. Este último (1830-1907), hijo de un acomodado comerciante de Santiago y una madre argentina de la aristocracia porteña, era autor de una monumental obra de cuatro tomos sobre la Historia General de la Independencia de Chile, que había escrito durante los años 1854-1858. En su exilio en Buenos Aires, durante el gobierno de Manuel Montt en Chile, había trabado amistad con Mitre y Trelles.

En los inicios de 1860, cuando Barros Arana había viajado a Europa y estudiado los archivos y bibliotecas de Madrid, Simancas y Sevilla había conseguido un manuscrito original de Félix de Azara del cual le prometía una copia a Mitre, además de las memorias póstumas y científicas del Río de La Plata y el Paraguay, una Historia de Chile de Góngora Marmolejo y un ejemplar completo de Herrera de "Décadas"²⁷. También a través de Mitre remitió en esos años copias a la biblioteca del Museo Nacional y a Juan María Gutiérrez, entre otros personajes de aquella generación.

²⁵ Discurso de Mitre en la inauguración del Instituto, en 1854. Reproducido en Mitre 1959: 100-101)

²⁶ Político e historiador chileno. Había participado en el motín de Urriola y en el bando contrario a Manuel Montt, lo que le valió el exilio, y durante el cual viajó a Inglaterra y a distintos países de América.

²⁷ Carta de Barros Arana a Mitre, París, 7 de junio de 1860. Mitre 1912:15-17.

Así, Mitre y Barros Arana al igual que el resto de los individuos que formaban su entorno y avocados a los estudios históricos, habían alimentado parte de sus bibliotecas mediante el intercambio mutuo de libros, publicaciones periódicas y copias de documentos. Junto a ello y como una forma de mantener vivo el intercambio de ideas y de información histórica, Mitre le había enviado una copia del catálogo de su Biblioteca americana instándolo a que el hiciese lo mismo²⁸.

Este interés de Mitre por los estudios históricos, estuvo acompañado como se mencionó anteriormente de su actividad política. En ese lapso de tiempo se había impulsado una transformación en la Universidad de Buenos Aires de la mano de Juan María Gutiérrez, que había regresado al país en los primeros años de 1850. Desde entonces había ocupado una banca como miembro del Congreso Constituyente de 1853 primero y más tarde como Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación; en 1861 Mitre en ese entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires, había nombrado a Gutiérrez Rector de la Universidad de Buenos Aires.

La historiografía argentina ha mencionado que de esta gestión universitaria sobresale la creación del "Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires", que se había creado en 1865 y había desaparecido. Gutiérrez contrataba ahora a tres profesores italianos que en 1865 se pusieron a cargo de distintos cursos dando vida al nuevo departamento²⁹. Como veremos más adelante un grupo de estudiantes de este departamento impulsó la fundación de la "Sociedad Científica Argentina", que se convirtió en una referencia de las actividades de gran parte de los científicos de la época. También en 1869 se creaba en Córdoba la "Academia Nacional de Ciencias" donde se radicaron científicos contratados en Alemania.

²⁸ Carta de Mitre a Barros Arana, 3 de octubre de 1863. Mitre 1912:18.

²⁹ Este Departamento comprendía "la enseñanza de las matemáticas puras, aplicadas y de la historia natural", con la finalidad de formar en su seno ingenieros y profesores, fomentando la inclinación a estas carreras de tanto porvenir e importancia para el país". En 1865 se encontraban en sus funciones Bernardino Speluzzi (m.1898), que había sido profesor de matemática en la Universidad de Pavia; Emilio Rosetti (1839-1908), egresado de la Universidad de Turín, y Pelegrino Strobel (1821-1895), que había sido profesor en la universidad de Parma. Para más detalle ver Halperin Donghi 2005; Babini 1963.

Otra de los personajes de este primer grupo de americanistas que ya hemos mencionado fue Manuel R. Trelles (1821-1893), que en 1854 había fundado junto a Francisco Javier Muñiz, Teodoro Álvarez y Manuel J. De Guerrico, la "Asociación Amigos de la Historia Natural del Plata", que era la revitalización del Museo de Buenos Aires en 1823 y que conservaba colecciones de mineralogía y numismática. Trelles, en 1853 había sido invitado a colaborar en la elaboración del *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española* que se editaba en Madrid, aportando a aquella publicación un *Catálogo de Voces Americanas* y comenzará, en estos años posteriores al gobierno de Rosas a ocupar numerosos cargos públicos, entre otros el de senador en 1858³⁰.

El objetivo de esta nueva Asociación era la conservación y fomento del Museo de Buenos Aires para aumentar sus "existencias con producciones de los tres reinos: con reparaciones anatómicas, y objetos arqueológicos, numismáticos &a. que sean dignos de exhibirse ó que puedan servir para el estudio de las ciencias, de las letras y de las artes"; con esto se promovía la donación no solo de ejemplares de historia natural sino también de productos de la industria y las artes humanas. Se sumaban las colecciones de numismática de monedas y medallas, que Trelles había señalado como "la principal y más importante parte de la arqueología", donde se encontraba concentrado el conocimiento de la antigüedad³¹.

Después de la Batalla de Pavón, se haría cargo del Museo Público de Buenos Aires, Hermann Conrado Burmeister (1807-1892), médico prusiano y profesor de zoología en la Universidad de Halle, que ya había estado en Buenos

³⁰ Muñiz había iniciado sus estudios de medicina en la Escuela de Medicina (1808) graduándose en 1822; a partir de allí, su actividad como médico cirujano se desarrolló a la par de los estudios paleontológicos sobre restos fósiles pampeanos que había hallado en Chascomús mientras oficiaba de médico; sobre estos discutirán más tarde Burmeister, Darwin y Ameghino. Teodoro Álvarez era también médico cirujano, Manuel J de Guerrico, era un estanciero de la provincia de Buenos Aires, coleccionista de arte y militar que se había exiliado en Europa en 1839, y había regresado al país en 1850.

³¹ Trelles informaba la donación por ejemplo de una estatua de barro egipcia en 1843 enviada por Tomas Gowland y una colección de antiguos vasos peruanos donados por Antonio M. Alvarez. Trelles, 1856, citado en Podgorny y Lopes, 2008:81. Según el Catálogo "Extracto del Primer libro de Inventario del Museo Público, después Museo Nacional de Buenos Aires, época del Dr. Burmeister", que recuperó el arqueólogo sueco Eric Boman, en los primeros años del siglo XX, cuando se hizo cargo de la Sección de Arqueología de dicho Museo, se atestiguaba la donación de una momia de Egipto (el cadáver de una mujer), una lanza con un pedazo de asta y un gorro tomados de un indio y una estatua de barro egipcia. Archivo ME-FFyL-UBA. Sobre la creación de esta nueva Asociación y sus actividades, véase Podgorny y Lopes, 2008.

Aires en 1857 después de un viaje por Brasil y los estados del Plata apadrinado por Alexander von Humboldt. (1769-1859)³².

Se mencionó anteriormente que este grupo de estudiosos estaba formado tanto por un grupo de letrados de la época que había compartido experiencias de exilio en la Banda Oriental y otros países americanos, como así también por oriundos del Uruguay. Además de Andrés Lamas, que recordemos mantenía actividades sobre ambas costas del Río de La Plata, también Samuel Lafone Quevedo había nacido en el Uruguay, cuando su padre un agente británico en el Río de la Plata e islas Malvinas que había arribado a la Argentina desde Liverpool en los años de 1820, se había exiliado en Montevideo durante el rosismo.

Cuando Samuel tenía 13 años su padre lo había enviado a estudiar el bachillerato a Cambridge y de regreso en 1858 se instaló en Santa María, Catamarca, para administrar el establecimiento minero "Las Capillitas" perteneciente a su familia; previamente había pasado por Montevideo en donde adquirió una edición de la historia del "Deán Funes que era como la biblia para lo concerniente a la Conquista del Tucumán"; a partir de allí, el mismo diría que se había despertado su interés por los estudios históricos, para comenzar en los años siguientes el intercambio de correspondencia con Mitre (Furlong, 1964). A partir de aquí su relación con Mitre, Lamas y Trelles se fue solventando sobre el intercambio de ideas, de publicaciones y manuscritos sobre la historia de las antiguas poblaciones en la Argentina y el sur del continente en general.

Las biografías de los individuos mencionados hasta aquí, los muestran inmersos en una historia de acontecimientos políticos, sociales y culturales en el Río de La Plata y Chile desde 1830 y que en los años de 1860 y 1870, continuaban con una intensa actividad participando en distintos espacios

³² Burmeister había nacido en un pueblo alemán en donde se doctoró de médico en 1829. Apadrinado por Humboldt había conseguido un subsidio real para viajar a Brasil y así viajó en 1850 a Río de Janeiro y Minas Gerais. Como fruto de ese viaje resultó su trabajo "Sinopsis de los animales de Brasil". En 1856 regresó a América con una carta que le había pedido de recomendación al Rey de Prusia dirigida al Ministro de la Confederación Argentina en Parí, Juan Bautista Alberdi (1814-1884) quien a su vez le dio una carta de recomendación dirigida al General Justo José de Urquiza. Al volver del viaje fue cuando se instaló en Halle para dictar clases y al tiempo regresó a la Argentina para hacerse cargo del Museo Público de Buenos Aires. Anónimo 1892; para un detalle de su actuación científica e institucional en el país, especialmente al frente del Museo Público de Buenos Aires, véase Podgorny y Lopes 2008.

sociales de una elite cultural y política de la época. Por su parte Mitre había terminado su presidencia en 1868 y en los años siguientes además de intentar infructuosamente llegar a una segunda presidencia, fundaba el diario *La Nación* y ocupaba una banca de Diputado Nacional; Gutiérrez, también había finalizado su cargo de rector de la Universidad de Buenos Aires, puesto que ocupaba ahora Vicente Fidel López y desde 1874, Gutiérrez había pasado a integrar junto a Andrés Lamas y Miguel Puiggari, una comisión asesora del Consejo Superior del nuevo rector de la Universidad (Halperin Donghi, 2002). Ese mismo año, Gutiérrez, Trelles y Lamas, trabajaban en la elaboración de un proyecto de Ley orgánica para el Archivo General de la Provincia y a la vez promovían con Mitre el funcionamiento de reuniones para la discusión de temas históricos, geográficos, filológicos, numismáticos y antigüedades americanas.

Es así que el 16 de junio de 1872, el profesor de la Facultad de Derecho y anticuario, Dr. Aurelio Prado y Rojas, secundado por los Dres. Ángel Carranza, Carlos Álvarez, Julián Panelo, y los Sres. D. Ventura, José Marcó del Pont, Miguel Salas, Juan Alsina y Luis Fontana, impulsaba la creación del "Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades". Prado y Rojas, en la sesión inaugural que tuvo lugar en la Sala de Grados de la Universidad de Buenos Aires, espacio facilitado por el entonces rector, Juan María Gutiérrez, celebraba la creación de este tipo de espacios que "demostraban el estado intelectual de un pueblo", ya se por "la cantidad de asociaciones que en el existen como por el aplauso con que es recibida la idea de aumentarlo". En su celebración, Lamas, Trelles y Prado y Rojas, donaron medallas, para las cuales se construyó un mueble destinado a "comprender el monetario social" del Instituto, que se guardó en el museo de la Universidad a cargo del conservador Sr. Luis Jorge Fontana (1846-1920)³³.

³³ Fontana desde 1871 se desempeñaba como conservador del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Buenos Aires. Había nacido en Buenos Aires pero se había radicado en la Patagonia desde 1853 en donde había ingresado como cadete en la comandancia de Río Negro. En 1860 pidió su baja para estudiar en Buenos Aires. En 1866 había comenzado a trabajar en el Museo Nacional bajo la dirección de Burmeister.

El motivo de la nueva asociación era crear en la Argentina, de acuerdo “al movimiento intelectual del universo de las naciones más adelantadas”, una sociedad en la que se desarrollasen los estudios arqueológicos y numismáticos. De hecho señalaban que tanto el historiador, como el geógrafo o el poeta, nutrían sus estudios de la “ciencia de las medallas, hija predilecta de la arqueología”. Esta relación que recordemos ya había planteado Trelles, en la Asociación de Amigos de la Historia Natural, se reavivaba ahora a la luz de la discusión americanista sobre estudios de historia del Río de La Plata y referentes a la América en general.

Para Prado y Rojas, la arqueología era una ciencia sin la cual no se “tendría idea alguna exacta sobre el modo de ser ni sobre las instituciones de los tiempos pasados, ni garantía alguna contra el extravío de los historiadores”. Por su parte la numismática, era la “fuente indispensable de ilustración y de verdad”, y junto a la arqueología echaba luz sobre la historia antigua. Había funcionado como una herramienta reveladora en gran parte de “la arquitectura, la mitología, las costumbres, el arte naval, la vida entera de los pueblos antiguos”, ya que los “reversos de las medallas”, revelaban los sucesos y producciones de cada país. Para los “tiempos modernos americanos”, las medallas eran para los miembros del nuevo instituto, los “monumentos conmemorativos de hechos gloriosos y el mejor medio de apreciar el progreso y la decadencia de las bellas artes en cada nación”³⁴.

En esos años 1870 la organización de este instituto y los nombres asociados a él muestra la incorporación de una generación más joven. Concretamente el Instituto quedaba conformado con Prado y Rojas como Presidente, Manuel Eguía y Ángel J. Carranza, vice-presidentes; presidente honorario, Manuel Trelles y vicepresidentes honorarios los Dres. Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez y Bartolomé Mitre, socios corresponsales en el exterior, los chilenos Benjamín Vicuña Macken y Diego Barros Arana y socios activos Vicente Quesada, Rafael Trelles, Vicente Fidel López, José Ignacio

³⁴ Discurso de Aurelio Prado y Rojas en el día de la instalación del Instituto. *Boletín Mensual del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, vol I, nº 1, 1874.

Garmendia, Carlos Vega Belgrano, Juan Martín Leguizamón y de la nueva generación Francisco Pascasio Moreno y Estanislao Zeballos³⁵.

Estanislao Zeballos había nacido en Rosario, provincia de Santa Fe en 1854, donde comenzó sus primeros estudios para finalizarlos en el Colegio Nacional de Buenos Aires; más tarde al ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires se vinculó con jóvenes con inquietudes científicas, y mientras completaba su doctorado en Derecho, asistirá a los cursos de ciencias exactas, físicas y naturales que se dictaban en la Facultad de ingeniería.

En 1872, con 18 años había promovido junto a un grupo de profesores, diplomados y estudiantes, la creación de una “Asociación Científica” que meses más tarde recibió el nombre de “Sociedad Científica Argentina” y cuya finalidad fue especialmente “el estudio de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, con sus aplicaciones a las artes, a la industria y a las necesidades de la vida social”, nombrándose primer presidente a Luis A. Huergo (1839-1913). En sus comienzos fue la única tribuna científica argentina y el único centro de consulta de los gobiernos de la Nación y la Provincia. Sus actividades estuvieron orientadas a la divulgación del conocimiento por medio de conferencias y debates, asesoría a los poderes políticos elaborando proyectos o informes en torno a cuestiones públicas, y la promoción de la aplicación de los avances científicos a la industria (Babini, 1963).

En los años siguientes a su fundación, esta Sociedad ofrecía de manera similar al “Instituto Bonaerense...” una biblioteca con obras científicas e históricas de la República Argentina, en la que se incluían obras de Darwin, d'Orbigny, Bravard, una donación de Juan María Gutiérrez, de libros publicados en Chile referidos a la historia chilena y de difícil adquisición en Buenos Aires escritos por Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackena y el vicepresidente de la Sociedad, Guillermo White, incorporaba una colección de mapas del Río de La Plata y un atlas de geografía universal³⁶

³⁵ *Boletín Mensual del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, 1874, Vol I, nº 1, 2, 3, 4, 5.

³⁶ *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo I, 1876,

Por su parte, Francisco Pascasio Moreno (1852-1919) se había asociado a la “Sociedad Científica Argentina” desde sus inicios gracias al vínculo que unía a su amigo José María Ramos Mejía (1842-1914)³⁷ con Estanislao Zeballos, ya que ambos compartían la fundación de los *Anales Científicos Argentinos*, publicación en la que se resumían trabajos de americanistas europeos y de estudiosos argentinos. Moreno era el autor de un trabajo aparecido en la *Revue d'Anthropologie* dirigida por Paul Broca y del cual ellos habían publicado una traducción al castellano en el primer número de los *Anales*³⁸.

Francisco Pascasio había nacido en el seno de una familia acomodada ligada a distintas actividades comerciales y financieras. Por su línea materna estaba vinculado a los Holmberg y Schiaffino dos familias de la elite porteña de la época. Su padre era amigo de Domingo Faustino Sarmiento, de Bartolomé Mitre y de Juan María Gutiérrez. Como ya ha señalado Farro, estos vínculos familiares fueron en un principio los que le facilitaron a Moreno su ingreso a las asociaciones de carácter sociocultural y científicas en la ciudad de Buenos Aires. De hecho fue Juan María Gutiérrez quien mientras ejercía como Rector de la Universidad de Buenos Aires lo invitó a participar en las primeras reuniones del Instituto Bonaerense que se hacían recordemos en los salones de la Universidad.

En estas reuniones en el “Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades” los miembros intercambiaban información sobre obras históricas y manuscritos y discutían trabajos de americanistas europeos que se recibían del exterior a través de los corresponsales o aquellos elaborados por los mismos socios; parte de ellos aparecerán en el Boletín del cual solo se editaron cinco números³⁹. Hay que señalar que desde los años de 1850, gran parte de estos individuos habían participado en una labor historiográfica que mostraba intensidad en estos años; se habían relevado fuentes, elaborado algunas obras históricas como por ejemplo la *Historia Argentina* (1862) publicada por Luis

³⁷ Médico. En 1875 fundaba el Círculo Médico Argentino del cual también impulsa los Anales. Lo acompañaron en estas iniciativas entre otros, Eduardo L. Holmberg y Pedro Arata. Para un análisis de su perfil positivista véase Terán 1987.

³⁸ Para una exhaustiva descripción y análisis de las redes familiares y de amistad de la familia Moreno, véase Farro, 2008.

³⁹ Aparecieron cinco números del Boletín. Marcó del Pont 1893.

Domínguez, la *Biografía de Belgrano* (1858), de Mitre, y organizado revistas tales como la *Revista del Río de La Plata* (1871-1877), la *Revista de Buenos Aires* (1863-1871), la *Revista Argentina* (1868-1872), la *Revista del Archivo* (1869-1872) o la *Revista de la Biblioteca* (1870-1882) (cf Bertoni, 2001). Vicente Quesada había también fundado en 1861 la *Revista del Paraná*, “finalizada a causa de los sucesos políticos producidos después de la Batalla de Pavón”⁴⁰. Estas obras y publicaciones periódicas alimentaban las reuniones del instituto, generando el intercambio de ideas y la difusión de los estudios entre los participantes. Se sumaba también las conferencias de los socios, así por ejemplo Juan Alsina preparó una conferencia “histórico-geográfica” del emperador mexicano Agustín Iturbide; Ventura y Marcó del Pont, tradujeron y leyeron una memoria enviada desde Argel, por el Dr. E. Bertherand, “Excavaciones de los Dolmens en la Meseta de los Beni Messous”; más tarde Prado y Rojas, leyó traduciendo del francés, “Los ligures”, enviada desde Florencia por Dora D’ Istria⁴¹. En la siguiente reunión, Adolfo Carranza (1857-1914), estudiante de derecho en la Universidad de Buenos Aires, hizo una reseña sobre el estudio de las medallas, no sin antes pedir a sus oyentes “persistir” como “sociedad” y llamar “la atención de las sociedades científicas del viejo mundo”. A la presentación de Carranza le siguió en el mes de mayo la de D. Pabelo con un trabajo sobre las “divisiones generales de la arqueología y sus diversas aplicaciones al progreso de las demás ciencias”; y, la de Francisco P. Moreno en la que narraría su viaje de exploración a la Patagonia. Titulada “Los paraderos y sepulturas de los Primitivos habitantes de la Patagonia” la presentación estaba acompañada de la exhibición de una colección de puntas de flecha formadas de piedra que había recogido en aquellos parajes. Además de enumerar las adquisiciones, se extendió con “reflexiones de la antropología de la región e invitó a los oyentes a su museo particular a visitar y “convencerse de la exactitud de las descripciones que había hecho y de las consecuencias deducibles de ellas”⁴²

⁴⁰ *Nueva Revista de Buenos Aires*, Tomo I, 1881.

⁴¹ *Boletín Mensual del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, 1874, Vol I, nº 2.

⁴² Disertación de Francisco P. Moreno en el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades. Actas del mes de Mayo de 1874. *Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*. Tomo I, 1874.

La incorporación de Moreno y Zeballos al Instituto significó al mismo tiempo una incorporación a las ideas americanistas de la mano de una generación más grande y empaparse de las ideas eruditas de Lamas y Mitre, cuyas bibliotecas eran famosas por el volumen y los valiosos ejemplares que estaban reuniendo de las obras de Wiener, d' Orbigny, Rivero, Squier, entre muchos otros y copias de documentos inéditos, conseguidos a través, como ya se mencionó de los archivos históricos de Europa. Lafone Quevedo mencionaría más tarde también la biblioteca de Manuel Trelles y recordaría a esta tríada como un "archivo ambulante"⁴³.

Este grupo de individuos más joven al que hemos hecho mención, lo integraba además de Moreno y Zeballos, Ernesto Quesada. A su vez ellos participaban en círculos científicos y literarios de la época en los que se destacaban las figuras de Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), Luis María Ramos Mejía y Luis Jorge Fontana y los hermanos Enrique (1856-1935) y Félix Lynch Arribalzaga.

Eduardo L. Holmberg había sido uno de los primeros socios de la "Sociedad Científica Argentina" e íntimo amigo de Luis María Ramos Mejía, y que compartía los espacios de sociabilidad con Francisco Moreno y Zeballos, entre otros. Hijo de Eduardo Holmberg y Balbastro y una dama de raigambre argentina, Laura Correa Morales, había pasado su infancia y juventud en una quinta de la antigua chacra de los Recoletos. Después de estudiar como pupilo en el establecimiento fundado por Francisco Reynolds en la antigua calles Artes (hoy Carlos Pellegrini), siguió sus estudios preparatorios en la Universidad en 1871, para ingresar a la Facultad de Medicina. En estos años de estudio, junto a los hermanos Félix y Enrique Lynch Arribalzaga y Ernesto Quesada, entre otros, crearon en 1871 la "Sociedad de Ensayos Literarios", que se constituyó el antecedente para la formación del "Círculo Científico Literario" (1872), cuyas reuniones se realizaban en la redacción del diario *La Nación*, recordemos fundado por Mitre. Más tarde Holmberg fundaría con Enrique Lynch

⁴³ Lafone Quevedo S. "Manuel Ricardo Trelles. Su saber como americanista", en *La Nación*, 30 de abril de 1890.

Arribalzaga el periódico *El Naturalista Argentino*⁴⁴. Varios de ellos también participaron en ese entonces de la "Academia Argentina de Ciencias y Letras", integrada por Eduardo L. Holmberg, Enrique Lynch Arribalzaga, Luis Fontana, periodistas como Carlos Vega Belgrano, poetas como Rafael Obligado, los artistas Lucio Correa Morales y Ventura Lynch y Ernesto Quesada y en cuyo órgano de publicación *El Plata Literario* que apareció en 1876 se publicó "Colección de Voces Americanas", un trabajo que Trelles había preparado en 1853 (Pagés Larraya, 1960).

Zeballos en 1879, junto al ingeniero Otto Krausse y los tenientes coroneles Urtubey y Olascoaga, presentaban un proyecto para la creación de un Instituto Geográfico Argentino con el objetivo de: 1) Promover y fomentar la exploración y descripción de los territorios nacionales, costas, islas y mares adyacentes de la República Argentina y países limítrofes; 2) Publicar una revista para dar a conocer sus trabajos al país y al extranjero; 3) Ofrecer a los poderes públicos el concurso del Instituto para todos aquellos objetos que se relacionan con los fines de la Sociedad⁴⁵. El mencionado proyecto fue presentado en el diario *La Prensa* para suscribir su acta de instalación, con la presencia de los socios honorarios Mitre, Lamas y Trelles, quedando Zeballos como su fundador y estos socios "que ya habían sido miembros del Instituto Histórico Geográfico", como colaboradores y se nombraba además, al etnógrafo sueco Erland Nordenskiöld como socio honorario en el exterior⁴⁶.

En los años siguientes, en las páginas del Boletín del Instituto se publicarán los listados de las obras europeas relativas a la geografía y a la historia americana que se iban incorporando a la biblioteca. Además de las publicaciones que se recibían en canje tales como el *Bulletin of the American Geographical Society* de Nueva York; *L'Exploratore*, de Milán; *Boletín de la Sociedad*

⁴⁴ En este periódico se publicaban notas sobre insectos, las faunas del Delta, de Salta, Baradero, trabajos sobre arañas, mosquitos y descripción de catálogos de colecciones científicas. Pagés Larraya 1960.

⁴⁵ Los primeros socios del Instituto además de los mencionados, fueron los Sres. Coronel M. Guerrico, Dr. Faustino Jorge, Mayor Federico Host, Mayor Jordán Wysocki, Rafael Lobo y Mario Biggi, de la Oficina Hidrográfica, General Julio de Vedia, Agrimensor Pedro P. Pico, Ramón Lista, Clemente L. Fregeiro, Ingeniero Emilio Rosetti, Capitán Martín Rivadavia y Dr. Benjamín Araoz. Correa Luna, 1896:246

⁴⁶ Memoria del Instituto Geográfico Argentino. 1880, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo I cuaderno 2 Tomo II, 1881, cuaderno 3. .

Geográfica de Madrid y el *Boletín de la Sociedad Geográfica* de Lyon, se organizaban en un catálogo las obras de Aníbal Echeverría y Reyes, Du Graty, W. Parish y M. Paz Soldán, Clemente Fregeiro, Juan M. Gutiérrez, Andrés Lamas, Vicente Fidel López, Vicente Quesada, Martínez Walker, Ángel Carranza, Jorge Fontana, Eduardo L. Holmberg, Francisco Moreno, Estanislao Zeballos, Roland Bonaparte, Martín Leakey, Aurelio Prado y Rojas y Alcides d'Orbigny. Cuatro años después los socios del Instituto tenían la posibilidad de consultar una biblioteca con publicaciones de geografía general como de antropología, historia, memorias de viajes y exploraciones, derecho y leyes y escritos políticos⁴⁷.

De manera similar a la biblioteca de la "Sociedad Científica Argentina" o a la del "Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades", esta se constituía en una puerta de ingreso a los temas que agitaban las ideas americanistas de la época y por lo mismo permitía a los socios mantenerse al tanto de los últimos debates y colecciones de libros, documentos y objetos que circulaban tanto en el país como en el extranjero.

La presencia argentina en los Congresos Internacionales de Americanistas y la construcción del americanismo local

Después de haberse creado el "Instituto Geográfico Argentino", Estanislao Zeballos asistía al Congreso Internacional de Americanistas que ese mismo era celebrado en Bruselas; lo acompañaba Vicente Quesada, Diputado y Director de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, Ernesto Quesada, Secretario de la Biblioteca Pública de Buenos Aires ⁴⁸ y F. Ameghino que presentaba dos trabajos: "*La plus haute antiquités de l'homme dans le nouveau Monde*" e "*Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina*".

En una de las sesiones de discusión, Ernesto Quesada intervino en apoyo al delegado por Ecuador, J. M. Torres Caicedo, que había propuesto la

⁴⁷ *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 1883, T, IV.

⁴⁸ El resto de los delegados eran: H. Álvarez, Subsecretario de Estado; Nicolás Avellaneda, Presidente de la República; Ernest Bergmann, Cónsul de Bélgica en Buenos Aires; Calvo y Capdevilla, Ministro de la República Argentina en Bruselas; Emilio Coni; Mariano Varela, Ministro de Relaciones Exteriores; Walls, Periodista del Diario de La Plata; A. Zimmermann Saavedra, Secretario del Consulado de la república Argentina en Bruselas,

creación de una sección para los estudios de la América Post-colombina. Sus palabras se traducían en un “deseo de ver un día que el Congreso creara una sección especial para estudios de la América moderna, digna también de atraer la atención de la ciencia (cf Comas, 1974: 66). A su intervención le siguieron las oposiciones de muchos de los delegados europeos que sostenían la necesidad de limitarse a discutir temas del período precolombino. Eugene de Beauvois fue uno de los primeros en oponerse y refiriéndose incluso a la intervención que hiciera Ernesto Quesada de una memoria de Vicente Quesada titulada “L’imprimerie dans l’amerique espagnole”, creía inconveniente que en estas reuniones se discutiera sobre la América Contemporánea o del siglo XVII y XVIII porque “eso podría introducir la política en los debates y discusiones entre sus miembros”⁴⁹.

La “prosperidad” de estos Congresos residía exclusivamente en el terreno científico tratando la época del descubrimiento y de las primeras exploraciones del siglo XV y XVI.⁵⁰ De la Espada, presidente del Congreso respaldó esta postura para evitar las “cuestiones irritantes de la política” aunque reconocía que la política española en América tenía una “legislación imperfecta” y en este sentido “era necesario protestar contra la guerra que injustamente España había ejercido sobre los antiguos habitantes de la región”. Quesada se defendió negando su intención de hacer “un juicio histórico ni de juzgar el rol de España” (Podgorny, 2004).

En este sentido, los americanistas, intentaban crear un espacio inerte a las diferencias políticas creando una matriz sin juzgamientos históricos. Como ha señalado Bernabeu Albert (2007) el ascenso del hispanoamericanismo desde fines del XIX fue una de las señas de identidad más difundida por España y su proyección internacional. Su objetivo era articular una comunidad transnacional en torno a cuatro ejes: la religión, el idioma, las costumbres y la historia. En este sentido para el americanismo español, la historia sería un componente esencial tanto por la necesidad de crear y dar sentido a una comunidad, una trayectoria

⁴⁹ Actas del Congreso Internacional de Americanistas, Bruselas, 1879. *Compte Rendu de la tercer Sesión*. Bruselas. 1879: III, 1: 385.

⁵⁰ Intervención de Eugene Beauvois en el Congreso Internacional de Americanistas. *Compte Rendu de la tercer Sesión*. Bruselas. 1879: III, 1: 387

y un futuro común, como por su poder político de integración que uniera las relaciones sociales y los proyectos de las naciones-estados a ambas orillas del Atlántico (Bernabé Albert, 2007).

En este ocultamiento de las diferencias políticas parecía incluirse las barreras geográficas. Incluso tiempo después en el Congreso en Sevilla, G. Marañón, definiría los mapas como construcciones artificiales que había brindado una visión “mezquina” que debían romper conjuntamente la historia y la geografía, ya que la primera “no cabía en ninguna frontera”. Esta visión, también despojaba a la historia de un pasado construido de manera diferente en cada localidad geográfica con todas las particularidades que esto podía tener. La propuesta era “mirar el mundo” como hombres sin “etiquetas”, rescatando que en la misma “mesa se sentarían americanos de América, americanos de Europa, y en definitiva, de todos los países”. Así los hombres de esta “nueva ciencia” pugnaban por una historia sin fronteras territoriales y políticas, característica que los diferenciaba precisamente de aquello que no eran americanistas y que habían hecho del “africano, el indio, el oriental y el nativo de Oceanía su objeto de estudio privilegiado”⁵¹.

Este tipo de discusiones no se agotaron por completo ni en la primera ni en la segunda sesión, sino que demostraron la necesidad de definir al americanismo; tal es así que en 1888 en el Congreso de Berlín, su Presidente J. Fabié, afirmaba nuevamente lo que hasta ese momento se entendía como ciencia americanista: un conjunto de estudios que tenían por objeto el “conocimiento de las razas y de las civilizaciones del Nuevo Continente, anterior a su descubrimiento en el siglo XVI; así como a los hechos que inmediatamente siguieron a aquel importante suceso”⁵².

La intervención de Quesada dejaba en claro que los europeos querían generar un espacio en el que confluyeran “ideas” científicas despojadas de toda connotación política. En el contexto local no se discutía el recorte temporal; era

⁵¹ Intervención de G. Marañón en el Congreso de Sevilla. Actas del Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 1884.

⁵² Discurso del Presidente del Congreso Internacional de Americanistas. J. Fabié, *Compte Rendu* de la Septième Session- Berlín. 1888, 1890): 72.

evidente que la incorporación al movimiento americanista significaba enfrentar un diálogo sobre la definición de la historia. Fundamentalmente cuestionarse quién la hacía, cómo y quien la continuaría.

Sin embargo, uno de los problemas que ya había señalado Aurelio Prado y Rojas con la creación del "Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades" en 1872 y que repetiría casi diez años después, en 1881 Ernesto Quesada, era la falta de intercambio científico y de espacios para ello. Quesada propondría concretamente organizar un Congreso Literario, que tenía como fin unir a los hombres de Letras, no solo de la Argentina sino de toda Latinoamérica, y dar a conocer el estado de la literatura, de la historia y la ciencia en sus respectivos países. Los temas de la sección de historia específicamente, rondarían sobre el desarrollo de los estudios históricos americanos y sus historiadores, incluyendo las publicaciones europeas sobre la historia y las ciencias americanas. Este congreso, en consonancia con los internacionales, se perfilaba como un "terreno neutral, donde desapareciendo las diferencias políticas, sociales y religiosas", podían confraternizar los "eruditos, publicistas y los estudiosos, estrechando relaciones fructíferas para el porvenir" (Quesada, 1881: 596).

Para Quesada, uno de los problemas para consolidar el americanismo en la Argentina como en el continente resto del continente, residía en el "aislamiento intelectual que existía entre los países latinoamericanos". Se lamentaba que "todo el mundo hablaba del americanismo" y los americanos habían quedado ajenos al "extraordinario movimiento intelectual" europeo en el que se intentaba definir esta ciencia.

El propósito del congreso era precisamente quebrar ese aislamiento para contribuir e involucrarse desde el lugar de americanos, con las discusiones que venían sosteniendo los europeos en las reuniones científicas desde 1875. A favor de su proyecto para la realización del congreso, Quesada se adelantaba a las voces contrarias argumentando: "Se levantan objeciones en todas partes, se pretende que los congresos internacionales no son fructíferos, ni por su índole ni por su tendencia; que aún es prematuro hablar de una ciencia americanista y

se llega a desconocer la existencia o legitimidad del americanismo. Conviene demostrar que en el estado actual de la civilización, los congresos internacionales son el único medio provechoso para facilitar un rápido progreso, y que para los americanos, es esto tan indispensable, cuanto que debemos incorporarnos al movimiento americanista, con cuyo motivo se hace necesario una vez por todas legitimar la existencia del americanismo como ciencia" (*idem*: 597). Reclamaba en definitiva que en otros países existían ya sociedades que se dedicaban específicamente a discutir sobre el americanismo tratando "la tierra que vivimos, las razas de que descendemos y los monumentos que nos rodean" y que además, habían impulsado los congresos, con lo cual "ya no había dudas de que era una ciencia" (*idem*: 597).

Siguiendo los preceptos de las discusiones internacionales, Quesada la definía como "la rama de los conocimientos humanos que se ocupa de todo lo que se refiere a América (especialmente su arqueología y etnografía). Ante esta definición que para el demostraba su existencia como tal, ponía en evidencia la letanía de las discusiones científicas en la Argentina, que mientras el movimiento internacional discutía sobre la antigüedad del hombre y del continente, el origen de los pueblos indígenas, de sus lenguas, la influencia del medio sobre la raza y el porqué de las diferencias raciales, los científicos locales permanecían ajenos (*idem*: 599).

Paralelamente Quesada se encargará de divulgar los temas que se discutían en Europa, a través de las reseñas que hacía en la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881), fundada por Vicente Quesada (1830-1913) orientada al estudio de la historia americana. Aquella revista estará organizada en distintas secciones, las "publicaciones americanas o sobre América" serán agrupadas en una sección correspondiente a América y también una sección dedicada a Europa, con las publicaciones inglesas, francesas, alemanas, belgas, suizas, italianas, y españolas⁵³ que circulaban en el Viejo continente.

Esto se enmarcaba además en otra inquietud de la elite intelectual y política de la Argentina: la historia de la nación. Para confrontar el diálogo y las

⁵³ *Nueva Revista de Buenos Aires*, Tomo I, 1881.

ideas de estos americanistas europeos, no bastaba con la retórica de un discurso que afirmase que “el pasado americano lo construían los americanos”. Para ello se necesitaban argumentos que se construían precisamente sobre la interpretación de las fuentes históricas, el análisis de las monedas y medallas y las antigüedades. Como ha señalado Lilia Ana Bertoni, hacer la historia nacional era un aspecto ineludible de la construcción de una nación (Bertoni, 2001: 255). Esta es consideramos la clave para entender el diálogo de confrontación que mantuvieron los primeros americanistas locales con sus colegas extranjeros: el dominio del conocimiento del pasado, brindaría elementos para a la vez que construir una historia propia, insertarse en un movimiento científico internacional. Evidentemente la percepción era que ante la letanía de los rioplatenses, se estaba dejando la interpretación del pasado en manos europeas.

Un lugar para el Río de La Plata en la historia americanista

Una de las maneras para los estudiosos locales de incorporarse a esta ciencia internacional americanista era instalando un tema sobre el cual los europeos no habían prestado atención: el Río de La Plata. Esta había entusiasmado, recordemos entre los años de 1850 y 1860, a buena parte del grupo letrado de la Argentina como de la Banda Oriental.

En las primeras reuniones internacionales a las que ya habían asistido el diputado Vicente Quesada y miembro externo de la Société des Américanistes de Francia, Juan María Gutiérrez y Estanislao Zeballos, se intentó definir la “orientación” que se le daría al americanismo y la relación entre la América precolombina y el Viejo Mundo. Efectivamente la cuenca del Plata estaba ausente y la construcción de la historia americana que estaban haciendo los europeos alimentó el intercambio de ideas entre Mitre y su grupo más cercano, incluyendo su amigo chileno Diego Jacinto Agustín Barros Arana.

En 1875, después de la reunión en Nancy, Mitre le señalaba a Barros Arana, en referencia a la *Revista Chilena* que dirigía, que la “América del Sur no se conoce a sí misma, sino por los estudios de los sabios europeos desde

Humboldt hasta Agassiz. Cuando nos quejamos de que Europa no nos conoce bien y que sus escritores comentan los mas groseros errores al hablar de nosotros, olvidamos que sin los europeos no nos conoceríamos a nosotros mismos". La cuestión para Mitre era la falta de estudiosos en la América del Sur, con "algunas excepciones", que dieran muestras de conocer el país en profundidad, pensadores originales y "profundos conocedores de idiomas indígenas". Esta falta de "estudios serios" para Mitre era un lugar ocupado por trabajos precisamente inconsistentes, cuyo mejor ejemplo era para él, el del francés Brasseur de Bourbourg, a quien calificaba de "charlatán, ignorante, con erudición escasa" y "conclusiones desprovistas de criterio". Mitre le anunciaba que se proponía escribir una nueva obra sobre materiales reunidos por él de "antropología y etnografía", titulada "El hombre salvaje de la cuenca del Plata"; allí trataría la "cuestión de las razas americanas", "sus lenguas" "geografía y migraciones", para armar así una historia de la conquista del Río de La Plata, que aparentemente "faltaba en la literatura americana tal vez por (...) ser menos dramática que la de México, Perú y Chile"⁵⁴.

Esta "falta de historia" del Río de La Plata, para Mitre era el lugar que podía ocupar el americanismo local y de alguna manera animaba a Trelles que en ese entonces dirigía la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, a construir una historia de esta región apoyada en la evidencia histórica disponible. Trelles contó para ello efectivamente de los archivos y bibliotecas de Andrés Lamas y de Bartolomé Mitre y de los originales del Archivo General de Buenos Aires, institución que había dirigido durante dieciocho años. De hecho durante estos años orientaba la páginas de su "Revista...." para la presentación de documentos útiles "para servir a la historia y a la administración de estos países", con notas críticas o comentarios de Lafone Quevedo, Mitre y Carranza entre otros⁵⁵.

En el primer número de la Revista, del año 1879, Trelles agradecía la benevolencia de Mitre al haberle facilitado las "*Carta de Indias*", obra impresa

⁵⁴ Carta de Mitre a Barros Arana, 20 de octubre de 1875. Mitre 1912: 65.

⁵⁵ *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (fundada por la protección del Gobierno de la Provincia), Tomo I, 1879, Buenos Aires.

por el gobierno de España y que contenía entre los documentos relativos a la conquista de distintas regiones de América, “once cartas de los conquistadores del Río de La Plata”; al mismo tiempo agradecía a la “Madre Patria” la impresión de estos “valiosos contingentes” de antecedentes históricos que guardaba en sus archivos.

Mientras elaboraba su estudio y revisaba los materiales históricos que había reunido para ello, Trelles hizo notar al Conde de Toreno, Ministro de Fomento del Gobierno español, que a pesar de los “interesantes datos biográficos” y notas relativos al Río de La Plata extraídos para estudiarlos y compararlos con sus “apuntes hechos sobre documentos”, encontraba “pocos datos útiles en el vocabulario geográfico y errores” e incluso la “falta de otros”, que el mismo había publicado en el *Registro Estadístico de Buenos Aires*, en 1856 a 1872, en la *Revista del Archivo General*, 1869-1872, y en los libros sobre la cuestión de límites con el Paraguay, con Chile y con Bolivia (Trelles, 1879: 325).

En esta misma Revista publicó “Diego García. Primer descubridor del Río de La Plata”, un trabajo cuyos dos primeros capítulos se habían escrito tiempo antes con motivo del estudio realizado por Andrés Lamas, que recordemos que desde 1874 se había establecido en la Argentina y junto a Trelles y Gutiérrez, había participado en la elaboración de un proyecto de ley orgánica para el Archivo General de la Provincia de Buenos Aires⁵⁶.

Después de leer el trabajo de Lamas de “crítica histórica” sobre los viajes de Juan Díaz de Solís, Trelles anunció al igual que Mitre la falta de una historia del Río de La Plata de que la aún no se habían ocupado ni “cronistas ni historiadores” e incluso deslizaba una crítica al mismo Lamas acusándolo de haberle dado “más importancia a las afirmaciones de algunos cronistas, que a los documentos auténticos que ya había publicado Navarrete” (Trelles, 1879a). Trelles se ocupaba entonces de los “errores y contradicciones” que entendía había cometidos los cronistas e incluso algunos de sus contemporáneos.

Para Trelles, el “historiador no busca nombres para ensalzar ni oropes con que deslumbrarse. Lo que busca es la verdad, los hechos y lo que tiene que

⁵⁶ En 1884 Lamas participó en la Comisión que implementó su nacionalización dando origen al actual Archivo General de La Nación.

discernir en todos los casos, es la justicia, llámese como se llame" (Trelles, 1882). Promoviendo el estudio de los documentos originales como forma de no "seguir repitiendo servilmente a los cronistas", celebrara las donaciones de libros para la Biblioteca Pública de Buenos Aires, que habían realizado Mitre, Lamas, Zeballos, Moreno, Emilio Coni (1855-1928)⁵⁷, Vicente Quesada y Ramón Lista (1856-1897)⁵⁸, y ofrecía sus páginas para publicar documentos relativos a la conquista del Río de la Plata y de América en General⁵⁹.

De este grupo Mitre tuvo el papel más destacado en el diálogo con los americanistas europeos marcado fundamentalmente por su tono de confrontación. Su biblioteca y el seguimiento de los debates e ideas que sobre el nuevo mundo discutían en Europa, le otorgaban un papel destacado en el momento de señalar un rumbo para el americanismo. La magnitud de su "biblioteca americana", como ya lo mencionamos, reconocida en la época como "selecta y voluminosa", se podía apreciar ya en 1875 a través del catálogo que él mismo había confeccionado. En este, adoptando un sistema de clasificación teniendo en cuenta "las materias" que constituían su colección, en términos generales "la historia, geografía y la etnografía", se podían encontrar obras sobre "América anticolombiana", razas, lenguas indígenas, descubrimiento de América, América en general, del Río de La Plata, y láminas y mapas⁶⁰. Durante los años siguientes, Mitre puso a disposición de sus más cercanos sus libros y manuscritos, incentivándolos a contribuir en la construcción de la historia argentina y americana.

⁵⁷ Higienista. Dirigirá en 1886 la Dirección General de Saneamiento de la Provincia de Buenos Aires.

⁵⁸ Había nacido en Buenos Aires y después de estudiar en el Colegio Nacional de Buenos Aires completó sus estudios en Alemania y Francia. Al regresar, en los años siguientes explorará la Patagonia y la Tierra del Fuego. Entre 1887 y 1892 ocupará el cargo de Gobernador de Santa Cruz. En 1897 a instancias del Instituto Geográfico Argentino navegará el río Pilcomayo y muere asesinado durante el trayecto en la selva chaqueña.

⁵⁹ En el Tomo II de la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, correspondiente al año 1880, vuelve a hacer alusión a su artículo sobre el Río de La plata, publicado en el tomo anterior, para demostrar de nuevo la necesidad de estudiar "documentos originales", Tomo II, 1880: 97

⁶⁰ Carta de Mitre a Barros Arana, 20 de octubre de 1875, Mitre 1912: 48-78.

Colecciones de objetos y cráneos indígenas americanos para el diálogo americanista

Ya se ha mencionado que unas de las características del americanismo durante este período fue el ensamble de distintos individuos con diversos intereses. Si se puede identificar a Mitre y su grupo más cercano como coleccionistas de monedas y medallas, documentos y manuscritos que reeditarían en una historia del Río de La Plata, Moreno y Zeballos, se identifican con el estudio y exploración de la Patagonia y la recolección de objetos de las sociedades indígenas de la región.

Aunque los vínculos que mantenían entre sí son evidentes cuando se examinan los nombres de los miembros de los institutos o sociedades, lo más relevante es que junto a este grupo más joven se perfila también una nueva ciencia americanista, ligada al coleccionismo de antigüedades, objetos indígenas y la creación de museos.

Zeballos compartía con Moreno la afición por los objetos y cráneos indígenas, y por moción del primero, la Sociedad Científica Argentina, había dado vida a un museo nombrando a Moreno su director. Allí se almacenaban colecciones de cráneos de razas prehistóricas y actuales de la Argentina, objetos calchaquíes, de la Patagonia y del Chaco⁶¹.

En 1877 las colecciones de Moreno se constituyeron en el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, en la ciudad de Buenos Aires. Se afirmaba entonces la creación de este museo como un espacio donde “depositar los tesoros de la historia natural del hombre” (Podgorny, 1998). Más tarde, en 1884 este dio lugar a la fundación del Museo de La Plata. En sus primeros años se pueden encontrar el nombre de Mitre asociado a la donación de una colección de vasos cerámicos del Perú, en 1878 y el de Lafone Quevedo de una colección de objetos calchaquíes. Sobre esta colección se creó la subsección de “Arqueología calchaquí” de la que Moreno lo nombró su curador honorario en 1888 (Farro, 2008).

⁶¹ Un detalle de este museo, de las colecciones de Moreno y de Zeballos, véase Farro, 2008.

Efectivamente estas actividades desarrolladas por Moreno y Zeballos que combinaban el estudio y la formación de colecciones de antigüedades, cráneos y esqueletos y objetos indígenas, formaban el sustento con el cual se iban incorporando al americanismo y se traducían en los elogios que recibían de la vieja generación. Por un lado sus actuaciones a la vez que enaltecían la nación, contribuían a armar su historia y esto era lo que permitía tomar una posición clara en la ciencia americanista internacional.

En 1879 Mitre había publicado *“Arqueología Americana. Las ruinas de Tiahuanaco”*, sobre la base de sus recuerdos del viaje realizado en 1848, cuando cruzaba la altiplanicie boliviana en dirección a Tiahuanaco. En este trabajo Mitre no apelaba simplemente a la incorporación de los estudiosos argentinos a los cánones europeos, sino que el eje de sus ideas era que las poblaciones americanas, su antigüedad, geografía, objetos, ruinas y monumentos arqueológicos eran una evidencia que servía a la ciencia para argumentar que geológicamente el nuevo mundo era más antiguo que el viejo, de “donde se pretendía hacer venir las plantas y animales que lo poblaron” e incluso a los hombres.

Las cuestiones que se discutían en el contexto internacional del americanismo a los fines de la definición de esta nueva ciencia, eran como ya se mencionó, los temas y las pruebas sobre las que se apoyarían los argumentos. Por ejemplo Lucien Adam, presidente de la sesión de Bruselas en 1879, sostenía la necesidad de “estudiar América en sí misma”, dejando las “leyendas” que nutrieron a los estudiosos cuando aún no había “ni método ni espíritu científico” y rechazar las hipótesis imaginarias sobre el origen de las culturas en América (Comas, 1974: 19). Mitre a la par de estas definiciones retomaba en la publicación sus ideas sostenidas treinta años atrás apoyadas en lo que el mismo consideraba una “arqueología especulativa”; promovía ahora, el desarrollo de una investigación con un método propio para los estudios “americanistas” que en esencia consistía en “clasificar científicamente los materiales acumulados” y poder brindar una explicación construida sobre la observación directa y comprensiva (Mitre, 1879:61). Bregando por un americanismo distinto al

“budhismo americanizado de Humboldt” y al de las “falsas interpretaciones de Brasseur de Bourbourg”, del cual había estudiado toda su obra⁶², Mitre entendía que la clave del método para gestar una escuela propia del continente, consistía en “interrogar sus documentos y los restos materiales caídos, vivificando un pasado muerto” para concluir, que la historia de América, era de los americanos (Mitre, 1879).

En este contexto Mitre evocó el viaje de Moreno a la Patagonia en un discurso pronunciado en la Cámara de Diputados de la Nación en 1879, como “un libro que hace época”, una “revelación”, escrito en “presencia de la naturaleza”, y por el cual debía recibir un “premio” y “protección” como iniciativa. Para Mitre, Moreno había mostrado una Patagonia distinta a las versiones de Faulkner y de d’Orbigny, que incluso para él, habían sido copiadas “servilmente” por los geógrafos. Ahora, el viaje de Moreno había revelado un territorio patagónico con una fisonomía geográfica “accidentada”, y se consagraba como “el primero en haber entrado más a fondo” en el estudio de su “filología”, y los “misterios de la arqueología desenterrando los documentos escondidos en el seno de la tierra” (Mitre, 1879a).

Incluso Mitre ya había señalado en sus recuerdos de viaje a Tiahuanaco, que el americanismo se alimentaba de los datos antropológicos, etnográficos y de la lingüística americana, para resolver la cuestión de las “razas americanas”. Y si este era en términos generales el motivo que agitaba la ciencia americanista en el contexto internacional, los estudiosos locales debían contribuir con evidencia concreta, tangible y comprobable. En estos términos se contribuía al “progreso” de esta nueva ciencia que se extendía alimentando el diálogo entre Europa y América.

Las colecciones de objetos jugaban un papel fundamental en la construcción de la historia del continente, porque a la vez que funcionaban como una carta de presentación en el diálogo con los europeos, eran el sustento de sus argumentos. De hecho la exhibición de objetos, era junto a la de publicaciones de libros “raros” y a la realización de visitas a instituciones y

⁶² En la correspondencia de esos años con Barros Arana intercambia ya opiniones sobre la obra de Brasseur de Bourbourg. Carta de Mitre a Barros Arana, 20 de octubre de 1875, Mitre 1812: 48-78.

museos del país anfitrión, una de las actividades que complementaban las sesiones de discusión de los Congresos Internacionales de Americanistas. Así por ejemplo para la primera reunión en Nancy se había organizado una "Exposition d'antiquités Américaines" con instrumentos de obsidiana, amuletos de cráneos, y pipas indígenas de México, instrumentos de bronce y momias de Perú, cráneos de Bolivia, quechua y aymará junto a un conjunto de fotografías de tipos y costumbres de poblaciones del Norte.⁶³ La exhibición de estos materiales contribuía "a dar una idea del origen, naturaleza, carácter social y desenvolvimiento histórico de América" y con este conocimiento se podía completar el cuadro de la "civilización moderna"⁶⁴.

Tal es así que en el Congreso Internacional de Americanistas de 1881, W. Reiss vicepresidente de la Sociedad Geográfica de Berlín, refiriéndose a las colecciones americanas del Museo Etnográfico de Berlín, destacaba la importancia de los museos con colecciones etnográficas y arqueológicas para el americanismo⁶⁵ y el francés León de Rosny consideraba que los museos "hacían tangible la ciencia ya que constituían una herramienta indispensable para el conocimiento exacto de las antigüedades americanas"⁶⁶. cuyas salas más importantes en sus inicios Galería Americana del Museo de Etnografía del Trocadero que de la mano de su curador Ernest T. Hamy simbolizaba el epitome de las antigüedades americana. Allí, entre otras colecciones se presentaban objetos de guerra dakotas, cerámicas toltecas y oaxaqueñas, instrumentos de música mexicana y un manto de cacique patagón del siglo XVIII (Hamy, 1897).

Con un proyecto de creación de un Museo Etnográfico y Arqueológico, se presentaba Arturo Seelstrang, ante la Asamblea de los miembros del "Instituto Geográfico Argentino" en 1882. Seelstrang había nacido en Prusia en 1838, era topógrafo, se había desempeñado como jefe

⁶³ Actas del Congreso Internacional de Americanistas. Nancy, 1875.

⁶⁴ Discurso de apertura del Presidente del Congreso Internacional de Americanistas *Actas de la Cuarta Reunión* de 1881 en Madrid.

⁶⁵ Intervención de Bamps en el CIA. *Actas de la Cuarta Reunión*, Madrid. 1881:129, refiriéndose al trabajo presentado por W. Reiss sobre el Museo de Etnografía de Berlín.

⁶⁶ León de Rosny (1882) « Discurso pronunciado en la Société », en *Archives de la Société Americane de France*, tomo II, p.76

científico de límites con Brasil y dirigía la sede que el Instituto tenía en Córdoba. Para Seelstrang, en consonancia con el papel que tenían las colecciones de antigüedades indígenas y los documentos históricos para la constitución del americanismo, el nuevo museo brindaría elementos concretos para una historia. Las crónicas de las “costumbres de los primitivos pobladores de América del Sud”, del P. Lozano, las obras de Pedro de Ángelis y Guevara, entre otros, no alcanzaban a “llenar las exigencias de la verdadera fuente histórica” que siguiendo los cánones de la ciencia americanista, las explicaciones apoyadas en fábulas y leyendas, se reemplazarían ahora por la investigación científica. Ya lo mostraban para él, los “notables ejemplos” de las sociedades arqueológicas y paleontológicas que se habían fundado en Francia con el fin de restaurar los “colosos hundidos de Egipto, Babilonia y Ninive” y con ellos la historia de siglos atrás. Argentina debía seguir esta línea que había dado la posibilidad a los europeos y también a los americanos de conocer la historia de las antiguas civilizaciones de Europa, más que las del propio territorio americano⁶⁷. De esta forma un reconocimiento completo del país, debía contemplar tanto el medio natural como el social en el pasado y sus transformaciones hasta el presente. Se podía recurrir a la etnografía y la topografía entendidas como dos ramas centrales de la geografía: la primera se abocaba a “estudiar y describir los pueblos diferentes” y la segunda, brindaba un aspecto general de la región que habitaban estos pueblos. De esta manera, un verdadero conocimiento del territorio contemplaba tanto la naturaleza, los productos y recursos que de ella se podían obtener, como así también las costumbres de las diferentes sociedades (Podgorny y Lopes, 2008).

El planteo rondaba en torno a la incidencia del medio físico sobre las diferencias culturales: el “conjunto de modales y caracteres que distinguían a una población de sus vecinas, bajo condiciones especiales de su suelo y clima”, generaba una diversa gama de costumbres y caracteres físicos. Asimismo la historia y la arqueología eran “aliadas” de la geografía en tanto podían reconstruir y descifrar el pasado y el desarrollo de la humanidad. Su

⁶⁷ “Instituto Geográfico Argentino”, Sección Córdoba, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 1883, T III, p. 143-144

argumentación se sostendría con la creación de un museo cuyo desarrollo se vería favorecido por la ubicación geográfica, ya que la sección Córdoba del Instituto era una vecina “inmediata a las regiones del interior” que mantenían costumbre “originales, existiendo incluso en el chaco “tribus guerreras” de matacos, tobas y chiriguano (Podgorny y Lopes, 2008). El énfasis en el factor geográfico coincidía también con los argumentos sostenidos con anterioridad por Bartolomé Mitre: no solo América debía ser estudiada por americanos, sino y fundamentalmente, eran estos quienes estaban cerca de las fuentes de información y por lo tanto de esta historia del pasado.

Así, el Museo se presentaría como una materialización de este vínculo entre etnografía y geografía. Es decir, un instituto abocado al estudio del hombre y su cultura y ubicado favorablemente en una región geográfica que facilitaría el estudio de estos grupos, trabajo que además se planteaba con “urgencia” ante la inminente desaparición de las poblaciones como de sus costumbres y lenguas originales.

En síntesis, para Seelstrang el objetivo era “salvar del exterminio inevitable las reliquias de las razas indígenas que poblaron estas regiones antes y después de la conquista y cuyos restos existen todavía en las selvas del Chaco y en los contrafrentes de los Andes”. La manera de conservar lo que se perdería era en una colección etnográfica que formada por “útiles, armas y adornos”, junto a los “idiomas, costumbres y leyes” ayudarían a conocer las culturas que se desvanecían. Al mismo tiempo un “museo de arqueología” se encontraba enterrado y era necesario descubrirlo para entender y estudiar la “nación calchaquí” cuyo material brindaría aportes para el estudio del “hombre americano”.

La noción de museo que planteaba Seelstrang se acercaba a un ámbito destinado a resguardar de la desaparición, los testimonios materiales del hombre del pasado y del presente y sus colecciones, serían la “base para hacer un estudio comparado de la historia y vida doméstica del hombre americano”⁶⁸. Concretamente tomaba ventaja de una cuestión central para los estudios

⁶⁸ Discurso del Presidente Arturo Seelstrang, Sección del Instituto en Córdoba, 1^o Asamblea General del 21 de octubre de 1882. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, T III, 1882 390.

americanistas de ese momento: la cercanía geográfica a los lugares de recolección. Ya no solo estaba en América y en la Argentina, sino además en un sitio inmerso en la historia local, con lo cual dejaban de ser un problema para la recolección los factores de la distancia y el tiempo.

Este grupo de estudiosos apostaba a consolidar una ciencia americana apelando a lo que creían una posición estratégica, que combinaba la ubicación geográfica en el mismo continente convertido en objeto de estudio y haber sido parte de la historia. Viéndose así mismos los hacedores de esta historia, en el papel protagónico que pretendían tener en el escenario americanista, armaron una argumentación sostenida sobre la importancia de la recolección y el estudio directo de los objetos materiales dejados por las antiguas sociedades. Y precisamente por su cercanía a la evidencia material enterrada con el pasado, a los monumentos y a los grupos indígenas contemporáneos, creían tener mejores herramientas que sus colegas europeos para bucear en una historia de la que en definitiva se consideraban parte.

También se esbozaron proyectos de museos que no perduraron en el tiempo, pero para los cuales se contemplaba la formación de colecciones de los indígenas del territorio nacional. Uno de ellos fue la fundación en 1885 del "Museo de Antropología y Paleontología" en la Facultad de Ciencias Físico Químicas de la Universidad de Córdoba, que quedó a cargo de Florentino Ameghino, catedrático de Zoología de esa universidad (Podgorny y Lopes, 2008: 207).

En 1882 surgía un proyecto ideado por la comisión de la Exposición Continental. La antesala de esta exposición remite al año 1879 cuando Lamas hacía consideraciones para el desarrollo de una exposición de "objetos de carácter y valor histórico" en la Exposición Continental que tendría lugar ese año, y que aún permanecían "dispersos en toda la extensión del territorio"⁶⁹. Tres años después, cuando efectivamente se realizó la Exposición, la comisión de organización formada por Andrés Lamas como presidente, Manuel Ricardo Trelles como Vice-presidente, Ángel Carranza, Secretario y los miembros

⁶⁹ Archivo Lamas. 1879. Legajo 61. *AGN*. www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/AGN99-B.htm. *Relics&Selves*.

Estanislao Zeballos, José Ignacio Garmendia, Antonio Zinny, Benjamín Villegas, José Marcó del Pont, Enrique Peña, Juan Alsina, B. Marcó del Pont, propuso una Exposición Histórica en el marco de la continental, en la cual se “representará por medio de objetos auténticos, las diversas épocas de la historia del Río de La Plata, sus progresos, sus glorias, sus hechos notables, y los recuerdos vinculados a sus hombres ilustres”. Distribuidas en doce secciones las colecciones debían representar un pasado prehistórico y colonial del país. Se incluirían objetos de “arqueología americana, y de la prehistoria argentina hasta la colonia; grabados, pinturas, retratos, litografías del Río de La Plata, mobiliario, manuscritos de los conquistadores del Río de La Plata, la época colonial e independiente, incunables americanos, mapas históricos del Río y medallas del Río de la Plata y americanas”⁷⁰.

De este proyecto se desprenden varias cuestiones. Una de ellas es que en ella se encarnaba una historia nacional y en los estudios con pretensiones de ciencia americanista, la historia con mayor solvencia para narrar el pasado de la Argentina, era aún la del Río de La Plata y los estudios geográficos desarrollados por el Instituto Geográfico Argentino y la Sociedad Científica Argentina. Los objetos y la organización de las secciones tenían un sustento y este era el volumen y calidad de información que la primera generación de americanistas había reunido desde los años de 1850 en su interpretación de los manuscritos, crónicas coloniales y obras históricas sobre esta región. Era en otras palabras, la expresión de una síntesis de un relato historiográfico que había comenzado décadas atrás. Otra cuestión, es que expresaba que una historia de las antiguas poblaciones del resto del país, específicamente del norte y de la Patagonia, en los términos de una ciencia americanista, cursaba los inicios. A ello contribuían entre otros, Moreno y Zeballos, dando muestra de que sus exploraciones y colecciones de antigüedades americanas, cráneos y objetos indígenas redituaban en el afianzamiento de la ciencia.

La década de 1880 se puede resumir tanto a través de las publicaciones que tuvieron lugar en esos años como en la creación de instituciones

⁷⁰ *La Libertad*, 15 de marzo de 1882. . www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/AGN99-B.htm

museológicas⁷¹. Respecto de las instituciones vale la pena mencionar que en 1889 se creará el Museo Histórico Nacional, con el propósito de “mantenimiento de las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la Guerra de la Independencia” mediante la conservación y exhibición de “los objetos que pertenecieron a aquella gran época”, a cuyo efecto debían ser concentrados y guardados en el Museo⁷². Iniciado como una dependencia municipal, su primer director, Adolfo Carranza había logrado reunir para su inicio 191 objetos que rápidamente aumentaron, entre los que se encontraban objetos de las “invasiones inglesas, la guerra de la independencia, la guerra civil hasta 1830, la época de Rosas y el período contemporáneo posterior a 1853” (Quesada, 1897).

Así, estas instituciones y publicaciones fueron los exponentes de una historia del país en general, de sus próceres, acontecimientos, del pasado y presente de las sociedades indígenas, que servía para los americanistas, entre muchos otros pensadores, tanto para la construcción de un pasado nacional como para incorporarse a la ciencia americanista con una historia propia.

La confluencia de dos generaciones y el carácter de los nuevos espacios: 1890 y 1904

En 1890 Ricardo Palma, Presidente del Congreso de Americanistas aseguraba que esta ciencia se encontraba aún en estado “embrionario” y faltaba averiguar la verdadera historia del continente revisando las obras de los “cronistas de indias que se perdían en contradicciones”⁷³. Recordemos que los americanistas entendían que sus contribuciones a un conocimiento común de la

⁷¹ En esa época aparecieron un conjunto de libros significativos para la historia del país que incluían la *Historia de Belgrano* y la *Historia de San Martín y la emancipación americana* de Bartolomé Mitre, aparecidas entre 1887-1890: la *Historia de Rosas y su época* (1888) de Adolfo Saldías, que aparecerá corregida y aumentada en 1892 como *Historia de la Condeferación Argentina*; *EL federalismo argentino* (1887) de Francisco Ramos Mejía; *La tradición nacional* (1888) de Joaquín V. González; *Historia de la República Argentina (1883-1893)* y *Compendio de historia argentina (1889-1890)* de Vicente Fidel López; *Londres y Catamarca* (1888) de Samuel Lafone Quevedo, que aparecieron como una serie de cartas en el diario *La Nación* que dirigía Mitre. Estas historias a su vez fueron acompañadas de casi todas las historias de las provincias, tales como *Apuntes históricos sobre la provincia de Entre Ríos* (1884) de Benigno T. Martínez. Berton, 2001: 256-257

⁷² *El Museo Histórico Nacional en su cincuentenario 1889-1939*. Publicación del Museo Histórico Nacional, serie I, num I, Buenos Aires.

⁷³ Discurso del Presidente del Congreso Internacional de Americanistas, Ricardo Palma en París. *Compte Rendu* de la Huitième Session. París. 1890, (1892): 113.

región significaba desarrollar un "movimiento" y una "nueva ciencia" cuya característica sería la construcción de la historia del continente apoyada en la revisión crítica de las fuentes documentales y la información de los cronistas, particularmente polémica porque se consideraba una historia "poética basada en contradicciones"⁷⁴.

A esta reunión asistió Ángel Carranza para presentar su estudio sobre "la verdadera fecha en que tuvo lugar el descubrimiento del Río de La Plata", comentando la "obra capital" que recientemente había publicado Eduardo Madero en Buenos Aires. Su disertación parecía tener dos propósitos; primero hacer notar que sobre el Río de La Plata, se estaban ocupando un grupo de estudiosos de América del Sur y segundo, presentar en esa reunión internacional a los americanistas locales "prácticamente desconocidos en Europa", debido "a la escasa circulación de la producción intelectual del hemisferio". Merecían mencionarse en primer lugar a Lamas, Trelles, Domínguez, Quesada y, a Zeballos, Moreno, Ameghino, Fontana, Lafone Quevedo y Rosa quienes "sobresalían" en los estudios dedicados a la geografía, paleontología, etnografía, numismática americana y arqueología⁷⁵.

Estas figuras que para Carranza descollaban en los estudios científicos argentinos confluyeron una vez más promoviendo el funcionamiento del Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino, en el que se reunirán objetos de las sociedades indígenas contemporáneas y antigüedades americanas y, de la Junta de Numismática Americana constituida para la discusión y acopio de colecciones de documentos y reedición de obras "raras" sobre América. Como veremos más adelante, aunque el Museo y la Junta fueron creados casi simultáneamente, la incorporación a la Junta de la mayoría de los protagonistas de este siglo fue en el año 1901 en coincidencia con la disolución del mencionado Museo del Instituto Geográfico Argentino.

⁷⁴ *Idem*: 114

⁷⁵ Discurso de Ángel Carranza, en el Congreso Internacional de Americanistas en París, 1890. *Compte Rendu* de la Huitième Session París. 1890, (1892): 116.

Ambos espacios tuvieron lugar en un clima de época signado por la crisis económica, política, la búsqueda de rasgos de la propia cultura que quizás se encontraban inmodificados en el fondo de la historia, la construcción de una tradición patria que promovía las iniciativas patrióticas como de realización de monumentos, celebraciones, conmemoraciones y un panteón nacional (Bertoni, 2001). Y al mismo tiempo de formación de diversas asociaciones con propósitos literarios, artísticos, sociales o de entretenimiento, como por ejemplo el Ateneo (1893). Este espacio era el lugar privilegiado de reunión de músicos, escritores y artistas plásticos, y un ámbito de debate no solo de ideas estéticas y literarias sino también científicas (Malosetti Costa, 2001); Holmberg, Ambrosetti, Francisco Moreno y Carlos Berg entre otros, serán activos miembros y discutieron sus ideas junto al artista Ángel Della Valle (1852-1903), el escultor Lucio Correa Morales (1852-1923), el artista Eduardo Sívori, y Carlos Zuberbühler entre otros tantos (Giusti, 1954: 60).

El Museo se había creado en 1891 en la Sede que el Instituto tenía en Buenos Aires, como la Sección de Etnología-Indígena, sobre el proyecto presentado por un grupo de miembros del Instituto, Honorario Leguizamón, Alejandro Sorondo, Mauricio Schwartz y José M. Noguera. En sus cuatro artículos se detallaba: "1) Con el propósito de contribuir a los fines del Instituto Geográfico Argentino, crease una sección etnológico-indígena, lo que tendrá por objetos á más de los estudios que le son inherentes, la formación y conservación de colecciones de cartas, estampas, armas y utensilios; 2) La Sección Etnológica-Indígena estará bajo la dirección de una comisión especial de dos o más miembros bajo la presidencia del Presidente del Instituto; 3) Las colecciones de que hable el artículo 1º podrán obtenerse por los medios determinados en el artículo 46 del reglamento, por donaciones que se solicitarán de los socios en general, lo mismo que de las secciones establecidas o que se establecieren en las provincias y territorios nacionales, por canje con otras sociedades o particulares y por obligación que se establecerá de buscarlos a toda persona que el instituto costee en todo o parte los gastos de

exploraciones en territorios poco conocidos; 4) Las colecciones etnológicas-indígenas estarán bajo el inmediato cuidado del gerente" (Correa Luna, 1896).

El material de esta sección se acompañaba además de la biblioteca, que recordemos se había creado en los inicios del Instituto. El socio Sr. José Moyano y el bibliotecario del Instituto, Teniente de Fragata Juan Noguera, se encargaban de armar y actualizar el catálogo bibliográfico⁷⁶, tarea a la que se incorporaba Juan Bautista Ambrosetti a partir de 1893.

Ambrosetti, que era miembro de la Sociedad Científica Argentina desde 1882 estaba vinculado a la elite porteña de la época a través de las relaciones sociales de su padre y de las que el mismo había construido por su relación con Enrique Lynch Arribalzaga⁷⁷, y el médico y naturalista Eduardo Ladislao Holmberg, que en ese entonces co-dirigía con Lynch Arribalzaga *El naturalista argentino*.

Juan Bautista era hijo de Tomás Ambrosetti, (Morbengo, 1834 - Buenos Aires, 1926) que había llegado a la Argentina en 1863 para radicarse en Gualeguay a trabajar en ramos generales; al tiempo se había casado con Rosa Antola nacida en esa localidad e hija de un marino genovés, de cuyo matrimonio nacieron Juan Bautista, Mateo, Francisca y María Elisabeth. Años más tarde, instalada la familia en Buenos Aires, don Tomás se destacó por su actividad en círculos bancarios y comerciales, participando además en entidades filantrópicas y culturales de la colectividad italiana. Con el tiempo llegará a ser vice-presidente del directorio del Hospital Italiano, de la Comisión pro-erección del Monumento a Colón y presidente de la Comisión Pronunciamiento a Garibaldi. Además ocupará los puestos de director, vicepresidente y presidente del Banco de Italia y Río de La Plata (1874-1919)⁷⁸. Hay

⁷⁶ *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, T 1, 1891.

⁷⁷ Naturalista que había formado parte de la expedición científica mandada por Jorge Luis Fontana. Hizo colecciones de insectos y arácnidos que más tarde fueron estudiados por su hermano Félix y Eduardo Holmberg. En 1886 reemplazó a Florentino Ameghino en la cátedra de Zoología de la universidad Nacional de Córdoba y en 1897-98 se desempeñó como Secretario de la Comisión Demarcadora de Límites con la República de Chile. Piccirilli, Romay y Gianello 1999..

⁷⁸ Tomás Ambrosetti fue durante 39 años presidente de la Compañía de Seguros América; presidente honorario vitalicio de la Cámara de Comercio italiana; agente consular de Italia; Director del ferrocarril del Oeste; vice-presidente de la Compañía de Gas de La Plata; socio-fundador del Patronato de

que destacar también que Juan Bautista en los últimos años de 1890 había estrechado su relación con Eduardo Ladislao Holmberg, asistiendo a las tertulias en el comedor de su casa junto a Rafael Obligado, Rubén Darío (1867-1916), Roberto J. Payró, Eduardo Schiaffino (1858-1935) y al artista Ernesto de la Cárcova y más tarde empezaría a frecuentar el Ateneo (Cáceres Freyre, 1863).

Esta red de sociabilidad también le facilitó la realización de excursiones por el país y con ellos la formación de colecciones. Mientras desarrollaba sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires había emprendido un viaje al departamento de Victoria, en su provincia natal, para hacer exploraciones arqueológicas en búsqueda de restos de los indios minuanes. Tres años más tarde un amigo de la familia, el capitán Antonio Romero, lo había invitado en viaje al chaco santafesino, para recorrer la línea de fortines; al regresar por Paraná donó las colecciones que había recogido de etnografía, mineralogía y zoología al museo recientemente fundado (1884) de Pedro Scalabrini (1828-1916)⁷⁹.

La historia del Museo se remontaba a los años de 1870 cuando Scalabrini se encontraba como profesor en la Escuela Normal de Profesores e incentivaba un nuevo conocimiento de sus alumnos a través de distintas actividades escolares que incluyeron las excursiones dominicales para formar colecciones de historia natural para la fundación de un museo, que finalmente se había creado por impulso del gobernador Racedo y Estanislao Zeballos García, 2007).

la Infancia y del Circolo Italiano y, vicepresidente del Comité Italiano de Guerra. Fuente: *Banco de Italia y Río de La Plata, 1872-1972. 100 años al Servicio del País*.

⁷⁹ El Decreto decía lo siguiente:

Paraná, 28 de abril de 1886.

“Vista la comunicación del Director del Museo Provincial dando cuenta que el joven naturalista entrerriano, Dn Juan Ambrosetti he regalado al Museo sus colecciones, y siendo necesario proveer a la organización que el estado actual del Museo requiere: El Gobernador de la Provincia Acuerda y Decreta:

art. 1º) Aceptase las importantes colecciones donadas al “Museo Provincial” por el naturalista Dn Juan B. Ambrosetti, manifestándole por nota el reconocimiento del Gobierno. Art 2º) Nombrase al mencionado Sr. Ambrosetti Director de la Sección Zoológica del Museo con la dotación mensual de m\$N 60.- Art 3º) Nombrase director de la Sección Paleontológica a Dn. Toribio Ortiz, con igual dotación; Art 4º) Los nombrados harán además el servicio de Secretarios del Director del Museo y Naturalistas viajeros; Art 5º) Destinase la suma de m\$N 25 mensuales para las excursiones científicas que deberán practicarse cuando el Director lo estime conveniente; Art 6º) Los nombrados gozarán del sueldo que este decreto les asigna con antigüedad del 1 de enero pasado, debiendo imputarse a la partida de las eventuales. Art 7º) Comuníquese. Publíquese y dése el Registro oficial. Tomado de Cáceres Freyre 1967: 26.

En ese museo Ambrosetti se acercó por primera vez a la práctica institucional concreta de organización de las colecciones en distintas secciones: mineralogía, zoología, etnografía y arqueología prehistórica; estas últimas en particular contenían según él “instrumentos de piedra de la Provincia de Buenos Aires, una colección de fragmentos de alfarería de los alrededores de Paraná y Victoria. La de Etnografía abarcaba algunos objetos romanos de bronce, un ídolo egipcio y varios objetos suizos de piedra. Modelos de canoas, arpones, canastos y collares fueguinos. Armas diversas como ser hachas, mazas, flechas y lanzas de los tobas del Chaco, como también muchos útiles de uso doméstico, tales como husos, jarritos de barro, bolsitas, redes, camisas sin mangas, flechas de fibra de caraguatá de los mismos indios; flechas matacos, de los Payaguas del Paraguay y Parisis de Brasil. Piedra de la Patagonia y vasos calchaquies” (Ambrosetti, 1893: 134)⁸⁰.

Esta forma de agrupar los objetos separando la arqueología prehistórica de la etnografía, restringida esta última al presente indígena, redundará, como veremos en detalle en los siguientes capítulos, en el esquema de organización de las colecciones que desarrollará Ambrosetti en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el cual va a dirigir desde su creación en 1904.

Las colecciones que se recibieron en ese año en la sección Etnológica-Indígena son las que dieron vida en 1896 al Museo Etnográfico y Arqueológico destinado a prestar “servicios reales en el esclarecimiento de muchos puntos históricos precolombinos”⁸¹: un conjunto de fragmentos de alfarería y utensilios de sílex recogidos por Oscar Duran Savoyat, “viajero aficionado científico” comisionado por el Instituto Geográfico Argentino para practicar excavaciones en Entre Ríos en los lugares “donde se sabe existen restos arqueológicos de gran valor para el estudio de las razas que un día poblaron aquellas regiones (minuanes, charruas)”; objetos recogidos por Ambrosetti en su viaje a Pampa Grande, los que Jorge Butsa traía de su comisión para explorar el interior y las

⁸⁰ Este museo se desmanteló en 1890, véase Podgorny y Lopes, 2008.

⁸¹ Memoria Institucional de Alejandro Sorondo, 1893, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, T IV.

costas, y las prometidas por el gobernador Teniente Godoy". De este museo quedará a cargo Ambrosetti nombrado Director perpetuo desde 1896.

En los años siguientes el Instituto organizó expediciones al Territorio Nacional de Misiones y una expedición a Salta, todos ellos dirigidos por Ambrosetti con el fin de reunir colecciones para el Museo⁸². Hay que destacar que en esos viajes Ambrosetti aprovechó a tanto a formar su colección particular y como a establecer redes locales entre los pobladores para utilizarlos posteriormente en la recolección de objetos, datos y vocabularios para las instituciones metropolitanas., aprovechaban a formar sus propias colecciones. El catálogo de sus colecciones y las anotaciones al lado del nombre de cada uno de los objetos consignado fecha y lugar de procedencia, pone en evidencia una práctica de recolección en la que simultáneamente se enriquece la colección institucional y la personal. En todas las excursiones que realizó, tres a Misiones y dos al noroeste, el primero en 1895 a Salta con su cuñado "Eduardito" Holmberg y Mario Garino, bajo los auspicios del Instituto Geográfico Argentino y el Gobierno Provincial, el segundo a Tucumán, Catamarca y Salta con Santiago Paris, Federico Voltmer y Emilio Budin, auspiciada también por el Instituto Geográfico Argentino, compró o adquirió en donación de los pobladores locales objetos para su colección. A esta con el tiempo se fueron agregando objetos chiriguano, de indios fueguinos, chamacocos, un conjunto de arcos y flechas de los indios guatós del Paraguay, de los kaingangues, de indios tobas, algunos objetos chorotis, un arpón de Tierra del Fuego y colecciones de "Arqueología calchaquí". Como veremos en el próximo capítulo, la colección llegó a tener más de 700 objetos, que depositó más tarde en el Museo Etnográfico. En estos viajes como en los siguientes que realizará Ambrosetti a distintas regiones del país, "Eduardito" se encargará de dibujar los paisajes, los pueblos, la gente y los objetos que se recogían. Una de las ilustraciones que realizó "Eduardito" es la que da comienzo a este capítulo, en

⁸² Ambrosetti realizó un primer viaje a Misiones en 1891; el segundo en 1892, como Jefe de la Expedición Nordeste del Museo de La Plata; en 1893 un viaje a la Pampa Central por encargo del Instituto Geográfico Argentino y también el último viaje a Misiones en 1894. Sobre estos viajes que realizó Ambrosetti a Misiones y , se puede ver Santiago Bilbao, 1999, 2000.

la que se puede observar a Ambrosetti frente a una cantidad de objetos arqueológicos denominados “pucos” que le brindarían suficiente información para las investigaciones arqueológicas. Al mismo tiempo, la ilustración muestra la relevancia que adquiriría la investigación realizada sobre la observación directa de la evidencia material, argumento que esgrimían los americanistas locales locales para afianzarse en el contexto internacional de la “nueva ciencia”.

En este Museo Etnográfico y Arqueológico a cargo de Ambrosetti, se reunían objetos exclusivamente producto de la industria humana. Esto muestra una definición hacia la creación de espacios orientados exclusivamente a los estudios del hombre, de manera similar a lo que sucedía en algunos países europeos con la fundación de museos arqueológicos y etnográficos. Pero a diferencia de aquellos, en los que se reunían objetos de los pueblos de la antigüedad europea y de las distintas sociedades del mundo no occidental⁸³, el del Instituto se restringía a las colecciones exclusivamente americanas, abarcando períodos que cronológicamente se referían a las sociedades de la prehistoria como a las contemporáneas. En el contexto local este era su sello: colecciones americanas, recogidas y estudiadas por americanos y en un espacio dedicado exclusivamente al estudio de las producciones humanas.

Allí se entendía que “catalogar y documentar las modalidades del lenguaje, costumbres, aptitudes” de los pueblos “inferiores” y que estaban en proceso de extinción “ya sea por su propia naturaleza o por la fusión con la “civilización, redituaría en un futuro en las comparaciones históricas y científicas e incluso en la búsqueda de “elementos originarios de nuestra nacionalidad” (Correa Luna, 1896).

En 1896, el presidente del Instituto, Alejandro Sorondo destacaba los “insignificantes desembolsos” que se estaban haciendo para adquirir las colecciones, gracias por un lado al desprendimiento de distinguidos consocios, cuyos nombres incluso se adjuntaban al pie de los objetos exhibidos y fundamentalmente por la labor de Ambrosetti que se había ocupado en persona

⁸³ Sobre los museos en Francia se puede ver, Dias, 1991; para los alemanes, Penny, 2002.

de coleccionar "cráneos, huesos y objetos indígenas prehistóricos, en su mayor parte en las expediciones que ha hecho por cuenta del Instituto" (Sorondo, 1896).

En los primeros años de vida del incipiente museo, las colecciones instaladas en el hall cubierto del edificio estaban conformadas por objetos de los indios "Huarpes de San Juan, de los Calchaquíes de Salta, de los Guaraníes de Misiones y Alto Paraná, de los Minuanes de Entre Ríos, y de algunas "tribus existentes como los Caingúa, y Guayanas de Misiones, los Tobas y Maticos y los Yahaganes de Tierra del Fuego" (Correa Luna, 1896: 256). Posteriormente se fueron agregando objetos del chaco boliviano, de los indios del Paraguay, especialmente los guayaquies y tejido peruanos antiguos⁸⁴.

Estas colecciones eran difundidas a través de las páginas del Boletín del Instituto como forma de dar cuenta de los progresos del museo; se mencionaba en detalle a sus donantes y las colecciones. Al mismo tiempo sus páginas acogerán a lo largo de esta década los estudios de Samuel Lafone Quevedo, que en ese entonces estaba a cargo de la Sección Lingüística del Museo de La Plata y que consistían en reproducir y prologar las gramáticas indígenas hechas por los misioneros jesuitas.

El estudio de las lenguas americanas en particular era parte de la afición que Mitre había desarrollado en esos últimos años y que compartiría con Lafone Quevedo, Lamas, Vicente Fidel López y José Manuel Estrada (1842-1894)⁸⁵. Lafone Quevedo recordemos que residía en Andalgalá y alternaba sus viajes entre Buenos Aires, Uruguay y Catamarca. En uno de las visitas a Buenos Aires en 1882, había conocido la "maravillosa" biblioteca de Lamas, en la que "pasó sus días copiando páginas de las obras de Lozano" para más tarde discutir sobre filología, en particular sobre la lengua Cacán y araucana, con estos estudiosos (Furlong, 1864); incluso Mitre le proporcionaría más tarde los manuscritos de Barzana, Lozano y Marchoni para que estudiase además de la

⁸⁴ Ver Anexo para el detalle de las colecciones

⁸⁵ Se dedicaba a los estudios históricos y al periodismo colaborando como redactor en *Las Novedades* y *La Paz*. En 1865 había publicado *Ensayo Histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII*. En 1866 se había iniciado en la docencia, en la Escuela Normal, donde desarrolló sus *Lecciones de Historia de la República Argentina*, que más tarde compiló en un libro que publicó *La Revista Argentina*, de creación suya y que dirigió desde 1868 a 1872 y de 1880 a 1882.

lengua cacán, la allentica (Márquez Miranda, 1956). Después de escribir "Londres y Catamarca" este mismo grupo de interesados en el estudio de las lenguas americanas y su amigo Enrique Peña, le proporcionarán en adelante los documentos para seguir trabajando al respecto.

En 1901 con motivo de la mudanza del Instituto a un área del Pabellón Argentino, en el que carecía de espacio suficiente para instalar sus colecciones de "alfarería y objetos indígenas", Francisco Seguí, le pidió a Carlos Berg, entonces director del Museo Nacional de Buenos Aires, un espacio para depositarlas temporariamente, recomendando el cuidado de estos materiales por su importancia para la "etnografía nacional"⁸⁶.

Como se mencionó antes, en los mismo años de creación de la Sección Etnológica indígena, se fundaba la Junta de Numismática Americana (1892) cuando un grupo de numismáticos e historiadores de la época, entre los que se encontraban el general Bartolomé Mitre, Alejandro Rosa, Ángel Justiniano Carranza, José Marcó del Pont, Clemente Fregeiro, Alfredo Meabe y Ernesto Quesada como "oyente", organizaban tertulias en la casa de Enrique Peña (1848-1924) y en la de Alejandro Rosa. En ese momento el estudioso chileno José Toribio Medina que por ese entonces se encontraba en Buenos Aires preparando la edición de su obra *La imprenta en el Río de La Plata*, también asistía a estas reuniones y propuso que se hicieran en días fijos y que los numismáticos invitados se denominara Junta de Numismáticos (De Gandia, 1939).

La fundación definitiva corresponde al año 1893. ese año se acuña la primera medalla que llevaba seis estrellas simbolizando sus fundadores: Mitre, Peña, Rosa, Marcó del Pont, Meabe, Carranza y además había definido para su denominación el nombre de Junta de Numismática Americana (*idem*:74). En esta reuniones en las que se "conversaba y discutía sobre piezas raras de numismática americana", sus integrantes, creyeron necesario admitir a otros estudiosos e investigadores, del pasado y la historia americana, y de ahí que en

⁸⁶ Carta de Francisco Seguí a Carlos Berg, 2 de julio de 1901. Documentos Antiguos. Archivo del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia".

El problema del espacio en las nuevas instalaciones que ocupaba el Instituto nunca fue resuelto, de manera que permanecieron en el Museo de Historia Natural hasta el año 1947, cuando pasan al Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

1895, se amplía el número de miembros y se incorpora la palabra Historia en su denominación, pasando a llamarse Junta de Numismática e Historia Americana (Outes, 1903).

Este mismo año se había creado en Francia la « Société des Américanistes de Paris », que presentaba nuevos interlocutores para el americanismo local. Presidida por Ernest-Théodore Hamy, se integraron desde su inicio Bartolomé Mitre y Francisco Moreno, y compartieron esta pertenencia institucional con W. Holmes, curador del Field Museum de Chicago, Luis Montané, profesor de la Universidad de la Habana, Erland Nordenskiöld, de la Academia de Ciencias de Estocolmo, John Powell, Director del Bureau de Etnología de la Smithsonian Institution, Frederic Ward Putnam, Director del Peabody, y quien trabajara al lado de Paul Broca, Paul Topinard (1830-1911).

La trayectoria científica e intelectual de Hamy, se podía rastrear entre la arqueología prehistórica, biología, lingüística, museología, antropología e historia. Había sido nombrado como ya se mencionó en 1880 Conservador del "Musée D' Ethnographie du Trocadero", en el que se destacaba su sala de colecciones americanas ya conocidas por los americanistas argentinos. A partir de 1890, se había consagrado a la enseñanza de la antropología en el Museo de Historia Natural y a los estudios referidos a la geografía y el americanismo (Dias, 1991).

La sociedad que dirigía, establecía:

"Le Société des Américanistes de á pour objet l'étude historique et scientifique du continent Americain et des ses habitants depuis les époques le plus ancienne jusquá nos jours ».

A través de ella y su *Journal de la Société des Américanistes*, Hamy fue de los primeros en señalar los límites teóricos y metodológicos de los estudios existentes hasta ese momento sobre el continente americano. Bregaba por un estudio profundo con los objetos y por la precisa y completa documentación de los materiales, y de hecho la institución significó un giro en los estudios americanistas, enfatizando el coleccionismo como la manera de estudiar la

cultura material de las poblaciones del Nuevo Continente (Dias, 1991: 212-213; Williams, 1985).

En el primer número del *Journal*, Hamy, presentaba *Étude sur les collections Américaines réunies a gènes a l'ocasión du IV Centenaire de la Découverte de l'Amérique*, que incluía una descripción entre otros materiales, de objetos de Salta, acompañados de una foto de una urna funeraria de Guachipas, Salta. Además de las descripciones e ilustraciones de las colecciones americanas que ilustraban la publicación, las actas de la Sociedad dan muestras que estos americanistas franceses seguían el desarrollo del movimiento en América: en el *Journal*, Hamy anunciaba la propuesta de un científico argentino, Félix Outes, de creación de una sociedad de americanistas en el país y reproducía el texto completo de su publicación "*Sobre la necesidad de crear una Sociedad de Americanistas*"⁸⁷ que había aparecido en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*.

Outes había realizado estudios en la Facultad de Ciencias Médicas y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Había desarrollado sus primeras inquietudes arqueológicas en 1893⁸⁸ y en 1894 había entregado a la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, la descripción de una serie de "alfarería indígena" que había recolectado en la laguna de Chascomús, bajo el nombre de "*Apuntes arqueológicos*"⁸⁹. Había sido miembro de la Comisión de recepción de los delegados extranjeros al Primer Congreso Científico Latinoamericano (1898), Secretario ad-hoc de la Sección de Antropología y Sociología del mismo congreso y se desempeñaba como Secretario de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* desde 1899. En 1897 había publicado *Los Querandíes. Breve contribución al estudio de la Etnografía Argentina* que había reavivado una antigua polémica instaurada por Trelles en el medio científico local.

⁸⁷ Sesión del día. 9 de mayo de 1901, *Journal de la Société des Américanistes* p, 12

⁸⁸ En ese año acompañó al Ingeniero José I. Girado en una expedición de "interés arqueológico" a la laguna de Chascomús.

⁸⁹ Outes señalará que este primer trabajo no solía incluirlo entre sus publicaciones por la falta de seguridad de su publicación, ya que nunca había recibido una copia de ella. Para él, su actividad científica se había iniciado con su primer trabajo sobre los querandíes. Outes 1922.

La publicación de Outes que mencionaba Hamy, convocaba a sus colegas, al igual que lo había hecho Ernesto Quesada en 1881, a cuestionar la falta de un espacio de discusión sobre estos temas. Allí definía a los americanistas como “un grupo de escritores cuyos estudios se especializaban” en la América, comprendiendo entre ellos “no solo a los historiadores sino también a los cultores de las ciencias auxiliares de la historia, como la sociología, la etnografía, la arqueología, la filología, etc”. La falta de esta Sociedad se debía al “decaimiento intelectual” de esa época causado tanto por “la reconocida frivolidad” de los argentinos por la cual siempre se desechaba lo “científico y práctico” como por y fundamentalmente, la falta de “asociaciones” de estudiosos de diferentes ramas del saber humano (Outes, 1900: 9). En el elogio al trabajo del escritor boliviano Gabriel René Moreno, director de la Biblioteca del Instituto Nacional de Santiago de Chile, se traslucía la crítica de Outes a los estudiosos argentinos: lo compararía con el movimiento intelectual en el país, al que consideraba “nulo” y en absoluta discordancia con la expansión y crecimiento material del país⁹⁰. A esto se agregaba la “falta de instituciones adecuadas”, la “indiferencia oficial”, y el “marcado partidismo” y “un concepto equivocado de la crítica”. En definitiva, el país se debía construir con el conocimiento de la historia y esta demostraba ser una disciplina que se nutría de los aportes de todos aquellos que bucearían en el pasado, ya sea “reconstruyendo las diversas modalidades de vida de las primitivas sociedades” que habían ocupado el territorio, como por el diseño de un “boceto” de épocas históricas. Y precisamente era la falta de un centro “especial de estudios americanos” en donde publicar estos trabajos que no era posible aún encarar esta construcción de la historia (Outes, 1900).

En 1901 Outes celebraba la apertura de la Junta de Numismática Americana como un espacio propicio para el intercambio de ideas y debates de americanistas relacionados con el pasado de la historia argentina (Outes, 1903). Esta nueva asociación comenzaba su vida orgánica bajo la presidencia de Mitre,

⁹⁰ Comentario de Félix Outes al trabajo de Gabriel René Moreno “Bolivia y Argentina. Notas biográficas y bibliográficas”, en *Historia*, Tomo 1, año 1, 1903.

en la cual se prestó atención a la reglamentación de los aspectos administrativos de su funcionamiento, pero fundamentalmente, por el interés de su presidente de que la Junta de "señales de vida, haciendo algo práctico y de utilidad, y no limitarse a acuñar medallas".

Por un lado hubo una apertura a incorporar nuevos miembros, y es cuando se integran Juan B. Ambrosetti, el químico y profesor de la Facultad de Agronomía y veterinaria, Pedro Arata, el Dr. En jurisprudencia, Ramón Cárcano, el militar José Ignacio Garmendia, Eduardo Holmberg, el médico y legislador, José Ramos Mejía, Félix Outes, Estanislao Zeballos y Ernesto Quesada, entre otros⁹¹. Ese año también se resolvió modificar nuevamente el nombre de la Junta quedando definitivamente el de Junta de Historia y Numismática Americana.

Esta nueva conformación también redituó en la puesta en marcha de un plan de publicaciones sobre obras de América con especial referencia al Río de La Plata y en el que se alternarían el período colonial y el independiente (Ravina, 1996a). El objetivo era formar una colección de libros "raros" referentes al continente y que se encontraban "fuera del comercio"; esto tenía el propósito de facilitar el conocimiento de los libros que en ese momento eran "curiosidad bibliográfica" y reunir así elementos de "importancia para la historia de esta parte de América"⁹². Outes, dedicado a los estudios de las poblaciones de la cuenca del Plata, hizo las gestiones con la casa impresora de los señores Cabau

⁹¹ En 1901 la lista completa de los miembros activos, eliminados y correspondientes era la siguiente: Teniente General Bartolomé Mitre; Señor Alejandro Rosa; Señor Enrique Peña; Señor Alfredo Meabe; Doctor José Marcó del Pont; Doctor Manuel F. Mantilla; Doctor Ernesto Quesada; Señor Juan José Biedma; Señor Samuel Lafone Quevedo; Doctor Adolfo Decoud; Doctor Jorge Echayde; Señor Antonio Cadelago; Señor Eduardo Ortiz Basualdo; Señor Juan Carlos Amadeo; Señor Julián Miguens (correspondiente); Señor Carlos Saráchaga (se eliminó); Señor Gabriel Carrasco; Doctor Martiniano Leguizamón; Doctor Carlos M. Urien; Doctor Pedro N. Arata; Señor Adolfo P. Carranza (renunció); Señor Félix Outes (renunció); Señor Juan B. Ambrosetti; Señor Juan Pelleschi; Doctor Estanislao Zeballos; Dr. José María Ramos Mejía; Señor Carlos C. Luna (se eliminó); Señor M. Torino (se eliminó); Señor Luis María Torres; Señor Juan Carlos Barros (se eliminó); Señor José M. Iriono (se eliminó); Señor Guillermo Maschwitz (falleció); Señor Clemente L. Fregeiro (se eliminó); Doctor Juan A. García; Doctor Ramón Cárcano; General José Ignacio Garmendia; Doctor Joaquín V. González; Dr. Carlos Berg (falleció); Doctor Eduardo L. Holmberg (se eliminó). Los miembros correspondientes eran: Doctor Gensérico Ramírez (La Plata); Doctor J. Florencio Ortiz (Mercedes, Buenos Aires); Doctor Ignacio Garzón (Córdoba); Señor Adán Quiroga (Catamarca, falleció); Señor Ramón J. Larraga (Santa Fe). Fuente: *Acta de la JHNA del 3 de noviembre de 1901. Sección IV*. Volúmen III, 1926 p: 218-219.

⁹² "Colección de libros raros e inéditos sobre la región del Río de La Plata publicada bajo los auspicios de la Junta de Historia y Numismática Americana", en Acta del 3 de noviembre de 1901. Sesión IV. *BANH*, Vol III, 1926.

y Compañía para que publicaran *Viaje al Río de La Plata*, de Ulrich Schmidel. El libro apareció como un estudio bio-bibliográfico de Schmidel escrito por el general Mitre, notas históricas y etnográficas de Lafone Quevedo y un apéndice de documentos inéditos (De Gandia, 1939: 100).

Simultáneamente Alejandro Rosa, elaboraba una lista de temas sobre arqueología, metales, monedas y medallas, para que los miembros eligieran uno sobre el cual disertar. La lista quedaba armada de la siguiente manera; Peña sobre "Monedas de La Rioja"; Quesada, "Los metales en la República Argentina"; Lafone Quevedo, "Los metales entre los indios"; Leguizamón, "Medallas constitucionales"; Urien, "Sucesos notables"; Echayde, "Exposiciones"; Cadelago, "Premios"; Ortiz Basualdo, "Centenarios y varias"; Meabe, "Inauguraciones"; Decoud, "Moneda oriental del Uruguay"; Carrasco, "La Arqueología en los Colegios Superiores"; Mantilla, "El medio circulante en Corrientes y Misiones"; Biedma, "Estudio Crítico de las instituciones de honor"; Carranza, "Sinopsis de las condecoraciones en el Museo Histórico Nacional"; Marcó del Pont, "Moneda de Córdoba"⁹³.

Las reuniones de la Junta de Historia y Numismática Americana se constituyeron en estos inicios del siglo XX en un espacio de reunión y discusión para los americanistas locales. Allí por ejemplo Ambrosetti se ofreció para discutir sobre arqueología y Outes sobre historia⁹⁴. Además de la presentación que hiciera Ambrosetti de *Hachas de piedra en la Pampa Central*, junto a Lafone Quevedo se encargaron de preparar una presentación sobre "El doctor Vicente Fidel López como americanista". Ambrosetti dividirá la obra de López en dos partes: una filológica y la otra histórico-arqueológica. Respecto de la primera le atribuía haberse contagiado de los filólogos de la época que trataban "de reducir los idiomas conocidos a un tronco común, obsesión en la cual había incurrido los cronistas de indias". En la misma reunión Lafone Quevedo lo señalaría como un "pioneer" en los estudios de carácter científico en la

⁹³ "Acta de la Junta de Historia y Numismática Americana, 1901-1906", *BANH*, Vol III, 1926.

⁹⁴ "Actas de la Junta de Historia y Numismática Americana, 6 de octubre de 1901". *BANH*, Vol III, 1926.

lingüística argentina”⁹⁵ y se proponía el mismo continuar la tarea iniciada por López de encontrar “intercambios de sonidos” entre todas las lenguas americanas y descubrir el “eslabón” que pudiera unir las con las del viejo mundo.⁹⁶

Como se puede observar, la Junta reunía desde 1901 a los principales protagonistas de los estudios de etnografía y arqueología americana de estos años. De este grupo de americanistas que integraban esta asociación algunos habían comenzado a ocupar cargos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: Bartolomé Mitre formaba parte del Consejo Académico junto a Bernardo de Yrigoyen, Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado, Joaquín, V. González, Paul Groussac, Carlos Pellegrini y Lorenzo Anadón⁹⁷. Samuel Lafone Quevedo se iniciaba como profesor de Arqueología Americana y en 1903, se incorporará Juan B. Ambrosetti como profesor suplente de dicha materia. Ese mismo año, se hacía cargo de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Buenos Aires.

En síntesis, gran parte de los actores que hemos mencionado con actividades científicas e institucionales durante las últimas décadas del siglo XIX, se fueron incorporando a la vida universitaria que ofrecía esta Facultad. Esta institución muestra efectivamente un espacio de intersección entre esta elite intelectual y política de aquel entonces, vinculados entre sí tanto por la búsqueda de rasgos propios de la nación, como así también por el afán de proseguir los estudios americanos en el marco de una ciencia americanista.

Estos protagonistas de cuyas actuaciones nos ocupamos en este capítulo, fueron todos aquellos que expresaron el debate intelectual de la época en torno a la incorporación de una ciencia americanista en la Argentina. Y como se examina en el siguiente capítulo, esta adquirió características propias en la última década del XIX, sobre la práctica concreta de discusión y formación de

⁹⁵ “Actas de la Junta de Historia y Numismática Americana 1901-1906”, en *BANH* Vol III, 1926. pp:251-252.

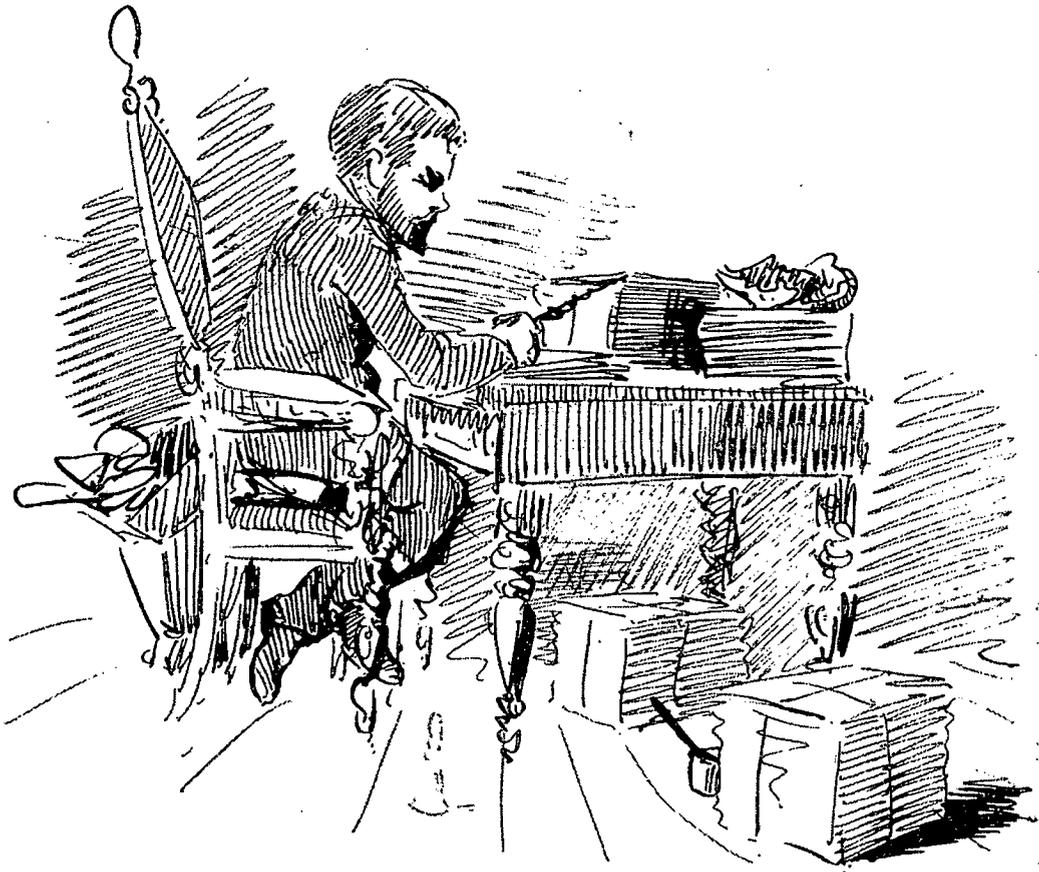
⁹⁶ “Actas de la Junta de Historia y Numismática Americana 1901-1906”, en *BANH* Vol III, 1926. pp: 253.

⁹⁷ Para una historia de la Facultad, véase Buchbinder, *idem*.

colecciones de las antiguas poblaciones del territorio nacional y países limítrofes.

2.

(El) - En cuanto se describen, los
presento este trabajo. El tema
es interesante y hay papel de roba.



Capítulo II

Protagonistas, debates y prácticas científicas en la presentación de los temas etnográficos entre 1890-1904

Como se trató en el capítulo anterior, el escenario americanista en la Argentina se conformó por hombres interesados en la historia del país y del sur del continente en general que enriquecieron sus bibliotecas con documentos, libros antiguos y ediciones "raras", reunieron colecciones de medallas y monedas, cráneos, antigüedades y objetos de distintos grupos indígenas.

Hacia 1890 la ciencia americanista local se empieza a definir y modelar sobre los estudios y discusiones concretas en torno a una serie de tópicos referentes a las antiguas poblaciones que habitaban la región de la cuenca del Plata y el norte del país en los tiempos precolombinos y posteriores a la conquista. Lafone Quevedo anunciaba en ese entonces que uno de los problemas "más arduos que enfrenta la ciencia americanística" era el de las migraciones de indios y que, a pesar de los "progresos" que se habían hecho sobre la "verdadera procedencia" de estos indios (Lafone Quevedo, 1895), faltaban evidentemente datos que completasen la clasificación lingüística, dispersión geográfica y procedencia étnica. Estos fueron los ejes temáticos de discusión etnográfica que ubicaron en el centro del debate a la "civilización calchaquí", los diaguitas, los guaycurúes, los guaraníes, los querandíes y los huarpes.

Este devenir de los problemas etnográficos, tratados "científicamente" sobre la revisión de la información histórica que brindaban las crónicas desde el período colonial, la evidencia material de las antiguas poblaciones y la recolección de vocabularios de los distintos grupos indígenas del presente para comparar con el pasado, es lo que hemos definido "etnografía americanista", definida no tanto como el estudio de los temas etnográficos americanos sino más bien por la forma de confrontar la información del pasado.

Uno de las cuestiones que tuvieron los debates americanistas era la "urgencia" por coleccionar los restos materiales de las antiguas poblaciones que ya había señalado Seelstrang, años antes, cuando proponía la creación de un

museo en Córdoba, materiales que estaban siendo saqueados por pobladores y aficionados, como así también los objetos vocabularios y costumbres de las sociedades indígenas que desaparecían vertiginosamente ante los avances del “progreso” y la “civilización”. Efectivamente, esta idea de “urgencia” trascendía el presente para incursionar en una historia hacia atrás, de modo tal que el pasado se reconstruía con los materiales desenterrados y la comparación con los grupos vivos y, a su vez, los indígenas del presente se entendían con la reconstrucción del pasado; en esta visión, los distintos tiempos cronológicos se amalgamaban para hacer una historia americana.

En esta historia, las colecciones de objetos tenían para el estudioso un papel específico: a diferencia de las sociedades indígenas contemporáneas que evidenciaban la diferencia cultural con la sociedad a la que pertenecía el estudioso, en los materiales calchaquíes, huarpes, o querandíes, se escondía una historia del pasado, de los orígenes, contactos y migraciones de aquellos pueblos. Esta era una de las cuestiones que pretendía resolver el americanismo. En este sentido, la articulación entre el registro de los indígenas vivos, y la recuperación del pasado, constituía la distinción de esta “etnográfica americanista”, que para el caso de tiempos pasados, en términos cronológicos, se correspondía con la prehistoria y la conquista de América.

Las antigüedades de los Valles Calchaquíes

Refiriéndose a la “etnografía prehistórica,” Ambrosetti aludía a las antiguas sociedades de los valles calchaquíes, cuyas características referentes a sus modos de vida, usos y costumbres se “descubrían” en la combinación del estudio de los objetos arqueológicos y las prácticas de los habitantes actuales de aquellas regiones; esto coincidía con el uso comparativo que se le otorgaba a la etnografía para el estudio de las sociedades desaparecidas. Para Ambrosetti, una de las figuras más prominentes en el estudio de los valles calchaquíes, el folk-lore de los pobladores -que como descendientes de los antiguos habitantes del lugar aún ocupaban lo valles calchaquíes- era una herramienta comparativa con el pasado. Esta última información era recogida “in situ” y le permitía

conocer “su vida íntima, su modo de ser, y la manera de pensar” de los pobladores (Ambrosetti, 1899).

Hacia los primeros años de 1890, en las dos instituciones científicas en las que se concentraban colecciones calchaquíes eran el Museo Nacional y el de La Plata. En el primero, recordemos que había ya en la década de 1870, un ídolo de los indios encontrados en el Valle de Santa María, y un escudo de bronce, Calchaquí; en 1885 se había adquirido una colección de antigüedades de Catamarca, Salta y Tucumán al estanciero y comerciante salteño Manuel Zavaleta, que se enriquecerá en 1887 con la compra del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de 113 cajones conteniendo 275 objetos de los “indios calchaquíes”, también adquiridos a Zavaleta; otra colección calchaquí, se compró en 1888, en cincuenta pesos moneda nacional al Sr. Isaac Morales, de Catamarca⁹⁸. En el Museo de La Plata, en 1887, Samuel Lafone Quevedo había depositado su colección de antigüedades procedentes de aquella región, que había dado lugar a la creación de la Sub-Sección de “Arqueología Calchaquí”, de la cual fue nombrado curador honorario; en 1895-96, Enrique de Vedia donaba también una urna funeraria (Farro, 2008: 157); y para el Museo Nacional de Buenos Aires, su director había impulsado la compra de la mayor parte de estos materiales al comerciante salteño Manuel Zavaleta.

También en 1895 comenzaban a ingresar objetos calchaquíes al Instituto Geográfico Argentino, a partir de la expedición que se había organizado a Pampa Grande (Provincia de Salta) a cargo de Juan B. Ambrosetti, acompañado por Mario Garino y Eduardo A. Holmberg, y con la colaboración del Dr. Indalecio Gómez (1850-1920), dueño de una finca en la región. El propósito era recoger colecciones para el incipiente museo y estudiar las “regiones que ocuparon los calchaquíes”; mientras algunos de los miembros de la expedición regresaban con objetos para el museo, Ambrosetti enviaba “remesas de urnas funerarias, hachas de piedra y utensilios diversos”⁹⁹.

⁹⁸ “Extracto del Primer Libro de Inventarios del Museo Público, después Museo Nacional de Buenos Aires, época del Dr. Burmeister, recuperado por el arqueólogo sueco Eric Boman, a cargo de la Sección de Arqueología del Museo”. Archivo ME. FFyL-UBA.

⁹⁹ Memoria del Instituto Geográfico Argentino. *BIGA*, 1895, Tomo XVI.

En estos primeros años de 1890, las instituciones argentinas empezaban a compartir el interés por las antigüedades calchaquíes con instituciones extranjeras que enviaban expediciones hacia sud-américa y cuyo parte del recorrido incluía la región del noroeste (Podgorny, 2000). Así, por ejemplo, en 1896, llegaba a Tucumán el americanista Henri de la Vaulx, en una expedición apoyada por la Société des américanistes de París (Vaux, 1896-97 cf. Farro, 2008). Allí excavó tumbas en los alrededores de los lugares donde ya habían excavado los peones de Zavaleta.

Como ya mencionamos, Ambrosetti había publicado su primer trabajo sobre los calchaquíes en la *Revista del Museo de La Plata*, de 1892, tres años antes de esta expedición a Salta, mientras se desempeñaba como socio y bibliotecario del Instituto. Esto resultó en su publicación, "*Descripción de algunas alfarerías calchaquíes*", que contenía un estudio sobre un conjunto de objetos que habían pertenecido a su propia colección particular y había depositado en el Museo provincial de Entre Ríos (Ambrosetti, 1893).

Apartir de allí combinará sus investigaciones sobre el terreno - comenzando en 1895 en Pampa Grande (Provincia de Salta) y en el Valle Calchaquí, viaje organizado por el Instituto Geográfico Argentino- y en el estudio de las colecciones que se almacenaban y exhibían en los museos, en el Nacional de Buenos Aires bajo la dirección de Carlos Berg¹⁰⁰, en el Arqueológico y Etnográfico del Instituto del cual estaba a su cargo (Ambrosetti, 1899) y en el de Entre Ríos dirigido por Pedro Scalabrini. Tal como ilustrara Eduardo A. Holmberg al sabio, en su historia "Una desgracia arqueológica", los materiales recogidos efectivamente se constituían en una fuente de información inestimable sobre la que abrir nuevos temas de debate o reavivar antiguas polémicas.

Las colecciones de las tres instituciones, como el mismo Ambrosetti señalara, le servirán como materiales de comparación y para la elaboración de "ideas exactas sobre la arqueología y etnografía prehistórica calchaquí". Los

¹⁰⁰ Fue creado en 1812 por Bernardino Rivadavia como Museo del País, luego se lo denominó Museo Público, Nacional de Buenos Aires, de Historia Natural y Argentino de Ciencias Naturales con el nombre de su creador.

resultados aparecerán en publicaciones institucionales, fundamentalmente a través de la serie de "*Notas de Arqueología calchaquí*" que se publicarán por cuatro años consecutivos desde 1896 en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*..

Recordemos que Ambrosetti se había incorporado al americanismo con el tema de estudio sobre los calchaquíes, que fue presentado por primera vez en el Congreso Internacional de Americanistas de 1900 en París. En esa misma reunión también Lafone Quevedo disertó con un estudio de "arqueología calchaquina", con lo cual ambos trabajos se constituyeron en la primera mención que se hizo a los calchaquíes en un encuentro internacional de estudiosos americanistas. En su estudio, Ambrosetti sostenía que los restos arqueológicos de la civilización calchaquí no mostraban similitudes con la cultura peruana, de manera tal que ésta se había conformado como una región independiente (Ambrosetti, 1898). Y respecto del lenguaje sostenía que el calchaquí tenía más del Aymará que del Quichua, y "este idioma que aún se hablaba en la República Argentina era de importación postcolombiana, e introducido por los yanaconas que venían con los españoles y divulgado por aquellos entre los calchaquíes subyugados" (Ambrosetti, 1901). Con esta idea no coincidían ni Daniel Brinton ni Félix Outes.

Brinton, físico, dedicado a los estudios antropológicos y primer profesor norteamericano de antropología nombrado en 1886 en la Universidad de Pensylvania, resumiría en 1899 el problema calchaquí como las dudas surgidas sobre la verdadera naturaleza de las ruinas, el arte y la lengua, e introducirá el elemento "inca" como una posible relación entre los grupos (Brinton, 1899) en su defensa, Ambrosetti recurriría al estudio "minucioso" que había hecho de las colecciones de los museos; el simbolismo de las urnas funerarias con diseños antropo y zoomorfos, le confirmarían que los calchaquíes "nada" tenían de peruanos y menos de la época incásica (Ambrosetti, 1901). El segundo, Félix Outes, que aunque sus trabajos se orientaron en esta época fundamentalmente no ya a poblaciones del Noroeste sino del Río de La Plata, se incorporará a la discusión con Ambrosetti, sobre los orígenes de las poblaciones del territorio

argentino. A su juicio, los incas efectivamente habían dominado la región calchaquí, y para aclararlo se debía “estudiar comparativamente las representaciones mitológicas”. En realidad, Outes, sin desmerecer la capacidad de Ambrosetti, señalaba que su trabajo sobre los calchaquíes, no merecía ser tratado como “Notas (...)”, en referencia a “*Notas de Arqueología Calchaquí*”, sino en un estudio detenido y científico (Outes, 1899).

El trasfondo de estas discusiones residía cómo consolidar una ciencia americanista, sostenida por evidencia concreta sobre la que edificar la argumentación. Lo que ya había señalado Bartolomé Mitre, sobre la vaguedad, imprecisión y falacias de muchos de los americanistas europeos a la hora de interpretar la historia de América, era continuado ahora por la nueva generación de americanistas que en la misma línea, apoyaban sus críticas y discusiones. Ambrosetti, por ejemplo, en su crítica al Dr. Latouche-Treville, sobre su publicación acerca de la antigüedad del Nuevo Mundo que había aparecido en una revista francesa, Ambrosetti respondía, en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, refiriéndose a la “muchacha ligereza que choca contra los que no descansamos en conquistar el dato y demuestra un total desconocimiento del autor sobre arqueología y etnografía americana” (Ambrosetti, 1903). Precisamente sus trabajos de arqueología calchaquí, con lo que pretendía contribuir a la arqueología Argentina para como él mismo señalaba “que algún día nos podamos dar cuenta de lo que fueron aquellas razas que tanto interés despiertan a los americanistas”, se habían elaborado sobre las notas obtenidas en el terreno, con datos sobre el “folk lore de los actuales habitantes”, registrando también su vida íntima y su modo de ser; toda información obtenida “in situ” (Ambrosetti, 1899: 128).

Cuando en 1903, Ambrosetti queda a cargo de la sección de Arqueología del Museo Nacional, dona un conjunto de 14 objetos calchaquíes de bronce formado por 2 brazaletes, 1 tortero y huso, 3 topos, 1 fragmento de tumi, 1 pinza depilatoria, 3 agujas y 2 placas pectorales, que posteriormente describirá en los Anales del Museo, publicación en la que incluso aparecerán desde el año de 1902 cuatro trabajos más de él sobre el tema. En 1902 también

llegaba al puerto de Buenos Aires, la Expedición francesa enviada por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia con el objetivo de hacer estudios en la altiplanicie boliviana. El grupo estaba dirigido por el Marqués Créqui de Montfort y E. Senegal de la Granche; además participaban de ella el dr. Neveu Lemaire, de la Facultad de Medicina de Lyon, Adrian de Mortillet, profesor de la Escuela de Antropología de París, George Courty, naturalista del Museo de Historia Natural, y Eric Boman (1867-1924). Este había llegado al país en 1888 luego de haber asistido a los cursos de la escuela de Antropología y en el Museo de París. En Buenos Aires había sido ayudante de la escuela normal número 1 y en Catamarca, donde residía, en la escuela Normal de Maestros. Al programa de esta expedición se agregó una parte de la zona norte de la Argentina, que sería recorrida por Boman, especialmente la Puna de Atacama y los valles calchaquíes, para hacer estudios arqueológicos y antropológicos con el fin de reunir información para comparar las diferentes razas de indios que ocupaban la altiplanicie; empezaría con los aimará del norte de Bolivia, continuando con los Uros del Río Desaguadero y los indios de la Puna argentina para terminar en los valles calchaquíes¹⁰¹. En 1903, entraría en Susques, lugar en el que los diarios de la época señalaban centro de “indios muy salvajes, que se han mantenido libres de todo mestizaje”¹⁰². De allí partió Boman con una colección de objetos arqueológicos y etnográficos de los que donará una parte al Museo Nacional de Buenos Aires (Boman, 1992[1908]).

Desiderio Aguiar, San Juan y los huarpes

En los últimos años del siglo XIX, el protagonismo que hasta ese momento ocupaban en la agenda científica los antiguos habitantes de los valles calchaquíes, va a ser compartido con los “indios” de San Juan que se instalaron como un nuevo tema en el debate americanista, tras los hallazgos de antigüedades y momias que vecinos de distintas localidades de aquella región habían encontrado y enviado a los museos Nacional de Buenos Aires y al Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino. El nuevo

¹⁰¹ “La expedición Crequi Montfort”, diario *La Nación* de Buenos Aires, 19/05/03

¹⁰² “Exploraciones andinas. Tribus extrañas”, en *El Diario*, 24/11/1903

problema se planteaba con miras a resolver la filiación étnica de los indios de San Juan y su posible pertenencia a los Huarpes. En 1892, la Sra. Isabel Moyano de Poblete, había exhumado dos "momias" en Barrealito, junto a utensilios de barro y piedra, armas y objetos de forma rara y uso desconocido, enviándolos al Museo Nacional por intermedio de su hermano el Sr. Moyano, bibliotecario en ese entonces del Congreso Nacional" (Aguiar, 1898, Debenedetti, 1917). Tres años después uno de los consocios del Instituto Geográfico, el Sr. Moyano, donaba una "buena colección de objetos indios" de San Juan, en su mayoría "urnas que contenían huesos y cráneos humanos que darán tema a un estudio antropológico"¹⁰³. Estos materiales podríamos decir que permanecieron casi olvidados en ambas instituciones hasta el año 1898, cuando Desiderio Segundo Aguiar (1832-1896), masón de la Logia San Juan de la Frontera N^a 33, comerciante, artista y fotógrafo de la Provincia de San Juan, presentaba en la Primera Reunión del Congreso Científico Latinoamericano su trabajo "Huarpes". Esta era la primera vez que se exponía el tema en un congreso científico. La sección de Ciencias Antropológicas y Sociológicas, en la que había presentado su trabajo, estaba dirigida por Estanislao Zeballos, con Lafone Quevedo y Faustino Jorge como vicepresidentes. Organizada con distintos temas sobre Antropología y Arqueología precolombiana, Antropología, Arqueología y Etnografía de la Época Colombiana, Etnografía y Antropología Actual, Lingüística, Historia Colombiana y Post Colombiana (colonial), previeron además, al igual que los Congresos Internacionales de Americanistas, acompañar la agenda de discusión con una serie de visitas al Museo Nacional, Instituto Geográfico Argentino, la Facultad de Derecho, Biblioteca Nacional, Penitenciaría, Museo Histórico, Jardín de Infantes, Escuelas y Colegios¹⁰⁴.

El trabajo de Aguiar en esta sección, en la que participaban entre otros, Lehmann-Nitsche, Lafone Quevedo, Pedro Scalabrini, Benigno Martínez y Adán Quiroga, cubría un área geográfica sobre la que hasta ese momento no existían muchas noticias. Como una forma de argumentar su teoría de la

¹⁰³ Memoria del Instituto Geográfico Argentino, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 1895. Tomo XVI.

¹⁰⁴ *Primera Reunión del Congreso Científico Latinoamericano* (Celebrado en Buenos Aires, del 10 al 20 de abril de 1898 por iniciativa de la Sociedad Científica Argentina), 1900, Buenos Aires.

ocupación huarpe en la región, se había encargado de detallar los materiales que había reunido, “una momia, completa de pie, cuyas vestiduras ya estaban corroídas por el tiempo”, puntas de flecha de piedra, cacharros, algunas agujas de hueso y piedrecillas, pipas de barro y tapices tejidos, y además, de mencionar la visita en su museo particular, de Ambrosetti, que, acompañado de su cuñado Eduardito A. Holmberg, habían dibujado algunos objetos que les “interesaban”. Paralelamente había presenciado en la localidad del Puque, una práctica religiosa “que se estilaba entre ellos y que daba la nota de sus primitivos hábitos”, a lo que Aguiar creía además que contenía resabios de una “educación hispano-medieval, encarnada en una raza indígena desheredada de sus antiguos esplendores” (Aguiar, 1898).

En 1904, seis años después de su primera intervención sobre el tema, publicaba “Huarpes”, donde se ocupaba por un lado de agradecer a los directores de la Sección por su decisión de publicar el trabajo, y por otro, de señalar la escasa atención que se le había prestado a este grupo y la “ligera conjetura, frase retórica y poca argumentación científica” que “había elaborado Mitre, sobre la inexistencia de los Huarpes en Calingasta, en San Juan de la Frontera y en las lagunas de Huanacache”. En consecuencia intentaba a través de un recorrido de la documentación aportada por los Padres Luis Valdivia, Lozano y Oviedo, demostrar el origen de estos primeros pobladores; retomando la definición de Topinard de etnografía, ciencia que a través del estudio de las costumbres, el lenguaje, migraciones, reliquias, y la industria, servían para ilustrar el “problema de la filiación y el parentesco de las razas”, Aguiar se apoyaba concretamente en la información que se podía desprender de su colección particular y en las que decía “poblaban los museos etnográficos de todo el mundo, como prueba concreta de la existencia de este grupo en el pasado. Su argumento, sobre el estudio de estos materiales y las observaciones realizadas entre los pobladores actuales de Calingasta, consistía en que ellos hablaban aún la lengua huarpe (Aguiar, 1904).

Aunque las colecciones reunidas en los museos privados de San Juan, como en los de Buenos Aires, eran una evidencia de la existencia de este grupo

al que Aguiar denominaba huarpe, el tema quedó efectivamente instalado en la agenda americanista; sin embargo, se empezará a discutir en la primera y segunda década del XX, sobre los resultados de las exploraciones a La Rioja y San Juan, impulsadas desde los museos Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras y el de La Plata y la revisión de la evidencia aportada por Aguiar.

Los indios del Plata

En 1862, Manuel Ricardo Trelles, en su trabajo *"Memoria sobre el origen de los indios querandíes y etnografía de la comarca occidental del Plata al tiempo de la Conquista"*, había planteado polémicamente la vinculación entre los "querandíes y guaycurúes" y la existencia de una "raza del medio", proponiendo el origen guaraní para los primeros, que hasta ese momento se consideraba araucánico (Lafone Quevedo, 1898; Fernández, 1982). En este trabajo "etnográfico," Trelles consignaba los datos reunidos sobre los indígenas que habitaban "las comarcas argentinas" a la llegada de los españoles revisando los testimonios de los historiadores o cronistas, y los documentos desde el "punto de vista etnográfico", ya que para él, sus descripciones, lejos de ser imparciales, eran "contradictorias", "apasionadas" y "erróneas". (Trelles, 1864). Su propósito era "acercarse a testimonios "auténticos", a la "verdad" que estaba absolutamente alejada de la información provista por los cronistas. Posteriormente, Ameghino reabrirá la polémica refiriéndose a la adscripción étnica de los Querandíes y demás pueblos indígenas de la provincia de Buenos Aires. Para él, "la diversidad de pueblos indígenas era una prueba de la gran antigüedad del poblamiento sudamericano. De esta manera, como lo ha señalado Podgorny, a partir de 1880 el problema "querandí" se debe entender, por lo tanto, como un problema ligado a la antigüedad del hombre en el Plata (Podgorny, 2001: 10).

Aunque el tema parecía haber caído en el silencio, en 1897, treinta y cinco años después, se reavivaba la polémica con el libro *"Los Querandíes. Breve contribución al Estudio de la Etnografía argentina"*, que Félix Outes había editado con fondos propios y una tirada de 300 ejemplares. Un año después Outes

volvía a publicar en una edición privada de 200 ejemplares, *"Etnografía Argentina. Segunda contribución al estudio de los indios Querandíes"*, y en una "reducción" del mismo trabajo en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (Outes, 1898).

La repercusión que tuvieron estas publicaciones en el ámbito local, abriendo el debate con Benigno T. Martínez, D.G. Brinton, von Ihering, Polakowsky, R. Lehmann Nitsche, y fundamentalmente Samuel Lafone Quevedo, fue también seguido de la adquisición de objetos para los museos, en el Nacional se adquiría por compra a A. F. Ortega, en 1899, objetos "querandíes" que pertenecían a la antigua colección de Eguía; en 1902 se agregaba la donación de Agustín Péndola de un objeto querandí (Outes, 1897).

Outes sostenía su argumentación sobre la revisión de objetos materiales en el gabinete, de la observación de cráneos de las salas del Museo de La Plata, y de una minuciosa revisión de las publicaciones de los cronistas, a quienes a pesar de reconocerles la meritoria información sobre los objetos que pertenecían a los querandíes, recordaba que se había "olvidado" de estudiar lo primordial: el pueblo que los produjo (Outes, 1897). Outes planteaba la existencia de tres razas diferentes en la provincia de Buenos Aires. Los Querandíes pertenecían a la rama de la gran familia Guaycurú, habitantes del Gran Chaco, subdivisión de la raza pampeana de Alcides d'Orbigny.

Dividido en tres partes, el trabajo intentaba brindar una visión completa sobre este grupo: la primera, "puramente descriptiva", contenía un bosquejo del territorio, especialmente de la flora y fauna; la segunda, de carácter "sociológico", en la que presentaba los datos referentes a la raza, los caracteres físicos e idioma, usos y costumbres; en la tercera, "arqueológica", se proporcionaba la información sobre los objetos que se encontraban en el territorio.

Esta clasificación respecto del origen de los querandíes no acordaba ni con la teoría de Samuel Lafone Quevedo ni con la de Benigno T. Martínez. El primero, planteaba el origen patagónico de los querandíes (Martínez, 1897); mientras que el segundo no había coincidido con Trelles en el origen

guaranítico. Sin embargo, Lafone Quevedo, al igual que Outes, creía que los datos reunidos hasta ese momento permitían ubicar a los querandíes entre los "pampeanos", siguiendo la clasificación de d'Orbigny."(Lafone Quevedo, 1898:8). Lafone Quevedo ubicaba el problema en "atribuirles a los querandíes objetos que pertenecían a sus aliados"; de manera tal que con estos datos se convencía de que al ser pampeanos se acercaban más a los "Puelches-Patagones" que a la raza "chaco-Guaycurú" de Outes. De todas maneras le concedía a Outes derecho a ubicarlos en la rama Guaycurú, ya que aún la clasificación de este grupo se planteaba en términos hipotéticos y por lo tanto "cualquiera podía reclamarlos como de tal o cual familia": d'Orbigny en la gran raza pampeana, Outes en la rama del norte Guaycurú y Moreno en la rama del sur pampa-patagónica, a la que se adhería Lafone Quevedo; quedaban así excluidos de la rama guaraní que mencionaba Zeballos (*idem*: 9).

En 1900, los trabajos de J. Deniker y de Luis de Sainz Hoyos, mostraban ante la crítica que les hiciera Outes, que a pesar de que en el contexto local no se había logrado un absoluto acuerdo, se coincidía en la forma de elaborar una clasificación para los grupos indígenas de acuerdo a los cánones de la nueva ciencia americanista. Outes acusaba al primero de proponer una teoría "bizarra", en la que mezclaba Puelches con Patagones y Araucanos e incluso con el gaucho; al segundo, en insistir con problemas ya resueltos, como por ejemplo considerar a los charrúas con "la sub raza guaraní". En realidad, mas allá de las críticas parciales e individuales a cada uno de los trabajos, Outes los diferenciaba de los que "hacían estudios etnográficos en Sud América", en los que él mismo se incluía y fundamentalmente porque respetaba al viajero francés d'Orbigny. Deniker y de Sainz Hoyos seguían siendo irónicamente los "especialistas" que incurrían en la falta de actualización bibliográfica y en la liviandad de sus teorías (Outes, 1900a y 1900b). Alcides d'Orbigny era una referencia respecto de la clasificación de las razas en la región y una nueva clasificación de "razas ilimitadas" significaba desconocer su trabajo y sus aportes a la ciencia local.

Para Outes, la clasificación de los querandíes se hacía con los datos antropológicos, geográficos, etnográficos, e incluso filológicos; esto último de hecho parecía ser fundamental, desde la dedicatoria misma del libro *Los Querandíes* a Lafone Quevedo (Podgorny, 2001). Se sumaba la información de Schmidel, quien a su juicio era el único que había podido “observar de visu a aquellos indios penetrando en una de sus aldeas o tolderías”. En este sentido, sin desestimar la opinión de Oviedo, Faulkner y Herrera, destacaba que la certeza de los datos brindados por Schmidel y la cientificidad con la que habían sido recogidos, estaba en la comprobación empírica y la observación.

Con esto surgirá un problema del americanismo local relacionados con la calidad y la cantidad de información histórica. Lafone Quevedo llamaba la atención sobre la “escasa” documentación sobre la lengua de los indígenas del siglo XVI que habitaban la región en el momento de la conquista y, entendía que había que apoyarse en las obras de los misioneros religiosos puesto que durante el tiempo de residencia en la región habían producido la suficiente cantidad de información para comenzar una clasificación de las poblaciones (Lafone Quevedo, 1892) Incluso desde 1894 empezará a introducir, prologar y en algunos casos traducir los “primeros vocabularios, diccionarios y gramáticas” hechos por estos misioneros, que aparecerán en los Boletines del Instituto Geográfico Argentino (Babini, 1963; Giordano, 2003; Wright, 2003). Este problema se refería en síntesis a lo que todo americanista definía como la “confiabilidad” en la información y en los datos que se podían desprender de los informes de los cronistas.

Resolver el pasado a través del presente: la recolección de objetos, costumbres y vocabularios de los indígenas del Chaco y el Alto Paraná.

En un recorrido de los trabajos presentados en los Congresos Internacionales de Americanistas entre 1890 hasta los primeros años del siglo XX, se pueden encontrar tres disertaciones sobre las sociedades indígenas en ese momento, referidas todas estas, a los indígenas fueguinos; en 1891, H.

Deniker, presentaba "*Anthropologie Fuegiene*", los otros dos pertenecían a G. Marcel, "*Vocabulaire des fuégiens a la fin du XVIII siècle*", y "*Les fuégiens à la fin du XVII siècle, d'après des documents français inédits*". En este contexto el resto de las poblaciones del país que ocupaban la Pampa, Patagonia, Chaco o Misiones, se transformaron en tema de debate en la medida en que conformaban una prueba de la diferencia cultural tan palpable como la misma existencia de lenguas vivas, a través de las cuales se podría reconstruir parte de la historia pasada.

Para Lafone Quevedo, como ya se mencionó, un tema crucial de la ciencia "americanística" era la ubicación geográfica de las poblaciones indígenas, antes, durante y después de la conquista, porque este conocimiento del territorio y de sus antiguos y actuales habitantes hacía a la solidez de las argumentaciones con que los americanistas locales se posicionaban ante los extranjeros. Para ello se debía resolver el tema de las "migraciones". Un primer conjunto de datos históricos se encontraba para él en las fuentes, otra parte se podría deducir de "sus tradiciones, lenguas y rasgos antropológicos" en las naciones que "han podido perpetuarse", de manera de cruzar la información histórica con la presente (Lafone Quevedo, 1895).

Algunas instituciones pudieron costear expediciones con el fin de formar colecciones de objetos y vocabularios y registrar sus costumbres. En otros casos, como una forma de acortar las distancias, de evitar gastos económicos y el tiempo que podía llevar organizar una expedición, aprovecharon con frecuencia la posibilidad de extender redes locales entre los pobladores, desde las instituciones metropolitanas hacia regiones del interior del país, como así también de nombrar a corresponsales que actuarían en comisión y bajo instrucciones de las instituciones científicas. En el caso de la Tierra del Fuego, efectivamente, el Instituto Geográfico Argentino encomendó misiones a sus corresponsales que trabajaban en aquella región.

Cuando en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* se anunciaba con una reseña los resultados de la expedición que H. Deniker había realizado años atrás, y se transcribía el informe de la Misión Científica de M. M. Rousson y Willem que había sido publicada en el *Bulletin de la Société de Géographie* de

París, también se presentaba el informe de Julio Popper¹⁰⁵, "*Apuntes geográficos, etnológicos, estadísticos e industriales*" y se encargaba una misión al médico cirujano belga Polidoro Segers (1852.1917)¹⁰⁶, corresponsal del Instituto en esta región austral. Segers, había formado parte de la expedición oficial en 1886 y, después había estado tres años allí como cirujano de la Armada Nacional. Los resultados de sus observaciones se publicaban en ese año en el Boletín del Instituto bajo el nombre "*Tierra del Fuego. Hábitos y costumbres de los indios Aonas*". El trabajo, que era una combinación de sus observaciones sobre las características físicas y costumbres, se acompañaba de un vocabulario que había recogido durante esos años, y de un "inventario" de objetos con un detalle pormenorizado de su fabricación y uso. En el trayecto a Buenos Aires, las colecciones de objetos se habían perdido en un naufragio en Magallanes, con lo cual la información que presentaba pertenecía a sus notas y cuadernos que había logrado salvar. Estos datos servían de cualquier manera para estudiar una colección que ingresaba en esos años al Museo de Etnografía y Arqueología del Instituto Geográfico Argentino, formada por arpones, cestas, modelos de canoas y una canoa tamaño natural que ocupaba el espacio central del hall del Museo. En total, desde la creación del Museo y hasta el año 1901, sumaban 11 objetos de Tierra del Fuego; había también 1 objeto de pampa central y 1 de la Patagonia.

Mientras que la mayor parte de estas colecciones ingresaron gracias a las donaciones de sus consocios o por las expediciones que se organizaban en el Museo Nacional de Buenos Aires, la recolección de materiales en las expediciones se acompañaba, en forma recurrente, de las compras institucionales.

¹⁰⁵ Popper había nacido en Bucarest en 1857, dejando la ciudad a sus 17 años para estudiar en la Universidad Politécnica de París, en donde se graduó de Ingeniero en minas. Había llegado a la Argentina en 1885, para iniciar un año más tarde una excursión a la Tierra del Fuego junto a un grupo de expedicionarios; allí en la Isla Grande encontraron un yacimiento aurífero, sobre el que dio detalles en una conferencia sobre los resultados del viaje, que tuvo lugar en el Instituto Geográfico Argentino en 1887.

¹⁰⁶ Podgorny ha analizado el debate que generó la propuesta de Segers sobre la técnica de embalsamamiento de los cuerpos humanos, a raíz de la reseña que hiciera de un folleto sobre el tema en "*La Patria Argentina*" de 1885. Podgorny 2008a, ms.

En 1902 se organizaba la expedición del ornitólogo, con el jefe de la sección de Zoología, Roberto Dabbene (Turín, 1862- La Plata, 1938), quien sumaría sus colecciones de zoología y principalmente de aves, "polvos que usan los yahaganes para pintarse la cara"; también se agregaron un peine donado por Ramón Lista, una donación del marinero Inocencio Storni; y se realizaron además dos compras importantes -tanto por el volumen de las colecciones como por la diversidad de objetos- que representaban los grupos indígenas que vivían de un extremo a otro del país, desde la Tierra del Fuego, Pampa, Patagonia, y Chaco: una al Sr. Santiago Venturi y otra a al Sr. V. Carvalho; esta última en particular, contenía adornos de mostacillas y lentejuelas halladas en un paradero del cacique Pincén y dos adornos tejidos y con cuentas de la tribu del cacique Catriel, además de objetos del Chaco, y Tierra del Fuego. Esta modalidad de compra, fue recurrente en el Museo Nacional; ya en los años inmediatamente posteriores se adquirieron de la misma forma colecciones al Sr. Venturi y a Carvalho, como así también a Parodi, y a Levia, exclusivamente del Chaco. A éstas se agregó en 1897 una donación de Félix Outes de un conjunto de arco y flechas de los indios fueguinos y el mismo tipo de objetos de los indios tobas del chaco argentino. Cada una de las modalidades a las que recurrieron los directores de estos museos, con el fin de obtener objetos de diferentes grupos indígenas, como son los ejemplos hasta ahora mencionados, significaron para cada uno distintas formas de completar sus acervos institucionales, siguiendo lo que tenían las otras instituciones.

El Chaco se presentaba con otros problemas. Expulsados los jesuitas del Chaco, la región era visitada por aventureros, buscadores de maderas e interesados en comerciar con los indios intercambiando sus artículos por cueros y plumas (Seelstrang, 1977 [1878]). Las exploraciones del siglo XIX tenían en su mayoría la misión de proporcionar datos geográficos, hidrográficos, económicos como socio-antropológicos, de manera de constituir una base de información técnica y científica sobre la cual apoyar los fundamentos de una colonización de los territorios (Cominges, 1882).

La campaña de colonización llevada a cabo por el General de Guerra y Marina Benjamín Victorica en 1884, había quebrado la resistencia indígena y dominado el Chaco Austral, creando los Territorios Nacionales de Formosa y Chaco. El proceso de colonización no consistió en el exterminio de los indios o en su cautiverio sino en su incorporación como asalariados a una nueva economía de mercado capitalista (Iñigo Carrera, 1984; Trinchero, Piccinini, Gordillo, 1992). Esto significó la creación de espacios en los que se concentraría mano de obra indígena, los obrajes y los ingenios azucareros; la ventaja que ofrecían ahora estos espacios productivos para el estudioso es que este ya no necesitaba confiarse sólo de las fuentes históricas, sino que podía hacer su propia observación y comprobación de los datos *in situ*.

En el Instituto Geográfico Argentino se había ofrecido por primera vez una conferencia del capitán del Ejército Nacional, Amadeo Baldrich, titulada "*Los indios mataguayos, y sus costumbres*"; aunque no era el primer trabajo sobre la región, de hecho desde 1881 circulaba "*El Gran Chaco*" de Luis Jorge Fontana, era el primero en tratar el tema indígena con exclusividad. El libro de Fontana, resultado de sus observaciones en el Pilcomayo, viaje emprendido como Secretario de la Gobernación del Territorio Nacional del Chaco, acompañando al gobernador coronel Napoleón Uriburu contenía distintas secciones sobre la meteorología, los ríos y montañas, la geología y una parte dedicada a la "etnología", en la que se incluía la cantidad de indios, una descripción de cada uno de los grupos, incluyendo a los "chiriguano, maticos, tobas, chunupies, payagúas, guanás y mocovies y características antropométricas, y lingüísticas", y se acompañaba de un vocabulario que el mismo había organizado en "seis lenguas" en coincidencia con los grupos que había visitado, excluyendo a los guanás (Maeder, 1977, Fontana, 1977 [1881]).

La conferencia de Baldrich que se publicó en las páginas del Boletín de Instituto en 1889, hacía referencia no sólo a la "brutez y el malgrado de sus harapos como su frecuente desnudez paradisíaca" sino también a sus objetos materiales, incluyendo sus plumas, trajes, armas, pinturas corporales, a través de los cuales se podían inferir los usos y costumbres de estos indios (Baldrich,

1889). Con una tónica distinta, Fontana mostraba también el proceso de descomposición de las sociedades indígenas, su desaparición física y la modificación de sus lenguas, costumbres y la pérdida de sus objetos. En este contexto, en el que el Chaco era el epitome del salvajismo, cuyas sociedades originales tenderían a desaparecer, las colecciones etnográficas cumplían el papel fundamental como documentos materiales de las más diversas formas de vida de la actividad humana, constituyéndose en un registro palpable de la diferencia; por lo tanto, antes que desaparecieran, era necesario recogerlas y guardarlas en los museos, en donde se mantendrían inertes a los cambios (Grupioni, 1998: 250).

Así, mientras Francisco Moreno informaba que en el Museo de la Plata la recolección se acompañaba también de “mediciones antropológicas sobre vivos, de algunos indios chiriguano, que habían sido incluso fotografiados”¹⁰⁷, en el Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino se reunían 85 objetos, entre camisas y redes de fibra de caraguatá, pipas y armas, y 6 objetos del chaco boliviano; en el Museo Nacional, solamente uno había sido donado por Outes, y el resto había ingresado por compras a Carvalho, Venturi, Parodi y Leiva, sumando en total 64 piezas; a diferencia del Museo del Instituto Geográfico Argentino, estos estaban catalogados con la identificación del grupo, en su mayoría Toba; esta falta de datos, puede simplemente relacionarse con la ausencia de ellos el donante, como también con la práctica propia de este Museo de agregar en una tarjeta al pie del objeto y el nombre del donante como una forma de reconocimiento¹⁰⁸.

En simultaneidad empezaban a circular vocabularios indígenas como una manera de contribuir al estudio de la lengua americana; uno de los colectores de vocabularios fue Pedro Scalabrini, que le enviará a Samuel Lafone Quevedo por encargo de Ambrosetti un vocabulario formado por “palabras del idioma mataco y vilela” recogido en su primer viaje al Chaco en 1896” (Scalabrini, 1896; Ambrosetti, 1916c). Como resultado del viaje, Scalabrini

¹⁰⁷ Memoria del Museo de La Plata, Informa de actividades de las secciones: 1895-1896.

¹⁰⁸ Nuestra referencia a estos objetos, es la transcripción de la información de todos ellos en 1901, que se hizo en el Museo Nacional de Buenos Aires, con motivo del depósito de las colecciones que hiciera el Instituto Geográfico Argentino.

presentó en el Congreso Científico Latino-Americano de 1898 un trabajo titulado "*Demostración filológica de los conocimientos de los indios*", cuyo objetivo era mostrar las tres etapas del trabajo: "el espíritu, el método y los resultados". En el primero intentaba demostrar "la sensibilidad del indígena, su conocimiento del mundo natural y del sentimiento humano". El método, consistía en la elaboración de preguntas destinadas a indios de "todas las edades, sexo y condiciones", rescatando la "palabra" como una "fotografía"; en este sentido, lo que se escuchaba en el mismo diálogo, y ayudado como él mismo lo describiría a través de la "mímica, gestos, y saltos", se podían elaborar "resultados verídicos ya que son comprobados por el estudioso". Incluso como parte de sus resultados, daría importancia a la "educación" del indio no ya en forma violenta sino "siendo indios"; de este modo, Scalabrini propone "pensar y sentir como el indio" como una manera eficaz de la acción educativa.

En 1894, Ambrosetti publicará en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* un pequeño trabajo sobre los "chunupies" de la región austral del Chaco, cuyo primer tomo aparecerá en 1874 (Babini, 1963). El mismo contenía una descripción sobre sus toldos, objetos de uso doméstico, características físicas y un vocabulario, todo recogido en los suburbios de la ciudad de Corrientes, a donde iban a comerciar sus productos del Chaco. Este vocabulario se sumaba al recogido por Jorge Fontana, con quien incluso Ambrosetti discrepaba en el "significado de algunas palabras"; su referencia era Lafone Quevedo, quien en su *Estudio Crítico* aparecido en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino sobre el libro de Daniel Brinton *La Raza Americana*, clasificara a los chunupies en el grupo "Naguaycurú, siendo un co-dialecto del Lule de Machoni, con tal vez un elemento guaycurú algo más pronunciado (Ambrosetti, 1894).

Estas colecciones del Chaco que circulaban entre los territorios nacionales y las instituciones metropolitanas, empezaron a moverse de la mano de las expediciones de americanistas extranjeros que tenían como objeto de estudio ya no el chaco argentino, sino la amplia región del Gran Chaco. En 1901, llega el Barón Erland Nordenskiöld (1877-1932), a cargo de la Expedición Sueca

Chaco-Cordillerana (1901-1902). Esta será la primera expedición científica extranjera que intentará explorar aquella área y estudiar sus poblaciones indígenas, recolectando información sobre la geografía, zoología, botánica, arqueología, y etnografía de la frontera argentino-boliviana, tanto de la región andina como chaqueña. En 1902, acompañado del arqueólogo sueco Eric Boman y de Friers, llegó Nordenskiöld a Salta, en donde reunió "esqueletos indios, objetos etnográficos de los Omaguas, chiriguano, maticos, chorotes y tobas" (Nordenskiöld, 1902:12). Esta expedición, como la presentación que hiciera el barón Eric von Rosen en el Congreso Internacional de Americanistas de Stuttgart en 1904, sobre los chorotes del Chaco boliviano, mostraba para los argentinos la incursión de americanistas europeos en el estudio de una región cuyas poblaciones mostraban ser el epítome del salvajismo.

En simultaneidad con la formación de colecciones del Chaco también llegaban a las instituciones objetos de los indios Kaingángues y Caingua de Misiones. En 1892, por encargo de Moreno, director del Museo de La Plata, Ambrosetti quedaba como director honorario de la "Expedición Nord-Este" que se realizaría entre julio y noviembre, acompañado del dibujante Adolfo Methfessel (1836-1909)¹⁰⁹ y del preparador del Museo Emilio Beaufils; a éste le siguió un tercer viaje encomendado por el Instituto Geográfico Argentino, entre los meses de febrero a julio de 1894, que lo realizaron Ambrosetti, Carlos Correa Luna, gerente del Instituto y Juan M Kyle, ayudante del gabinete de Historia Natural de la Universidad de Buenos Aires. En 1893, Ambrosetti resumía de alguna manera el objetivo de estas expediciones:

"Los que en viaje satisfaciendo nuestra curiosidad científica, dedicamos el tiempo al estudio de la Antropología y la Etnografía Sud-Americanas, debemos ante todo dirigirnos á las tribus próximas a extinguirse, para reunir, en sus postrimerías, la mayor suma de datos, a fin de poder ofrecerlos a nuestra vuelta, a los estudiosos de gabinete, quienes no influenciados por el ambiente embriagador de las selvas vírgenes, ni

¹⁰⁹ Nacido en Suiza, se radicó en Buenos Aires en 1860.

por la majestad imponente del desierto, podrán con toda serenidad, aprovecharlos a fin de resolver la gran cantidad de problemas, aún oscuros, sobre nuestras razas primitivas" (Ambrosetti, 1895: 384).

La expedición del Instituto al Territorio Nacional de Misiones (1894) tenía como fin armar colecciones y estudiar desde el punto de vista "antropológico y de la etnografía sud-americana" dos "tribus" próximas a extinguirse: los Kaingángues y los Caingúa. Ambrosetti, a cargo en ese entonces del Museo Etnográfico y Arqueológico, debía dirigir las expediciones y publicar los resultados de su estudio. El primero aparecerá en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* dirigida por Eduardo Ladislao Holmberg bajo el título *Los indios Kaingángues de San Pedro (Misiones)*, con fotografías de sus dos compañeros de viaje, Juan M. Kyle y Carlos Correa Luna. Además agregó como apéndice el *Vocabulario Kaingángue (coroado) del Pikiry (al Norte del Guayra)*, que había sido reunido por el Sr. Teniente Edmundo Barros del Ejército brasileño, y que previamente había cotejado con el explorador brasileño Telémaco Morosini Borda. Holmberg también hizo algunas sugerencias a Ambrosetti sobre la forma de organización de este vocabulario en la revista del Jardín Zoológico, proponiéndole una "clasificación natural" que Ambrosetti aceptó; de esa forma se reuniría todo vocablo referido a la Naturaleza, comenzando por lo que podría llamarse "Cosmografía, en el sentido de Astronomía y Física del Mundo", pasando luego a cada uno de los tres reinos, clasificándose gramaticalmente el resto de dicho vocabulario"¹¹⁰. Para una revisión final del vocabulario, Ambrosetti recurrió al profesor especialista en filología Baldemar Dobranich (Ambrosetti, 1895).

Ambrosetti continuó con la organización de los vocabularios que había recogido y un año después publicaría en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* "*Materiales para el estudio de la lengua Kaingángue. Alto Paraná*"; este trabajo contenía los vocabularios de grupos de la región fronteriza

¹¹⁰ En el homenaje que se le hizo en la Facultad de Filosofía y Letras a Ambrosetti en 1917, luego de su muerte, Jorge Rhode, presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad, recordaba además que Holmberg le había dicho que este vocabulario de Ambrosetti de la lengua Kaingángue, era el más prolijo que se había realizado hasta ese momento. *Verbum*, año XI, n° 35 y 36, 1917.

entre Brasil y Paraguay, que aunque se “hacían llamar Ingain” para Ambrosetti pertenecían a los Kaingángues”; además señalaría que como región fronteriza se asemejaba a “un gran saco en donde se han embolsado tribus diversas” mezclándose con “indios de índole y raza distinta”. Estos grupos, que para Ambrosetti se superponían, mezclaban y desaparecían eran “restos” que iban quedando de un núcleo original, y como tal, debían ser estudiados para proporcionar “materiales preciosos para el estudio de las lengua y etnografía americana”(Ambrosetti, 1896).

En este mismo viaje, Ambrosetti, Kyle y Correa Luna viajarán a la región de los Caingúá, del Alto Paraná de Misiones, lugar en el que había estado anteriormente encomendado por Francisco Moreno del Museo de La Plata para recoger colecciones para el Museo. A su regreso no sólo traerá información con la que publicará *Los indios Caingúá del Alto Paraná* en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* sino que además un conjunto de objetos para el Museo: once objetos de los indios caingúá y dos de los kaingángues.

Como lo demuestran las publicaciones de Ambrosetti sobre los vocabularios de los indígenas de Misiones, uno de los nudos de la discusión americanista era dar cuenta de los resultados de las “mezclas” y “migraciones” para elaborar una genealogía de las razas de los habitantes del territorio, desde la época de la conquista. Fueron importantes no sólo para la Argentina, sino para todos los científicos preocupados por los tipos y las características de las organizaciones humanas. En los Estados Unidos, por ejemplo, Franz Boas, preocupado por la “rápida desaparición” de representantes del grupo Chemakun en la región noroeste del país recogió “1250 palabras, formas gramaticales y significados” (Boas, 1902)¹¹¹. Allí mismo, Daniel Brinton, contaba en 1867 con 15 artículos y 8 obras sobre los mayas, los indios tenapé, los Yanquíes; 14 trabajos sobre el idioma de los indios norteamericanos al norte de Méjico, 32 sobre el idioma de Méjico y de Centro América, y 10 sobre el de las Antillas y Sud América.

¹¹¹ Ambrosetti mencionaba por ejemplo que Daniel Brinton tenían en 1867 15 artículos y 8 obras sobre los mayas, los indios tenapé, los yanquies; 14 trabajos sobre el idioma de los indios norteamericanos al norte de México, 32 sobre el idioma de Méjico y de Centro América, y 10 sobre las Antillas y Sud América. Ambrosetti (1899).

En la Argentina, Lafone Quevedo, Guido Boggiani, Pedro Scalabrini, Erland Nordenskiöld, Ten Kate y el conde Charles de la Hitte, serán entre otros quienes recogerán vocabularios y objetos, tomarán fotografías de tipos físicos y registrarán sus costumbres, para contrastar y analogar con la información histórica local y americana en general.

De todos ellos será Lafone Quevedo quien centralizará y articulará la información del registro etnográfico-lingüístico del territorio nacional como del Paraguay. Como se mencionó en el capítulo anterior, desde los primeros años de 1880, Lafone Quevedo había accedido a las bibliotecas de Lamas, Trelles, y Mitre y este último había puesto a su disposición una serie de manuscritos de Bárzana y Lozano y las obras de los viajeros von Tschudi, Martius y Du Pancaiu para que estudiase la lengua "cacán y allentica" (Márquez Mirando, 1956). En 1892, como encargado de la Sección Lingüística del Museo de La Plata, recurría a la elaboración de instrucciones para los recolectores de vocabularios indígenas, práctica que se había desarrollado ya en otros países¹¹².

En las "instrucciones locales" Lafone Quevedo elaborará una serie de ejes lingüísticos cuya función era dirigir las preguntas; así para cada ítem - "alfabeto, nombres sustantivos, nombres adjetivos, pronombres, verbos, adverbios, conjunciones y verbos"- se debía leer una lista de palabras identificatorias de las partes del cuerpo, estar atento al sentido de los verbos y la ubicación de los artículos". Su argumento sobre la importancia del registro lingüístico de estas poblaciones, se apoyaba en que si bien no "faltaban" documentos sobre las lenguas y dialectos que hablaban los indígenas "sud-americanos al tiempo de la conquista y durante el coloniaje", eran escasos los que se referían al habla que "usan en el día los restos de esas viejas naciones y tribus". En virtud, se sostenía que el lenguaje indígena se iba modificando, y que en consecuencia era necesario recoger sus restos e incluso aseguraba el

¹¹² Por ejemplo en Inglaterra, la Ethnological Society había distribuido un *Manual of Ethnological Inquiry* en 1852 para los misioneros, oficiales militares, y hombres de ciencia que estuviesen en las colonias; o el Instituto Smithsonian en los Estados Unidos cuyos conservadores encargaron a soldados, exploradores, y misioneros llenar listas de vocabularios y cuestionarios para poder comprender la sociedad indígena norteamericana. Bravo, 1996; Hinsley, 2000.

desconocimiento que se tenía todavía de “la lengua de algunas tribus” (Lafone Quevedo, 1892).

Efectivamente todas estas expediciones combinaron las investigaciones prehistóricas con la recolección de objetos indígenas y vocabularios, de manera de reunir colecciones del pasado y utilizar las del presente en una dimensión además de descriptiva, también comparativa. Y contaron con la ayuda de los pobladores locales, ya sea con datos sobre cementerios u objetos indígenas en paraderos abandonados, como para facilitar el recorrido de los caminos y establecer el vínculo con los grupos indígenas.

Como Ambrosetti mismo lo describiera en su segundo viaje a Misiones:

“Más tarde y acompañado del señor Emilio Beaufile, preparador del Museo de La Plata, y de mis amigos los señores Pedro Indart, Sandalio Rodríguez, y el teniente del Ejército brasileiro, José Cândido da Silva Muricy, visitamos la tribu del cacique José Potí, y otras situadas al norte (...) (Ambrosetti, 1894b: 662).

De hecho, en gran parte de las travesías la comisión exploradora estuvo acompañada por indígenas que se prestaron a tomarse fotografías, como es el caso del cacique Maidana y su familia, imagen incluida por Ambrosetti en su publicación *“Los indios Kaingángues de Misiones”*, y en cuyos datos se incluyeron medidas corporales y la leyenda de “individuo puro e impuro”.

Las imágenes fotográficas como un recurso permitían reconstruir los usos y costumbres, y volver a la escena original, una vez que se estuviese de vuelta en la institución (Edwards, 2000); al mismo tiempo, Ambrosetti elaboraba “experimentos” que consistían en hacerlos silbar, cantar, repetir frases en una escala musical, cantar notas salteadas, con lo que poder establecer, su “instinto musical”. La misma modalidad se repetía con el dibujo, pidiéndoles copiasen arcos y flechas, sus casas, animales y letras. Así, con toda esta información compuesta de objetos con sus datos, las fotografías, y dibujos

realizados por el mismo indígena se formaba un corpus de información que servía entre otras cosas para contextualizar las colecciones en el Museo.

Estos viajes también permitían armar redes de intercambio de información y recolección de objetos entre los pobladores locales; el mismo Ambrosetti destacaba que la afinidad que había podido establecer con el sr. Luis Vila, comerciante de la plaza de Goya, le había permitido “ampliar el círculo de amigos y relaciones, las que me valieron mucho durante mi estadía en Goya a fin de recoger datos y objetos interesantes” (Ambrosetti, 1894a); a esta persona se sumaban muchos nombres más, que quedaban mencionados en las memorias de viaje, como un registro para ser reutilizado en futuras expediciones. Entre muchos otros nombres, se destacaban en Goya por ejemplo, el de Tomás Mazzanti, que se convertirá efectivamente en un proveedor de Ambrosetti¹¹³ de objetos para el Museo de La Plata como para el del Instituto Geográfico Argentino, la directora de escuela Isabel King, el francés Eugenio Valençon, el mineralogista y químico, empleado del observatorio Nacional de Córdoba para hacer observaciones meteorológicas Luis Carton; Patricio Gamón, Jefe político de San Lorenzo, y “conocedor de las tradiciones y costumbres de los indios actuales y de los antiguos guaraníes” (Ambrosetti, 1894a).

Con frecuencia muchos de estos pobladores, formaban su propia colección de objetos, que los disponían sobre algunas de las paredes o habitaciones de sus casas, y que Ambrosetti describía como un “museo”; cabezas de animales embalsamados y armas y objetos de indios del Paraguay, revestían por ejemplo la sala del francés Eugenio Valençon. Similar era la casa de Carlos Reverchon, dueño del ingenio de Villa Encarnación, que tenía una sala con una importante cantidad de colecciones etnográficas, de las que ya tenía noticias Ambrosetti. Allí, la comisión exploradora pudo apreciar “una buena colección de objetos actuales de los indios caingú: flechas, adornos de plumas, entre las que descollaba una magnífica hacha de piedra engasta en un pedazo de palo, y una pipa de tierra cocida de forma muy curiosa”. Ambrosetti, mientras hacía dibujar ambos objetos a Methfessel, y tomaba notas, celebraba la

¹¹³ Sobre esta red de proveedores de Ambrosetti. Véase Podgorny y Lopes 2008.

donación de Reverchon de un manajo de flechas, objetos caingúas y un cráneo de tigre" para el Museo de La Plata (Ambrosetti, 1894a: 43). A estas colecciones, se sumaban las donaciones de otros pobladores, y las que Ambrosetti mismo conseguía por intercambio con los indios, como por ejemplo las pipas, un poronguito para bailar y algunos adornos de plumas que había conseguido en un toldo caingú (Ambrosetti, 1894a: 95). Después de los tres viajes a Misiones, el resultado de la recolección de objetos para los museos era de un conjunto de objetos caingú y kaingángue en el Museo de la Plata y un poncho, un huso para tejer, tres vasijas de barro caingúas, y dos vasijas de barro kaingángues en el Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino.

Como parte del éxito del último viaje a Misiones que había organizado el Museo Etnográfico y Arqueológicos del Instituto se contaba la adquisición que había logrado Ambrosetti de un mango de madera de hacha "guayaquí", que para él era "similar al que había visto en la casa de Revenchon, el vecino de la localidad, y a otro que ya había depositado anteriormente en el museo de La Plata, por encargo del Sr. Joaquín Aramburú de Posadas". Esta hacha tenía importancia por demás, porque era la única representante en el museo de "una tribu sumamente salvaje y de la que sólo se han visto algunos pocos ejemplares sueltos en los montes", y aunque hasta ese momento -aparentemente- los únicos que habían tenido contacto eran los misioneros religiosos, ahora Ambrosetti, con uno de los objetos en sus manos anunciaba la pertinencia de develar "la raza a la que pertenecían" ya que hasta ese momento solamente reinaba el misterio y la fábula (*idem*: 95).

Las noticias sobre este grupo eran variadas. En 1861 el diario *La Nación de Montevideo* intentaría responder si este grupo llamado "guayaquí" por sus vecinos guaraníes, podía ser una rama de esta familia. En 1800, el Padre Lorenzo Hervás, en su "Catálogo de las lenguas conocidas" anotaría algunos "apuntes vagos" que le había dado el Padre José Cardiel sobre este grupo. Cuatro años después el capitán Giacomo Bove, incluiría en su trabajo "*Note di un viaggio nell'Alto Paraná*" datos provistos por su compañero de viaje y explorador Adam Lucchesi. Existían también algunas anotaciones de

Ambrosetti en su trabajo publicado en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, "Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná" publicado en 1884 y en 1891 alguna referencia de Brinton en "American Race"¹¹⁴.

En sus trabajos sobre los Caingú y los viajes a Misiones, Ambrosetti mencionaba a Moisés Bertoni (1875-1929) y sus "dedicados" trabajos de estudio en la región del Paraguay en la que vivía desde fines del siglo XIX. Efectivamente entre los años 1894 y 1896, Moisés Bertoni se dedicaba a "hacer colecciones y observaciones" entre los guayaquíes antes de partir a Asunción a fundar la Escuela de Agricultura (*idem*: 96). En ese entonces, el conde Charles de la Hitte, publicará en *La Nación* de la Argentina un extenso relato con los detalles de su viaje a la región para estudiar esta "tribu" de quienes incluso había podido obtener algunas fotografías de los individuos cautivos por los estancieros.¹¹⁵ Rápidamente, el director del Museo de La Plata, Francisco Moreno, organizaba una expedición para el año 1896 enviando al encargado de la Sección de Antropología Física del Museo, Herman Ten Kate y el conde Charles de La Hitte con la finalidad de "armar una colección, reunir informaciones nuevas y un pequeño vocabulario de su lenguaje" (Ten Kate y de La Hitte, 1897). Los viajeros regresaron con fotografías, un vocabulario, que para ellos evidenciaba la "afinidad con los guaraníes modernos" y una colección de 31 objetos, que incluso era la primera depositada en un museo del país. Los resultados del viaje y las fotografías de la colección fueron publicados un año después en los *Anales del Museo de la Plata*, bajo el título "*Notas etnográficas sobre los indios guayaquíes y descripción de sus caracteres físicos*" y la Hitte reproducirá un glosario de 20 palabras en su trabajo "*Guayaquíes y Anamitas*" de 1898 en la *Revista del Museo de La Plata*.

Con la recolección de objetos y análisis de vocabularios se pretendía reunir información que sirviese para la comparación con los datos aportados

¹¹⁴ En 1874, había fundado en su pueblo natal, el primer observatorio meteorológico junto a su madre; un año más tarde viajará a Ginebra para estudiar en la Universidad Derecho y Ciencias Naturales. En 1884 dejó Suiza para trasladarse a Buenos Aires y posteriormente a Misiones, en donde con ayuda económica del gobierno Argentino realizó trabajos experimentales de agricultura, botánica y zoología. Después de trabajar en las costas del Paraná, se trasladó definitivamente a Paraguay. Bertoni, 1941.

¹¹⁵ Charles de La Hitte 1895: « Los indios guayaquíes en plena selva. El hombre primitivo », en el *Diario La Nación*, 2 de mayo.

tanto por los cronistas como por los misioneros religiosos y a su vez completar datos faltantes en la distribución geográfica de las poblaciones indígenas; pero para Lafone Quevedo en esta clasificación no se podía perder de vista el agravante de que en términos generales las poblaciones habían sufrido “mestizajes y migraciones”, procesos que indefectiblemente significaban un cambio de nombre, ubicación geográfica, de lengua y raza (Lafone Quevedo, 1897). Incluso en la Argentina, a diferencia de lo que sucedía en Francia, por ejemplo, en donde el campo científico se dividirá entre aquellos que elegían como clasificación los caracteres lingüísticos y los que preferían los rasgos físicos al momento de la clasificación racial, cada uno defendió su elección sobre la inalterabilidad del criterio elegido; en el contexto local, el escenario era otro (Dias, 1991); la historia de las mismas poblaciones indígenas mostraba su trashumancia geográfica y mezclas raciales, lo que requería de la consideración y articulación de diferentes factores en la formación de características étnicas; geográficos, lingüísticos, y raciales.

Precisamente en el caso de los guaraníes, Lafone Quevedo señalaba que las poblaciones de la región pertenecían a una gran raza que D’Orbigny había clasificado como pampeana y a su vez eran parte de dos razas: “una guaraní” y otra “non guaraní” y, que este nombre era “genérico” ya que incluía a muchas tribus. Señalaba que la lectura de Tomás Faulkner ayudaría a “darse cuenta de que la falsa etnología nace de una limitada y errónea interpretación del nombre pampa, que es a todas luces geográfica y no étnica” (Lafone Quevedo, 1897).

Benigno T. Martínez, también apoyándose en las pruebas antropológicas y lingüísticas, afirmaba la diversidad de naciones que se agrupaban bajo este nombre (Martínez, 1897). Al contrario del planteo de Zeballos de la existencia de una raza guaraní y del intento de “unificar” la diversidad de razas, sus críticos defendían que las pruebas antropológicas, lingüísticas e históricas “obligaba a diferenciar entre las razas y lenguas Quichúa, Guaraní y Araucana”(Lafone Quevedo, 1898). La crítica de Outes pareciera ser una lección sobre las razas. Se enfocaba más bien en el concepto de raza y su uso en la clasificación humana, apoyándose en el método de

clasificación del alemán Paul Ehrenreich¹¹⁶ por considerar que era “claro y preciso y que en definitiva sostenía que lo que unía a estos grupos era un origen común, usos y costumbres y el idioma (Outes, 1899).

En 1887, el italiano Guido Boggiani (1861- 1901)¹¹⁷, artista plástico, músico, etnógrafo, lingüista, comerciante y fotógrafo dejó Italia para iniciar un viaje por América del Sur; después de una breve estancia en la Argentina, viajó al Paraguay en donde permaneció hasta 1893 para regresar provisoriamente a Italia y editar sus dos primeras publicaciones sobre los chamacocos y los caduveos del Paraguay que aparecieron en el órgano de la *Società Geografica Italiana*, la *Società Romana d'Antropología* y la *Reale Accademia dei Licei* de Roma. Al volver a América en 1896, y ya establecido en Asunción, viajó con frecuencia a Buenos Aires para contactarse con Félix Outes, Samuel Lafone Quevedo y Juan B. Ambrosetti, vínculos que se mantuvieron a través del intercambio de información científica, incluso le facilitaron las páginas del *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* de 1897 para su trabajo “*Etnografía del Alto Paraguay* (Bilbao, 2004). En este artículo se presentaba un “mapa étnico” que incluía la información del intercambio epistolar que mantenía con Lafone Quevedo, y que se había transformado en un proyecto conjunto sobre los payaguas (Boggiani, 1897). Esto les permitió combinar el trabajo de tal manera, que Lafone Quevedo se ocuparía del examen de “los documentos antiguos y semi modernos” y Boggiani, de obtener un vocabulario “sacado del natural” “con toda prolijidad, lo más abundante posible de datos, y algunas fotografías de tipos de los Payagúas sobrevivientes para acompañar el texto” (Boggiani, *idem*). Así, la comparación de los datos de los documentos con las sociedades presentes sería la actividad exclusivamente de Boggiani. En este primer trabajo en el que Boggiani discute sobre los payaguas, tobas, pilagas y caduveos demostraba a

¹¹⁶ Ehrenreich Paul en “*Anthropologische Studien über die urbe wohner Brasiliens*” dividía al género humano en 7 razas: la caucásica o mediterránea, la africana negritica, la mongólica, la americana, la malaya polinésica, la australiana y la papúa.

¹¹⁷ Había nacido en la localidad de Omega, de la provincia de Novara, Italia. Había desarrollado sus inclinaciones artísticas en la Academia di Brera, en Milán. Se impuso rápidamente como destacado representante de la pintura naturalista del paisaje de Lombardía y se integró a círculos intelectuales de la época. Su viaje a Paraguay, después de dejar la Argentina, tenía inicialmente el motivo de comerciar pieles, pero pronto se convirtió en un pretexto para explorar las regiones limítrofes del Paraguay. Fric y Fricová 2004: 9

sus colegas argentinos la eficacia de "la observación etnográfica", porque ésta se constituía con la combinación de la información de las costumbres indígenas y la geografía. Porque al igual que Lafone Quevedo, la geografía de los grupos era fundamental para encontrar las raíces, los cambios, migraciones y determinar los posibles mestizajes.

Por su parte, Samuel Lafone Quevedo, publicaba ese mismo año de 1897, *Los indios chanases y sus lenguas (con apuntes sobre los querandíes, yarós, boares, güenoas o minuanes y un Mapa étnico)*, en el *Boletín del Instituto Geográfico*. Lafone Quevedo se entusiasmaba con el regreso de Boggiani al Chaco paraguayo porque era el nexo para identificar las "tribus" de aquella región y cotejar los datos que había incluido en este artículo obtenidos de un antiguo documento del padre Larrañaga sobre la lengua chaná, facilitado por Andrés Lamas en 1887 (Lafone Quevedo, 1897a). También las investigaciones de Boggiani en la región se enfocaron en aclarar lo que Lafone Quevedo anunciara como un problema "etnográfico y lingüístico" en el Chaco: los guaycurues (Lafone Quevedo, 1896). En este trabajo presentará la información "ordenada" en un cuadro sobre las "tribus" que habitaban el lugar desde los tiempos de la conquista en el triángulo contenido entre el Río Paraguay y el Pilcomayo (Boggiani, 1898); estos datos serían cruciales para Ambrosetti porque aclararían "de una vez por todas" dos cosas: primero, establecer cuáles eran los grupos que poblaban la región, y segundo, elaborar una clasificación lingüística con "argumentos sólidos" propios del trabajo en el campo (Ambrosetti, 1899a: 143).

A pesar de que Boggiani se encontraba del otro lado de la frontera paraguaya se transformará en la referencia obligada de todos aquellos que aplaudían el viaje de estudio hacia otras geografías. Su consagración en el ambiente científico porteño residía precisamente en su conocimiento profundo de la región y de sus "tribus" indígenas, producto tanto de su estadía en el lugar como de la "tenacidad y rigurosidad" de sus descripciones; Outes elogiaría su contribución a la "ciencia americana", porque lo consideraba perteneciente a un "selecto grupo" de "iniciados en la recolección de datos con criterio científico y presentados metódicamente" (Outes, 1903). Había podido recabar un volumen

de información suficiente para corregir, corroborar y aclarar el panorama etnográfico y lingüístico. Y este conocimiento práctico que Ambrosetti describirá como “haber estado alguna vez en sus toldos”, era la herramienta que permitía reunir argumentos y datos sólidos (Ambrosetti, 1899: 143). B

Boggiani mismo destacaba que sus trabajos “hechos en los campos de la naturaleza misma” y “los conocimientos prácticos de 11 años adquiridos sobre el terreno, la paciente consulta de casi todas las obras conocidas, y de más de un documento histórico todavía inédito”, eran la ventaja para desenmarañar etnográficamente “la madeja de grupos étnicos, de tribus y subtribus” (Boggiani, 1900). La fotografía fue un recurso presente en casi todos sus viajes. Con ella se podía recopilar información estandarizada sobre los tipos raciales y datos útiles para los estudios antropométricos¹¹⁸.

El uso de esta herramienta ponía en evidencia la cultura de una región y de hecho fue una actividad integrada en la práctica del coleccionismo; la imagen ayudaba fuera del campo de recolección y lejos del paisaje a clasificar los tipos físicos y apoyar visualmente el uso y función de los objetos materiales. Por otro lado, a través de la imagen se garantizaba la autenticidad, el tiempo que pasaba y cambiaba la cultura y, la urgente necesidad de salvar lo que quedaba (Edwards, 2000).

Outes, a pesar de su reconocimiento a Boggiani, de quien incluso había recibido un ejemplar de su *“Compendio de Etnografía Paraguaya Moderna”* con una dedicatoria manuscrita, no dejaba de señalarle la carencia de pautas esenciales propias de la “etnografía moderna”, sugerencias que podían ser tomadas viniendo de un “científico” a un “estudioso viajero”. Por un lado disentía con la importancia que Boggiani otorgaba a las “costumbres”, y consideraba que en cambio, eran fundamentales las diferencias físicas. “Para el investigador que no estudia en el terreno”, la somatología era la que brindaba datos cruciales y justamente esta no había sido incluida en su trabajo. No

¹¹⁸ Boggiani iba acompañado de un equipo fotográfico que incluía una voluminosa máquina fotográfica, placas de vidrio, y sustancias químicas para tratar los negativos que eran atacados por microorganismos, el calor, la humedad y las hormigas blancas (termitas), que comían las partes de madera de la cámara. Con este equipo, realizó entre 1896 y 1901, aproximadamente 415 fotografías en placa de vidrio con capa de gelatina de diferentes tamaños. Fric y Fricová 2004: 11.

alcanzaba con adjetivos de los indígenas - "altos, gordos flacos" sino que se debían "dar cifras" utilizando instrumentos antropológicos para tomar mediciones "apreciar ángulos faciales, saber la fuerza muscular, y el peso de los individuos, y aun modelar su cráneo de una manera general"; en este sentido, tener datos lo más exactos posibles era lo que diferenciaba un trabajo etnográfico científico de las "opiniones de muchos autores". Para Outes, la somatología o características físicas eran más importantes que la descripción de las diferentes costumbres "que podían ser diferencias ocasionales u obedecer a influencias extrañas". En realidad sugería que las diferencias físicas estaban a la vista; con la observación y las mediciones correspondientes se tenía ya un registro científico y se podían presentar las diferencias raciales; en cambio las costumbres no mostraban la esencia del individuo. Al igual que la escuela francesa, de la mano de Broca y Topinard, Outes sostenía que las características físicas denotaban lo central de un tipo particular de persona, y esto era justamente lo que permitía clasificarla y ubicarla en un cuadro en el que se organizaran las características y los orígenes.

En este sentido Outes consideraba que la descripción de los caracteres antropológicos de un grupo son la información principal de este tipo de estudios etnográficos; y le sugería a Boggiani que dividiese sus trabajos en dos partes, una antropológica y otra sociológica; esta era la misma manera que había presentado "Los Querandíes": la primera se restringía exclusivamente a la somatología "encarando las observaciones con un criterio verdaderamente científico"; en la segunda se incluirían los datos referentes a la "dispersión de la tribu, etimología de su nombre, historia, usos y costumbres" (Outes, 1901: 188). Desde su primer trabajo sobre los querandíes, Outes había unido la etnografía con la sociología. La reunión de la sociología con la etnografía/etnología se concretaría unos años después en series como la *Revue des études ethnographiques et sociologiques* (1908/9) dirigida por Albert van Gennep en Francia y los *Studien zur Ethnologie und Soziologie* (1917) dirigida por Alfred Vierkandt en Alemania. La primera definía a la sociología como "l'étude de la vie en société des hommes de tous les temps et tous les pays" y a la etnografía

como "la descripción de su civilización material", excluyendo a la antropología (estudio anatómico de las variedades humanas) y a la lingüística. La serie alemana excluía las obras basadas en el viejo método comparativo "sin orillas" y proponía la comparación de los hechos dentro de un área cultural, especialmente dentro de las llamadas provincias etnográficas. Allí publicaría M. Schmidt "Die Aruaken. Ein Beitrag zum Problem der Kulturverbreitung", Leipzig, 1917, discutiendo con el método definido por Schmidt y Graebner (Podgorny, 2004).

En la última década del siglo XIX aparecen dos publicaciones que intentan presentar un estado de la cuestión sobre los conocimientos alcanzados hasta ese momento en relación a las sociedades indígenas. En 1899, Lafone Quevedo, junto a Félix Outes organizaron la publicación de los trabajos de la Sección de Ciencias Antropológicas y Sociológicas de la Primera Reunión del Congreso Científico Latino-Americano impulsado por la Sociedad Científica Argentina y que se desarrolló en Buenos Aires en 1898 ¹¹⁹. Sobre los trabajos presentados en esta reunión y los debates que originaron, Lafone Quevedo presentará en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino *Progresos de la Etnología en el Río de La Plata*, un trabajo que pretendía mostrar el estado en el que se encontraba la clasificación de las sociedades indígenas. Para ello organizó los grupos en "razas y familias" de acuerdo a la información que se había reunido en dos períodos: el que se ocupaba "desde la época del descubrimiento y la conquista 1530-1630" y los que trataban desde inicios del siglo XVII hasta ese momento 1630-1899" (Lafone Quevedo, 1898).

El resultado era un "cuadro étnico" en el que se mostraba que la información del primer período había permitido clasificar en la Raza Guaraní grupos de Brasil de la Misiones Orientales, Islas del Plata, del Alto Perú y Paraguay; en la No-guaraní, ubicó a las familias chaná-Timbú, charrúa, querandí, guaycurú, Mojo Mbaure. Sin clasificar quedaban grupos que ocupaban el Río bermejo, Corrientes, Chaco y Santa Fé y del Paraguay. Para la

¹¹⁹ Este fue el primero de una serie que se continuará en 1908 bajo el nombre de Panamericanos y en 1921 como Americanos. Babini, 1963. Un detalle de la Organización del Congreso se puede ver en: Zarranz 1998.

segunda época los tupís del Brasil, caingú de Corrientes, Paraguay y Brasil, chiriguano de Bolivia, incluyendo a los sirionos, guarayos y tapietes había sido ubicados en los guaraníes; en la raza No-Guaraní quedaban los Mataco-Mataguayos, Guaycurú, Guaná-Chané de Matto Grosso, Samucu, Machicuy o Mascoy, Lengua - Enimaghá, Guentusé, Puelche -Patagón, Charrúa y Lule. En esta misma raza quedaba "sin clasificar" los Kaingángues de Misiones y guayaquíes del Paraguay, los yahagán, Aliculip y Chonos de Tierra del Fuego y como "familias dudosas", los Diaguitas y lules de Tucumán, Atacamas de la Puna Argentina y Chilena, Comechingones y sanavironas de Córdoba, guarpes y milcayac de Cuyo y los chorotis del Pilcomayo.

Esta información complementaba el "mapa étnico del Río de La Plata" que había presentado un año antes en otra publicación sobre la lengua de los chanases. El mapa se constituía así, en una presentación ordenada visualmente de los grupos indígenas y era el resultado de acuerdos a los que llegaban los estudiosos sobre clasificaciones y nomenclaturas (Lafone Qievedo, 1897).

Uno de los problemas de estas definiciones que había ya señalado Lafone Quevedo en 1895, que era la "lamentable de confusión" y que reinaba sobre la clasificación lingüística, debido a la "mezcla de razas" que había en América, "incomparable" con el resto del mundo. Parte de esta falta de claridad sobre el tema era que "los americanistas" para él, no habían tenido a "la mano los materiales para formar un juicio acertado de lo que son todas esas familias de lenguas que como cuña separan el guaranismo del quichuismo". Su propuesta era efectivamente conocer las lenguas que quedaban, "cada una por separado", "compararlas con sus congéneres" y "distribuir las geográficamente", incluso con "su etnología" y resultaría "una luz milagrosa" (Lafone Quevedo, 1895).

En particular, la clasificación de los Kaingángues y los guayaquíes presentaba dos problemas: información insuficiente y falta de corroboración histórica. Recordemos que Ambrosetti había recolectado un vocabulario Kaingángue que describía como un "idioma interesante para el filólogo americanista" por el sonido gutural de su pronunciación; pero este no contenía ninguna alusión a la similitud que pudiera tener con una rama lingüística ya

establecida. El caso de los guayaquies era sustancialmente diferente por el escaso contacto que habían tenido los científicos con este grupo que vivía disperso en la región del Alto Paraguay; y las noticias de los periódicos locales y extranjeros alimentaban la incógnita de una tribu en "la edad de piedra". A pesar del intento de ambos viajeros de clasificar a este grupo, Lafone Quevedo creía aún insuficientes la cantidad de datos y los ubicará como "una raza y familia" "desconocida". En 1902, el padre Federico Vogt dio a publicidad una nueva contribución a la "etnografía y la lengua" de este grupo, obteniendo un vocabulario de dos niños capturados por los guaraníes; pero precisamente el problema - común a los recogidos por muchos recolectores- era la fuente de donde se había obtenido el conjunto de vocablos, ya que al ser transmitido por niños guaraníes y la consecuente influencia de su lengua, se desnaturalizaba la "morfología" del lenguaje (Bertoni, 1939).

El programa de la cátedra de Arqueología Americana que Lafone Quevedo dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras, también era una organización de la información disponible sobre las antiguas poblaciones indígenas. Los temas ordenados cronológicamente por regiones y autores brindaban un conocimiento arqueológico general del país tomando la historia desde el período precolombino hasta la época colonial. Incluía la historia arqueológica de la Argentina, las razas americanas, descripción de las zonas arqueológica divididas en guaranítica, pampeano, chaqueño, araucana, calchaquina y con "especial atención a la acción guarpe"; comparación de zonas arqueológicas con la región peruana -"tia huanaco, Cuzco y Chimú-; Asimismo, incluía el "folk-lore" de las razas, en lo que se incluía la lengua sagrada y el simbolismo; mitología de las razas, abarcando el folklore y los restos arqueológicos de la región "calchaquina"¹²⁰.

En 1903, será nombrado Ambrosetti como profesor suplente de la materia; aunque no tendrá su propio programa hasta el año 1905, se encargaba de dictar para dos alumnos libres, Eugenio Ivancovich y Clemente Andrada¹²¹,

¹²⁰ Programa de Lafone Quevedo, 1899, Doc. 34 B-2-7, Archivo Facultad de FFyL. UBA.

¹²¹ Actas de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Alumnos de la FFyL-UBA.

la unidad correspondiente a los valles calchaquíes. El programa empezaba con la antigüedad del hombre en América y se abarcaban las "tres zonas étnicas de la República Argentina y las del Antiguo Virreinato del Río de La Plata". Cada uno de los temas abarcaba una de las zonas: la oriental o guaraníca", "la central o pampeana", La Andina o quichuizante" y las últimas unidades trataban el tema de las "Lenguas Argentinas", el carácter general "de los objetos arqueológicos" encontrados en las tres zonas, la comparación del simbolismo, y el "uso funerario" de objetos que se hallaban en museos y colecciones particulares. A diferencia del programa anterior, el último punto incluía una referencia a los valles calchaquíes, específicamente a "los objetos del Perú hallados en la región Argentino-Chileno-Andina. Frecuencia de hallazgos de tipo Calingasta entre la alfarería de los Valles Calchaquí.¹²² En este programa, la enseñanza sobre las características de las poblaciones indígenas, migraciones y ubicación geográfica se recortaba en un período histórico que abarcaba la conquista y la época colonial, para lo cual se utilizaría como bibliografía de referencia las fuentes históricas. La bibliografía contenía obras referentes a las "razas humanas", la historia colonial de Argentina y América, la etnografía del Chaco, y todos los relatos de viajes y etnografías de los viajeros y misioneros jesuitas del Chaco; y para arqueología las referencias bibliográficas eran Ambrosetti y Adán Quiroga.

Para Lafone Quevedo la tarea continuaba, ahora a la par de la colaboración con los americanistas de "Santiago de Chile, Asunción del Paraguay", que en combinación con los estudios de "Corrientes, de Salta y de Buenos Aires" se intentaba hacer "conocer América para los americanos y la Argentina para los argentinos"(Lafone Quevedo, 1895). El trabajo requería reunir la mayor cantidad de información posible y la comparación de datos para establecer no una clasificación de las poblaciones habitantes dentro de los límites del territorio nacional, sino ir más allá, buscando un linaje continental. De hecho, la evidencia de este linaje se encontraba en las migraciones, mezclas

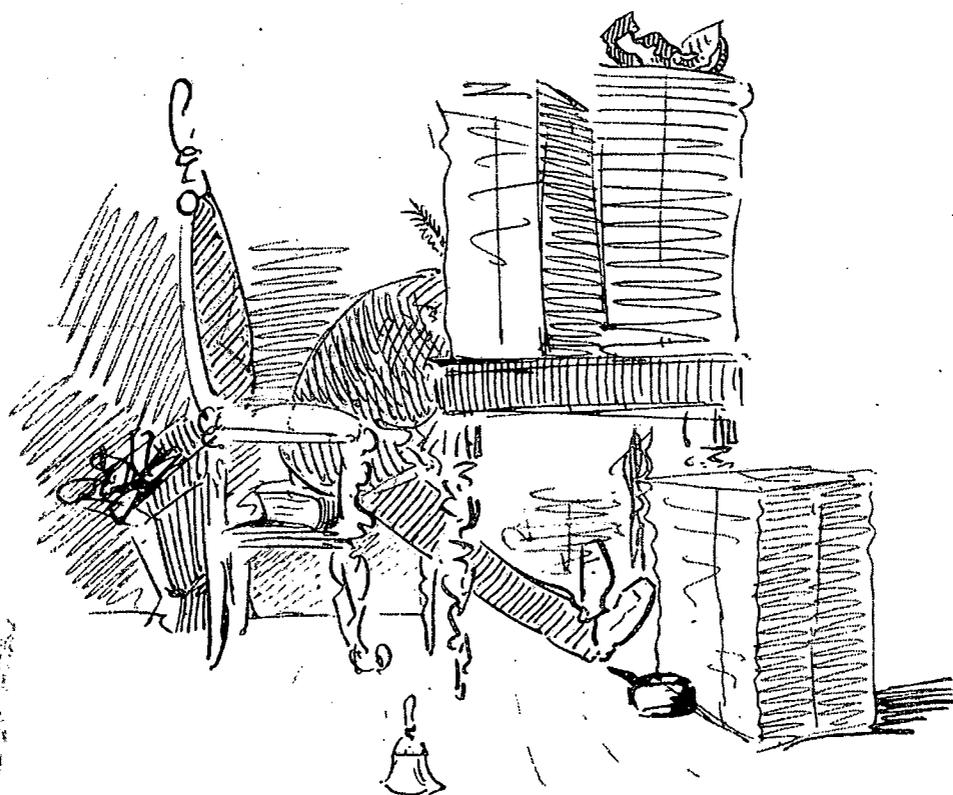
¹²² Programa de 1903 Materia Arqueología Americana dictada por Samuel Lafone Quevedo. Doc. 67. B-2-7. Archivo FFyL. UBA

de razas, y lenguas cuyas huellas se podían seguir de uno y otro lado de la cordillera y en la costa uruguaya del Río de la Plata.

En síntesis, los temas etnográficos tratados aquí constituyeron las primeras discusiones en la agenda americanista sobre las antiguas sociedades indígenas del territorio nacional. El propósito era definir cuáles habían sido las poblaciones locales, los contactos entre ellas, migraciones, dispersión geográfica y lengua, a la vez que constituir un material de estudio de producción local sobre el que respaldarse en el diálogo con sus colegas europeos. Al mismo tiempo, este proceso estuvo acompañado de la formación de colecciones americanas para los museos del país, que se obtuvieron a través de las expediciones organizadas desde las mismas instituciones, canjes, compras y donaciones. Como veremos más adelante, algunos de estos temas se extendieron sobre los primeros años del siglo XX, en coincidencia con la creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sus colecciones serán un testimonio de los temas de la nueva ciencia americanista.

3.

Nuestro sabio, va perdiéndose
en la fila ya escrita.



Capítulo III

Creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Como ya se ha señalado, la mayoría de los trabajos que hasta ahora se han ocupado del Museo Etnográfico, han procurado establecer una relación directa entre la fundación de la institución y una necesidad del Estado argentino dirigida a relevar y clasificar las sociedades indígenas que habitaban el territorio argentino. Han situado su origen en un conjunto de ideas regidas por los mandatos de un proyecto positivista sobre el que se organizaba la práctica científica que apoyaba la organización de la nación hacia finales del siglo XIX¹²³. Al mismo tiempo se ha ubicado la figura de Juan B. Ambrosetti como el impulsor o mentor de la institución, cuyo trabajo “desinteresado” y “generoso” logró enriquecer las colecciones del Museo y dar prestigio a la institución.

En este capítulo, interesa examinar el momento fundacional del Museo, porque en éste se puede apreciar algunas características que relativizan las ideas de los estudios anteriores sobre el Museo. Primero, el Museo fue un espacio americanista en la Facultad. Como tal, su estructura muestra un entramado de personajes americanistas pero con ideas e intereses distintos, intentando ocupar un lugar en el nuevo espacio americanista de la Facultad, y que seguirán presentes en los años siguientes de funcionamiento institucional. Y segundo, aunque su creación fue en 1904, su resolución es de 1905; durante este período, la falta de espacio para instalarlo y de presupuesto, se combina con la retórica del acto formal de su fundación realizada por el decano Miguel Cané que en ese momento dejaba su cargo en la Facultad. Un año de vaivenes políticos con nuevas autoridades llevaría a hacer efectiva esa creación, no sin debates entre consejeros y profesores sobre el objetivo que encarnaría el nuevo Museo.

¹²³ Por ejemplo, los trabajos que ya hemos mencionado de Arenas 1990, Fígoli, 1995; Andermann y Bravo 2003.

La enseñanza de la arqueología y la antropología en la Facultad de Filosofía y Letras y los museos y gabinetes universitarios en los años previos a la creación del Museo Etnográfico

Como vimos en el primer capítulo, desde 1896 se dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras la materia Arqueología Americana, a cargo de Samuel Lafone Quevedo, que tenía desde 1903 a Juan B. Ambrosetti como profesor suplente. Ese mismo año también se ofreció en la Facultad un curso libre de Antropología dictado por Robert Lehmann-Nitsche (Prusia, 1872-Berlín, 1938), quien estaba a cargo de la sección de antropología del Museo de La Plata. Había llegado al país en 1897 por la recomendación que el antropólogo Rudolf Martin le hiciera a Francisco Pascasio Moreno para ocupar el cargo que dejaba Hermann Ten Kate.

Lehmann-Nitsche se había doctorado en Munich en Ciencias Naturales (1893) y en Medicina (1897). Su formación científica se había desarrollado en el marco de una antropología definida como la historia natural del hombre, que incluía el estudio de la anatomía y fisiología de la especie humana como parte más general de la zoología. Este dominio de una tradición fisicalista está relacionado en parte con el hecho de que la antropología era generalmente estudiada como una subdisciplina de la Medicina (Proctor, 1988: 141). En esta línea, Rudolf Martin, su mentor, sostenía que el eje de la antropología estaba en diferenciar, caracterizar e investigar la distribución geográfica de las recientes y extinguidas formas de homínidos, apoyándose en sus características físicas, haciendo énfasis en la importancia de los datos exactos, empíricos y en las mediciones (*ídem*: 142).

El programa del curso Libre de Lehmann-Nitsche que reflejaba este enfoque era el primero en la Universidad de Buenos Aires en tratar las diferencias somatológicas entre las razas humanas, comenzando con la pigmentación de la piel y las particularidades físicas de cada una de las razas, desde el cráneo, el pelo, los ojos y la altura, para finalizar con la comparación

entre el indígena que poblaba el territorio argentino y sus ancestros fósiles (Lehmann-Nitsche, 1921). Este programa no incluía los estudios etnográficos, pero sí la diferencia que él entendía entre la antropología, etnografía y etnología.

En 1904 Lehmann-Nitsche era nuevamente invitado por el Decano Norberto Piñero, para dictar un curso de Paleoantropología, “parte importante de la Antropología General”, como él lo entendiera, y reservado para las materias que se referían a “la época cuaternaria (y terciaria)”. El programa detallado que presentó al Decano¹²⁴ y “que fue posteriormente publicado de manera concisa”¹²⁵, contenía 9 temas a desarrollar en diferentes conferencias. Se iniciaba con la definición de la “paleoantropología”, la industria terciaria y cuaternaria del hombre, la descripción de sitios en Francia, Bélgica y Austria, y abarcaba la Geología de la Formación pampeana y la paleoantropología física y psíquica del hombre.

En esta Facultad se había instalado también a principios de siglo un Laboratorio de Psicología¹²⁶, y un aula de Geografía, ambos en las aulas de los sótanos del edificio. La creación del Laboratorio había sido impulsada en 1901 como gabinete por el profesor Horacio Piñero, médico y titular de la cátedra de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA. Ese año Piñero había sido invitado a dar un curso libre de esta especialidad en la Facultad de Filosofía y Letras, lo que derivó más tarde en su nombramiento como Profesor Suplente, transformándose su curso de libre a regular (Buchbinder, 1997). Asociado a este mismo curso, en el laboratorio se reunían materiales e instrumentos para la enseñanza de la materia y para el beneficio de los alumnos, maestros y profesores de instrucción primaria que llevaban a sus alumnos en visita al laboratorio e incluso para realizarles exámenes

¹²⁴ Programa presentado por Robert Lehmann- Nitsche al decano Piñero. Doc. B-2-6. Archivo FFyL. UBA.

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ Este Laboratorio tenía una persona nombrada como Jefe de Trabajos Prácticos con un sueldo de \$150 por mes; un Ayudante de Psicología con \$ 80 por mes y tenía asignado además \$ 150 para fomento del mismo.

psicofísicos¹²⁷. El aula de Geografía reunía material cartográfico y útiles para que los profesores pudieran aplicar eficazmente el sistema de seminario. Con el tiempo se había enriquecido con un material completo de Geografía Nacional, donado en su mayor parte por el Gobierno Nacional¹²⁸.

Además de este laboratorio/gabinete de Psicología y el aula de geografía, ambos con colecciones destinadas a la enseñanza, ya se había creado en otro ámbito de la misma universidad el Museo de Farmacología.¹²⁹ Fundado en 1900 por la Academia de Medicina sobre las colecciones botánicas y farmacológicas donadas por el Juan Domínguez (1876-1946), profesor suplente de la cátedra de Farmacognosia en la Escuela de Farmacia desde 1899¹³⁰, sus colecciones estaban destinadas a la enseñanza en el nivel de educación superior. Este fue el primer museo que se creó en la Universidad de Buenos Aires, definiendo una tendencia a establecer un espacio para la investigación científica, con colecciones, y ligado a la enseñanza de una cátedra universitaria. Y también era el primero en América del Sur con estas características (Dominguez, 1911).

Domínguez había nacido en Salto, Provincia de Buenos Aires, y había finalizado sus estudios secundarios en la Capital. En 1896, con su título de farmacéutico, comenzará una serie de viajes por el interior del país, recogiendo tradiciones y materiales para el estudio de la materia médica argentina. Las colecciones recogidas en sus viajes fueron ofrecidas en donación a la Facultad con la expresa condición de que ellas sirvieran a los fines de fundar “un museo destinado a reunir en él todos los materiales necesarios al estudio de la botánica y la materia médica argentina, y al mismo tiempo servir a la enseñanza de las diversas escuelas de la Facultad”, las “que hasta ese momento carecían de los

¹²⁷ Acta del Consejo Directivo de la FFyL- Tomado de Fernández 1986.

¹²⁸ Esta sección no pudo cumplir con las investigaciones que se le habían encomendado y fue recién 1918 con Félix Outes que empezó a funcionar.

¹²⁹ En 1918 cambió al nombre de Instituto de Botánica y Farmacología; en 1939, se le agregó el nombre de “Julio A. Roca”; en 1968 cambió nuevamente al de Museo de Botánica Juan A. Domínguez, y en 1989 por resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Farmacia y Bioquímica, pasó a llamarse Museo de Fármaco botánica, nombre que mantiene en la actualidad.

¹³⁰ Entre 1898 y 1899 Domínguez fue Jefe de Trabajos de Química (cátedra de Pedro Arata) y a partir de 1899 se desempeñó como profesor suplente de Farmacognosia. A partir de 1901, fue vocal de la Comisión Revisora del Codex Medicamentarius. Y en 1903, recibió el Premio Félix de Azara por parte de la Facultad de Ciencias Médicas por su trabajo *La Materia Médica Argentina*. Véase Domínguez, 1911.

materiales necesarios para la enseñanza de la botánica, contando solamente con una pequeña muestra de drogas oficinales sin sus correspondientes ejemplares de herbarios para la de la farmacología y en absoluto de material indígena alguno" (Domínguez, 1928: 709). Instalado en sus inicios en la entonces llamada sala de Tesis, en el año 1904, luego de la visita del presidente Julio A. Roca y del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Joaquín V. González, el Congreso de la Nación, por moción del diputado Dr. Adolfo Mujica, profesor titular de Botánica de la escuela de farmacia, le acordó sobrantes del presupuesto nacional. Dichos fondos fueron aplicados para construirle un local apropiado dentro de la misma Facultad, obra que se concretará en 1907.

Durante los primeros años de funcionamiento del Museo, sus colecciones se enriquecían¹³¹ con el material aportado por Domínguez para el dictado de cursos oficiales y libres de Farmacognosia (1900) y de botánica Farmacéutica (1905)¹³². En esta etapa, botánicos y médicos se integrarán a distintas actividades en el museo: el botánico alemán Federico Kurtz, Eugenio Autran y el inglés Miles Pennigton¹³³. En 1911 el Museo contaba con el único herbario general existente en el país, que reunía 40.000 especies, así como con colecciones de drogas y productos naturales vegetales.

En síntesis, en este escenario de la Universidad de Buenos Aires que poseía un laboratorio de psicología y un aula de geografía, en la Facultad de Filosofía y Letras, y un museo con surtidas colecciones botánicas y farmacológicas, es que se creará el Museo Etnográfico el 8 de abril de 1904. Sus colecciones van a representar exclusivamente al hombre y su cultura, teniendo como objetivo promover la investigación, enseñanza y difusión de la prehistoria

¹³¹ En 1911 tenía el único herbario general existente en el país que reunía 40 000 especies y colecciones de drogas y productos naturales vegetales. (Domínguez, 1911).

¹³² Domínguez dictará entre otros cursos uno de Química analítica y toxicología y Ensayo de drogas (1907-08); Botánica y Mineralogía (1908); Zoología parcial (1910).

¹³³ Domínguez había conocido a Kurtz en sus viajes a Córdoba. En uno de ellos Kurtz le había enseñado la técnica de herborización e incluso clasificó las colecciones que Domínguez había recogido en el viaje. Autran era empleado en el Jardín Botánico Municipal y había sido contratado directamente por Domínguez, quien incluso utilizaría sus ingresos personales para pagarle su trabajo a lo largo de un año, como preparador del herbario Boissier de Ginebra. En 1903 fue finalmente contratado por la Facultad. Pennigton ingresó ese mismo año y fue enviado a Tierra del Fuego para "recoger material típico de la región". Memoria del Museo de Farmacología, 8 de septiembre de 1905. Archivo Juan Domínguez. Museo de Fármaco botánica. Facultad de Farmacia y Bioquímica. UBA.

y etnografía americana. Al igual que en los otros museos ya existentes en la Argentina, que reunían colecciones antropológicas en sentido amplio, el Museo Nacional y el Museo de La Plata, sus acervos conformarán un pasaje ineludible hacia el conocimiento del pasado americano. Sin embargo, a diferencia de estas instituciones, provistas de materiales de numismática, geología, paleontología, zoología, arqueología, antropología y etnografía, el nuevo museo, como mencionamos con anterioridad, se distinguía por orientarse específicamente a reunir exclusivamente lo referente al hombre y su producción.

Las colecciones de este nuevo museo lo emparentaban con distintas instituciones, dedicadas específicamente al estudio del hombre, que habían sido creadas con anterioridad en diferentes países del continente durante la segunda mitad del siglo XIX. Primero, el propósito de sus colecciones, para estudiar el pasado y el presente de las sociedades americanas, presentaba una continuidad con el objetivo que había tenido el Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino. La diferencia con este, es la denominación exclusivamente de "etnográfico", considerada la etnografía como la descripción de las características de los distintos pueblos que habitaron el territorio nacional y americano en tiempos cronológicos diferentes; de este modo se incluían los materiales arqueológicos y antropológicos extraídos de las excavaciones, como así también los etnográficos recogidos de las sociedades contemporáneas. En este sentido lo etnográfico seguía el modelo de los museos etnográficos europeos, más específicamente de los museos alemanes, franceses y escandinavos, cuyas colecciones representaban las sociedades del pasado como de los "contemporáneos primitivos". Para Ambrosetti la etnografía y la arqueología eran dos ciencias que se complementaban y por lo tanto eran inseparables en la explicación e interpretación del pasado (Ambrosetti, 1903). En cuanto al recorte temporal de cada disciplina, consideraba que un estudio "etnográfico" abarcaba todas las épocas; no así la arqueología, que recortaría su campo de trabajo a un pasado prehistórico sin incluir el presente. Tres características confluían en el Museo Etnográfico: en primer lugar se trataba del primer Museo en América del Sur en recibir la denominación de "Etnográfico".

Aunque reunía colecciones antropológicas en general, esta característica, como ya se ha dicho en la introducción, lo ligaba al modelo de los museos europeos. Segundo, como museo universitario, al igual que los museos de las universidades de Pennsylvania (1889) en los Estados Unidos o el de Oxford (1884), creado sobre las colecciones del general Pitt Rivers, sus colecciones debían presentarse con documentación "científica" para poder ser utilizadas como instrumentos de enseñanza (Conn, 1998; Hinsley, 1994). Y tercero, el Museo Etnográfico se origina ligado a una cátedra universitaria dedicada específicamente al estudio del hombre americano, de la misma manera que surgieron el Museo Peabody de Arqueología y Etnología (1866) de la Universidad de Harvard, y el de la Universidad de la Habana (1899) (Mestre, 1925).

El Museo Peabody, constituido en un modelo para otros museos del continente, había sido impulsado por el filántropo George Peabody, sobre la donación que hiciera de sus colecciones con propósitos educativos, para la creación del museo y de la enseñanza de la Arqueología y Etnología Americana en conexión con la Universidad (Stocking, 1985). Este nuevo modelo de institución se proponía preservar tanto las colecciones arqueológicas y etnológicas que estaban desapareciendo, al mismo tiempo que los pueblos y ciudades ocupados por los antiguos americanos, como así también impulsar métodos científicos en la investigación y en el arreglo de sus colecciones. La "instrucción" de la antropología se apoyaba en el dictado de diferentes cursos - Antropología, Somatología, Religiones primitivas, y Arqueología y Etnología Americana- que alternaban sus clases entre el salón y el laboratorio en el que se reunían instrumentos, cráneos, esqueletos, material arqueológico y etnológico y una biblioteca para complementar las clases¹³⁴. Este último curso estaba cargo

¹³⁴ El curso de Antropología incluía la antropología física, la etnología, que se ocupaba del origen y desarrollo de las artes primitivas, y la arqueología y la etnografía; para esto último se familiarizaba a los estudiantes con literatura antropológica del momento en la que se discutiera sobre la distribución geográfica, orígenes, clasificación racial, los tiempos prehistóricos y la división en grupos en los tiempos presentes. *Guide to the Peabody Museum of Harvard University with a Statement relating to Instruction in Anthropology*. Fiftieth Anniversary, Cambridge Day, August 26, 1898.

de Frederic Ward Putnam (Massachusetts, 1839-1915)¹³⁵ quien además de dictar las materias en el museo, había incluido el trabajo de campo y las exploraciones¹³⁶. Para Putnam, un estudio de la etnología americana empezaba en América, donde estaban los datos y los materiales suficientes para conocer las razas, sus migraciones y distribución (Hinsley, 1985). En este sentido su curso estaba dirigido especialmente a aquellos interesados en formarse “profesionalmente” en el trabajo arqueológico y etnológico y para la obtención del título de Doctor¹³⁷.

Aunque colecciones de arqueología, etnografía y antropología americana integraban los acervos de distintos tipos de museos en el Nuevo Continente, en el Peabody se reunían tres características específicas: ser un museo universitario dedicado exclusivamente a la cultura humana; creado sobre materiales para el estudio de las distintas sociedades americanas, y por último, estar ligado a una cátedra universitaria.

Si las instituciones que le siguieron fueron su correlato o no, lo cierto es que el proceso de creación de cátedras y museos universitarios que específicamente privilegiaran el estudio del hombre americano, se continuó hacia fines del XIX en el resto del continente en coincidencia con el ingreso de la arqueología en la institución universitaria, y de la etnología en las universidades europeas, y norteamericanas¹³⁸. En este sentido, la función en la enseñanza y la investigación que tradicionalmente habían ocupado los museos y las sociedades científicas, fue asumida por las universidades en cuyo seno se

¹³⁵ Putnam había sido curador de Ornitología en el Essex institute para estudiar un año más tarde zoología en Harvard bajo la tutela de Louis Agassiz. Había sido director del Museo de Essex (1869-73), Curador de Ictiología en la Sociedad de Historia Nacional de Boston (1859-68) y Superintendente del Museo de la Sociedad Marina de las Indias del Este (1867-69). Elegido como Secretario Permanente de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (1873). Posteriormente ocuparía el puesto de Curador en el Peabody y profesor de Arqueología y Etnografía Americana.

¹³⁶ Para cursar Arqueología y Etnología Americana, Putnam pedía que los estudiantes tomaran con anterioridad el curso de Antropología General, y que tuviesen conocimientos elementales de geología, mineralogía, botánica y zoología. *Guide to the Peabody Museum of Harvard University with a Statement relating to Instruction in Anthropology*. Fiftieth Anniversary, Cambridge Day, August 26, 1898.

¹³⁷ *Guide to the Peabody Museum of Harvard University with a Statement relating to Instruction in Anthropology*. Fiftieth Anniversary, Cambridge Day, August 26, 1898.

¹³⁸ Para una historia de la arqueología, véase Trigger, 1985; de la etnología en Europa, específicamente en Inglaterra, ver Kuklick, 1991 y en Estados Unidos, Conn, 1998.

reunieron en muchos casos una cátedra y un museo ligado a ella (Pyenson y Sheets- Pyenson, 1999; Podgorny, 2005).

El Museo de la Habana, por su parte, había sido creado en 1899, en la isla de Cuba, vinculado a la cátedra de “Antropología y Ejercicios antropométricos” a cargo de Luis Montané (Habana, 1849- París, 1936), quien se había formado como médico-cirujano en la Facultad de Medicina de París y, como antropólogo asistiendo a los cursos que se dictaban en la Escuela de Paría, los profesores Paul Broca (1824-1880), Jules Ernest-Théodore Hamy (1842-1908) y Jean Louis Armand de Quatrefages de Bréau (1810-1892)¹³⁹. A los 25 años, de regreso en Cuba, fue nombrado Miembro de la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana y se le encarga la organización de la Sección de Antropología, que posteriormente será la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (1877). Una vez a cargo de la cátedra también se encargará de la organización del museo en la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de la Habana.

El nuevo museo cobró vida en 1899, y al igual que el Peabody, funcionaría como “un laboratorio” para los alumnos de la materia, brindado los materiales e instrumentos necesarios para realizar las prácticas con las “colecciones cubanas y de la América general”. Estas colecciones, organizadas en secciones de enseñanza, reunían “una serie craneológica de cerebros de razas, de tipos étnicos, de antropología zoológica, de antropología física, de prehistoria europea, desde *Pithecantropus* y la raza de *Neanderthal*, hasta los neolíticos y los objetos correspondientes a la época protohistórica, la edad de los metales”¹⁴⁰.

Esta nueva fundación en la Isla de Cuba fue celebradamente anunciada por E.T. Hamy, Conservador del Museo de Etnografía del Trocadero, en 1904 en la Sociedad de Americanistas de París; es que en términos generales, para los europeos, la creación de estas instituciones con colecciones americanas

¹³⁹ Hamy destacaba en la sesión de 1904 de la Société des Americanistes en París la creación de este nuevo museo como un “hecho interesante para los americanistas”, *Journal de la Société des Americanistes*, 1904, T 1, p:12

¹⁴⁰ En 1920 Montané regresó a París y dos años después se le concedió la presidencia de la Sociedad de Antropología de París. Murió en 1936 en la Villa del Carmén, en las afueras de la París.

significaban nuevos espacios americanistas, a través de los cuales se irradiaba el conocimiento desde un espacio concreto y definido en donde se almacenaba y estudiaba todo vestigio de los antiguos habitantes del continente. Mientras los americanistas reunidos en la sociedad de París, celebraban esta nueva fundación en la isla, para los americanistas cubanos, este museo se convertía en una demostración de que la historia de sus ancestros empezaba a reconstruirse en un espacio de producción científica propio, en el que ellos mismos definirían qué se estudiaba y cómo.

Al respecto, el cubano Felipe Poey (1799-1891) presidente de la Sociedad de Antropología de la Isla de Cuba lo definía claramente: “una antropología cubana antes que general”¹⁴¹. Poey, había fundado además el Museo de Historia Natural de la Habana, y era uno de los miembros fundadores de la Sociedad Entomológica de Francia, en donde había desarrollado gran parte de su formación científica. Tanto Poey como Montané, entendían que la antropología cubana era parte de la antropología de América, es decir, en palabras de Mestre, las investigaciones sobre los “indígenas cubanos” se desarrollaban dentro del conjunto de “los estudios comprendidos bajo el nombre del Americanismo: prehistoria, arqueología, etnología, lingüística, religión, la antropología física”. Todos estos conducían a buscar las relaciones del indio cubano con otras razas, sus orígenes y las explicaciones sobre el poblamiento del continente (Mestre, 1925: 60).

El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

Siguiendo esta orientación de museos universitarios y dedicados específicamente al estudio del hombre, el Museo Etnográfico se creó con una ordenanza de la Facultad de Filosofía y Letras del 8 de abril de 1904. Ligado a la cátedra de Arqueología Americana, se constituyó en un nuevo espacio americanista, para el estudio del hombre americano, en términos de la enseñanza universitaria.

¹⁴¹ Discurso de Inauguración de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba. (cf Mestre, 1925)

Esta Facultad que recordemos se había creado en 1896, constituye la institución más antigua de la Argentina consagrada de manera sistemática a las disciplinas humanísticas. Para los que protagonizaron el proceso de su creación e integraron sus primeros cuerpos directivos, esta Facultad significaba la apertura de una nueva etapa de la vida universitaria signada por el fomento de la ciencia y la investigación desinteresada; al mismo tiempo agregó a su función la de formar profesores para la enseñanza secundaria (Buchbinder, 1997: 33-35)¹⁴².

En este contexto universitario, el origen se puede rastrear en el relato que hiciera Salvador Debenedetti, quien fuera ayudante de la nueva institución:

“(…) por primera vez en la América del Sur, nuestra Facultad de Filosofía y Letras incluyó en su planes los estudios de Arqueología Americana. Pero la enseñanza de esta materia era, sin duda, deficiente. No bastaba explicar los restos industriales abandonados en tierras más o menos lejanas por nuestros aborígenes para determinar así caracteres culturales o parentescos de civilizaciones muestras o prácticas y costumbres determinantes de un dado estado social. Y fue precisamente notando esta falta, en un examen de arqueología que el profesor Dr. Piñero tuvo la idea clara de la creación de este museo (…) (Debenedetti, 1918:5)”.

La propuesta fue acogida por el entonces decano Miguel Cané¹⁴³ quien señalaba:

“(…) al tiempo que se enunciaban los estudios filológicos y antropológicos, nuestro compañero el Sr. Lafone Quevedo, abrió su primer curso de Arqueología Americana. Se ha ofrecido a los espíritus inclinados al estudio de la historia estos tres instrumentos únicos y admirables de investigación: la filología, la antropología y la arqueología.

¹⁴² Hasta principios de siglo no existían centros especiales con este propósito. Los cargos en la escuela media eran ejercidos por graduados universitarios o por individuos que hubiesen demostrado aptitud (Buchbinder, 1997:35).

¹⁴³ Había sido Intendente de Buenos Aires y Ministro de Relaciones Exteriores

Sin esas bases no se edifica hoy nada sólido en la reconstrucción del pasado”¹⁴⁴

El museo fue creado con un Digesto de tres artículos: 1) fundar un Museo de etnografía; 2) el museo se formaría por medio de compras y donaciones y 3) solicitar por la vía que corresponda a los gobiernos de la nación y de las provincias, un ejemplar de cada uno de los objetos etnográficos que tuvieran repetidos en sus instituciones de ellos dependientes”¹⁴⁵.

Ese mismo año de 1904, Cané dejaría su cargo en el decanato de la Facultad para ser reemplazado por el mismo Piñero¹⁴⁶, quien reforzaría la idea de creación de museos y gabinetes como instrumentos para la enseñanza y el vínculo entre el docente y el alumno a través de la misma práctica:

“Los dos polos entre los cuales oscila toda enseñanza son el profesor y el estudiante. Formar buenos profesores, hacer de los alumnos y oyentes verdaderos estudiantes con hábitos y costumbres universitarias, poner en actividad a aquellos y a estos por medio de la ciencia y proveerlos de los instrumentos indispensables de investigación, laboratorios, gabinetes, museos, bibliotecas. He ahí la tarea perenne y el fin que aspira a realizar cada día una casa de estudios (...)”¹⁴⁷.

Las colecciones de base para la creación del Museo fueron donadas por el que fuera en ese entonces consejero de la Facultad, Dr. Indalecio Gómez¹⁴⁸: un conjunto de objetos calchaquíes formado por 2 discos de bronce, 1 placa

¹⁴⁴ “Discurso del Decano saliente Dr. Miguel Cané en el acto de transmisión del decanato”. *RUBA*, Tomo 1, n° 4, 1904, pp 183-194.

¹⁴⁵ Catálogo de Colecciones. Archivo MEJBA. FFyL. UBA

¹⁴⁶ Desde 1896 a 1927 los decanos de la Facultad fueron: Lorenzo Anadón (1896-1900); Miguel Cané, (1900-1904); Norberto Piñero (1905); José Nicolás Matienzo (1906-1912); Norberto Piñero (1912); Rodolfo Rivarola (1913-1918); Juan Agustín García (1918); Alejandro Korn (1918-1921); Ricardo Rojas (1921-1924); Coriolano Alberini (1924-1927); Emilio Ravignani (1927-1932).

¹⁴⁷ Discurso del Decano Electo Dr. Norberto Piñero. *RUBA*, Tomo 1, n° 4, 1904, p:201.

¹⁴⁸ En ese año los consejeros de la Facultad eran: José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Joaquín V. González, Manuel F. Mantilla, Samuel A. Lafone Quevedo, Rafael Obligado, Guillermo Keiper, Juan A. García, Clemente L. Fregeiro, Norberto Piñero, Calixto Oyuela, Ernesto Quesada, Francisco, L. García, Luis María Drago, Juan B. Ambrosetti. Fuente; *Ruba*, año IV-T VII, 1907. Piñero debió dejar el cargo de Decano de la Facultad para hacerse cargo del Ministerio de Hacienda.

pectoral de bronce, 1 hacha de bronce, 1 hacha de piedra y 1 cilindro de piedra con el principio de una perforación¹⁴⁹ y 7 objetos de Ancón, Perú.¹⁵⁰

El Museo quedaba a cargo de Juan B. Ambrosetti, quien hasta ese momento se desempeñaba simultáneamente como profesor suplente de la cátedra de Arqueología Americana de la Facultad¹⁵¹ y como encargado de la Sección de Arqueología del Museo Nacional. En lo que a su trayectoria científica se refiere, se había insertado institucionalmente en el Museo Nacional de Buenos Aires, y en la Universidad de Buenos Aires, con un tema de interés ya definido: la civilización calchaquí y su inserción en el mundo andino. En 1903 Se inicia el XIII Congreso Internacional de Americanistas-New York en el American Museum of Natural History, al que asiste Ambrosetti como delegado por la Universidad de Buenos Aires. Allí, después de presentar un trabajo sobre las vinculaciones entre los calchaquíes y los pueblos del sudoeste de Estados Unidos, regresó para viajar a Europa a entregar al Ministerio de Educación Pública de Italia una colección arqueológica de piezas calchaquíes, adquirida con ese fin al Dr. Adán Quiroga como retribución del gesto que el gobierno italiano había tenido con el argentino al obsequiar una obra de Piranesi para el Museo de Bellas Artes. Ambrosetti pronuncia una conferencia con este motivo que se publica en Roma el mismo año.

¹⁴⁹ Nota de Juan B. Ambrosetti al decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA Dr. Norberto Piñero y aceptación de la donación. Doc. 85, Caja B-3-10, Archivo FFyL. UBA.

¹⁵⁰ Catálogo de colecciones del Museo Etnográfico. Archivo ME JBA. FFyL-UBA

¹⁵¹ En el año 1904 se inscribieron 100 alumnos en la Facultad y el cuerpo de profesores estaba compuesto por titulares, suplentes y además los que dictaban cursos libres: los titulares eran los siguientes: Dr. Horacio Piñero de Psicología (1º Curso); Sr. Juan José García Velloso y Dr. Calixto Oyuela de Literatura Castellana (este último se hizo cargo de la materia por jubilación de Velloso); Dr. Enrique A.A. Delachaux de Geografía Física; Antonio Porcchietti de Latín; Dr. Calixto Oyuela de Literatura de la Europa Meridional; Dr. José N. Matienzo de Lógica; Dr. Antonio Dellepiane de Historia Universal; Dr. Rodolfo Rivarola de Etica y Metafísica; Dr. José Tarnassi de Literatura Latina; Dr. Francisco Capello de Griego y de Literatura Griega; Dr. Joaquín Castellanos de Historia Argentina; Dr. Francisco A. Berra de Ciencia de la Educación; Sr. Samuel A. Lafone Quevedo de Arqueología Americana.

Los profesores suplentes: Dr. Guillermo Achaval de Historia Argentina; Dr. Carlos Octavio Bunge de Ciencia de la Educación; Dres. Carlos Saavedra Lamas y Alfredo Colmo de Sociología; Dr. José Ingenieros de Psicología. Dictaron cursos libres Dr. Roberto Lehmann-Nitsche sobre Antropología; Dr. Antonio Porcchietti, sobre antigüedades romanas; Dr. Arturo Reynal O'Connor, sobre Literatura Argentina; Dr. Francisco Capello sobre Safo; y Dr. Julio Gatti, sobre Química. Carlos E. Zuberbühler de Estética y Literatura General; Dr. Alejandro Korn de Historia de la Filosofía y, Don Juan B. Ambrosetti de Arqueología Americana. Fuente *RUBA*, año III, T VIII, 1905:518.

En este sentido, su trayectoria científica se venía desarrollando en coincidencia con los estudios de su época, momento en que los debates se nutren del “problema calchaquí” y, las instituciones compiten por obtener antigüedades calchaquíes para la interpretación de la historia precolombina¹⁵². En este contexto, en el nuevo Museo Etnográfico se combinaban precisamente este tipo de colecciones disputadas entre las instituciones, un encargado que se había consagrado en los círculos científicos como el “especialista” calchaquí - tanto por sus trabajos de investigación como por la formación de este tipo de colecciones donadas al Museo Provincial de Entre Ríos, al Museo de La Plata, al Museo del Instituto Geográfico Argentino y al Museo Nacional-, y por el interés que manifestaba en formar discípulos universitarios en esta temática. Al mismo tiempo, se encargaba de presentar el tema calchaquí y mostrar sus avances, en la Junta de Historia y Numismática Americana de la cual recordemos era miembro desde 1901, donando en 1904, su trabajo *“El bronce en la región calchaquí”*, para más tarde anunciar el desarrollo de las expediciones arqueológicas y etnográficas a la región. Así, una cátedra, un especialista y un museo se transformaban en una unidad que podría pensarse como una manera de incidir en la construcción de la historia desde el período precolombino; y si no, al menos, fortalecer desde la Universidad de Buenos Aires los estudios sobre la civilización calchaquí, y en términos generales manifestarse como un emblema del americanismo local.

Asimismo, una institución que solventara y promoviera la expedición científica abría la posibilidad de la corroboración sistemática y recolección de datos en el terreno. Con anterioridad, en 1902, cuando el conocimiento de la arqueología de la provincia de Jujuy “era incompleto”, y sólo se contaba con ejemplares de tumbas exhumados en la Rinconada, las colecciones del Museo de La Plata, y las series depositadas en el Museo Etnográfico de Berlín, Ambrosetti encaró un estudio basándose en las semejanzas del material y simbolismo, en la igualdad de las condiciones del medio y en el testimonio de

¹⁵² Podgorny, 2008.

los cronistas, donde afirmará que la cultura prehistórica de esa provincia tenía que identificarse con la calchaquí.

Quien fuera su ayudante en el Museo, el arqueólogo, Salvador Debenedetti recordaba el giro en la afirmación de Ambrosetti y su reconocimiento del error de esta identificación de las sociedades, a partir precisamente de las exploraciones sistemáticas (Debenedetti, 1917). Evidentemente una institución que solventaba las expediciones, abría el camino hacia la sistematicidad del viaje arqueológico. De esta manera, la formación y el estudio de las colecciones argentinas y americanas se organizaba con la lógica de la enseñanza sistemática ya no sólo en el aula o el laboratorio sino que al mismo tiempo se abría la posibilidad de la frecuencia del viaje arqueológico y el consecuente relevamiento completo del área de interés.

En tanto gabinete universitario su creación coincidía con un momento en que este tipo de instituciones empezaban a ser consideradas un lugar de formación de profesionales (García y Podgorny, 2001). En tanto tal, debía cumplir con las funciones propias de un instituto de investigaciones y formación universitaria y, a la vez, constituirse como un activo centro para la educación del público general. A su vez, remite a la emergencia de un tipo de museo pensado como un modelo mixto entre el gabinete del científico y el museo educador del vulgo, dirigido a los estudiantes de doctorado de la universidad y a los de profesorado (Podgorny, 2000).

Siguiendo los pasos del Instituto Geográfico Argentino en Córdoba, que en combinación con aquella Universidad y la Academia Nacional de Ciencias había elaborado un plan de exploraciones sistemáticas hacia el Noroeste del país en 1882, Ambrosetti presentó un proyecto de esta misma naturaleza como una estrategia para empezar a formalizar los objetivos del museo: un plan de expediciones sistemáticas dentro del territorio argentino que debía realizar hacia esta misma región y que tenían como fin tanto reunir colecciones para la nueva institución universitaria como también convertirse en una instancia de entrenamiento en el campo para los estudiantes, aprendizaje que además se

continuaría en el trabajo de gabinete. En su argumentación Ambrosetti sostenía que:

“1) “la exploración metódica de las llamadas cumbres de Calchaquí, en la Serranía del Aconquija es a mi modo de ver, lo que más urge, dada la numerosa población que allí vive y lo poblado de esos campos y cerros que hace que en breves años desaparezcan todos los vestigios dejados por los antiguos habitantes”.

2) “La exploración sistemática de esa región requerirá varios años”.

3) “Para trazar el plan de conjunto es menester realizar una exploración preliminar. En esta exploración preliminar se explorará la región de la Pampa Grande y de las grutas pintadas, y si es posible se visitará también Tafí y se estudiarán los Menhires que allí se encuentran”¹⁵³.

Estas expediciones se realizarían aprovechando el receso estival, y “bajo el punto de vista arqueológico y etnográfico, con el objetivo no solo de reunir colecciones para el nuevo museo, sino también datos exactos de los yacimientos de las piezas. Para Ambrosetti todos los materiales posibles destinados a publicarse en monografías, serían bienvenidos, ya que con ellos se pretendía iniciar “el estudio sistemático de las culturas prehistóricas de la República Argentina” (Ambrosetti, 1908).

El objetivo de estas expediciones era reunir materiales y brindar a los alumnos y estudiosos la posibilidad de participar en la práctica misma de la recolección en los yacimientos arqueológicos; entendía Ambrosetti que el “estudio desapasionado, sin ideas preconcebidas y fundamentalmente la realización de las observaciones in situ”, eran una condición indispensable para “descubrir cosas y datos” y en realidad para adquirir formación en arqueología

¹⁵³ Proyecto elevado por Ambrosetti al decano de la Facultad Norberto Piñero. Doc 99 B-3-10. Archivo FFyL. UBA

y etnografía americana (Ambrosetti, 1901). Como ya lo desarrollamos con anterioridad, poder acceder al trabajo en el terreno, recoger colecciones, estudiarlas y tomar notas en el mismo lugar sería la virtud característica de un científico local o al menos empapado en las problemática americana.

Al mismo tiempo Ambrosetti celebraba la eficacia de un trabajo en equipo, con colaboradores, y ya no la producción "ineficaz" del científico solo y aislado; sin duda se proponía un aprendizaje colectivo a través de la práctica en el campo siguiendo los parámetros de la ciencia moderna, intentando revertir la situación de la "mayor parte" de los materiales de los museos que solamente "podían prestar servicios auxiliares" porque habían sido recolectados por personas que no podía brindar ninguna información sobre ellos, o que solamente tenían fines estéticos para ser posteriormente vendidos (Ambrosetti, 1908). Por un lado esto no permitía confiar en los datos de procedencia, y por otro, dificultaba armar el contexto de los objetos, ya que los datos centrales de asociación y relación de estos materiales entre sí, no habían sido registrados en el contexto original, ni trasladados al laboratorio, de manera que su valor se reducía a lo estético.

En 1902, en su trabajo *El sepulcro de la Paya*, se lamentaba precisamente de dos "buscadores de minas (...) vecinos del lugar, que habían extraído un conjunto de objetos del sepulcro" y que a pesar de que esos objetos fueron traídos a Buenos Aires y expuestos en la sala de exposiciones del diario *La Prensa*, carecían de datos sobre la "forma del hallazgo y la posición de los objetos en su yacimiento por la falta de prolijidad y conocimiento en materia de extracción de piezas arqueológicas, de sus dueños". Ambrosetti agregaba:

"solo nos resta describirlas sistemáticamente con las observaciones que nos sugieran, a fin de contribuir a la publicación de estos materiales, tan diseminados desgraciadamente y tan necesarios a todos los estudiantes que se ocupan de nuestra arqueología" (Ambrosetti, 1902:122).

De esta manera, el director del Museo Etnográfico ofrecía un espacio de entrenamiento en la recolección, documentación y estudio de los materiales, dando inicio al uso de técnicas arqueológicas científicas y modernas. En esto se incluía el cuidado en la limpieza y embalaje para el traslado de las colecciones de forma de evitar roturas y deterioros, enseñando a organizar los objetos de acuerdo al tipo, tamaño y material¹⁵⁴. En sus viajes en años anteriores, la pérdida de urnas, ollas y tinajas que se deterioraban en el traslado al Museo o rompían los peones que lo ayudaban en las expediciones, se convertía en un nuevo aprendizaje para transmitir a los futuros profesionales. En 1895 en su expedición al Alto Paraná (Misiones), detallaba:

“Como faltaban cajones donde acondicionar las urnas, se me ocurrió emplear lianas ó Isipos, para encestarlas, de modo que tuvieran, por lo menos una envoltura externa que las preservara de los choques, en un viaje largo y de varios transbordos como ese (...) Mientras estaba ocupado en estos preparativos que dirigía personalmente para que no se mezclaran las piezas y se hiciera bien el trabajo (...)” (Ambrosetti, 1895: 236).

Asimismo, como viajes de observación y práctica en el terreno, estas expediciones se consideraban un complemento para los estudiantes de la materia, ya que no sólo participarían en ellas junto a los profesores que les brindaban la posibilidad de aprender los métodos y técnicas del trabajo de campo, sino también las tareas de laboratorio que se hacían en el Museo, interviniendo directamente sobre las colecciones que se recogían. Además, los resultados de estas investigaciones se publicarían en monografías que serían acogidas en las páginas de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* en tirada

¹⁵⁴ La documentación de las expediciones arqueológicas muestra la organización de los materiales en distintos cajones de mandera que funcionaban como contenedores. Documentos relativos a las Segunda y Tercera expedición arqueológica. Archivo ME JBA. FFyL-UBA.

aparte, constituyéndose en las Series de la "Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección Antropológica"¹⁵⁵.

La publicación de los resultados no era un trabajo menor; en realidad Ambrosetti entendía que el trabajo de una expedición arqueológica no debía restringirse sólo a tareas de recolección de objetos en el terreno, su ubicación en el museo y sistemática catalogación, sino que debía incluir el "sacrificio" de la publicación. Reconocía que no era fácil manejar "algunos miles de piezas de alfarería, cobre, hueso, madera, piedra", que incluso era necesario restaurar, pero entendía que de lo contrario, con el tiempo, indefectiblemente estos objetos se mezclarían, se deteriorarían y los apuntes se podían extraviar, y por ende "un material valioso recogido con todo afán y esmero, que podría haber servido para efectuar estudios interesantísimos, se convierte en un hacinamiento de objetos inútiles en su mayor parte, que estorban y en el mejor de los casos solo pueden ocasionar confusiones deplorable" (Ambrosetti, 1907). Esta tarea de publicación obligaba necesariamente al trabajo organizado en el laboratorio, a un método propio dentro del museo; de manera tal que el entrenamiento no sólo era en el campo sino que se continuaba necesariamente sobre los objetos una vez trasladados y fuera de su contexto original.

La primera expedición se realizó en el mes de enero de 1905 a la finca que ofreció el consejero de la Facultad, Indalecio Gómez en Pampa Grande (Salta), en donde ya había realizado la primera excursión en 1895 en compañía de Mario Garino y Eduardo Holmberg (h). La expedición contó con un presupuesto de mil pesos moneda nacional "para gastos de fotografía y equipo, pago, manutención de campo, pago y mantenimiento de peones y arrieros, embalaje de las piezas"¹⁵⁶, y estaba integrada por los profesores Francisco Capello y Octavio Bunge, y tres de los alumnos que habían cursado la materia el año anterior, Salvador Debenedetti, Mario Guido, Leopoldo Maupas y

¹⁵⁵ Esta serie se terminó en 1923 y alcanzó 21 monografías.

¹⁵⁶ Nota de Ambrosetti al Decano Dr. Piñero. 4 de noviembre de 1904. Doc 95, B-3-10. Archivo Facultad de Filosofía y Letras. UBA.

Francisco Cervini¹⁵⁷. En esta primera expedición se debían demostrar dos cosas: que la expedición había funcionado como “un complemento a la enseñanza recibida durante el año, efectuando los ejercicios prácticos en el terreno, dirigiendo las excavaciones y tomando todos los datos necesarios a fin de que las colecciones pudiesen servir para los estudios a que estaban destinadas” y, la rigurosidad y aplicación de criterios científicos con que se había llevado a cabo, destacando que precisamente la documentación de los sitios, de los hallazgos, y la veracidad de su procedencia geográfica que se había tomado en el terreno era lo que diferenciaba a este nuevo museo de la mayor parte de las colecciones de museos. Como parte de los resultados se demostró el hallazgo de “dos culturas superpuestas, una de tipo primitivo con entierros de adulto en grandes urnas funerarias toscas y otra más moderna de tipo calchaquí con solo entierro de niños en urnas pintadas y decoradas” (Ambrosetti, 1908; Podgorny, 2008).

Estos hallazgos, que se publicarían en la Revista de la Universidad, significaban la inauguración de la serie de publicaciones arqueológicas y al mismo tiempo ello significaba la posibilidad de tener una publicación “con dibujos y fotografías que han sido tomadas sobre el terreno y en el acto de exhumación de las piezas”. Adicionalmente se podría enviar en canje a museos y universidades con publicaciones análogas, difundir entre los especialistas y constituiría el inicio de una “biblioteca especial de la materia” arqueología americana¹⁵⁸.

De su regreso de Pampa Grande, Ambrosetti aseguraba:

“El naciente Museo Etnológico de la Facultad, tiene ya su vida asegurada con la base de las colecciones recogidas, que llenan cincuenta y un cajones conteniendo seguramente más de doscientas cincuenta piezas, algunas de gran tamaño y sumamente raras; las que una vez instaladas y

¹⁵⁷ Nota de Ambrosetti al Consejo Directivo de la Facultad pidiendo los pasajes para los miembros de la expedición. Doc. 95 B-3-10. Archivo FFyL. UBA. Actas de exámenes de los Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, Copiador 12.

¹⁵⁸ Nota de Ambrosetti al Decano solicitando la publicación de los resultados de la Primera Expedición. Doc 7 B-5-10. Archivo FFyL. UBA.

convenientemente restauradas, podrán exhibirse como un conjunto modelo" (Ambrosetti, 1907: 332).

Los resultados de estas expediciones eran promisorios de una continuidad que Ambrosetti anhelaba, e incluso consideraba que este tipo de trabajo en el terreno merecería "la gratitud de los americanistas". En definitiva, intentaba demostrar la solidez de estas exploraciones a iniciativa universitaria, que versaban sobre la misma práctica en el terreno, construyendo los resultados sobre bases apoyadas en la observación y registro de datos en el mismo momento de la "exhumación de las piezas"; esto era en otros términos la distinción que le confería a los americanistas americanos, y que merecía el "aplauzo y la gratitud de la iniciativa de la Facultad".

Sin embargo, al regresar de la expedición, con los objetos arqueológicos y etnográficos que había traído, amontonados y sin desencajonar, en los pasillos y bajo las mesas de las aulas universitarias, por falta todavía de un espacio físico para el Museo, los resultados del viaje le servirán para demostrar a las autoridades de la Facultad la efectividad del trabajo que se había realizado: la formación de colecciones con un criterio científico amparado en la documentación que acompañaba cada pieza. Según Julián Cáceres Freyre, biógrafo de Ambrosetti, a su tenacidad e insistencia para la efectiva asignación de un espacio para el Museo, se sumaba el inesperado depósito de colecciones que hiciera su esposa María Helena Holmberg como una forma de ayudarlo en la presión al Decano para obtener un espacio o gabinete.

Lo cierto es que, meses después, Piñero señalaría la importancia de museos, laboratorios, gabinetes y bibliotecas como instrumentos de investigación para formar "verdaderos estudiantes",¹⁵⁹ y el 21 de junio de 1905 el Consejo Directivo de la Facultad aprobaba una ordenanza sobre la "organización de los trabajos de investigación", autorizando al Decano a crear las secciones de Geografía, Historia, Lingüística, y Etnografía argentina. Las tareas de cada sección estarían a cargo de los profesores pudiendo recibir la

¹⁵⁹ "Discurso del Decano electo Norberto Piñero", 1904, *RUBA*, año 1, Tomo 1 (4).

colaboración de alumnos y ex alumnos como adscriptos; y los resultados de las investigaciones serían publicados en la Revista de la Universidad de Buenos Aires (Buchbinder, 1997).

Allí se sancionó el decreto de creación del museo correspondiente al año anterior otorgando para su fomento la suma de \$100 al mes, y formalizando la función de Juan B. Ambrosetti nombrándolo director ad-honorem, cargo al que un año después se le agregaría el de Jefe de Expediciones arqueológicas, como catedrático de Arqueología Americana con un sueldo de \$300 al mes y se le destinaría los sótanos de la Facultad, en la calle Viamonte de la ciudad de Buenos Aires¹⁶⁰, espacio que a los ojos de Ambrosetti y su ayudante Salvador Debenedetti eran "tierra inexplorada", que debió ser limpiada y vaciada de los gatos que allí vivían (Debenedetti, 1918).

En su carta de aceptación del cargo de director del Museo Ambrosetti expresaría:

"Agradecer a la Facultad esta alta distinción, ruego al señor decano quiera significarle que haré todo lo que de mi dependa para que ese naciente museo pueda en breve contar con un material suficiente no solo par a los fines de la enseñanza sino también para que ocupe un lugar importante entre nuestras instituciones científicas. En el desempeño de mis funciones trataré de mantener la buena relación y armonía con los otros museos de la República a fin de que la acción sea conjunta y los trabajos científicos que se emprendan puedan completarse en los otros establecimientos que posean el material adecuado. Por fin creo interpretar la mente de la Facultad, de acuerdo con lo establecido al declarar que haré del museo etnográfico un centro de investigación científica abierto no solo a los estudiantes y profesores de la casa, sino

¹⁶⁰ Facultad de Filosofía y Letras, Sanción del 21 de junio, *RUBA*, 1905, T III, pp 93-94. El terreno que ocupaba la Facultad en la calle Viamonte había pertenecido antiguamente a la Dirección de Tierras y Colonias y, el decreto de adjudicación del 21-4-1896 establecía que la Facultad compartiría el edificio con el Consejo Superior Universitario. Cf.: Fernández 1986.

también a todos los estudiosos y especialistas que deseen trabajar allí, y aprovechar las colecciones en el depositadas (...) " 161.

En 1905 se realizó la primera reunión de la Sección de Etnografía presidida por el entonces decano Norberto Piñero, con la presencia de Samuel Lafone Quevedo, Juan B. Ambrosetti, Antonio Porchietti, Félix Outes, Lehmann-Nitsche y Leopoldo Maupas. Félix Outes quien en ese momento se desempeñaba como adjunto honorario de la sección de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires (1903-1911) y Miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica de Lima (1902), sería el encargado de elaborar el proyecto sobre las funciones de esta nueva sección, consignando que la primera tarea debía ser la elaboración de un "Atlas de Etnografía de la República Argentina" que sería una publicación de referencia. En este sentido, esto era una manera de asentar en el contexto local un objetivo de los "americanistas" de todo el continente: la formación de una carta etnográfica, en la que se consignen todas las poblaciones aborígenes por localidad o región. Y en definitiva, puede entenderse como una oportunidad de organizar la información al respecto que tenían los científicos argentinos.

Outes señalaba que este Atlas "no tendría el más mínimo carácter etnológico" y contendría "el número de planetas suficientes para expresar bien claramente la situación de los diferentes grupos indígenas en diversos momentos históricos"; sería redactado por los miembros de la Sección, cuya función sería la de centralizar y organizar las investigaciones de carácter antropológico de la Facultad.

Las discusiones de estas reuniones girarán en torno al perfil que debía tener el Atlas. Outes se opuso a denominarlo "etnológico" y propuso "etnográfico" porque para él de esta manera se incluirían los trabajos de todos los miembros y en definitiva el término daba muestras de claridad, solidez y

¹⁶¹ Carta de Ambrosetti al Decano de la Facultad Norberto Piñero. Doc 9 B-3-11. Archivo FFyL. UBA.

exactitud por sobre las “especulaciones etnológicas en la que tanto había caído autores europeos, en cuyos trabajos étnicos sobre la parte sur del continente americano, no dejaba de observarse la confusión sobre los grupos indígenas” – recordemos la crítica de Outes a Deniker y Hoyos Sainz tratadas en el primer capítulo-; para Lehmann-Nitsche esta definición del Atlas era una “restricción” y a cambio proponía consignar las “conclusiones etnológicas adquiridas por la ciencia y las que la Sección pudiera aportar sobre las agrupaciones indígenas (...), sugiriendo el nombre de “Atlas Étnico de la República Argentina”. Sin embargo ya que la publicación pertenecía al conjunto de la Sección y todos sabían las diferencias que existían entre los miembros que participaban “respecto de los temas etnológicos”, se mantuvo el plan original de Outes y se pidió que cada autor especificara al final del texto “las conclusiones etnológicas perfectamente adquiridas e indiscutibles” y lo firmaran “dejando de lado sus opiniones personales”¹⁶².

Podemos señalar dos cuestiones centrales que se desprenden de esta discusión entre Lehmann-Nitsche y Outes sobre la definición del Atlas. Primero, que es la primera vez que se discutiría en el contexto local si una publicación debía recibir la denominación de “etnológico o etnográfico”; esta situación ya había tenido lugar en otros países, como por ejemplo Alemania o Francia, en donde la creación de sociedades científicas y revistas “etnológicas”, “etnográficas” o “antropológicas”, había sido un proceso acompañado de los debates para delimitar cada uno de los términos y por ende el área de competencia de estas organizaciones. Algunos ejemplos concretos de este proceso de creación de estas sociedades, sus boletines y revistas fue la sociedad *Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* (1869) impulsada por Adolf Bastian y Rudolf Virchow. En Francia la *Société Ethnologique de Paris* (1939); *Société d’anthropologie de Paris* (1859) *Bulletins de la Société d’anthropologie de Paris* y la *Revue d’Anthropologie* (1872), ambas ligadas a la *Société d’anthropologie*; un grupo de miembros de esta sociedad fundó *L’Homme* (1884-1887) y la *Revue mensuelle de l’École d’anthropologie; Matériaux*

¹⁶² Reunión para la discusión sobre las tareas que realizaría la Sección de Etnografía. Archivo de Documentos FFyL-UBA

pour l'histoire primitive et naturelle de l'homme (1889) la Société d'ethnographie (1859); la *Revue de Philologie et d'Ethnographie* (1874); y la *Revue d'Ethnographie* (1882). En Leyden se crearon los *Archives internationales d'ethnographie*, entre muchos otros.

En segundo lugar, para Outes la discusión con Lehmann-Nitsche cobraba más importancia aún, tratándose de términos que se utilizarían en el ámbito universitario y que serían transmitidos a los estudiantes. Esta discusión también había sido sostenida en los Estados Unidos: Daniel Brinton y John Wesley Powell, a cargo del Bureau of Ethnology del Gobierno Federal, debatieron sobre la nomenclatura antropológica, a raíz de los problemas que Brinton presentara sobre este tema en 1892. En su planteo, originalmente apoyado en su experiencia universitaria, sostenía la necesidad de crear una terminología antropológica uniforme, de manera de evitar a sus alumnos las confusiones entre los términos de etnografía, antropología y ciencias afines. Su propuesta era flexibilizar y eliminar de la "estructura nomencladora" términos "redundantes, hacer más eficiente la exactitud del uso, modificarlos para adaptarlos internacionalmente y que prácticamente sean los mismos en inglés, francés, alemán o italiano" (Brinton, 1892). Con estas modificaciones intentaba unificar el uso que de ellas hacían los antropólogos, argumentando por un lado la confusa amplitud del significado de "etnografía" y "etnología" y por otro, la disparidad en la definición que encontraba del término "antropología" ya que había sido "definida de varias maneras y por diferentes personas en distintos países", entre las que mencionaba la de Topinard, Müller, Chavantes y Gerland. Con estas definiciones Brinton armaría su propio esquema reservando la "Somatología para la antropología física y experimental, la Etnología se refería a la antropología histórica y analítica, la Etnografía a la antropología geográfica y descriptiva y, la arqueología a la antropología prehistórica y reconstructiva". Señalaba además que "la etnología es el estudio del desarrollo de las artes e instituciones, gobiernos, lenguaje y esencialmente la necesaria preparación para la comprensión de la etnografía, la cual es un retrato de la condición actual y presente de la gente" (Brinton, 1892).

Powell, adoptaba el término antropología para designar “la ciencia del hombre en sentido amplio, esto es, tanto como un animal, un ser pensante, como actor parte del arte, de las instituciones, del lenguaje, la religión y la literatura”. La Etnografía era a la Etnología lo mismo que la geografía a la geología. La primera era la descripción de los hechos relativos a las características de la tierra, y la geología en sentido amplio es la ciencia de la tierra que incluye a la geografía (Powell, 1892).

Para Outes, que se apoyaba en las definiciones de Topinard, estas discusiones estaban lejos de ser sostenidas en la Argentina, y para él, significaba por primera vez definir una orientación teórica, no sólo para la publicación, sino fundamentalmente para justificar el nombre de la Sección de “etnografía”. Outes bregaba por este término en tanto “era conciso, abarcaba las costumbres, historia, clasificación y dispersión espacial de las sociedades indígenas; en cambio la etnología quedaría en especulaciones de orden teórico”¹⁶³.

Al mismo tiempo la discusión excedía este contexto específico, y se convertía en un reflejo de desacuerdos personales y teóricos entre Outes y Lehmann-Nitsche que estaban compitiendo en la terna por el cargo de profesor de Antropología; la discusión sobre el carácter del Atlas estaba dirigido a los científicos locales; el uso y definición rigurosa de los términos también significaba crear una manera de producir y trabajar, que los distinguiría como estudiosos americanistas de los científicos extranjeros; más aún, siendo que se estaba discutiendo por primera vez sobre etnografía en una instancia universitaria, se requería un criterio común en la definición de los conceptos que facilitaran tanto el intercambio de conocimientos entre estudiosos y profesores, como la transmisión de los contenidos a los alumnos. Como veremos estos términos fueron intercambiables, y de hecho, un ejemplo concreto lo brinda el mismo Ambrosetti, sobre la primera expedición a Pampa Grande en el que describirá la “cantidad de series para el museo “etnológico” término que el mismo alternará con frecuencia con el de “etnográfico” (Ambrosetti, 1906).

¹⁶³ Reunión para la discusión sobre las tareas que realizaría la Sección de Etnografía. Doc 5-B-56. Archivo de Documentos FFyL-UBA.

El Atlas no llegó a publicarse y la corta vida de estas reuniones, lejos de mostrar acuerdos académicos, devela la complejidad de las relaciones científicas y políticas. Para Outes, como autor del proyecto de este Atlas, significó un nuevo fracaso; después de haber propuesto en 1900 la idea de crear una Sociedad de Americanistas y de fundar la revista 'Historia' como un órgano de reunión y discusión entre especialistas, fundamentalmente relacionados con la historia, el proyecto de la Sección parecía ser un espacio prometedor para formalizar un área de producción científica americanista; pero pronto se desmoronaba en las disputas por el dominio del área y la formación de un grupo de discípulos.

En el año de 1905 se destacan dos acontecimientos: el primero es que el 11 de septiembre era nombrado Lehmann-Nitsche por el Poder Ejecutivo Nacional como profesor del Curso de Antropología, "primera cátedra sudamericana" de esta materia que según él mismo no estaba aún oficialmente reconocida en la mayoría de los países europeos. Recordemos que su formación científica de tradición germana, imprimirá en los estudios en la Argentina un sello distintivo y además ahora, oficializado en la Universidad: el estudio de las características físicas del género humano, con un procedimiento naturalista¹⁶⁴. Este programa estaba armado en 9 unidades, comenzando con la definición de la antropología, aclarando que significaba "historia natural del hombre"; su división, características somatológicas, incluyendo la pigmentación, talla corporal y proporciones de todas las partes del cuerpo; y terminando con los sistemas de clasificación del género humano. La peculiaridad del programa, resaltada por el mismo, era que lo trató "casi exclusivamente bajo el punto de vista del naturalista"-

El segundo, es que ese año comenzaron las obras de albañilería para refaccionar los sótanos que ocuparía el nuevo Museo; mientras tanto los materiales se dispondrían en uno de los salones. Finalmente se oficializaba el comienzo de un nuevo rumbo en la enseñanza de los estudios del hombre,

¹⁶⁴ En el contexto Anglo-Americano por ejemplo, el término antropología física designado muchas veces como somatología, era uno de las cuatro ramas de la Antropología", junto a la etnología (más tarde llamada antropología social o cultural); lingüística y arqueología prehistórica. Stocking, 1988:9

apoyado esta vez sobre el estudio de las colecciones y las distintas actividades que se organizarían alrededor de ellas.

A las colecciones fundantes del Museo entregadas por el consejero Indalecio Gómez, se agregaron el material recogido en la primera expedición arqueológica; un conjunto de moldes en yeso de objetos calchaquíes enviados por el Museo de La Plata y, las colecciones particulares de Ambrosetti, que entregara en Depósito, como el mismo lo señalara en la carta al Decano:

“Creando secundar los propósitos de la Facultad en vista de la importancia que han tomado los estudios de arqueología y etnografía americana, y en el deseo de contribuir a que la enseñanza de esta materias, pueda desenvolverse con mayores elementos, me permito ofrecer en calidad de “Depósito” mis colecciones particulares para ser exhibidas en el Museo Etnográfico y presten así, a los profesores, alumnos y estudiosos la utilidad que puedan tener. Como por falta de tiempo, comodidades y aún de muebles, no será posible exhibir por el momento, todo el material que poseo, si la Facultad lo cree conveniente, se depositará por ahora, una primer serie de objetos de Arqueología y Etnografía compuesta de setecientos treinta y una piezas, numeradas correlativamente de 1 a 731, con sus correspondientes etiquetas cuyo catálogo, tengo el honor de acompañar”.

Las anotaciones que acompañan algunas de las piezas, ya sea el año de recolección como la procedencia, demuestran que parte de su colección, había sido reunida en los viajes realizados a partir del año 1890 a distintos puntos del país, a cargo tanto de expediciones del Instituto Geográfico Argentino como del Museo de La Plata. El catálogo estaba dividido en “objetos etnográficos” y de “Arqueología calchaquí”; bajo la primera clasificación se designaban los que pertenecían a sociedades que habitaban el territorio nacional y países limítrofes: chiriguano, fueguino, chamacoco del Paraguay, toba, kaingang, choroti,

mundurucus pertenecientes a la ex colección Lamas, araucanos y maticos; a la segunda, objetos de diferentes sitios de Salta, Jujuy y Catamarca, y el último número del catálogo pertenecía a un esqueleto de indio ona¹⁶⁵. Por otro lado, un conjunto de urnas funerarias procedentes de Catamarca, identificadas con las siglas IG del Instituto Geográfico Argentino del cual recordemos, Ambrosetti había sido "Director Perpetuo" y llevado a cabo la expediciones arqueológicas al noroeste del país, nunca ingresaron al Museo Nacional de Historia Natural, sino que Ambrosetti las llevó directamente al etnográfico, y de hecho nunca las ingresó al catálogo¹⁶⁶.

Asimismo, una vez aceptada la donación de Indalecio Gómez y previendo una primera exploración arqueológica al noroeste del país "en la cual se podrían recoger objetos similares" a los ya donados, propuso al decano canjear algunos de estos por otros del Museo Nacional de Historia Natural, para "llevar adelante "más rápidamente" la formación del museo, ya que ellos se podrían canjear por varios otros que podrían servir mejor a los fines de la enseñanza y necesidades de la cátedra de arqueología Americana¹⁶⁷. Este mismo año de 1905 se fueron agregando objetos arqueológicos calchaquíes, guaraníes, de Tierra del Fuego y de Uruguay, donados por el profesor titular de Arqueología Americana, Lafone Quevedo, el profesor del Colegio Nacional, y Profesor de Sociología en ese año en la Universidad de Buenos Aires, Dr. Ernesto Quesada y Dominga Arteaga de Maupas; objetos antropológicos de un cementerio de Río Negro donados por la Academia de la Facultad de Filosofía y Letras; una momia de Jujuy enviada por el Teniente Coronel E. Pérez; un conjunto de objetos de plata de los indios pampas donados por Montes de Oca; un objeto etnográfico donado por Ernesto Quesada y veintitrés objetos

¹⁶⁵ Carta de Ambrosetti al Decano de la Facultad. 27 de septiembre de 1905. Doc. 20 B-3-11. Archivo FFyL- UBA

¹⁶⁶ Todas las colecciones arqueológicas, etnográficas y antropológicas que ingresaron desde el año 1897 al Museo Nacional de Buenos Aires, incluidas las del Instituto Geográfico Argentino, pasaron en 1947 al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, junto con los catálogos correspondientes, libros en los que se asentaban todos los objetos que ingresaban siguiendo un orden numérico correlativo. En el Catálogo de Colecciones Antiguas del Museo Nacional, se asentaron las colecciones del Instituto Geográfico Argentino, a excepción de este conjunto de urnas calchaquíes.

¹⁶⁷ Nota de Juan B. Ambrosetti al Decano Dr. Norberto Piñero. Doc. 86, C. B-3-10. Archivo FFyL- UBA.

arqueológicos que el mismo Ambrosetti había recogido en la excavación que realizara en el subsuelo de la casa de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

El mismo año de 1905, Ambrosetti intentará comprar por 35 dólares oro al Anatomical Laboratory of Charles H. Ward, en Rochester en New York un conjunto de colecciones antropológicas y láminas murales del Dr. Rudolf Martin y, una serie de libros para la Cátedra de Arqueología¹⁶⁸.

Este pedido, que muestra una combinación de materiales de enseñanza para ayudar tanto en el dictado de la arqueología como para el de antropología que recientemente empezaba a dictar Lehmann-Nitsche, aparentemente no fue concretado, y en su lugar se realizó una compra de 21 moldes de cráneos, maxilares, rótula, tibias y húmeros procedentes de Bélgica y de las láminas murales encargadas al Dr. Rudolf Martin, recordemos, mentor de Lehmann-Nitsche.

Este mismo año Ambrosetti comenzará a dictar el programa de la materia Arqueología Americana, dos veces por semana durante cuatro meses en el horario de 6 a 7 de la tarde y para ello utilizaría los materiales que se reunían para el museo. Recordemos que este programa se sumó al ya existente a cargo de Lafone Quevedo, quien hasta este momento incluía en el dictado de su materia el tema calchaquí; a partir de ahora, el tema quedaría exclusivamente para el programa de Ambrosetti. El objetivo era tratar "especialmente la arqueología del noroeste de la República, o sea, la Región Calchaquí" a lo largo de 12 unidades; el programa era el siguiente:

"Arqueología del noroeste de la república (Calchaquí)

¹⁶⁸ Calvarium of the Pithecanthropus erectus U\$S 3.50; Skull of Neanderthal Man U\$S 2.25; Brain of Neanderthal Man, U\$S 2.25; Skull of engis man U\$S 2.50; Skull and fragment of skeleton of Spy, U\$S 11.00; Skull and portions Num 2 U\$S 7.50. Total dólares oro con embalaje y flete, U\$S 35. El listado de láminas murales antropológicas del Dr. Martin, por \$50. Y Los aborígenes de Chile por José Toribio Medina, \$ 15; Relaciones geográficas e históricas del Sr. Marcos Ximenes de la Espada, \$ 60; Memorias antiguas e historiales del Perú, por Fernando de Montesinos; Perú et Bolivie por C. Wiener, \$ 15; Kultur and Industrie Sud Americanar Volker, \$ 70; Las Ruinas de Tiahuanaco por Max Uhle, \$ 60; Comptes Rendus de los Congresos de los Americanistas, \$ 150; Myths, Culter et Religions por A. Lang, \$ 10; La antigüedad del hombre en el Plata, \$ 30; Valor aproximado total, \$ 475. Carta de Ambrosetti al Decano de la Facultad. Doc B-3-10 (91) Archivo FFyL-UBA.

Antecedentes históricos. Estado actual de los trabajos, 2) Fuentes y materiales para este estudio, 3) Regiones especiales de la civilización extinguida del noroeste argentino. Sus características; 4) Yacimientos más importantes; 5) Alfarerías, forma, tipo, lugar prominente de este arte en aquellas civilizaciones; 6) simbolismo, evolución de los símbolos cardinales: el sapo, la serpiente y el avestruz. Símbolos diversos o especiales, la cruz, los animales míticos; 7) el empleo de la piedra, hueso, madera, y otras industrias; 8) el uso y empleo de los metales; 9) el folklore de la región; 10) la vida ordinaria de estos pueblos según la documentación arqueológica; 11) la vida accidental o extraordinaria de los mismos. Guerra, ceremonias religiosas; 12) la muerte y sus necrópolis".¹⁶⁹

Mientras gran parte de las colecciones se mantenían encajonadas hasta terminar los arreglos del local, el director planeaba la segunda expedición arqueológica al noroeste del país. Para esta expedición Ambrosetti llevó a los alumnos Salvador Debenedetti y Mario Guido, que habían demostrado su interés no sólo acompañándolo en el viaje anterior sino además ayudando en las tareas de laboratorio en el Museo, "en la reconstrucción de las piezas correspondientes a la primera expedición"; estos alumnos se habían mostrado además como "compañeros infatigables en las tareas duras de las excavaciones con un mínimo de trabajo de 10 a 12 horas diarias al frente de las cuadrillas respectivas a 2300 metros sobre el nivel del mar, al sol y el viento, sin perder un momento sus condiciones de disciplina conciente y de buen carácter."¹⁷⁰

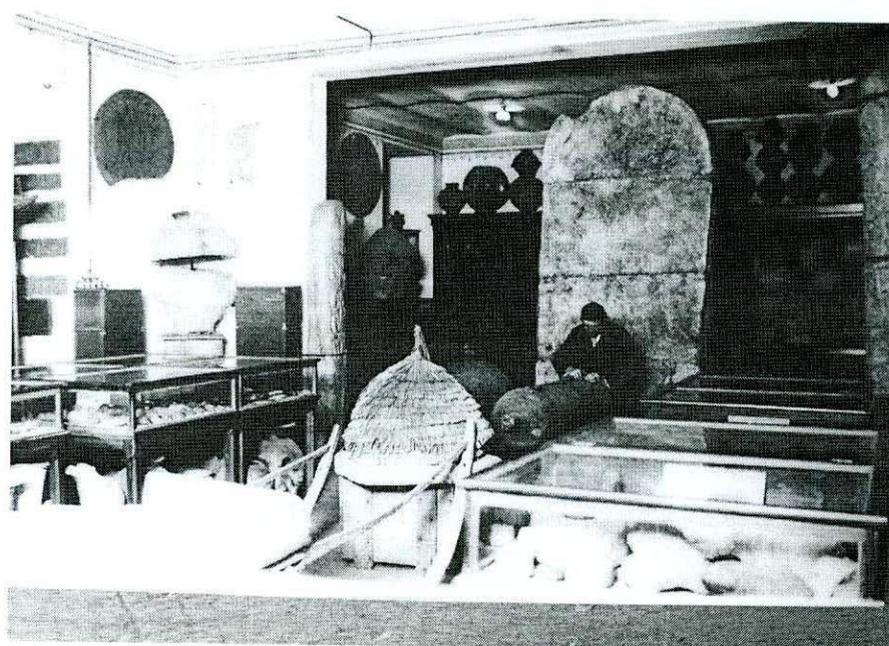
La expedición se dirigió nuevamente a la región noroeste de la Provincia de Salta, pleno Valle Calchaquí, en un trayecto que comenzaría en Salta, pasando por Cachi, Payogasta, para terminar en Puerta de la Paya. A su regreso Ambrosetti señalaría la importancia de esta expedición para el nuevo Museo:

¹⁶⁹ Programa de Arqueología Americana. Doc 3 B-2-8, Archivo FFyL- UBA

¹⁷⁰ Ambrosetti. Informe de la Segunda expedición arqueológica al Decano de la Facultad. Doc 6 B-5-10. Archivo FFyL- UBA

“El resultado como elementos para el Museo de la Facultad puede expresarse numéricamente en más de mil piezas; como el trabajo de desencajonar y ordenar esta masa de objetos es larga y debe procederse con cierta cautela para no confundir las procedencias y condiciones del hallazgo no puedo aún dar cifra exacta, pero bastan por ahora los datos consignados en este informe (...)”.¹⁷¹

Al regresar los expedicionarios, se acumulaban en los cajones exactamente 1438 piezas procedentes tanto de esta última expedición como de la primera, tornándose prioridad la organización de las colecciones en el nuevo museo para facilitar su acceso y mejorar sus condiciones de almacenamiento.



Arreglo de las colecciones en el Museo.

En este año, los sótanos de la Facultad quedaron totalmente habilitados; las colecciones del Museo y su mobiliario pudieron ser organizadas definitivamente y se compartiría el espacio con la biblioteca de la Facultad y el gabinete de psicología experimental que había sido creado en 1901¹⁷². Como en los primeros años que Ambrosetti tuvo a su cargo el Museo, el presupuesto asignado era de 2500 pesos moneda nacional que se destinaban exclusivamente

¹⁷¹ Ambrosetti J.B. Informe de los resultados de la Segunda Expedición Arqueológica. Doc 6, B-5-10. Archivo FFyL- UBA.

¹⁷² RUBA, 1905, Tomo III. Véase también Buchbinder, 1997.

a la realización de las expediciones arqueológicas, ya sea para los traslados, el pago a peones y la comida; para todo gasto posterior a la expedición ya sea para la restauración de las colecciones como para la compra de vitrinas se debía presentar un nuevo presupuesto para la asignación del dinero. Por lo tanto, para el arreglo de algunas de ellas y su organización en el espacio se contrataron dos restauradores, Ángel Rádice y Pedro Serie con un sueldo de \$30 y \$60, respectivamente, quienes trabajaban como modeladores y restauradores en el Museo Nacional y además, se compraron “cajas vitrinas” para organizar estos primeros objetos. Los trabajos de laboratorio como informara Ambrosetti consistían en:

“El arreglo, limpieza de una momia de niño procedente del Nevado de Chañi y donada por el teniente coronel Eduardo Pérez y compañeros (en una vitrina de hierro). Arreglo, limpieza de los tejidos y objetos que acompañaban a esa momia y a otra más en una vidriera de madera. Colocación y arreglo de un block de huesos humanos procedentes de la Pampa Grande en una vitrina de madera (para ilustrar la remoción de los antiguos cementerios indios y su continua utilización). Arreglo de tres vidrieras de pared con objetos de madera procedentes de las ruinas de La Paya. Solidificación con cera, restauración y limpieza de todos los objetos de madera procedentes de dichas excavaciones. Limpieza y restauración, fijación de dientes de sesenta cráneos humanos y la confección de pedestales de yeso para los mismos”¹⁷³.

Pronto se sumaron los primeros muebles, un escritorio y un sillón y mobiliario para facilitar el trabajo: papelera, armario para guardar dibujos y fotografías y mesas vidrieras adquiridas en la casa Pagliani, firma comercial especializada en este tipo de materiales; algunas de ellas fueron también fabricadas en un salón del Museo que funcionaba como taller y en el cual sus restauradores construyeron las primeras “vitrinas con pedestal para exhibir

¹⁷³ Memoria anual del Museo Etnográfico, 22 de abril de 1907. Doc 22. B-5-10. Archivo FFyL-UBA.

esqueletos y vitrinas de pared para los objetos llegados con la momia de Chañi"¹⁷⁴.



Arreglo de la colección es en el hall del Museo

El año de 1906, finalizaba una publicación sobre la primera expedición a Pampa Grande, y que sería el que inauguraría las Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad. En preparación quedaban tres trabajos, uno de Lehmann-Nitsche sobre el "*Cráneo Fósil de Arrecifes*"; otro del alumno Salvador Debenedetti sobre "*Las Excavaciones en la Antigua Ciudad de Kipón. Valle Calchaquí*", resultado de la Segunda Expedición y el último, un estudio hecho por Ambrosetti sobre los trabajos realizados en la antigua ciudad de La Paya, Valles Calchaquíes. Al mismo tiempo se modificaba el presupuesto que tenía asignado inicialmente: como director y Jefe de Expediciones arqueológicas con obligación de dictar un curso anual de arqueología, pasaba a cobrar \$ 200 al mes; para fomento del Museo, \$200 al mes; expediciones arqueológicas, \$ 2500 al año¹⁷⁵.

En resumen, el Museo Etnográfico surgió como un espacio ligado a la cátedra de Arqueología Americana; en este sentido no puede entenderse su creación si no es vinculado a los estudios de las poblaciones argentinas y americanas y, especialmente a la "civilización calchaquí", tema en el que Juan B. Ambrosetti, había enfocado sus estudios a partir de los últimos años del siglo

¹⁷⁴ Nota de Ambrosetti al Decano de la Facultad. 7 de noviembre de 1905. Doc 27. B-3-11. Archivo FFyL-UBA,

¹⁷⁵ Ese mismo año el Laboratorio de Psicología tenía la siguiente estructura: Jefe de Trabajos Prácticos de Laboratorio, \$ 150 al mes; ayudante de Psicología \$ 80 al mes y, para fomento del laboratorio \$ 150. *RUBA*, Año IV, T VIII, 1907.

XIX. Al mismo tiempo, la creación del museo coincidía con los debates que se nutrían “del “problema calchaquí” y la competencia entre las instituciones por obtener antigüedades calchaquíes para la interpretación de la historia precolombina”. De esta manera una cátedra, un especialista y un museo se transformaban en una unidad desde la cual se podría fortalecer desde la Universidad de Buenos Aires los estudios sobre esta civilización y en términos generales posicionarse como un emblema del americanismo local.

Segundo, los viajes y expediciones que realizó Ambrosetti por encargo de las instituciones en las que ya había desempeñado distintos cargos, le habían permitido reunir materiales tanto para enriquecer su colección particular como los acervos institucionales. La historia de las colecciones que sirvieron de base para su fundación, muestran que parte de ellas pertenecían a la colección particular que Ambrosetti fue reuniendo desde los inicios de sus viajes y que luego depositó en el Museo Etnográfico al asumir el cargo de director, que muchas otras procedían del Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino, en el que ya también Ambrosetti había dirigido y formado sus colecciones y también, de colecciones donadas por personal académico de la misma Facultad, de otras facultades de la Universidad, de miembros de la Junta de Historia y Numismática Americana y de su círculo familiar. Es por ello incluso que abarcamos el estudio de la conformación de las colecciones, ideas y prácticas que configuran la emergencia de esta institución desde una década antes de su fundación, momento en el que se fundó el Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino, que Ambrosetti dirigió.

Fundamentalmente queremos señalar que la formación de las colecciones es un proceso que evidencia la articulación de una multiplicidad de biografías y trayectorias científicas, ideas, prácticas e instituciones, lo que en términos de Podgorny y Lopes, se puede definir como una estructura colectiva en la que se articulan distintos saberes y prácticas en contextos sociales diferentes (Podgorny y Lopes, 2008).

4.



(el) que calamidad!

Tengo que poner punto final porque rino ...

Capítulo IV

Temas americanistas, colecciones americanas: tiempo, distancia y desaparición de las sociedades indígenas

Nos interesa en este capítulo tratar la historia de las colecciones americanas y las modalidades para adquirirlas que se desarrollaron en el Museo Etnográfico, porque es a partir de esto que, sin desconocer el papel que desempeñó Ambrosetti en los primeros años, se pueden apreciar las prácticas colectivas como sostén de la institución.

Los documentos de archivo muestran dos cosas: por un lado, la formación de las colecciones se desarrolló en consonancia con los debates de la agenda americanista, que tenían lugar a través de las publicaciones especializadas, los congresos científicos y reuniones en sociedades eruditas; en todos estos espacios participaban distintas figuras del americanismo local e internacional. Y por otro, que una evidencia de esta práctica colectiva la constituyen las modalidades mismas a través de las cuales se formaron sus colecciones. Específicamente hacemos referencia al estímulo de donaciones, canjes y al tendido de redes de recolección. Cada una de estas prácticas asumió características particulares en función de las oportunidades y necesidades de la institución. En algunos casos Ambrosetti recurrió a sus vínculos familiares y red de sociabilidad para obtener colecciones en donación y presupuesto para la compra de algunas de ellas. En otros utilizó las redes sociales y de recolección que había constituido en años anteriores, durante su desempeño en los museos de Entre Ríos, del Instituto Geográfico Argentino, en el de La Plata y en el Museo Nacional de Buenos Aires. En estas instituciones su actividad estuvo acompañada fundamentalmente de viajes de estudio a diferentes regiones del país, que le permitieron establecer y sostener en el tiempo, relaciones con pobladores locales, miembros del ejército, de la iglesia o comerciantes, estimulando más tarde las donaciones y generando incluso una red de recolección en beneficio del Museo. Al mismo tiempo, el canje interinstitucional

con museos del país, de Montevideo, Río de Janeiro y San Pablo fue una modalidad que permitió reunir colecciones de distintas regiones de América a cambio de colecciones argentinas y estrechar relaciones con directores de otras instituciones similares¹⁷⁶. Todas estas modalidades evidencian la combinación de protagonistas, prácticas y distintas instituciones, generando una estructura colectiva sobre la que se montará la empresa científica de formar un museo con colecciones americanas.

Temas etnográficos y colecciones americanas

Después que Lafone Quevedo publicara en 1898 *Progresos de la Etnología en el Río de La Plata*, trabajo en el que a manera de síntesis organizaba los estudios y resultados de la cartografía lingüística y geográfica de las poblaciones del Río de La Plata, siguieron, en los inicios del siglo XX, estudios que también presentaban el resultado de los debates que se venían desarrollando desde años anteriores. En 1909, ya fallecido Bartolomé Mitre, se publicaba el *Catálogo Razonado de la Sección de Lenguas Americanas*. Un año después aparecía *Los Aborígenes de la Argentina* (1910) de Félix Outes y Carlos Bruch. El libro, acompañado de grabados y una lámina en color, "fue la primera obra de síntesis para la divulgación general e intenta participar de la definición de la historia nacional, definiendo la prehistoria y el devenir de los aborígenes argentinos". E incluso en el epígrafe del prefacio, los autores hacen suya la frase de Rojas: "esta restauración del propio pasado histórico debe hacerse para definir nuestra personalidad y vislumbrar su destino" (Podgorny, 2001: 15-17). El texto, "Manual adaptado a los programas de las Escuelas Primarias, Colegios Nacionales y Escuelas Normales", resumía las investigaciones desarrolladas hasta ese momento sobre los habitantes prehistóricos de la República Argentina, los que existían en la época de la conquista y los contemporáneos que "aun subsistían en algunas localidades lejanas".

¹⁷⁶ María Margaret Lopes 1999, 2000, ya ha analizado por ejemplo el intercambio entre los museos latinoamericanos de Historia Natural en relación a las ciencias geológicas desde fines del siglo XIX e inicios del XX el que quedaron envueltos el Museo Paulista, el Museo de La Plata, el Museo Nacional de Buenos Aires, el Museo de Historia Natural de Quinta Normal de Chile, el Museo Nacional de Río de Janeiro, entre otros.

En su introducción los autores definían cada una de las disciplinas que utilizaban en la presentación de los pueblos aborígenes. Las definiciones extraídas de Topinard, las mismas que utilizaba Outes en sus publicaciones del siglo XIX, eran la Antropología, entendida como “la rama de la Historia Natural que trata del hombre y de las Razas Humanas”, y dentro de la antropología, una de sus ramas era la etnografía que “trata de los asuntos comunes a todos los pueblos, ó de la descripción de los usos, costumbres, organización social, y política de cada uno de ellos” (Outes y Bruch, 1910).

Entre las publicaciones de Lafone Quevedo y la de Outes y Bruch, había una diferencia: el trabajo del primero se iniciaba con las sociedades que existían desde un tiempo anterior a la conquista, en cambio los otros autores incluían los grupos indígenas de los inicios del XX, en coincidencia con las discusiones sobre la situación de estas poblaciones que se mantendrán en los congresos científicos de la Argentina y en otros países del continente. En síntesis, con los trabajos de Lafone Quevedo, Mitre, Outes y Bruch, la ciencia americanista enriquecía un corpus documental con un panorama de las poblaciones indígenas de la Argentina ordenadas y clasificadas geográfica y lingüísticamente. El Mapa Étnico que había presentado Lafone Quevedo a fines del siglo XIX, y en el que plasmaba ordenadamente en un mapa la distribución de las poblaciones indígenas, ahora se completaba con la publicación de dos nuevos trabajos.

A estos trabajos se sumaba el proyecto de una obra de Geografía Nacional, cuyo anteproyecto había sido elaborado en 1910 por una comisión compuesta por Alejandro Sorondo, Florentino Ameghino, Agustín Álvarez y Francisco Moreno, reunida en el Instituto Geográfico Argentino. Las materias que se tratarían en esta obra, que tenía por objeto el país, bajo su aspecto físico y político, incluían la prehistoria, que abarcaba la Arqueología Argentina, la Etnografía y la Demografía.

En el plan, la Antropología abarcaba las materias de paleoantropología, Antropología, Paleoarqueología, Arqueología, Etnografía, Lingüística, folklore,

y Numismática¹⁷⁷. Estaría acompañada de mapas, el etnográfico, y contendría una distribución en el territorio de la República de las primitivas poblaciones indígenas y un mapa de los itinerarios de las exploraciones y expediciones de índole histórica y científica en el territorio Argentina hasta 1910.

En 1910 se celebraban los festejos del Centenario en la Argentina, entre los que se desarrollaban dos congresos científicos: el Internacional de Americanistas y el Científico Americano. Cuando la Junta de Historia y Numismática Americana recibió la invitación formal, se resolvió que la mesa directiva debía representar a la "corporación". La participación de miembros de la Junta se evidencia en la misma cantidad de presentaciones que hicieron: de 63 trabajos, el 38%, 24 trabajos, pertenece a investigadores argentinos o extranjeros y versan sobre temas locales. Dentro de este 38 %, el 41,6 %, 10 trabajos en total, pertenecían a miembros numerarios de la corporación, que se distribuyeron en etnología, lingüística, arqueología, paleoantropología e historia colonial (Ravina,, 1996: 49). Una revisión de los temas tratados en estos congresos y de las publicaciones de la época muestra nuevos temas etnográficos que requerían debates diferentes. Por un lado, se continuó el interés por completar los datos faltantes del mapa etnográfico referente a sociedades del pasado histórico. Quedarán, sin embargo, ausentes de la agenda local el tema "resuelto" de los Querandíes, instalado por Trelles y posteriormente por Félix Outes en la última década del XIX, y se volverá a discutir sobre los huarpes, en los términos enunciados por Federico Aguiar. Por otro lado, una cuestión que se incorporará como parte del proceso de americanización del americanismo será el presente indígena: en concreto, su desaparición y sus condiciones de vida, aspectos que hasta el momento habían estado ausentes en el diálogo americanista en el que participaban argentinos y extranjeros. Hasta ese año de 1910 los temas de discusión que se pueden seguir en los congresos internacionales giraban en torno a la antigüedad, el origen, la lengua y la etnografía de las sociedades anteriores y existentes a la llegada de los españoles. Sin embargo, en el Congreso Científico Americano los participantes daban

¹⁷⁷ "Actas del Instituto Geográfico Argentino". *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, T I, 1910: 193-196.

cuenta que la presencia del indígena contemporáneo, era ineludible, y que no solo sucedía en la Argentina sino también en algunos de los países limítrofes, como por ejemplo en Brasil.

Este tema ocupó la agenda científica del americanismo local por la preocupación que manifestaron los protagonistas de la época frente a la desaparición de los grupos aborígenes, su lengua, artefactos y costumbres. El debate que se generó al respecto se tradujo en la "urgencia" por recoger objetos y vocabularios nativos, proceso que de alguna manera organizó las prácticas en el interior de las instituciones, cuyos directores impulsaron diferentes modalidades para formar colecciones de estos grupos aborígenes distantes a las instituciones metropolitanas. En este contexto también se definieron las modalidades de formación de colecciones de estas sociedades: encargando misiones etnográficas a viajeros extranjeros, presentados así mismos como etnógrafos, que viajarían al Gran Chaco, Mato Grosso, Amazonía o Alto Paraguay, transformándolos en una figura recurrente para reunir objetos de las sociedades indígenas que ellos visitarían. Se destacaba además su entrenamiento, disposición y medios para enfrentar un tipo de viaje que combinaba lo científico con lo inesperado de la aventura; también se encomendaba la misión de recolección al científico con lugar de residencia en localidades del interior del país o en países limítrofes, ya que tenían conocimiento de los pobladores locales, y de la región; y por último se implementó un tejido de redes de recolección que se tendían sobre los territorios nacionales involucrando a los pobladores locales, funcionarios de gobierno y el ejército.

Cada una de estas modalidades estuvo relacionada con una combinación de distintos factores que regían la etnografía americana institucional: tiempo, distancia, urgencia por coleccionar y presupuestos disponibles; pero lo cierto es que entre el año 1907, cuando en el museo se comienzan a arreglar las colecciones de etnografía, y 1916, todas las modalidades fueron desplegadas en simultaneidad, como una forma de cubrir todo el territorio nacional y las

regiones de los países limítrofes, aprovechando la conveniencia y las oportunidades que se presentaban.

De esta noción de "urgencia" por coleccionar, que hemos utilizado¹⁷⁸, cabe hacer una reflexión. Podemos decir que hasta casi fines de 1920 la "urgencia" fue el motivo que dirigió con mayor fuerza la necesidad de reunir objetos de la cultura material de los grupos indígenas que con el contacto con la "civilización", se creía, perderían sus lenguas, costumbres y objetos. Pero este proceso no fue acompañado de un debate sistemático al respecto, sino que el eje fuerza sobre el que se organizaron los temas y las discusiones en el americanismo durante este mismo período fueron las sociedades del pasado. De esta manera, la temática de discusión girará aún en los primeros años del siglo XX en torno a las sociedades del noroeste del país.

La arqueología de esta región se afianzaba en las instituciones de Buenos Aires a través de la cátedra de Arqueología Americana que tenían a su cargo Ambrosetti y Lafone Quevedo en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Museo Etnográfico de esta misma Facultad (Podgorny y Lopes, 2008). Incluso, como veremos, el proceso de formación de las colecciones del Museo Etnográfico evidencia que desde el momento en que se creó, y más exactamente a partir de la formalización del nombramiento de Ambrosetti como director en 1905, el museo se convirtió en un centro de acopio de material calchaquí. Esto se evidencia en la diferencia cuantitativa entre las colecciones calchaquíes en el Museo Nacional de Historia Natural y el Museo Etnográfico. Mientras Ambrosetti permaneció a cargo de la Sección de Arqueología del Museo Nacional, se encargó de donar colecciones y realizar compras de materiales para enriquecerla. Con su alejamiento del puesto en 1905, para trasladarse al museo de la universidad, su foco se trasladó a la nueva institución donde implementó un plan para la organización de expediciones anuales de estudio y recolección de materiales en el noroeste del país. Fue la recolección que se hizo

¹⁷⁸ Ya utilizada entre otros por Clifford 1985; Stocking 1985; Penny 2002; Kuklick 1997; Conn 1998; Corbey 2000.

anualmente en estas expediciones lo que hizo una diferencia cuantitativa sustancial con otras instituciones¹⁷⁹.

El tema calchaquí continuaba en el papel protagónico de los debates americanistas. En el Congreso Internacional de Americanistas de Viena en 1908, Ambrosetti aprovechaba a responder al trabajo "*La question calchaquí*" que Boman y Lejeal habían presentado en el congreso de 1903. Ambrosetti notaba la "ligereza" con la que habían tratado el tema y afirmaba que "el mejor modo de hacer afirmaciones era acompañarlas con documentos", y de hecho adelantaba a los oyentes que en su trabajo encontrarían muchas contradicciones con las sostenidas por su "colegas". Evidentemente, las publicaciones y las reuniones científicas eran dos instancias a través de las cuales se afirmaba el sello del americanismo: una recolección sistemática de materiales, bien documentados, y acompañados de los datos del contexto. Además, como una forma de apoyo a los americanistas locales, Ambrosetti había pedido a la Junta su adhesión a este Congreso, al que además de él, en representación de la Facultad de Filosofía y Letras, concurriría Lehmann-Nitsche por el Museo de La Plata. Como ha señalado Ravina, esta situación planteada a raíz de este Congreso, muestra como los miembros de la Junta, aún cuando tenían participación en esta clase de reuniones por su condición de profesores universitarios, llevando la representación de las casas de estudio donde enseñaban, manifestaban su preocupación porque la Junta estuviera presente en este tipo de reuniones

¹⁷⁹ Desde 1903 año en que Ambrosetti se hizo cargo de la Sección de Arqueología en el Museo Nacional de Historia Natural, hasta 1905, cuando se retira al Museo Etnográfico donó 2 hachas votivas de la Patagonia; 1 hacha votiva de Molinos, Salta; 29 objetos de piedra y alfarería de Huacal, Pampa; 1 molde de bronce y yeso de Calingasta, San Juan; 1 cabeza de llama adornada; 1 honda de lana, 2 cogoteras, 1 cubre cabeza de lana de vicuña y 1 hacha de piedra de Molinos, Salta; 1 brazalete grande de bronce, 1 brazalete pequeño grabado; 1 tortero más un huso de bronce; 1 gran fragmento de tumi de bronce; 1 topo con grafitos de bronce; 2 topes pequeños; 1 pinza depilatoria de bronce; 3 agujas de bronce; 1 aguja de cardón; 1 placa pectoral con un topo de bronce; 1 placa pectoral con figura humana de bronce; 1 fragmento de un disco de bronce; 1 disco de bronce con dos caras y una serpiente; 1 hacha de piedra de forma de la de bronce, todo calchaquí; 1 mano de mortero, 5 bolas perdidas y 1 pipa antigua de Trelew; 1 pipa de piedra de la Patagonia; 24 objetos de piedra neolíticos de Puerto Pirámides, Península de Valdés; 45 objetos de piedra neolíticos de los alrededores de Trelew; 15 objetos de piedra neolíticos de Río Gallegos; 2 bolas de piedra de la Península de Valdés. Además realizó la compra desde el Museo a Lucas Bridge de 22 objetos de indios de Tierra del Fuego. Fuente: Catálogo de las antiguas colecciones del Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires- Archivo ME- FFyL-UBA.

Para el detalle de las colecciones calchaquíes ingresadas en los años siguientes, véase el anexo sobre las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural.

internacionales propiciando así, la vinculación con los foros científicos del exterior, en consonancia con los propósitos explicitados en el estatuto de la institución (Ravina, 1996:48).

En esta oportunidad Ambrosetti no dejaba de notar las diferencias entre sus colegas extranjeros y el objetivo que se había propuesto con la creación del Museo de la Facultad:

“el fin que persigue la Facultad, desde el inicio de estas expediciones anuales, es dar comienzo, de una vez por todas, a la exploración sistemática de toda esa gran región arqueológica que hemos convenido en llamar calchaquí, de la cual puede decirse que nada sabemos a pesar de los 20 años de trabajo. Todos hemos trabajado aprovechando las oportunidades a medida que se que se presentaban por falta de elementos y recursos, o halagados por otra parte, por la tentadora descripción de tanto objeto acumulado en los museos del país y aún del extranjero, pero en su mayoría, mal coleccionados, salvo una porción mínima. Los trabajos modernos de arqueología requieren otra cosa. Con la exploración sistemática de los yacimientos, guiada no con espíritu de simples coleccionistas ansiosos de acumular piezas, sino con criterio científico, en que vale más un dato bien recogido, que un centenar de objetos, es que podremos llegar a conocer el pasado prehistórico de los pueblos y culturas, que se han sucedido, influenciado y aún superpuesto en esa región” (Ambrosetti, 1907: 528).

La formación de las colecciones funcionaba como parte de una red de intercambio de información y publicaciones que involucraba a distintas instituciones y sociedades científicas en el país; además de los congresos y los museos, en especial la Junta de Historia y Numismática Americana, las universidades, de Buenos Aires, la Plata y Córdoba, fueron centros que funcionaron como ejes que organizaban la agenda de discusión local americanista. En estos espacios, como mencionamos anteriormente, participaban si no todos, la mayor parte de los directores de museos y su

personal técnico y científico, lo que generaba la circulación de la información asociada tal como datos sobre sus colecciones, los nombres de recolectores en localidades del interior, comerciantes de piezas, posibles donantes y sobre las actividades y proyectos que desarrollarían. En las reuniones de la Junta, por ejemplo, Ambrosetti repartía entre los miembros, ejemplares de sus trabajos *"La hacienda de Molinos"*, *"Insignia Lítica de mando de tipo chileno"*, *"Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama"* y su informe como delegado al *"Congreso de Americanistas"*, reunido en Nueva York un año antes; Félix Outes, repartía *"Arqueología de Huacal"*, *"La alfarería indígena de Patagonia"*; lo mismo hará en 1915, Lehmann-Nitsche con *"La bota de potro"* y *"El chambergo"*.

A diferencia de los directores de los museos de La Plata y del Nacional de Historia Natural, que habían adquirido parte de sus colecciones calchaquíes en la compra realizada al comerciante Manuel Zavaleta y a través del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Ambrosetti había logrado reunir una colección conformada por fuentes diversas: sus colecciones particulares, las que habían pertenecido al Museo del Instituto Geográfico Argentino -y se había llevado al Museo Etnográfico-, las que se recogían en las expediciones de la Facultad y la colección de calcos enviada en donación por el Museo de La Plata, compuesta por moldes de objetos arqueológicos de Catamarca, Jujuy, Salta, y Chile. De manera que, como forma de consolidar la temática calchaquí, no solamente se sostuvieron las expediciones sino que también se aprovecharon las oportunidades para enriquecer el acervo con compras y donaciones.

Con el Museo Etnográfico recientemente creado en 1904, los miembros de la Junta de Historia y Numismática Americana, enterados del anuncio de la venta del archivo, biblioteca, monetario y demás colecciones que habían pertenecido al Doctor Andrés Lamas, decidieron comisionar al vicepresidente y a Francisco Moreno, para que "se acercaran al Ministro del Interior, encargado de la Cartera de Justicia e Instrucción Pública, y le hiciera presente la conveniencia de que el Estado adquiriera el todo o cuando menos una parte de

esas colecciones”¹⁸⁰. Andrés Lamas, recordemos que había dedicado gran parte de su vida a formar colecciones. Al morir en 1891 en Buenos Aires, su legado consistía en piezas históricas, numismática, documentos históricos, una biblioteca con 4000 volúmenes, estatuas y bustos en bronce y 200 cuadros, materiales que finalmente se subastaron en un primer remate en 1893 (Baldasarre, 2006: 53-54).

Si bien el interés de los miembros de la Junta era mantener esos documentos en el país para uso de los estudiosos, instituciones y sociedades como la que ellos mismo representaban, Ambrosetti aprovechó el remate de los objetos de la “colección Lamas”, para enriquecer su colección particular, comprando 2 sombreros y 2 cetros de plumas de los indios mundurucús de Brasil y, en 1906 informaba al decano de la Facultad, que “se debía abonar un molde del cetro de bronce calchaquí de la colección Lamas, que se había obtenido gracias a la gentileza del Dr. Roberto Lehmann-Nitsche para el Museo Etnográfico”¹⁸¹.

Evidentemente las reuniones de la Junta servían como canales de información sobre documentos y colecciones que podrían adquirirse de distintas maneras y, al mismo tiempo, se había formado un espacio en el que la comunicación misma, los informes de estudios, monografías y proyectos museográficos, promovían la donación personal de objetos que podían hacer algunos de sus miembros, como por ejemplo, los 4 objetos de piedra calchaquíes y 40 de la Patagonia donados por el numismático, coleccionista con estudios en agrimensura y entonces Presidente de la Junta, Enrique Peña.

Asimismo, en la campaña arqueológica de 1907 a Salta se adquirieron por compra al Sr. Maíz Pérez, proveedor del comerciante salteño Manuel Zavaleta, cráneos y alfarería que el mismo Zavaleta le había encargado tiempo atrás¹⁸². Posteriormente, Ambrosetti encaró una compra conjunta con Lafone Quevedo, director en ese entonces del Museo de La Plata, adquiriendo en 1915,

¹⁸⁰ “Actas de la Junta de Historia y Numismática Americana”, 14 de junio de 1903. *BANH*. Vol III, 1926.

¹⁸¹ Catálogo colección particular Ambrosetti y, Nota al Decano de la FFyL. 22 de abril de 1907. Doc. 22. B-5-10. Archivo FFyL-UBA.

¹⁸² Notas de Maíz Pérez a Ambrosetti. 26 de enero de 1907, 20 de febrero de 1907 Doc, 21. B-5-10-74. Archivo FFyL-UBA.

del Sr. Salvatierra, una colección de 446 objetos de Santa María, Provincia de Catamarca; unos años antes, aquel Museo, había enviado al Etnográfico como donación 34 moldes de yeso de objetos arqueológicos araucanos y calchaquíes. Evidentemente las relaciones institucionales no siempre recayeron sobre los canjes, sino que con frecuencia, como una forma de colaboración entre los directores de los museos, se sostuvo la donación institucional de objetos o colecciones; por ejemplo, también en 1907 el Dr. Juan Domínguez, director del museo de Farmacología, envió en dos oportunidades objetos arqueológicos de Tilcara, la primera consistió en 7 objetos de alfarería y un cráneo de Tilcara, y la segunda de 3 cráneos de Chubut y uno de Chascomús, Provincia de Buenos Aires. Esta relación se reforzó con el tiempo con la retribución que hiciera Ambrosetti a Domínguez de objetos de bronce calchaquíes recogidos en su expedición a La Paya¹⁸³ para determinar su composición química. Esta información le sirvió a Domínguez para publicar su *"Nota sobre una resina encontrada en tumbas indígenas de la Paya, en Exploraciones Arqueológicas de la Paya por Juan B. Ambrosetti"*; más tarde Ambrosetti también podría a disposición de Abel Sánchez Díaz los bronce del Museo para realizar su tesis para obtener el grado de Doctor en Química de la Universidad de Buenos Aires¹⁸⁴.

La donación de Domínguez plantea algunas cuestiones de interés: puede pensarse que él entendía que esas piezas tenían un destino mejor que en su museo de Farmacología, entre colecciones de farmacopea, plantas nativas e indígenas medicinales. Habla también de la especialización que iba adquiriendo cada una de las instituciones, desarrollo que era reconocido por los protagonistas de la época ya que estaban al tanto de las actividades y progreso que cada uno realizaba en sus museos. De hecho, un año después, Ambrosetti lo retribuyó donando una piel de lagarto; el mismo gesto tuvo en 1913 con el Museo Nacional de Historia Natural a cargo de Ángel Gallardo. De estas relaciones institucionales no estará ausente el Museo Nacional de Bellas Artes, a

¹⁸³ Nota de Domínguez a Ambrosetti, 10 de mayo de 1908. Archivo del Museo de Farmacobotánica. UBA

¹⁸⁴ De su tesis "EL bronce calchaquí" de 1909, resultó más tarde la presentación en el Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires del trabajo "Análisis químico de bronce calchaquíes" (sobre el estudio realizado de material arqueológico de objetos de bronce calchaquíes del Museo de La Plata y del Museo Etnográfico. Sánchez Díaz 1910.

cargo del profesor de la Facultad de Filosofía y Letras Carlos Zuberbühler. En 1909, agradeciendo su nombramiento como interino de la cátedra de Historia del Arte, se había propuesto “completar y organizar la colección de documentos gráficos” que estaba formando desde hacía varios años para ser utilizados en la enseñanza del arte, y “los ofrecía a la facultad para sirvan de base a un pequeño museo documentario, que sería útil también para otras asignaturas que puedan beneficiarse del método objetivo”¹⁸⁵. Al hacerse cargo de la dirección del Museo Nacional de Bellas Artes, gestionó ese mismo año el pase y donación al Museo de 100 urnas funerarias de “tipos que no había en el Museo”, y un conjunto de cráneos procedentes en su mayoría del Valle de Yocavil o de Santa María, pertenecientes a la ex colección Adán Quiroga.

Las colecciones calchaquies, ya fuesen compradas, donadas o recogidas en las expediciones, provenían de los yacimientos arqueológicos, y en este sentido, la etnografía quedaba vinculada a la descripción de las características de la forma de vida, usos y costumbres de los antiguos habitantes de estos valles, utilizando para ello los documentos históricos y los objetos confeccionados y utilizados por los “pobladores actuales”. Estos últimos se definían como “modernos” y se utilizaban para establecer analogías con el pasado, recurriendo además a la observación in situ de determinadas prácticas cotidianas o ceremonias. Por eso, para Ambrosetti “no se podía separar completamente la etnografía de la arqueología, porque ambas ciencias se complementaban”¹⁸⁶. La observación de los entierros y de ciertos rituales vinculados a supersticiones brindaba claves para bucear en el pasado. Sin embargo, la cantidad de objetos etnográficos procedentes de estas expediciones contrasta con el volumen de los objetos arqueológicos; por ejemplo, de la primera excursión a Pampa Grande en 1905, ingresaron al Museo 14 objetos “modernos” y 229 arqueológicos de la “civilización calchaquí”; en la de 1906, se recogieron exclusivamente materiales arqueológicos; de 1907, 16 objetos “modernos” y en 1908, de Jujuy, 15 objetos “modernos”. Esta diferencia está

¹⁸⁵ Nota de Zuberbühler a Matienzo, Decano de la Facultad. 31 de agosto de 1909. Doc 84, B-3-12. Archivo FFyL-UBA.

¹⁸⁶ Ambrosetti 1903.

ligada al proceso de afianzamiento de la arqueología del noroeste, la que se fomentaba desde el Museo motivando un tipo de excavación “sistemática, metódica y científica”. En este sentido, el valor de la colección etnográfica consistía más bien en muestras de tipos de objetos de las poblaciones actuales para establecer analogías, y no en la cantidad de objetos que ingresaban (Podgorny, 2008).

En un seguimiento de la historia de las colecciones y los debates americanistas, se puede apreciar que de la misma manera en que algunos temas de interés iniciados en la última década del siglo XIX se mantuvieron en los primeros años de vida del Museo Etnográfico, otros fueron postergados en la agenda científica. En efecto, mientras los especialistas locales se ocupaban de discutir en torno a los materiales calchaquíes que se reunían en museos argentinos en estos primeros años del siglo XX y de armar sus argumentos para enfrentar a sus colegas extranjeros, cuestiones como la de los querandíes, antiguos habitantes de la cuenca del Plata, pasaron al fondo de la escena. Instalado como un tema etnográfico primero por Trelles, y después reavivado por Outes, será relegado en las discusiones ya en estos primeros años del nuevo siglo. La evidencia etnográfica, al menos en los museos de la capital, consistía en la colección ya mencionada con anterioridad, donada al Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino y que posteriormente había pasado al Museo Nacional de Historia Natural y un objeto donado por el Bibliotecario de este Museo, Agustín Péndola en 1902 a ese mismo Museo. Sin embargo en 1905, apenas inaugurado el Museo Etnográfico, Ambrosetti donaba 23 objetos querandíes de la provincia de Buenos Aires que había extraído de la excavación realizada en el patio de la casa de gobierno. Aunque el tema no va a ser tratado en estos años, “lo Querandí”, efectivamente demostraba ser la evidencia de una discusión que en el pasado había convocado a americanistas argentinos y extranjeros. Quizás no estaba resuelto, pero antes de ser relegado a un segundo plano, había sido tratado por Trelles, Outes, Lafone Quevedo y Mitre, con los aportes de la etnografía, la clasificación racial y lingüística.

El eje de interés giraba ahora hacia la región de Mendoza y San Juan habitada por los Huarpes; las colecciones existentes en los museos formaban un número considerablemente inferior a las de los valles calchaquíes: un conjunto de alfarerías habían sido donadas al Museo Etnográfico y Arqueológico del Instituto Geográfico Argentino en los últimos años del siglo XIX; en 1906, ingresaba nuevamente un objeto donado por Desiderio Aguiar y en 1910, Elina de Correa Morales, pintora y esposa de Lucio Correa Morales, amigo de Ambrosetti, donaba un vaso de piedra de Calingasta, San Juan, junto a un modelo de balsa usada en la laguna de Guanacache.

El tema huarpe, había sido instalado por Desiderio Aguiar, con el trabajo presentado en el Congreso Científico Latino Americano en Montevideo de 1898. En 1910 Aguiar publicaba "*Huarpes*" en el Censo General de la Provincia de San Juan, en el que nuevamente se proponía demostrar que los huarpes eran los autóctonos pobladores de San Juan; basándose en la "morfología del idioma huarpe", afirmaba que Calingasta era definitivamente la cuna de aquella "raza" (Aguiar, 1910). Para determinar estas apreciaciones de Aguiar, que ya se habían instalado en la agenda del americanismo, desde el Museo Etnográfico se emprendieron, en los meses del verano porteño, dos expediciones: una al Territorio de Río Negro, a cargo del Sr. José Pozzi y la otra a la región oeste de la Provincia de San Juan a cargo de Salvador Debenedetti que se desempeñaba desde 1909 como Secretario del Museo; era además profesor de Arqueología del Museo de La Plata y había dirigido un viaje a aquella región en una excursión organizada por ese Museo a La Rioja y patrocinada por Joaquín V. González. En esa oportunidad había estudiado con detención todos los lugares que ofrecían "algún interés" en los valles Chilecito y Famatina, realizando excavaciones en la tambería de Chilecito, Famatina, Chañarmuyo, Pituil, Campanas, Angulos, Santa Cruz y Potrerillos¹⁸⁷. El objetivo de estas expediciones era determinar el área de dispersión de las antiguas poblaciones, en especial los huarpes, que según Desiderio Aguiar, habían ocupado toda la provincia. En 1915, Debenedetti y Antonio Pozzi, ayudante del Museo y colaborador en todas las

¹⁸⁷ *Memoria General de la Universidad Nacional de La Plata* (años 1913, 1914, 1915), 1917, Buenos Aires: Imprenta Coni Hermanos.

expediciones anteriores, viajaron a San Juan a terminar la exploración iniciada el año anterior. De la primera habían regresado con un "rico material antropológico y arqueológico para aclarar una serie de problemas de etnografía precolombina del más alto interés"¹⁸⁸. Del segundo viaje -12ª expedición- Ambrosetti informaba que los 400 objetos recogidos, junto a las piezas reunidas en la exploración anterior y al importante caudal de notas y observaciones, serían aprovechados por Debenedetti para escribir el "primer trabajo serio sobre la arqueología de la Provincia de San Juan"¹⁸⁹.

Para los protagonistas de la época, el carácter sistemático de la exploración e investigación impulsada desde la creación del Museo, era la manera de comprobar y resolver antiguas teorías y responder preguntas pendientes. Hasta ese momento para Debenedetti no existía ninguna "expedición prolija" y por el contrario, afirmaba que las teorías se basaban en "las vagas noticias difundidas de algunos estudios arqueológicos en la comarca", cuyos indicios había sido aportados por Boman tratados en su trabajo "*Antiquites...*" en el que afirmaba que "los huarpes eran un pueblo salvaje que vivían fuera de las montañas de San Juan, en las llanuras que circundaban las lagunas de Huanacache", o por el cráneo de La Rioja que según Ameghino había encontrado el Sr. Moreno. A la vaguedad de ciertos estudios se le agregaban las "malas interpretaciones" por la carencia de elementos de juicio sobre los "caracteres industriales de las antiguas poblaciones de los Valles preandinos"; uno de los problemas para Debenedetti era la falta de exploración y recolección de materiales, como consecuencia de que las expediciones se habían dirigido primordialmente hacia el noroeste del país o a las tierras patagónicas, que prometían "datos certeros y resultados exitosos". Además, mientras preparaba el catálogo de las colecciones arqueológicas del noroeste existentes en la sala XVII del Museo de La Plata, había encontrado series de objetos depositadas por Aguiar cuya carencia de "antecedentes documentados" y "demás accesorios" para establecer conclusiones definitivas reducía su valor

¹⁸⁸ Memoria del Museo Etnográfico, 1914-1915. 1 de abril de 1915. Archivo Juan B. Ambrosetti, ME.JBA. FFyL-UBA.

¹⁸⁹ Memoria del Museo Etnográfico, 1915-1916. 28 de abril de 1916. Archivo Juan B. Ambrosetti, ME. JBA. FFyL-UBA.

científico; en definitiva, a su entender la arqueología sanjuanina no había “salido del terreno de lo meramente curioso; las series habían sido hechas con fines más comerciales que científicos, y muchas de las colecciones incluso mostraban ser “verdaderas incidencias de viajes, cuyos fines fueron diametralmente opuestos a los de cualquier investigación arqueológica” (Debenedetti, 1917).

Sin desconocer que efectivamente la colección que tenía “cierta importancia” era la de Aguiar, para Debenedetti se debía tomar con recaudos porque “se campeaba con fantasías ingenuas y apreciaciones exentas de todo valor científico” y había acumulado datos de “importancia secundaria y sin fundamentos atendibles para llegar a la conclusión que los huarpes se extendieron por todo el valle Calingasta”. Se lamentaba de que en lugar de haber descrito el material de su colección, útil para el conocimiento de la arqueología local, se perdía en consideraciones vagas y de orden especulativo (Debenedetti, 1917: 10).

De esta manera Debenedetti se proponía con la expedición, presentar “los caracteres de las viejas culturas sanjuaninas”, estudiando y recogiendo materiales a través de una travesía de 170 kilómetros que separaban la ciudad de San Juan y Jachal; en el recorrido registró vestigios de “extintas culturas”, realizó excavaciones en Pachimoco, encontró una “abrumadora cantidad de vestigios” y en la localidad de “Huaco y en el Paso de Lámar, a pesar del escaso éxito de las investigaciones arqueológicas”, estableció la influencia que tuvo la población de Paso de Lámar en “tiempos lejanos” y los sucesivos desplazamientos de la población hacia lugares de captura de agua. El viaje terminó en la localidad de Vinchina, de donde regresaron atravesando la cordillera nevada de Famatina, después de recorrer en total 650 kilómetros de las provincias de La Rioja y San Juan¹⁹⁰. La prueba del éxito eran los 400 objetos con los que regresaron y que serían estudiados y catalogados antes publicar la conclusión de que “la cultura precolombina de la región no se presentaba con los caracteres autónomos que pretendía Aguiar” (Debenedetti, 1917).

¹⁹⁰ Nota de Debenedetti a Ambrosetti, 8 de octubre de 1916. Doc 26. B-5-11. Archivo FFyL-UBA.

La discusión de fondo era la manera en la que se constituían y documentaban las colecciones en el terreno, proceso que se evidenciaba en el trabajo concreto de ordenamiento y catalogación de los materiales dentro del Museo; de hecho cuando Debenedetti participó en la elaboración del catálogo de las colecciones del Museo de La Plata, constató la falencia e imprecisión de los datos presentados por Aguiar. Debenedetti se apoyaba incluso en que el "problema" de Aguiar era que el no había reunido personalmente las colecciones sino que tenía "agentes en distintos lugares de San Juan, que accidentalmente le reunían el material" y esto explicaba que en la clasificación que había adoptado, eliminase por "completo y por ignorancia la procedencia, y atribuyera todo el material a una cultura" (Debenedetti, 1917).

En este sentido, la cantidad de colecciones "bien documentadas y catalogadas" que había logrado reunir Debenedetti en su expedición establecía una diferencia considerable con las colecciones de Aguiar, las que lo habían llevado, desde su punto de vista, a conclusiones erróneas. En definitiva, se intentaba demostrar que la formación de las colecciones debía ser un proceso ordenado, sistemático y acompañado simultáneamente de la recopilación de los datos que permitieran contextualizar los objetos.

En el proceso de americanización del americanismo en la Argentina, las fronteras geográficas y políticas se diluían para dar vida a un corpus de información sobre toda la región sur del continente, incluyendo los países limítrofes, ello involucraba no sólo las sociedades de "contemporáneos primitivos" de la región del Gran Chaco, sino también las antiguas civilizaciones de Perú, Bolivia y la etnografía de las poblaciones actuales. Esta circulación de objetos que se dejaba ver en las instituciones de la Argentina desde el siglo XIX, se desarrollaba en consonancia con las colecciones que formaban parte de acervos de museos extranjeros y era acompañada de la información que circulaba especialmente en los Congresos de Americanistas. En el Congreso de Viena de 1908, al que había asistido Ambrosetti, los congresales presentaron sus estudios sobre las civilizaciones de Bolivia y Perú entre cuyos trabajos se destacaron el del Dr. Max Uhle, Director del Museo de Lima y el de

Sir Clements, de Londres. En su reseña del Congreso, Ambrosetti se encargaba de señalar su desacuerdo con este último, que hacía referencia a la similitud entre las esculturas de Tiahuanaco y las de piedra de Chavín. Su crítica se sostenía precisamente sobre un molde de piedra de tamaño natural y una reducción de la gran puerta de Tiahuanaco que se encontraban en el Museo y que había sido estudiadas a partir de la información brindada por Uhle y Stubel. Paralelamente, en 1909, el Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, de la Universidad de Harvard, anunciaba la importante colección que había recogido Mr. Thomas-Barbour en un viaje a Sud-América, conformada por objetos etnográficos del Lago Titicaca y algunos objetos arqueológicos de Tiahuanaco¹⁹¹. En el Congreso de 1910, Benjamín Burela, miembro de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra, presentó su *"Contribución de estudio de la etnografía boliviana"*, con una descripción de las "tribus de la región".

Efectivamente, los Congresos no sólo servían para conocer las producciones y proyectos de otros colegas, sino también para saber qué colecciones había que tener, puesto que esa era la forma de poder incorporarse a los debates. Este diálogo en el que quedaban envueltos americanistas de la Argentina, Bolivia, Perú o Chile, también era mencionado en las reuniones de la Junta de Historia y Numismática Americana como una manera de estimular la donación de sus miembros en provecho del Museo. Así por ejemplo en 1913, Ambrosetti hacía una reseña del descubrimiento de las ruinas de una antigua ciudad en el Perú sobre el cual se había publicado una carta en el "Diario", y del que el mismo se había enterado además por un libro que había recibido de los Estados Unidos. El hecho se tradujo concretamente en la donación de 2 objetos peruanos por parte de Enrique Peña en 1906. Con esta donación ingresaba el primer objeto de aquel país en el Museo Etnográfico. Unos meses después de esta donación se realizaba una compra de "190 piezas de alfarería o huacos de la Costa del Perú Pachacamac, Luvín, Mala, Colango, Saña, Chilayo, Eteí, Ancacho, Jungay, Cavas y Singú", de la cual Ambrosetti no informaba su

¹⁹¹ Forty-third Report on the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Harvard University, 1908-1909. Cambridge, 1910.

procedencia¹⁹². Y, en 1910 enviaba 7 objetos del Altiplano boliviano el General José Ignacio Garmendia (1842-1925), miembro también de la Junta. Reconocido por su desempeño en cargos políticos y funciones militares - jefe del Estado Mayor del Ejército del Sud, participe de la campaña al Chaco y entre 1890 y 1904, Director del Colegio Militar-, quien había coleccionado a lo largo de su vida documentos históricos relativos a la historia del ejército y distintos tipos de objetos. Dichos objetos, entre los que se destacaban una colección de casi 900 armas, entre sables, espadas, lanzas y, además corazas, cascos, banderas y fusiles, eran exhibidos abarrotados en una sala de su casa¹⁹³.

En 1910, al terminar las sesiones del Congreso de Americanistas en Buenos Aires, se iniciaron las excursiones programadas. La más importante se realizaría a Perú y Bolivia, invitados por el Gobierno de Bolivia. Los miembros del congreso tendrían la posibilidad de apreciar las grandes ruinas de Tiahuanaco, visitar Cuzco, Pachacamac, Ancón y otras localidades de interés arqueológico. La caravana a La Paz, partió con Eduard Seler, y señora, el consejero F. Heger, el abogado, Dr. Simoens da Silva, y la Srta. J Dillenius, ex alumna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y esposa del profesor de antropología Lehmann-Nitsche. Tres días después se incorporaron A. Posnansky, Lehmann-Nitsche y el Secretario del Museo Etnográfico, Dr. Salvador Debenedetti. Al regresar, la evidencia del viaje se traducían en 61 objetos etnográficos y 173 arqueológicos de Bolivia, recogidos por Debenedetti, quien agregaría más tarde, como donación personal, un nuevo conjunto de objetos; de ese mismo viaje se sumaron las donaciones de Posnansky de objetos arqueológicos y, la compra por \$ 200 a Lehmann-Nitsche de 211 objetos etnográficos de Bolivia, "la mayor parte usados por indios y mestizos". Aunque Debenedetti había regresado con una considerable cantidad de objetos, la compra a Lehmann-Nitsche, profesor de la Facultad, "completaba las series de Debenedetti"¹⁹⁴. Era frecuente que como una manera de completar

¹⁹² Memoria Institucional, 1906-1907, de Ambrosetti al Decano. 22 de abril de 1907. Doc 22. B-5-10. Archivo FFyL-UBA.

¹⁹³ "La colección de armas del General Garmendia". *Plus Ultra*, 1919.

¹⁹⁴ Memoria del Museo Etnográfico, 21 de abril de 1910. Archivo ME.JBA. FFyL-UBA, y carta de Ambrosetti al Decano, 20 de octubre de 1910. Doc 87. B-5-10-74- Archivo FFyL-UBA.

las colecciones recogidas entre los pobladores del territorio nacional, se aprovecharan las expediciones que se acercaban a localidades fronterizas, para hacer algunas incursiones buscando llenar los vacíos que presentaban las colecciones. En este sentido la idea de "completar" remitía a la necesidad de armar lo que Ambrosetti entendía por una "colección completa" o "series completas", esto es recordemos un conjunto de objetos a través de los cuales se podía reconstruir la totalidad de la vida de un pueblo, recomponiendo los fragmentos u aspectos de los usos y costumbres. Por eso, apelando a las distintas modalidades implementadas para formar el acervo museístico donación, misión, o compra- se buscaba cubrir el mapa geográfico y etnográfico de la Argentina y de Sud América. De esta manera, mientras Debenedetti, además de los materiales arqueológicos, había reunido en su mayor parte textiles de los "habitantes actuales", Lehmann-Nitsche, agregaba *illas*, fajas de lana y pequeños objetos que había comprado en las ferias de los pueblos.

Mientras formaban colecciones para las instituciones, estos estudiosos también enriquecieron sus colecciones particulares con la intención no solo de guardarlas, sino además de poder ofrecerlas más adelante en donación o en venta a los museos, en caso de necesidad. Este es el caso por ejemplo de Lehmann-Nitsche, que en 1919 ofreció en venta parte de sus colecciones etnográficas al Museo Nacional de Historia Natural, en donde hasta ese momento no había objetos etnográficos, existiendo únicamente 1 objeto arqueológico de Ancón, Perú, donado por Outes en 1904, otro también de Perú comprado a Eguía en 1899 y una colección arqueológica de Bolivia comprada en 1915.

Una de las personas de la época que donó objetos de Perú y Bolivia tanto al Museo Etnográfico como al de La Plata, fue la Srta. Victoria Aguirre (1860-1927)¹⁹⁵. Era conocida en la época como una coleccionista de arte que había viajado por el país buscando objetos coloniales, muebles y platería; sus donaciones, muchas de ellas anónimas, se destinaban a hospitales, fundaciones, laboratorios, bibliotecas; asimismo era conocida por la ayuda dada a ciertos

¹⁹⁵ "Memoria del Museo de La Plata". 1913-1914. RMLP. 1915.

artistas como por ejemplo Benito Quinquela Martín¹⁹⁶. También había colaborado con las expediciones científicas realizadas desde el Museo de la Plata, institución a la que incluso había donado en distintas ocasiones “espléndidos objetos” arqueológicos¹⁹⁷; también la revista *Physis*, de la Sociedad Científica Argentina, anunciaba que en un viaje al Perú que Aguirre había realizado en 1915, y ante la noticia del cierre del Museo de Lima, con importantes colecciones de Sud-América, esta “dama argentina” había ofrecido en donación dinero para facilitar la exploración arqueológica por el territorio peruano¹⁹⁸. De manera que la donación que hiciera Aguirre al Museo, y la promoción de este hecho, de alguna manera agregaba prestigio al acervo museístico.

En resumen, en paralelo a las donaciones individuales de objetos de Perú y Bolivia, el enriquecimiento de las colecciones de los países limítrofes se hizo fundamentalmente a través de las compras. La primera compra de objetos de Perú se realizó en el año 1907, a la que le siguió la de la colección Nazca, también de objetos arqueológicos, y en 1909 se compró a Eduardo Holmberg (h), cuñado de Ambrosetti, una colección formada por objetos del Chaco y de Bolivia. Es a partir de este año, cuando se puede notar un incremento en el volumen de las colecciones de estos países, a los que más tarde se sumarán las de Chile.

Las distintas modalidades para formar las colecciones, se extendieron como una ramificación sobre el territorio nacional y americano; el éxito de esto dependía de la eficacia de la práctica concreta de los protagonistas y del tipo de vínculo que el director de la institución local establecía con sociedades e instituciones científicas extranjeras. Como veremos, en esta primera década del XX, aparecerán nuevos protagonistas, pero también nuevos espacios con los

¹⁹⁶ Cuando murió, el anticuario Antonio Pérez Valiente de Moctezuma, hizo el catálogo de las colecciones de Aguirre antes del remate, y calificó esta colección como “un museo”, porque “al estar lleno de cosas y de obras de arte, parecía un museo”. En el catálogo figuraban cuadros, broncees argentinos y europeos, muebles, esculturas, porcelanas, platería, mates, objetos coloniales, antigüedades americanas, pieles, almohadones, etc. Navarro y Tedín, 2007.

¹⁹⁷ Carta de Pozzi a Debenedetti en Catamarca, con anotación de Lafone Quevedo. 20/6/1916. Archivo Debenedetti. ME.JBA. FFyL-UBA.

¹⁹⁸ Revista *Physis*, n° 9, Tomo 2, 1916.

que intercambiar colecciones y bibliografía, en particular, directores de museos de otras partes de América.

En 1915, Ambrosetti asistió al Congreso Científico Pan Americano como delegado oficial del gobierno de la Nación y como representante de la JHNA, y junto a Ernesto Quesada, al de Americanistas, ambos congresos realizados en Washington; a su regreso aprovechó la ruta del Pacífico para adquirir colecciones para el Museo en los distintos países incluidos en el trayecto de regreso. Su informe decía lo siguiente:

“En Antofagasta, adquirí del Dr. Aníbal Echeverría y Reyes una “importante colección de objetos de arqueología de Atacama” cuyo detalle especificaré en la próxima memoria, por no haber recibido aún los cajones. En Tacana pude reunir algunas piezas en donación; en Panamá adquirí por compra varios objetos interesantes de las timbas de Chiriquí y a mi vuelta por Costa Rica, una colección valiosa de objetos de piedra de las tumbas de Nicoya que compré al padre Velazco por intermedio del Sr. Director del Museo de San José Dr. Anastasio Alfaro, y una gran colección de objetos de barro, algunos por compra y la mayoría por donación del Dr. Luis Anderson y de nuestro cónsul en esa Dn. Juan Clemente Margueyrat, quien también me prestó su valiosa ayuda en el embalaje y embarque de los mismos. A mi vuelta por Chile. El Dr. Aureliano Oyarzún me obsequió con una serie de objetos de tipo prehistórico de Talca. Durante todo el viaje me he ocupado de interesar a diversas personas en nuestra obra del Museo; espero que toda esta labor dará sus frutos a su debido tiempo”¹⁹⁹.

Este informe da cuenta que las redes diplomáticas en el exterior con frecuencia fueron utilizadas en beneficio de las instituciones del país al que representaban; a través de ellas se hacían las conexiones necesarias para concretar canjes de colecciones entre museos, facilitar los trámites burocráticos

¹⁹⁹ Memoria del Museo Etnográfico, 1915-1916. 28 de abril de 1916. Archivo Ambrosetti. ME. JBA. FFyL-UBA.

y el envío del material, como así también hacer las averiguaciones pertinentes sobre la compra-venta de colecciones²⁰⁰.

Las relaciones que la Argentina mantenía con Chile se cimentaban entre muchas otras cuestiones en una historia compartida, la de las poblaciones indígenas de la Patagonia y sus relaciones con el otro lado de la cordillera, de las que habían dado cuenta entre otros, Aníbal Echeverría y Reyes en su estudio sobre la lengua, la etnografía araucana tratada por Tomás Guevara y la historia de Chile narrada por José Toribio Medina; este último recordemos había sido presentado en 1904 para miembro de la JHNA por Francisco Moreno, Enrique Peña y José Marcó del Pont.

Hasta el año de 1915, las existencias de objetos de Chile en el Museo eran las siguientes: por donación de Aníbal Echeverría y Reyes, una "momia envuelta en un poncho y cubierta con un curioso gorro de cuero, procedente de un cementerio indio situado cerca de San Pedro de Atacama, región de la Puna"; dos moldes de yeso enviados en donación por el Museo de La Plata, una cabeza de maza y un instrumento de piedra de la Araucanía de Chile y en 1914, un año antes del viaje de Ambrosetti al Congreso en Washington, la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, "cooperando con el enriquecimiento del museo" había adquirido en Chile, una colección de objetos prehistóricos que habían pertenecido al ex-director de la Biblioteca Nacional, Luis Montt (1848-1909) (Ambrosetti, 1912:36). Utilizando como en otros casos las redes diplomáticas, la Academia había entregado al vicecónsul en Chile, Don Salvador Nicosia, 3500 pesos moneda chilena para entregar a la viuda Emilia L. de Montt. Al mismo tiempo Nicosia aprovechó para comprar con dinero sobrante, en el "almacén de antigüedades", tres ídolos, un remo, dos vasos, un plato de madera y un tambor araucano y uno peruano, por 490 pesos moneda chilena²⁰¹. Amigo de Domingo F. Sarmiento y el iniciador de la edición de sus obras completas, Montt era además reconocido en su época por sus

²⁰⁰ Como veremos en el capítulo siguiente Ambrosetti utilizó estas conexiones diplomáticas no solo para adquirir colecciones americanas, sino también de África y de Oceanía. Sobre el tema puede verse Penny, 2002.

²⁰¹ Legajo Colección Montt. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

trabajos sobre historia, en especial del período colonial. Su colección compuesta por 372 piezas significaba para el Museo la posibilidad de “representar todos los tipos arqueológicos de la vecina República, así como sus principales yacimientos”²⁰². Evidentemente, el viaje de regreso por Chile que hiciera Ambrosetti, más que para completar colecciones tenía por objeto afianzar las viejas relaciones y cimentar nuevas; por un lado lograba que Carlos Porter, con quien había mantenido una extensa correspondencia sobre la posibilidad de intercambio de publicaciones, enviara al Museo, un conjunto de 12 objetos arqueológicos de Chile. Al mismo tiempo establecía una nueva relación con el médico Aureliano Oyarzún (1858-1947)²⁰³, quien se dedicaba a las investigaciones antropológicas y de historia Natural en el Museo de Historia Natural de Chile y al año siguiente, en 1916, será nombrado además por el gobierno director del Museo Etnológico y Antropológico de Chile, en reemplazo del arqueólogo alemán Max Uhle.

Originalmente el museo había surgido como una Sección de Prehistoria del Museo Histórico Nacional, creado en 1911²⁰⁴; ese mismo año se llamó a Max Uhle para hacerse cargo de esta sección, y “comprendiendo Uhle que en Chile había material suficiente para la formación de un museo etnográfico que sirva de base para esta clase de estudios, se dio a la tarea de hacer algunos viajes por el norte del país”, logrando extraer de las excavaciones momias, cráneos y objetos. Sobre la base de este material transformó en 1912 la Sección de Prehistoria del Museo Histórico Nacional en el Museo Etnológico y Antropológico (Gusinde, 1917). Ese año empezaron a colaborar en el Museo, Oyarzún y el sacerdote Martín Gusinde (Viena, 1886-1969), discípulo del misionero y etnólogo Wilhelm Schmidt, con quien se había formado en el Liceo de San Gabriel, cerca de Viena. Tras ordenarse sacerdote, en 1911 había sido

²⁰² Memoria del Museo Etnográfico, 1 de abril de 1915. Archivo Juan B. Ambrosetti. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

²⁰³ Había estudiado medicina en Alemania entre 1887 y 1891. A su regreso a Santiago, reorganizó el laboratorio de Histopatología y fundó la biblioteca central de la Facultad de Medicina, desarrollando labores hasta 1907, cuando renuncia para dedicarse a los estudios antropológicos en el Museo de Historia Natural.

²⁰⁴ El objetivo era “exhibir la historia de Chile, desde nuestros antepasados más remotos de la edad de piedra hasta los aborígenes que encontraron los españoles en el descubrimiento y además, la conquista, la colonia y la independencia y la República hasta el presente (...), Gusinde, 1917:2

enviado a Chile para trabajar como profesor de ciencias naturales en el Liceo Alemán de Santiago. Con Oyarzún realizarán una serie de excursiones arqueológicas con el fin de recolectar materiales para el nuevo museo y, entre 1916 y 1917, Gusinde realizará un viaje a la araucanía para reunir nuevamente colecciones de etnografía y a partir de 1918 se sucederán 4 expediciones a la Tierra del Fuego, de las que resultarán sus publicaciones sobre los indígenas de la región. Años después Gusinde donará un conjunto de objetos de los indios fueguinos al Museo.

En su paso por Chile, Ambrosetti no logró establecer un intercambio formal con Uhle, y le confió la misión a un estudiante ruso, Fyodor Fielstrup, que había llegado a Buenos Aires en 1914 formando una de las primeras expediciones científicas rusas que involucraba a estudiantes de sus academias en el trabajo de campo etnográfico (Kan, 2006). Organizada por Lev Shternberg, curador y subdirector del Museo de Antropología y Etnografía de la Universidad de San Petesburgo, esta expedición contaba además con el apoyo del Museo de Zoología, la Sociedad Rusa de Antropología Física de la Universidad de San Petesburgo y del Departamento de Antropología Física del OLEAE de la Universidad de Moscú (Kan, *idem*). El grupo estaba formado por dos alumnos de Shternberg, Heinrich Manizer y Fyodor Fielstrup, el estudiante de economía, Sergei Geiman, y dos zoólogos, Ivan Strel'nikov y Nikolai Tanasiichuk. Lev Shternberg (1861-1927), había conocido a Ambrosetti en el CIA de 1904 en Stuttgart; la relación se mantuvo con los años a través de la correspondencia, y más tarde, en el nuevo congreso de Viena en 1908, acordaron un intercambio de colecciones. En un nuevo encuentro en el congreso de Londres de 1912, Shternberg lo invitó a Ambrosetti a visitar St. Petesburgo y la casa de fin de semana que tenía en Finlandia; fue allí en donde Ambrosetti conoció a los estudiantes que trabajaban con Shternberg y que más tarde formarían parte de la expedición científica a Sud- América.

Cuando los estudiantes pasaron por Buenos Aires para dirigirse al Mato Grosso, Paraguay y Bolivia, Ambrosetti, aprovechando las expediciones que harían, les confió a cada uno de ellos una misión de recolección de objetos

indígenas y antigüedades arqueológicas. Fielstrup, fue enviado en la Fragata Sarmiento, cuyo almirante ofrecía todos los años a Ambrosetti -como también lo hacía con el Museo Nacional de Historia Natural- lugar para viajeros encomendados por los directores de los museos para la recolección de materiales. Ambrosetti mismo le había encargado en 1912, al Teniente de Navío Andrés Laprade, Comandante en ese entonces de la Fragata, la recolección de objetos para el Museo, y el resultado era "un huaco y algunos utensilios de tejer usados por los indios peruanos" que había adquirido en su último viaje²⁰⁵. Nuevamente el viaje brindaba la posibilidad de recoger materiales en las distintas localidades y países en cuyos puertos atracaría la Fragata, sin la necesidad de costear el viaje y la manutención.

Fielstrup tenía los encargos de reunir colecciones para el Museo como así también de visitar museos y acordar la posibilidad de canjes de colecciones. Todo había resultado exitoso: con respecto a lo primero, "tuvo la oportunidad de recoger un buen número de ejemplares en el Chubut, Tierra del Fuego y Pachacamac en el Perú, que suman alrededor de 300 objetos arqueológicos"²⁰⁶. Respecto de lo segundo, efectivamente había visitado a Max Uhle en el Museo Etnológico y Antropológico en Santiago, y además de mostrarle las colecciones de arqueología y antropología, el mismo Uhle le había manifestado su deseo de obtener colecciones exclusivamente de las regiones vecinas de Chile, pero el acuerdo final se haría sobre la vista previa de fotografías de las colecciones ofrecidas en canje. En la ciudad de Santiago también había logrado establecer acuerdos previos para el canje con el director del Museo Nacional de la Quinta Normal y, con Carlos Porter, quien le entregó una serie de publicaciones para Ambrosetti y para el museo en San Petersburgo.

Además del museo chileno, recorrió otras instituciones con cartas de presentación otorgadas por Ambrosetti. En la isla de Cuba, había visitado el Museo de Antropología de la Universidad de la Habana dirigido por Montané

²⁰⁵ Carta de Laprade a Ambrosetti. 12 de octubre de 1912. Archivo Juan B. Ambrosetti. ME. JBA. FFyL-UBA.

²⁰⁶ Memoria del Museo Etnográfico. 1915-1916. 28 de abril de 1916. Archivo Juan B. Ambrosetti. ME. JBA. FFyL-UBA.

donde este le “le mostró su santuario de cosas hechas por los propios indios” y una pequeña colección calchaquí que Ambrosetti le había donado hacia varios años. En retribución por aquella dádiva, Montané se había anticipado a la visita de Fielstrup preparando cajas con cráneos deformados y objetos cerámicos arqueológicos de Cuba; sin embargo, antes de embarcarse de nuevo, Montané se lamentaba de tener que cumplir con el compromiso asumido ya con un museo de los Estados Unidos, debiendo destinar esa donación a otra institución²⁰⁷.

Evidentemente estas misiones científicas que se encomendaban a personas que no tenían un vínculo formal con el Museo, presentaban diversas ventajas. Como veremos más adelante, la misión consistía en aprovechar el viaje de una persona a lugares distantes a la institución metropolitana para encargarle la compra u adquisición de objetos indígenas o información. Sin embargo, la misión encomendada a Fielstrup fue una excepción por distintos motivos. Mientras las misiones científicas consistían en la formación de colecciones etnográficas, es decir, objetos pertenecientes a grupos indígenas contemporáneos, en este caso se aprovechó el transporte ofrecido por la Armada Nacional para que el museo envíe una persona que reuniría objetos arqueológicos y fundamentalmente para hacer las tratativas con otros museos de canjes de colecciones, lo que de otra manera sería imposible porque el museo no contaba con presupuesto para ello ni con personal científico, a excepción de Ambrosetti y del Secretario, Dr. Salvador Debenedetti. Ellos dos eran los únicos con cargos científicos, el resto del personal, preparadores, dibujantes y carpinteros, realizaban trabajos de oficio exclusivamente dentro de la institución. Por lo tanto, con la misión de Fielstrup se habían logrado distintos acercamientos con directores de instituciones americanas para realizar futuros canjes y al mismo tiempo se habían recogido colecciones arqueológicas, evitando costear el traslado de personal desde la institución exclusivamente para ello.

²⁰⁷ Legajo Colección Fielstrup. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

El presente indígena en el americanismo: colecciones y debates.

Paralelamente a la formación de colecciones de Bolivia, Perú y Chile, en la escena del americanismo local uno de los temas al que se enfrentaban los americanistas era la presencia del indio. Pese a los augurios de su vertiginosa desaparición en los últimos años del siglo XIX, que había generado la movilización de instituciones científicas para organizar la recolección apresurada de vocabularios, objetos y costumbres, los indígenas continuaban allí, viviendo en aldeas y poblados y sirviendo muchos de ellos, especialmente los del Chaco, como mano de obra en enclaves productivos de colonos blancos. En este presente de los indios, como ha señalado Podgorny, residía el significado político y polémico del americanismo; el indio existía y era evidente que sus costumbres “originales” tenderían a desaparecer. Pero lo que había que resolver con urgencia, era como recoger sus materiales y, al mismo tiempo, que tratamiento dar a la cuestión de sus condiciones de vida (Podgorny, 2008).

Esta práctica se articuló con dos cuestiones que organizaron los debates etnográficos de la época, en especial en los inicios del XX: la primera se refiere al interés por completar los datos faltantes del mapa etnográfico, específicamente la información referida a la clasificación de algunos grupos indígenas. La segunda cuestión era la “urgencia” por coleccionar objetos y vocabularios ante el proceso que los protagonistas de la época entendieron como la desaparición de los grupos aborígenes, su lengua, artefactos y costumbres; esto que se discutió en combinación con la situación de las sociedades indígenas puso en la mira el lugar del etnólogo.

El tema se hizo evidente en los congresos científicos que se desarrollaban en Buenos Aires en 1910, trascendiendo los límites geográficos de la Argentina, para incorporar al diálogo a americanistas de Brasil, Paraguay y Chile, países en los que se reunía una considerable cantidad de población indígena.

En Brasil ese año se creaba el Servicio de Protección a los indios cuyo primer director era el Teniente Coronel Cándido Mariano da Silva Rondón

(1865-1958)²⁰⁸. Este servicio había surgido del trabajo desarrollado por la Comisión de Linhas Telegráficas que fueron extendidas por lo que se denominó Comisión Rondón²⁰⁹, y que originó que muchos grupos indígenas que antes de 1910 eran inaccesibles para el viajero o el “blanco”, como los bororos y nambiquaras, entraran en relaciones “pacíficas con el resto de la sociedad”²¹⁰. Efectivamente, la Comisión se había hecho célebre por su política indigenista y la “pacífica incorporación a la civilización” de diversas sociedades indígenas, protegiéndolas al mismo tiempo del exterminio al que estaban expuestas por los “seringuerios”²¹¹ de la región amazónica (Sá, Sá y Lima, 2008: 784).

En su trayecto, Rondón describirá el grave “Problema indígena” que había enfrentado al penetrar en las zonas en las que el indio vivía “libre del contacto de los civilizados, tantas veces perjudiciales para su paz e independencia” (Rondón, 1953). Así, sin “perturbar el trabajo de catequesis emprendido por los sacerdotes católicos y protestantes”, a través de noventa establecimientos en la Amazona, Mato Grosso, Goiaz, Maranhao, Bahía, velaba por la libertad de cerca de 500.000 indios, garantizándoles la posesión de sus territorios y “defendiéndolos cualquiera sea su condición de vida de la opresión e explotación”. De esta manera, el Servicio tenía como objetivo evitar el “exterminio” de los indígenas y “mantener vivo el orgullo de su raza, interfiriendo lo menos posible en su organización social” (Rondón, *ídem*).

²⁰⁸ Rondón había ingresado en la Escuela Militar de Praia Vermelha, en Río en 1883, graduándose en matemáticas, ciencias físicas y naturales en 1890. En ese año viajó hacia Mato Grosso como ayudante de la Comisión de Líneas telegráficas de Cuiabá. De 1900 a 1905 se desempeñó como jefe de los trabajos de construcción de las líneas telegráficas. Este tendido de líneas llamada Comisión Rondón, ligaba al Estado de Mat o Grosso con el Amazonas.

²⁰⁹ La expresión Comisión Rondón es un término consagrado a designar todos los viajes y actividades realizados por militares brasileños del sector de ingeniería y construcción del Ejército, entre 1900 y 1930, esto incluye: la realización de los trabajos de la Comisión Telegráfica del Mato Grosso (1900-1906) e da la Comisión de Linhas Telegráficas Estratégicas de Mato Grosso al Amazonas (1907-1915); la administración de las estaciones y de la conservación de la líneas y preparación de los informes, sistematización de los resultados y registro de los viajes del Mato Grosso al Amazonas; la consolidación del Servicio de Protección a los Indios y por los servicios de Inspección de Frontera. Sá, Sá, y Lima, 2008: 784. Sobre las actividades científicas de la Comisión Rondón y el tendido de las líneas telegráficas en el Brasil, véase además: Lima, 1998; Lima y Sá, 2006; Schäffner, 2008.

²¹⁰ Rondón, Cândido Mariano (1944) “Semana del indio, 19 al 26 de abril de 1944. *Conselho Nacional de Proteção aos Índios*, Río de Janeiro.

²¹¹ El término designa a los recolectores de caucho en la región.

Desde el punto de vista de la conservación de su cultura material, un año antes, el abogado y etnógrafo brasileño Carlos Simoens da Silva, vicepresidente del Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires, había presentado en la Primera reunión Brasileña de Geografía una propuesta de reclamo al gobierno para la protección del indígena, de sus objetos y restos humanos; el objetivo era claro:

“amparar los artefactos y restos humanos a fin de enriquecer las colecciones etnográficas de nuestros museos, especialmente del Museo Nacional” (Simoens da Silva, 1909).

Formar colecciones de etnografía y resguardarlas, era extraerlas del saqueo de los “científicos y exploradores extranjeros”²¹²; aún las expediciones científicas que tenían el objetivo de recoger objetos de los pueblos indígenas, revestían para los brasileros un carácter humanista; era preciso preservar la cultura de las sociedades indígenas que se iban a extinguir y resguardar su producción material. En este contexto se intentaba salvar lo exótico y lo que irremediabilmente se iba a perder. Las colecciones etnográficas cumplían así un papel fundamental: como documentos materiales de las más diversas formas de actividad humana, estas se constituían en el registro palpable de la diferencia, por lo que era fundamental rescatarlas para estudiarlas y exhibirlas antes que desapareciesen (Benzi Grupioni, 1998: 250).

En 1911 Simoens da Silva propuso crear un espacio de almacenamiento y estudio de estos materiales para que estuviesen al alcance de los estudiosos americanistas locales. Este sería un Centro Oficial en la capital de la República con anexos en otros estados, en los que se “cultivara la etnografía patria y del continente”. El centro tendría sala de conferencias, una biblioteca de “americanismo” con especialidad en Brasil y una publicación propia con temas antropológicos, etnográficos y arqueológicos de Brasil y de otros países a la que

²¹² Carlos Porto Carreiro destacaba la labor de Simoens da Silva en el diario “*O Paiz*” en 1911 y lo consideraba el único con propuestas a favor de resguardar las sociedades indígenas de los constantes viajeros extranjeros.

se denominaría "Revista de Etnografía Americana"; entendía que por medio de este "Centro Etnográfico Brasileiro" y la Revista, el país quedaría vinculado al resto del continente (Simoens da Silva, 1913).

En la misma época la Argentina presentaba un debate similar. Salvador Debenedetti publicó en 1909 *"La sumisión de los indios del Chaco"* en donde planteaba dos cosas: la primera, un cuestionamiento a las características militares y religiosas del proceso de colonización del indio chaqueño. No sólo lo consideraba ineficiente, sino que proponía la incorporación del indígena en el proceso del "industrialismo", tomando como ejemplo el "éxito" del ingenio Ledesma en el Chaco. En la segunda, se refería a la ignorancia de la colonización militar que desconocía las "aptitudes" de cada uno de los grupos indígenas; la solución era una "modificación paulatina" para lo que se necesitaba el "perfecto" estudio de cada raza y la capacidad de establecer las "diferencias étnicas". En estas diferencias estaba el hecho de que algunos indios "sean flojos", otros, como los chiriguano, "excelentes en el manejo de la pala y el algodón" o bien "dotados de un alegre espíritu constante" como los chorotes (Debenedetti, 1909). De alguna manera proponía el conocimiento de las costumbres de los indígenas como un instrumento para su colonización.

En 1910, Lehmann-Nitsche presentaba en el Congreso Científico Americano, *"El problema indígena. Necesidad de destinar territorios reservados a los indígenas de Patagonia, Tierra del Fuego y Chaco según el proceder de los Estados Unidos de Norte América"*²¹³. Allí extendía a los oyentes la pregunta de ¿Qué hacer con los indios?, a propósito de señalar que el "suelo nativo había sido arrebatado a los indígenas por invasores de raza distinta (...)", y la consecuencia sería la irremediable desaparición de estos pueblos (Lehmann-Nitsche, 1915: 385). Dos años antes había propuesto utilizarlos como "mano de obra barata" en la explotación de la "riqueza del país", destacando su fácil manejo y sobre todo, su capacidad de soportar las inclemencias climáticas a diferencia del peón europeo.

²¹³ El discurso fue leído en el Congreso Científico Americano de 1910 y publicado en 1915 en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo LXXX, pp 385- 390. Véase Podgorny, 2007.

En el debate abierto por Lehmann-Nitsche, Ambrosetti se lamentaba por la inevitable desaparición del indio, proceso que sólo se podría detener evitando la llegada del “progreso” hacia las regiones habitadas por ellos. Ameghino adhería a Lehmann-Nitsche por “sentimiento de humanidad”; Albert V. Fric, acusaba a los frailes misioneros de rebajar el nivel moral de los indios, de explotarlos, y obligarlos a celebrar ceremonias cristianas; el Padre Cabrera le respondería que “desconocía tales cosas, aunque reconocía la existencia de mercenarios”. Finalmente el debate terminó con la formulación de los siguientes votos: “a) en los países habitados por razas indígenas, se organicen sociedades protectoras de las mismas; b) en los países habitados por indios salvajes, se fomenten las exploraciones geográficas que tengan por objetos descubrir regiones habitadas por aquellos para atraerlos a la civilización moderna”. En la preocupación ante la desaparición y transformación de las sociedades indígenas se combinaba el sentimiento humanitario por la destrucción de los pueblos nativos con el vacío testimonial de una forma de vida diferente. Sin embargo esto no significaba mantener inerte las sociedades indígenas, ni alejadas de la “civilización”; precisamente Debenedetti, Lehmann-Nitsche, Mayntzhusen, Fric y Ambrosetti se debatían entre las ventajas de los cambios civilizatorios y la transformación de las sociedades indígenas con las consecuencias que ello produciría en su cultura material y su lengua.

En definitiva, se planteaba la articulación entre dos problemas de los que figuras como Fric o Boggiani, exploradores y extranjeros, quedaban ajenos: la “civilización” de las poblaciones indígenas, con la consecuente muerte de su objeto de estudio, de sus costumbres y sus lenguas, contrastaba con la necesidad de recoger, conservar y estudiar su producción cultural. Así, como ha señalado Podgorny, el científico afrontará uno de los dilemas de la antropología en estos inicios del siglo XX: el viaje, la exploración, y la recolección de objetos materiales aceleraban la desaparición de los indígenas (Podgorny, 2004).

A la distancia geográfica entre las localidades que cobijaban a los aborígenes y los centros metropolitanos, se sumaba el apremio del tiempo que tenían los estudiosos por observar y recoger materiales de estos grupos en vías

a desaparecer. En este contexto, la práctica científica de los estudios americanistas, principalmente el viaje a lugares distantes, o en otros términos el estudio in situ del presente de las sociedades indígenas, no tuvo un debate directo. Esto quedará resumido en el Congreso Internacional de Americanistas de 1910, en el que Ernesto Quesada, delegado de la Facultad de Filosofía y Letras, resumía el desarrollo de estos estudios americanistas en tres etapas diferentes: la primera se corresponde con las primeras indagaciones en el gabinete sobre "materiales de segunda mano: cronistas, misioneros, viajeros y a veces exploradores (...)"; en este contexto señalaba que sabios y aficionados se dedicaron al estudio de las lenguas americanas y de las ruinas de las civilizaciones precolombinas. Una segunda etapa estaría caracterizada por la definición que adquieren los estudios como "disciplina científica, con métodos y criterios de especialistas técnicos" ligada a la revisión de las fuentes de bibliotecas y el estudio de las colecciones de los museos. Es el tercer período el que Quesada señala como el de surgimiento de la "necesidad de conocer de *visu* este continente" y de "investigar en la propia tierra americana"²¹⁴.

El italiano Guido Boggiani a fines del XIX y el checo Alberto Vojtech Fric en el siglo XX, a pesar de sus desavenencias políticas y económicas, habían demostrado la combinación entre la aventura, el viaje, la observación y la recolección de objetos etnográficos. Fric (1882-1944) nunca conoció personalmente a Boggiani pero en 1904 el ex socio comercial de Boggiani, Miguel Azevedo, entregó a Fric el manuscrito "*Vocabulario dell'idioma Ciamacoco*" con fotos y negativos fotográficos, que incluso será presentado en 1929 por Lehmann-Nitsche en los Anales de la Sociedad Científica Argentina²¹⁵. Fric admiraba su trabajo y consideraba que su viaje, sus observaciones, fotografías y colecciones merecían ser difundidas. Incluso las mismas expediciones de Fric lo ubicaron en la prensa local e internacional y en el

²¹⁴ Quesada Ernesto. Discurso en la apertura del Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires, 1910. Actas del Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, p 81-82

²¹⁵ Bilbao describe en su libro "Rememorando a Roberto Lehmann Nitsche" el litigio en el estuvieron involucrados Fric y Lehmann Nitsche sobre la propiedad intelectual de los manuscritos y material fotográfico de Boggiani a partir de la publicación de parte de su trabajo sin la autorización de sus herederos. Bilbao 2004.

ambiente científico como uno de los “mayores conocedores” del Gran Chaco después de Boggiani.

Evidentemente en el ambiente científico local el campo seguía siendo un lugar extraño (Podgorny, 2004). El Chaco había sido durante siglos visto por los españoles como un lugar poblado por salvajes, y considerado como “el desierto chaqueño”. Ni los españoles en los siglos XVI y XVII, ni los misioneros jesuitas habían podido asentarse definitivamente en la región²¹⁶. De hecho, expulsados los jesuitas, la región fue solo visitada por aventureros en busca de madera o para comerciar con los indios intercambiando artículos de ellos por cueros y plumas. Si bien es cierto que parecía una zona “cerrada” a cualquier movimiento civilizador, no aparecía como un espacio vacío, limpio y blanco en los mapas de la época, ya que en ellos se rubricaba una amplia variedad de nombres de pueblos indígenas, y en la práctica no era un espacio cerrado económicamente ni improductivo, de hecho vivían allí indígenas y blancos (Wright, 2003:1). Sin embargo, hasta ese momento, los referentes de una práctica sistemática y “científica” en la recolección de datos en el terreno y de objetos etnográficos seguirán siendo dos americanistas extranjeros que efectivamente habían demostrado un conocimiento de la región y sus poblaciones: Boggiani y Nordenskiöld.

Redes de recolección e instrucciones elaboradas desde el Museo

En 1907 Ambrosetti convocó a funcionarios de gobierno para colaborar en la tarea de formación de colecciones enviando una carta al jefe del Ejército que iniciaría una campaña al Chaco. En 1915, un pedido similar se extendía a la Dirección General de Territorios Nacionales y a través de esta a las gobernaciones de la región nordeste, específicamente Misiones, y hacia el sur del país, a la de Santa Cruz. Esta vía administrativa, de utilizar a la Dirección de los Territorios Nacionales, se relacionaba a su vez con el decreto del Estado

²¹⁶ Los misioneros jesuitas hicieron las primeras descripciones de la flora, fauna y etnografía chaqueña; sus narraciones contenían en detalle información sobre las costumbres, carácter, creencias y peculiaridades salientes de los indígenas. Lynch Arribalzaga, 1959(1924). Sobre la labor misionera de los jesuitas entre los indígenas chaqueños, véase entre otros, Wright 2003; Giordano 2003, 2004.

Nacional de 1912 por el cual se establecía que quedaba a cargo de esta “dirección el trato con los indios, la superintendencia de las misiones y reducciones establecidas y las que se establezcan”. El pedido concreto se hacía sobre instrucciones relativas a los objetos a recoger y a cómo recogerlos, y se transmitía a través de expedientes que seguían las vías administrativas y jerarquías burocráticas, desde el Decanato de la Facultad hacia los funcionarios del Estado, Cuerpo Mayor del Ejército y Dirección General de Territorios Nacionales, derivando ellos a su vez las instrucciones hacia sus subordinados, el Ejército hacia los Regimientos de Caballería, y la Dirección General de Territorios Nacionales hacia las Gobernaciones provinciales, comisarios de zona y juzgados de paz (Pegoraro, 2005).

Esta modalidad de extender una red de recolección presentaba distintas ventajas: por un lado se sostendría aprovechando las posibilidades que presentaba la ampliación de las redes de transporte y comunicación que desde el siglo XIX habían permitido la movilización de recursos, personal, colecciones de objetos y datos entre las instituciones científicas y las regiones a explorar (Podgorny y Schäffner, 2000; Podgorny, 2002)). Concretamente, la extensión a escala nacional de las líneas telegráficas y los ferrocarriles, facilitaron la comunicación entre el director del Museo y los recolectores en los lugares distantes, ya que a través de estos viajaban, acortando las distancias, la información que se intercambiaba sobre las instrucciones o datos recogidos y los objetos que se recogían²¹⁷. Por otro lado, se utilizaban las personas que residían en aquellos lugares, evitando organizar una expedición desde el Museo y lógicamente ahorrando el gasto económico en traslados y alimentos. Se suponía también que se podía aprovechar, precisamente, el conocimiento que estas personas tenían de los lugares y sus pobladores, ya sea por relaciones laborales, sociales o comerciales. En particular, la idea de utilizar al Ejército y las gobernaciones a través de jerarquías institucionalizadas, era facilitar la transmisión de las instrucciones, ya que estas se derivaban por medio de

²¹⁷ Sobre el impacto de la expansión de la red de ferrocarriles en la práctica científica del XIX e inicios del XX, véase Farro 2008.

circulares oficiales y cumplían con las instancias administrativas de cada organismo estatal.

En este sentido, podemos decir que esta modalidad generó una relación despersonalizada y formal entre el director del Museo y los recolectores, porque ellos enviaban las respuestas a sus superiores jerárquicos que les habían enviado las instrucciones y estos últimos eran quienes se comunicaban con el director del Museo, ya sea para intercambiar información, recibir nuevas instrucciones o avisar del envío de una colección.

En la primera nota enviada por Ambrosetti al Decano de la Facultad en el año 1907, explicaba la necesidad de convocar al Ejército:

“En vísperas de iniciarse la campaña de avance de fronteras en el territorio del Chaco por las tropas nacionales, creo que sería muy oportuno solicitar del jefe de dichas fuerzas, general D. Carlos O’Donell, que se sirviera ordenar a los jefes encargados de las operaciones de vanguardia la reunión y envío de objetos etnográficos con destino al Museo de esta Facultad”...“las tribus del Chaco tienden a alejarse cada vez más o a desaparecer debido al contacto del hombre blanco; y por esto es que es urgente reunir el mayor material posible, con el cual se puedan estudiar sus usos y costumbres, y hacer las comparaciones etnográficas necesarias”²¹⁸.

En el caso del Territorio Nacional Misiones y de Santa Cruz, fueron utilizadas las comisarías de las zonas. Esto tenía dos ventajas: por un lado, las comisarías contaban con infraestructura -telégrafos y medios de transporte- que se podía utilizar en caso de buscar los objetos en lugares distantes; en 1915, el gobernador de Santa Cruz manifestaba que a pesar de “las dificultades que tenían para adquirir los objetos y los pocos medios de transporte de que disponían, los utilizarían para la misión y solamente eran necesarios 500 pesos

²¹⁸ Nota de Ambrosetti al Decano de la Facultad. Archivo MEJBA.FFyL.UBA

moneda nacional para comprar los objetos". Por otro lado, los comisarios eran por lo general antiguos pobladores del lugar, conocían a la gente de su jurisdicción y podían obtener información a través de otros pobladores locales, ya fueran médicos, maestros, farmacéuticos, ingenieros o telegrafistas. El comisario de Itacaruaré -Misiones- le informaba al Gobernador sobre la búsqueda que había hecho para descubrir los cementerios de la "era precolombina":

"(..) he practicado y a resultado que si bien, en épocas anteriores han aparecido en Tabay grupos de tres o cuatro indios Caingua, hoy con motivo de la paralización de los trabajos en los obrajes se han retirado hacia el norte del territorio, no conociéndose lugar donde hallan sepultado algún cuerpo de aquellos ni la existencia de los objetos que usaban los mismos pues en la actualidad todos poseen armas y útiles modernos... según datos de algunos viajeros frente a Paraná existen colonias de Indios Guayanas y Cainguas(..)"²¹⁹.

A su vez el Gobernador, en su carta al director del Museo, reconocía el papel fundamental de los comisarios porque los consideraba "los empleados que más noticias pueden suministrar por su conocimiento y relaciones con los habitantes de los departamentos" e incluso ellos mismo eran lo que podían extender los encargos del Museo hacia otra persona, como el mismo comisario lo describía:

"A pesar del empeño desplegado para la obtención de los objetos pedidos por el Museo, el resultado es negativo, porque los que existieron han sido adquiridos, desde muchos años atrás por turistas, quienes los pagan a un buen precio (...) persona entendida en la materia y

²¹⁹ Carta del Comisario de la localidad de Misiones a Juan B. Ambrosetti. Archivo ME.JBA.FFyL-UBA.

concedora del territorio, piensa que la única forma de conseguir buen resultado sería la de comisionar a una persona competente para que trate de descubrir los cementerios de la era precolombina”²²⁰.

En el caso de que el gobernador considerase que ellos no podían cumplir con la tarea, él mismo orientaba la red y hacía el encargo a otra persona que encontrase competente; es el caso del Gobernador de Resistencia, que aludiendo a que en las “cercanías de la ciudad no se podían conseguir objetos”, le entregó 100 pesos y el listado de objetos al ingeniero Jefe de la navegación del río Bermejo, Lamberto Plancker, a fin de que a su vez, hiciera extensivo el pedido al capitán del vapor que hacía la carrera en dicho río.

Algunas veces eran los mismos comisarios los que guardaban algún objeto indígena y lo ofrecían en donación al Museo, como por ejemplo el comisario de Concepción Agosto en Misiones que ofreció “una punta de lanza, una chapita y un crisol”. Si bien no siempre circularon objetos a través de estas redes de recolección, lo que para el comisario de la zona podía ser un “resultado negativo”, para el Museo, por el contrario, era una empresa exitosa, en tanto funcionaron como vías de comunicación en la que se transmitía información con datos aportados por los pobladores locales. El comisario de Misiones enviaba un informe, que le había armado el ingeniero Fouilliand que trabajaba en la zona, sobre la manera de conseguir los objetos y restos humanos que había pedido Ambrosetti:

“Cráneos y esqueletos: solamente adquiriendo un indio recién muerto en el Paraguay podría conseguirse cráneos y esqueletos, pues la falta de cloruro de sodio en las tierras de Misiones hace que los huesos no puedan conservarse enterrados, sino durante unos pocos años, y más particularmente los de indios, que no condimentan su comida con sal.

²²⁰ Nota de la comisaría respondiendo a la circular n° 82 enviada por la gobernación de Misiones. 28 de septiembre de 1915. Archivo Juan B. Ambrosetti, ME.JBA.FFyL-UBA.

Además en Misiones no quedan indígenas, salvo en pequeños grupos de indios mestizos que se titulan guayanas que merodean en las cercanías de San Pedro, y cuyo cacique un tal Maidana, era un blanco nacido en Santo Tomé. No queda sino la posibilidad de comprar algún difunto guayaquí en costa paraguaya donde abundan dichos indios, para mandar una osamenta al Museo.

Objetos antiguos, urnas, vasos, ollas hechas, bolas, anzuelos, tembetás: preguntar en los obrajes del Alto Paraná y en los yerbales por objetos de esa naturaleza”²²¹.

Para asegurar el éxito de esta red se debía garantizar su funcionamiento de manera adecuada, estandarizando las observaciones y remitiendo en las “instrucciones”²²² el listado de los objetos, la información que debía acompañarlos y como enviarlos hasta el Museo. La construcción de una red y la confección de “instrucciones” para estos recolectores de objetos etnográficos estuvieron emparentadas con las utilizadas por otros museos, institutos y sociedades científicas de diferentes partes del mundo, abocadas a la recolección de especímenes de historia natural. En Europa se elaboraron en el inicio del siglo XVIII ligadas a los viajes y a la recolección de especímenes fundamentalmente zoológicos y botánicos para los gabinetes de curiosidades y jardines botánicos. Esta no fue una actividad trivial para los viajeros y supuso dificultades para todos ellos en el momento de la colecta y el envío a las metrópolis. El clima y los cambios ecológicos provocaban la muerte o deterioro de la flora y fauna recogida antes de llegar a su destino europeo; de esta manera, las instrucciones constituyeron guías de indagación que dirigían, reglaban y disciplinaban la curiosidad de los viajeros, exploradores y emisarios.

²²¹ Nota de la comisaría de la zona a la Gobernación, 28 de septiembre de 1915. Archivo Juan B. Ambrosetti. ME.JBA. FfYL-UBA.

²²² Algunos trabajos sobre el tendido de redes y la confección de instrucciones para la recolección de especímenes de historia natural y etnografía y antropología, puede verse: Bourguet 1997; Bravo 1996. Latour, 1987; Podgorny 2001, 2002; Podgorny y Schaffner 2000; Dias 1994, 1998.

Instruían cómo secar animales, etiquetar e identificar los especímenes (Podgorny y Schäffner, 2000).

Así, redactadas en sus orígenes esencialmente por naturalistas, daban un lugar secundario a los datos antropológicos, englobando la antropología física con el estudio de las lenguas, los hábitos y las costumbres. Sin embargo, una vez en el terreno, los naturalistas hacían investigación etnográfica, lo que generó que las instrucciones que se elaboraron más tarde para reunir material etnográfico siguieran estos modelos precedentes de la historia natural (Dias, 1987, 1991). Efectivamente, una vez que los etnólogos recibían las colecciones materiales en sus gabinetes se encontraron con dificultades para clasificar estos objetos producto de la omisión de información crucial necesaria para hacer estudios comparativos, así como del inadecuado registro de datos que habían hecho los recolectores. Como remedio a esta dificultad, desde el siglo XIX, los etnólogos -como lo habían hecho los naturalistas- intentaron organizar y disciplinar a los observadores en el campo, confeccionando instrucciones y cuestionarios donde especificaban qué se debía observar y registrar (Bravo, 1996: 343-344).

Las instrucciones ya se podían encontrar por ejemplo en Inglaterra, donde la Ethnological Society produjo y distribuyó un *Manual of Ethnological Inquiry* en 1852, destinado a los misioneros, oficiales militares, hombres de ciencia que estuviesen en las colonias y otros viajeros (Bravo, *idem*). En Estados Unidos la Smithsonian Institution encargó a soldados, exploradores y misioneros llenar listas de vocabularios y cuestionarios para poder comprender la sociedad indígena norteamericana (Hinsley, 2000). En Francia los primeros modelos de encuestas y guías que se constituyeron en métodos de observación referidos a la codificación etnográfica databan también del siglo XIX; las encuestas administrativas y ensayos sobre metodología etnográfica referidos a la recolección de objetos etnográficos de los denominados "pueblos salvajes", y de objetos de las provincias, se caracterizaban ya no sólo por instruir sobre los objetos materiales sino también sobre tradiciones orales y modos de vida; por ejemplo, las instrucciones de Jean Marie Degérando producidas por la Société

des Observateurs de L'Homme, publicadas en 1800, proveyeron un listado detallado de preguntas que se debían formular (Dias, 1991: 76). En América del Sur las instrucciones fueron también utilizadas desde mediados del siglo XIX por diferentes museos, y en el contexto argentino, como ya mencionamos en el capítulo II, fueron elaboradas por Samuel Lafone Quevedo como encargado de la Sección de lingüística del Museo de La Plata para los recolectores de vocabularios indígenas.

En 1907 Ambrosetti elaboraba la primera instrucción para recolectar objetos para el Museo Etnográfico. En ella se hacía énfasis en la necesidad de los datos de los objetos referente a su contexto de origen. Ya dos años antes había recibido en donación dos momias enviadas por el teniente del Ejército E. Pérez, desde la provincia de Jujuy²²³, sin información, que días más tarde Ambrosetti agradeció junto al pedido de informe en el que detallara las condiciones de su hallazgo, fecha y lugar exacto, para que los cuerpos momificados no “perdiesen valor científico”.²²⁴

La falta de estos datos no sólo dificultaba la tarea del científico en el gabinete sino que además no respondía al criterio de poseer piezas con un valor científico indiscutido. Este valor lo otorgaba precisamente la información sobre el contexto, toda aquella documentación que permitiera rastrear la historia del objeto, su origen, uso y técnica de decoración o manufactura. De esto se jactaba su director año tras año en las memorias institucionales, señalando que la “importancia del museo radica principalmente en sus grandes series argentinas y algunas americanas, en el interés de muchas piezas únicas, en el criterio científico con que han sido recogidas y de esta forma en los servicios que pueden prestar a la investigación y a la enseñanza”²²⁵.

Estos criterios coincidían con las discusiones que se desarrollaban en los círculos científicos internacionales desde fines del XIX: el valor de los objetos se estaba alejando de los parámetros estéticos para afirmar la importancia de la

²²³ Nota de Ambrosetti al Decano de la Facultad. Archivo FFyL-UBA.

²²⁴ Carta de Ambrosetti al Teniente Coronel Pérez, en Jujuy. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

²²⁵ Memoria 1914-1915. Archivo ME. JBA. FFyL. UBA.

información que el colector debía adjuntar sobre su origen y función en la cultura que lo había creado. Franz Boas, trabajando con la colección Jacobsen en Berlín, mencionó las limitaciones de la investigación por la falta de información, e insistió en que todo colector debía incluir el nombre del objeto en lenguaje local, su origen geográfico, su linaje y su asociación con historias y canciones. Boas argumentaba que esta información -que pronto se convirtió en criterio estándar- era crítica para entender el significado del objeto en la cultura que lo había creado²²⁶.

En 1907, cuando Ambrosetti envió las instrucciones para la recolección de objetos etnográficos al Ejército, se lo remitió al Coronel Isidro Arroyo, quien a su vez se lo derivó al General O'Donnell. Junto al listado de los objetos, se adjuntaron las siguientes recomendaciones:

“Tejidos de toda clase, caraguatá, lana, etc.

Adornos de la cabeza, gorros, sombreros, ornamentos de plumas, vinchas, etc

Collares de cuentas, semillas, dientes, etc.

Pulseras y tobilleras de cuero, cuentas, etc.

Objetos y útiles para tatuarse o pintarse la cara y el cuerpo, etc.

Taparrabos y fajas.

Cueros pintados de nutria, etc.

Quillangos de cuero con o sin pintura.

Adornos de los labios (tembetá), orejas, aros, botoques, etc.

Armas de toda clase

Bolsas, redes, hamacas

Cinturones de cuero, fibra, etc

Útiles de caza y pesca (fizgas, trampas, redes, anzuelos, etc

Instrumentos de música (flautas, tambores, violines, trompetas, etc

Útiles e instrumentos de los médicos o brujos

Porongos de baile, matracas, etc.

Pipas y útiles para fumar

Objetos de alfarería (platos, ollas, cántaros, etc.)

Mates y porongos para conducir agua

Bateas y canoas de madera con su pala

Útiles de agricultura

Ídolos, amuletos, fetiches

Juguetes de niños

Toda clase de objetos pequeños como peines, cucharas, anzuelos, etc, que tengan en sus bolsitas si es posible todo el contenido y que no se extraiga nada.

Aparatos para hacer fuego

Madera grabada y objetos de juegos "No importa que vengan muchos duplicados, en los objetos etnográficos suele haber diferencias muy interesantes. Los objetos deberán venir acompañados si es posible, del nombre del indio que tengan y esto será fácil obtenerlo de los prisioneros de indios mansos. Indispensable será que traigan todos el nombre de la tribu o nación a que pertenecen"²²⁷.

Precisamente, como ya lo mencionamos, en las instrucciones se insistía en la importancia de la recolección de datos sobre los objetos, porque era lo único que permitía clasificarlos y ubicarlos en sus contextos de origen. Es decir, que aunque los objetos fueran colocados en una sala de museo, lejos de su lugar de pertenencia, se debía poder a través de ellos transmitir toda la información posible sobre la cultura a la que pertenecían: uso, función, nombre, técnica de manufactura, decoración y materiales para su confección. Incluso esto facilitaba la primera tarea que enfrentaba el científico dentro de la institución, que consistía en asentar los objetos que ingresaban en los catálogos o libros de entrada, para lo cual debían seguir el criterio ya establecido: número, tipo de objeto, procedencia, país o región, nombre de tribu o nación y observaciones.

Para las instituciones, las instrucciones fueron un mecanismo a través del cual se podía garantizar la uniformidad de los datos recolectados a los efectos de que no se perdieran en una colección de heterogeneidades, no tanto en su lugar de origen sino en los centros donde debían ser archivados con un criterio

²²⁷ Nota de Ambrosetti al Decano de la Facultad. Doc 31-B-5-10. Archivo FFyL-UBA.

único (Podgorny y Schäffner, *ibid*). A pesar de que en estas redes quedaban envueltas personas que no tenían inserción formal en ámbitos científicos institucionalizados, y por lo mismo su conocimiento podía considerarse ambiguo e impreciso, en el centro científico se convertiría en un conocimiento fundado y preciso (Latour, 1987). Además, en la medida en que la distancia no permitía el registro y la observación directa del científico, las “instrucciones” que elaboraban adoptaban la forma de sugerencias y reglas para que los objetos pudiesen ser transportados, no se deterioraran en el viaje y estuviesen acompañados por la mayor cantidad de datos para ser interpretados en el gabinete. Su objetivo era dirigir, orientar y pautar el comportamiento del recolector en el campo; teniendo en cuenta que los museos operaban en ámbitos urbanos, ésta era la forma en que el centro podía actuar a distancia sobre puntos lejanos (*idem*). Específicamente, ello significaba tener cierto control sobre lo que se recogía de forma que, por un lado, se adecuara a lo pedido y, por otro, se garantizaran las condiciones de su traslado hasta la institución.

La recomendación de enviar “bolsitas con todo su contenido sin que se extraiga nada”, evitaba disociar los objetos de su contexto y la pérdida de la documentación asociada, que era lo que les daba un valor científico irremplazable. Además, era una de las formas en que los científicos transmitían a sus discípulos el conocimiento que se podía desprender de cada objeto.

La misma forma asumían las instrucciones enviadas a las gobernaciones de Santa Cruz en 1911:

“III) útiles de agricultura de fabricación y uso propio de los indios

IV) Prendas de vestir y adornos. (Se recomienda especialmente la adquisición por compra, canje, etc.) de yicas o bolsitas con todo su contenido de objetos y utensilios pequeños de cada indio o india

V) Instrumentos de música y objetos de alfarería. Se recomienda mucho la adquisición de los objetos que utilizan los curanderos para curar enfermos.

Nota) Se recomienda especialmente la recolección del mayor número de estos objetos no solo por sus variaciones de la técnica, dibujo, simbolismo, etc., sino por el número de las colecciones, que será de gran valor para establecer canje con los demás museos del extranjero”²²⁸.

En los intercambios con otros museos, uno de los requisitos era garantizar la procedencia de las piezas y su autenticidad. Esto se aseguraba a través de los objetos, ya que por un lado, el número de inventario que se escribía sobre cada uno garantizaba que fueran originales del Museo y no falsificaciones; por otro lado, el listado de los objetos que se enviaba iba acompañado de información que contenía el lugar del hallazgo, contexto, año y forma de recolección.

Las instrucciones también brindaban directivas sobre el tipo de embalaje y los cuidados para el envío de las piezas, evitando su pérdida, fractura o mezcla. Así, Ambrosetti pedía que “fuera de los objetos de alfarería, los demás podrán embalsarse en fardos de arpillera”. Esto se asentaba sobre la experiencia que había ido acumulando el personal del Museo, ya que uno de los reclamos que recibía Ambrosetti de los museos del exterior, era que parte de las colecciones que les había enviado en canje, llegaban completamente rotas y deterioradas.

En 1913, Pedro Cenóz y Francisco Guerrero enviaron colecciones de etnografía de los indígenas del Chaco. Cenóz envió 28 objetos, lo cual fue informado por Ambrosetti al Decano de la Facultad:

“Este hecho además del valor de los objetos, tiene importancia pues es el primer paso que se da respecto de la cooperación de los señores jefes del Ejército Nacional en el fomento del Museo de esta Facultad y es por esto que pido al Sr. Decano quiera agradecer al Sr. Mayor Cenóz este envío

²²⁸ Nota de Ambrosetti al Director General de Territorios Nacionales para que gire las instrucciones a las gobernaciones. 1911. Archivo JBA. ME-FFyL-UBA.

como merece y en forma que estimule esa cooperación que tanto necesitamos”²²⁹.

Era evidente que los recolectores enfrentaban una diversidad de problemas para reunir las colecciones, sin embargo, muchos de ellos mantuvieron el intercambio epistolar con el director de la institución durante el tiempo que vivieron en las regiones del interior de la Argentina. Y como ya dijimos, estas redes e instrucciones se desplegaron en tanto no sólo se esperaban objetos sino también datos concretos sobre parajes, enterratorios indígenas e incluso información de obrajes o ingenios azucareros en los que trabajaban los indígenas del Chaco y Misiones.

De los ‘Ingenios’ y reservas como sitios ‘privilegiados’ para la observación y recolección etnográfica de los contemporáneos primitivos.

A esta modalidad para reunir colecciones mediante la extensión de una red de recolección desde la institución y el envío de instrucciones, hacia el Chaco, siguió en 1909 la organización de una “misión etnográfica” a Jujuy en coincidencia con la época de zafra, trabajo para el cual se reunían trabajadores indígenas de la región de Chaco. En este viaje fue enviado Debenedetti con el objetivo de reunir materiales de los grupos indígenas contemporáneos. Esta fue la primera y única “misión” etnográfica organizada con personal de la misma institución, y coincidía con la organización de las colecciones dentro del museo, en donde como veremos más adelante en detalle, se clasificaba como “etnográficos” a los objetos de las sociedades indígenas del territorio nacional y de pueblos no occidentales, y en “arqueológicos” se agrupaba a todas las colecciones de los pueblos del pasado.

Una de las particularidades de aquella región es que tenía enclaves productivos, ya sean estancias, obrajes e ingenios azucareros que utilizaban mano de obra indígena estacional, y eran, por lo tanto, espacios de fluidas relaciones de contacto y comercio entre los indios, los colonos blancos y los

²²⁹ Nota de Ambrosetti al Decano de la Facultad. 3 de mayo de 1913. Archivo FFyL-UBA.

hacendados²³⁰. De esta manera además, se convertían para los estudiosos de las instituciones científicas en espacio de observación de los indígenas y sus costumbres, y más aún, se facilitaban las condiciones de recolección de vocabularios e intercambio de objetos con la mediación de los dueños de estos enclaves. Por esto mismo, el éxito del viaje dependía de la organización previa y de la habilidad del viajero para realizar contactos con personas que lo asistiesen en el trayecto. Muy por el contrario de una zona inhóspita, en el ingenio azucarero se podía encontrar seguridad e información sobre el lugar y su población, como así también intermediarios en la comunicación con los indígenas. Con una carta del Gobernador en mano, Debenedetti logró ser ayudado por trabajadores del ingenio azucarero de los Sres. Ovejero; el mismo les agradecerá haber sido acompañado a distintas "tolderías" para hablar con los caciques²³¹. Así desde el ingenio de Ledesma, explicaba:

"aquí hay alrededor de 4000 indios. Los chiriguano son los que mejor se han asimilado a la cultura. Visten decentemente, aunque no hayan abandonado todavía el "tipoy". Son aseados, viven en casas de adobe o en toldos blancos como el azúcar del ingenio; son músicos pero su música es monótona, desmayada y fría; casi todos hablan el castellano y muchos de ellos han abandonado el uso del "tembetá". Traen pocas cosas de los lugares de origen y están olvidando por lo menos en Ledesma, sus ejercicios de flecha, manejan muy bien el cuchillo y son temibles cuando se emborrachan por lo agresivos y lo insolentes. Son trabajadores y son los indios que ganan mejor salario. He estado en las tolderías chiriguano repetidas veces y a pesar de mis esfuerzos, pocos objetos he podido obtener. Me he convencido que son los únicos que usan alfarerías como las prehistóricas. Algunas piezas he comprado por creerlas de gran importancia sobre todo si se piensa en la ornamentación que poseen. Hay

²³⁰ Sobre el reclutamiento de mano de obra indígena ver Carrera, 1984; Trincherro, Piccinini y Gordillo, 1992; Gordillo, 2007. Para su reclutamiento específicamente para los ingenios azucareros de Salta y Jujuy, hacia fines del XIX y primeras décadas del XX, véase; Conti, Tervel y Lagos, 1988; Zuleta, 1991.

²³¹ Carta de Debenedetti a Ambrosetti, 1909. legajo de Colecciones. Archivo ME.JBA.FFyL.UBA.

en estos indios un prejuicio muy arraigado que los lleva a ser conservadores y a oponerse a todo lo que significa despojarse de determinados objetos. Me ha sido difícilísimo adquirir los pocos arcos que he coleccionado; no he conseguido un solo tembetá y son tan exagerados que han llegado a pedirme a cambio de un tembetá, 2 ovejas, 1 vaca, etc. Tienen además una moral especial, una moral sexual a base de los celos”²³².

Tres meses después regresó con 430 objetos “ceremoniales y de uso doméstico” pertenecientes a las “tribus chiriguano, chorotes, chulupies, y matacos”.²³³ El informe era un relato apoyado en sus propias observaciones, detallando el proceso de asimilación de otras culturas, el aseo, el uso de la lengua castellana y fundamentalmente el abandono de determinadas costumbres, instrumentos y adornos corporales.

Durante todo el período en que Ambrosetti estuvo a cargo del Museo (1904-1917), esta “misión” de carácter etnográfico será la primera y única enviada desde la institución, ya que el presupuesto anual que se recibía se destinaba exclusivamente a las expediciones arqueológicas anuales. Igualmente, el Chaco, para la etnografía local, era uno de los ejes de gravedad sobre los que se articulaban ideas y prácticas sobre el presente indígena, tanto en lo que se refería a la recolección de sus objetos materiales como desde lo que Lehmann Nitsche definirá como el “problema lingüístico”. En su expedición, Debenedetti había recogido un vocabulario chorote en el ingenio de Ledesma, utilizando un lenguaraz y al cacique mataco Cuchi-Toro que fue incluido por Lehmann Nitsche en su trabajo “*Vocabulario chorote o Solote (Chaco Occidental)*”. Allí mismo transcribió el vocabulario que él había recogido en 1906, cuando estando en San Pedro de Jujuy, ocupándose de la antropología física de los “tribus autóctonas del chaco”, y por encargo del Museo de La Plata, había logrado

²³² Carta de Debenedetti a Ambrosetti. Legajo Debenedetti. Archivo ME-FFyL-UBA.

²³³ Informe de Debenedetti al director del Museo a su regreso del viaje a los ingenios azucareros de Jujuy. Legajo de colecciones. Archivo ME.JBA.FFyL-UBA.

obtener de dos indios chorotes una serie de palabras que le permitieron afirmar que se trataba de “un grupo lingüístico especial o aislado, con un vocabulario parecido en muchas de sus voces al Mataco” (Lehmann-Nitsche, 1910-1911). Simultáneamente Lafone Quevedo se ocuparía del idioma guaycurú y su comparación con el chiquito de Bolivia.

Efectivamente, los ingenios azucareros se constituyeron en un espacio de interacción entre el viajero y distintos grupos indígenas. Las ventajas eran que reunían grupos indígenas de diferentes partes del Chaco, y que, contrariamente a lo que habían transmitido a Ambrosetti algunos pobladores locales sobre la “falta” de objetos indígenas por el “contacto con el blanco”, allí el indígena iba provisto de sus útiles domésticos y ceremoniales cotidianos, dispuestos a cambiarlos o venderlos. Al mismo tiempo, sin la necesidad de incursionar en geografías desconocidas, el viajero podía obtener datos sobre su confección, materia prima, uso y nombre indígena.

De la misma forma se podían utilizar las colonias indígenas en el Chaco: la de Napalí, creada en 1911, amparaba en sus inicios a 1000 indígenas que se dedicaban a la explotación de bosques²³⁴, y estaba a cargo del Enrique Lynch Arribalzaga, amigo de Ambrosetti. La prensa de la época destacaba que, en oposición a los métodos de las misiones “que no lograron nada porque todavía hay indios salvajes”, Lynch Arribalzaga se proponía, “inspirándose en lo hecho por los gobiernos de Canadá y los Estados Unidos, no la conservación de la pureza social del indio sino la fusión del mismo a la vida nacional, su incorporación a la vida ciudadana bajo el régimen de libertad constitucional en que todos vivimos y sin empleo de otro recurso que el de la escuela común, instrumento idéntico de civilización para todos los habitantes de la República”²³⁵. Esto, en el contexto de la formación de colecciones para los

²³⁴ Las “reducciones” que se crearon en el Chaco, la de Napalpi, en el centro de lo que después sería el territorio algodonero (actual provincia del Chaco), y la Fray Bartolomé de las Casas (actual provincia de Formosa), tenían la función de crear un trabajador “disciplinado” y entrenado para el trabajo al que se lo destinaba, que era en los ramos del algodón, azúcar y madera. Con ellas se pretendía conservar el “factor económico” que eran los indígenas, se les brindaba semillas, herramientas y tierra y animales, con lo que se pretendía “alejar al indígena de las tentaciones de la naturaleza”. Iñigo Carrera, 1984. Para un detalle de la historia de cada una de las reducciones, ver Martínez Sarasola 2005.

²³⁵ “La civilización del indio. Un ensayo de Reducción civil”. *La Nación*, 1914.

museos, era parte de lo que se entendía como la “urgencia” por coleccionar; efectivamente, el reemplazo de las costumbres y de la lengua iba acompañado de sus objetos de uso diario, con lo cual, para un científico, se perdía la evidencia de una forma de vida original.

Aprovechando que Lynch Arribalzaga era su amigo, en 1912, Ambrosetti le envió una carta pidiéndole expresamente esqueletos indígenas además de objetos de diferentes grupos; Lynch Arribalzaga ya demostraba su conocimiento de la región, de sus habitantes y de las relaciones que podía generar con los indígenas o pobladores locales, e incluso, fruto de estos vínculos, había vendido en 1908 al Museo Nacional de Buenos Aires una colección de 13 objetos de los indios tobas que fueron asentados en el catálogo con su nombre indígena ²³⁶.

Lynch Arribalzaga fue reticente a este pedido inicial de obtener esqueletos de los antepasados de los indígenas precisamente por el vínculo que había con algunos indígenas, y optó por pedirselos al administrador de la Reducción Napalpí:

“No tengo inconveniente en firmar los recibos por el dinero que me envía para gastos por cuenta del Museo; es justo puesto que yo lo voy a invertir. Según el administrador de la Reducción, gran amigo y conecedor de los indios del Chaco, no hay inconveniente en extraer esqueletos de individuos a quienes no conocieron, de modo que me ha prometido buscarlos y sacar todo lo que pueda. Precisamente da cuenta que en aquellos campos, hubo grandes combates, con las huestes del famoso “cacique inglés”, y los tobas, aseguran que el nombre que le dan al lugar, significa “los muertos”, aludiendo a los muchos que quedaron”²³⁷.

²³⁶ Catálogo de Colecciones Antiguas del Museo Nacional de Buenos Aires. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

²³⁷ Carta de Lynch Arribalzaga a Ambrosetti. Carta de 22 de diciembre de 1912. Legajos de colecciones. Misión Lynch Arribalzaga. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

En la misma carta, Lynch Arribalzaga intentaba entusiasmar a Ambrosetti, con la formación de un museo con objetos referentes a “la vida del gaucho argentino desde el momento histórico en que se esboza en él toda característica servil”. Para ello, había empezado a reunir “correas del caballo, lazos, boleadoras, rebenques, cuchillos” que se exhibirían en una “sala acompañada de maniqués vestidos con la ropa gaucha, fotografías, dibujos de ranchos, escenas campestres y una biblioteca de poesías gauchas”. Con todos estos elementos se podría, para él, “estudiar la génesis de nuestro pueblo que es de cepa gaucha”. Ambrosetti expresaba su dedicación a la formación del nuevo museo de la universidad, la “falta de tiempo” y de “momentos para ello”, pero además era también una definición del Museo, cuyo objetivo era estudiar aquello que su amigo definía como la “génesis del pueblo argentino”, más bien enfocado hacia la génesis también de los americanos y desde un tiempo cronológico que se extendía hacia atrás hasta la prehistoria. Finalmente Ambrosetti le envió dinero y un recibo a firmar por los gastos de un poncho a 12 pesos y un cajón con objetos tobas por 52 pesos. El pedido de los esqueletos, Lynch Arribalzaga lo había derivado al cuñado de Ambrosetti, Eduardito Holmberg, que se encontraba en Formosa y podía encargárselos al Sr. González Leiva, guardabosques de la región. Con el tiempo el pedido se diluyó por la necesidad del trámite de contar con una autorización del jefe militar de la región para extraerlos y, por la suma que había que invertir de 150 pesos para movilidad y gastos de la excursión sin garantizar su éxito²³⁸. Un año después, Eduardito le anunciaba a Ambrosetti que su esposa Libia enviaba en donación un cráneo que había logrado conseguir en el Chaco²³⁹.

Otras dos misiones etnográficas completaban las colecciones del chaco argentino y agregaba materiales del chaco boliviano: la de Juan Ascher y la de Rafael Karstern (Finlandia, 1879-1956). Este último, conocido como etnógrafo

²³⁸ Carta de Lynch Arribalzaga a Ambrosetti. Resistencia 1913. Legajos de colecciones, Misiones Lynch Arribalzaga, Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

²³⁹ Carta de Libia y Eduardito a Ambrosetti. 20 de mayo de 1913. legajo de la colección Libia Holmberg. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

por sus contemporáneos, había emprendido un viaje a través del Gran Chaco, para atravesar Bolivia y la zona ocupada por los chiriguano en el valle de Caijupendú, que, siguiendo las instrucciones de Nordenskiöld, era "el paraíso del etnógrafo". En su paso por Buenos Aires, había ofrecido a Ambrosetti comprar objetos etnográficos en el trayecto del viaje. Como una manera de formalizar este ofrecimiento, Ambrosetti lo enmarcó dentro de una "misión especial", de forma de poder asignar parte del presupuesto del Museo para la compra de los materiales y en cierta forma comprometerlo con el envío.

Al igual que Debenedetti y otros viajeros, Karsten utilizó las redes locales, y fundamentalmente a los colonos y dueños de emprendimientos productivos para facilitarse el contacto con el indio. Así, permaneció hospedado en el ingenio de los Sres. Leach Hermanos, en San Pedro de Jujuy, para estar cerca de los "chorotes y estudiar sus costumbres", hasta que los indígenas se trasladaron a los ingenios de San Lorenzo y Ledesma, y Karsten siguió a Bolivia, en donde reunió colecciones para el Museo²⁴⁰.

La modalidad de utilizar a estos viajeros, etnógrafos o estudiosos, entre las múltiples ventajas que ofrecía y que ya fueran mencionadas, era la de contar con una procedencia geográfica heterogénea de las colecciones que reunían, porque el trayecto de sus viajes, por lo general, incluía el cruce de fronteras de los países limítrofes, abarcando distintas geografías, desde la región del Alto Paraná, el Mato Grosso o el Chaco.

De manera similar funcionó la misión de los estudiantes rusos, recordemos compuesta entre otros por Geiman, Fielstrup y Manniser. Antes de embarcarse en la Fragata Sarmiento, Fielstrup y Manniser habían recorrido el Paraguay, reuniendo colecciones de diferentes "tribus". Desde Puerto Esperanza le anticipaban a Ambrosetti, de quien sabían por Shternberg que los esperaba en el Museo Etnográfico, que la canoa en la que viajaban había naufragado y habían perdido todo el material, las colecciones y los vocabularios

²⁴⁰ Carta de Karsten a Ambrosetti. 31 de marzo de 1912. Legajos de colecciones Misión Karsten. Archivo ME.JBA. FFyL-UBA.

recogidos²⁴¹. Manniser a quien Ambrosetti había conocido personalmente en la casa de su amigo en Finlandia, le prometía pasar por Buenos Aires para darle algunas de las colecciones que le habían quedado después del naufragio y ponerse a su disposición para cualquier misión. Efectivamente, en Buenos Aires el grupo se dividiría para recorrer distintos países de Sud América, Manniser y Fielstrup irían al Brasil y posiblemente a Paraguay de nuevo, a formar colecciones para el Museo de Petrogrado; Geiman a Chile y Strel'nikov y Tanasiichuk a Bolivia a recolectar materiales zoológicos. Ambrosetti aprovechó y le encomendó una misión a cada uno y con ello obtendría colecciones de los nambiquaras, botocudos, kaingangues en el Brasil, caduveos y guaraníes en el Paraguay y, araucanos de Chile.

Americanismo, colecciones de etnografía y definiciones de lo 'salvaje'.

Como hemos mencionado antes, los americanistas brasileños compartían con los argentinos la cuestión del presente indígena. En el CIA de 1910 en Buenos Aires, el brasileiro Simoens da Silva presentaba, como contribución a la etnografía de su país, a los indios mundurucús y la práctica de embalsamar cabezas humanas de guerreros de las tribus (Simoens da Silva. 1912). Esta información era particularmente relevante para Ambrosetti porque en el Museo había una "cabeza trofeo mundurucú" que había pertenecido a su colección particular, y que en 1905, la depositaba junto al resto de sus colecciones particulares en el Museo. Este ejemplar, había sido subastado en un remate de la colección que perteneciera a Ángel J. Carranza, quien fuera fundador del Museo Histórico Nacional, y adquirido, según pudo recuperar Cáceres Freyre del relato de María Elena Holmberg, por un extranjero que más tarde, fue inducido mediante artilugios de Ambrosetti y su esposa a obsequiarla al Museo²⁴².

En este Congreso Internacional de Americanistas también Hermann von Ihering, presentaba "como interés también para la Argentina", los resultados de la exploración etnográfica por el Brasil meridional, en la que se había podido

²⁴¹ Carta de Manniser a Ambrosetti. Archivo ME JBA. FFyL. UBA

²⁴² Para una descripción detallada del hecho ver Cáceres Freyre, 1963.

establecer las migraciones y contactos entre las "tribus argentinas" y las brasileñas. Para Ihering aunque temporariamente las tribus argentinas habían migrado hasta el Río Grande do Sul y los guaraníes llegaron hasta las orillas del Río de La Plata, los límites etnográficos coincidían "más o menos con los políticos". Su referencia se sostenía sobre tres grandes familias: la Tupí Guaraní, la de los Caingangs o coroados, y la de los chavantes de Sao Paulo, señalando que sus diferencias residían fundamentalmente en sus costumbres, valor guerrero y lengua. Lafone Quevedo insistía en el mismo argumento con el cual, en 1898, había organizado la etnografía del Río de La Plata: la importancia de los rasgos físicos para la determinación étnica de cada uno de esos grupos.

Uno de los puntos cruciales respecto de la discusión eran aquellos indígenas que para estos americanistas vivían aún en estado salvaje y por lo tanto la ausencia de registro lingüístico y de su cultura material, dejaba fisuras en algunos de los argumentos. Precisamente von Ihering mencionaba dos pequeños grupos de indios en "estado salvaje", botocudos de Santa Catarina y Chavantes de Sao Paulo.

Ambos grupos también compartían su protagonismo con los nambiquaras que ocupaban la región central del Brasil, y que había sido presentado por el médico brasileño y profesor de antropología Edgar Roquette-Pinto (Río de Janeiro, 1884 -1954)²⁴³ en el Congreso Internacional de Americanistas de 1912 en Londres, conocido en la época por haber participado en la expedición Rondón por el nordeste de Brasil. El trabajo se basaba en la descripción de una colección de objetos, acompañada de fotografías y un vocabulario, que habían ingresado a la sección de etnografía del Museo Nacional de Río de Janeiro, en el año 1909, enviado por la Comisión Rondón y eran estos "los primeros artefactos que el mundo civilizado conocía". Hasta ese momento, las colecciones de Brasil en el Museo se limitaban a 3 objetos arqueológico que Simoens da Silva había donado al finalizar el CIA de 1910 en Buenos Aires y a la cabeza trofeo mundurucú, pero además, entre las

²⁴³ Roquette Pinto se recibió de médico y se dedicó a los estudios de antropología en el Brasil. Fue Asistente de Antropología en el Museo Nacional (1906), profesor de Historia Natural en la Escuela Normal del Distrito Federal (1916) y Profesor de Fisiología en la Universidad de Paraguay (1920). En 1923 fundó la Academia Brasileira de Ciencias.

colecciones que se habían exhibido en el Congreso en Londres, se encontraban un conjunto de objetos de indios del Brasil y se presentaba en las actas un detalle de las colecciones en el resto de los museos de la ciudad, y por ejemplo en el Royal College of Surgeons of England, además de sus colecciones de esqueletos, cráneos y moldes de monumentos americanos, se destacaba una colección de los Botocudos.

El viaje de Manniser y Fielstrup hacia las localidades habitadas precisamente por estos grupos, para Ambrosetti, no prometía resolver cuestiones lingüísticas ni incógnitas culturales, pero sí poder representar lo que el americanismo creía definir como “salvajismo” y transformar estas colecciones materiales en evidencia de la existencia de estos grupos para discutir sobre las mismas pruebas con sus pares americanistas. Con las instrucciones precisas entregadas por Ambrosetti detallando un listado pormenorizado de los objetos para el Museo, y la información que debían recoger después de haber visitado a los caduveos, guaraníes y kaingangs, Manniser regresó a Río de Janeiro para estudiar las colecciones de los museos, visitar las bibliotecas y esperar instrucciones y ayuda económica del consejero P.V. Maximov, para regresar a “visitar” a los botocudos antes de emprender el regreso a Rusia. Finalmente, después de varios meses en Río, logró viajar al Puesto de Pancas donde había un grupo de Krenacs en una aldea abandonada sobre la costa de río Dulce e intentar conectarse con los botocudos. A pesar de lamentarse por encontrar que “sus botocudos”, ya muy civilizados casi no utilizaban los budoques, reunió una colección que dividió entre Ambrosetti, el Nacional de Río de Janeiro y el Museo de la Academia Imperial de Ciencias de Petrogrado²⁴⁴.

El viaje de Manniser significaba para Ambrosetti no solo la posibilidad de obtener colecciones, sino también que las mismas tendrían la información necesaria para presentarlas en las salas del Museo. Efectivamente, sus anotaciones de viaje contenían el significado de cada uno de los objetos, el nombre indígena, y sobre algunos de ellos, la función que cumplían en la vida doméstica o en las prácticas religiosas. Más información aún tenían sus

²⁴⁴ Carta de Manniser a Ambrosetti, 15 de julio de 1915. Archivo ME, JBA. FFyL. UBA.

publicaciones, que más tarde le serán enviadas a Ambrosetti para complementar los datos de las colecciones recogidas²⁴⁵.

En 1915 Fielstrup, el compañero de viaje de Manniser, también regresaba del Paraguay con 66 objetos de los indios caduveos, y ese mismo año la Facultad compraba una colección de objetos del Paraguay al Ingeniero Federico von Platen, quien había trabajado a las órdenes de Moreno en la Patagonia realizando estudios geográficos. Ambas colecciones “completaban” las series de la región del Alto Paraguay que ya poseía el Museo y que habían ingresado al finalizar las actividades del Congreso Internacional de Americanistas de 1910 realizado en Buenos Aires. En aquel entonces se destacaban las colecciones enviadas por F. Mayntzhusen de un “conjunto de once objetos guayakíes” del Alto Paraguay, y de Alberto V. Fric de cincuenta y un objetos de los indios chamacocos.

Fric había protagonizado una polémica en Brasil, cuando en el CIA de 1908 denunciaba que en su viaje a Sud América había sido testigo del maltrato del que eran objeto los indígenas brasileiros por parte de los colonos alemanes y las autoridades del gobierno brasileiro. Albert Vojtech Fric (Praga, 1882-1944) había llegado a Buenos Aires en 1906 con cartas de presentación que lo identificaban como representante de los museos etnográficos alemanes de Hamburgo y Berlín. No tenía entrenamiento etnológico y contaba con pocas credenciales académicas, sin embargo este era su tercer viaje a Sud América y en su último viaje en 1904 había reunido una colección etnográfica suficientemente buena como para convencer a Karl von den Steinen y Eduard Seler, directores de la Sección Americana del Museo de Berlín, tanto como a Thilenius en el Museo de Hamburgo, de enviarlo de nuevo a América para reunir colecciones para sus instituciones (Penny, 2002: 123-124). Su viaje por el Brasil le había generado más de un problema. Junto a las colecciones que reunía contrajo malaria y se acabaron sus recursos económicos y, ante el rechazo de

²⁴⁵ Cuando comenzó la Primera Guerra, los estudiantes debieron regresar a Europa y alistarse en el frente; Manniser murió en la guerra de fiebre tifoidea. Strelnikov publicó el estudio de Manniser “Les Kaingang de Sao Paulo” en *Proceeding of the Twenty –Third International Congress of Americanist de 1930*, Vol 22, y fue traducido por Gordon Childe; y, “Musique et instruments de musique chez differents tribus du Brasil”, en *Recueil du Musée d’Anthropologie et d’Ethnographie de L’Acad. S.C. de Russie*, T V, 1918.

Thilenius de enviarle más dinero, buscó nuevas asociaciones terminando afiliado a la Liga, una organización que luchaba por la protección de los indios del Brasil. Pronto el mismo se consideró un “Pacificador de los indios” y comenzó a publicar artículos en la prensa local sobre el maltrato de que eran objeto los indios por parte del gobierno del Brasil y de los colonos alemanes²⁴⁶. Años después, cuando Fric regresa en 1914, la prensa brasilera recordaría la “famosa campaña que había realizado en Viena en 1908 a favor de nuestros selvícolas”. Era rescatado como el “humanitario excursionista” que declaraba como “seres racionales a los indios americanos”; entre sus acusadores se encontraban un grupo de alemanes formado entre otros por el médico Dr. Gentsch, quien había intentado contrarrestar las acusaciones de Fric que comprometían el “crédito moral de Brasil en el exterior”; incluso había utilizado como estrategia presentar como argumento a su favor la educación que le había dado a su hija adoptiva perteneciente a la tribu de los Xocren, del grupo Cren-Cran del estado de Santa Catarina²⁴⁷.

Efectivamente, en Viena las denuncias de Fric habían generado un debate en el que se manifestaba la separación que se intentaba hacer entre el trabajo científico del etnólogo y las cuestiones políticas. El tono de la discusión en el Congreso osciló entre la observación que le hiciera Seler apoyado por Karl von den Steinen, su antiguo mentor, sobre no introducir la política en los congresos, la defensa del mismo Fric, argumentando que estas debían ser discutidas en tanto habían quedado involucradas en el área científica y el llamado al orden que hiciera Ambrosetti (Penny, 2002: 127-128).

Además de su reputación en el ambiente científico por sus denuncias sobre el maltrato a los indígenas en el Brasil, Fric también era reconocido por la formación de colecciones de objetos de estos indígenas que había hecho para los museos europeos, como así también, para las instituciones locales; por ejemplo, en 1907 había enviado “objetos de los salvajes” al Museo Nacional de Buenos

²⁴⁶ *El Imparcial*, 13/2/1914. “O americanista e explorador Alberto Fric

²⁴⁷ *El Imparcial*, 13/2/1914. *idem*.

Aires²⁴⁸. Un año después le agradecería a Ameghino su trabajo sobre el *Tetraprothomo*, por el "entusiasmo que le había generado y la modificación de sus opiniones". En busca de las "tradiciones" por la selva, rescatando la mitología que aún se conservaba intacta en los grupos no cristianizados, le pedía a Ameghino su opinión sobre la clasificación que hacía tanto de los botocudos como de los "Guaiaqui" del Paraguay, considerándolos como una "rama en evolución a la bestialización". Aunque aparentemente se interrumpió la correspondencia, Fric le enviará más tarde algunas "conchas" que había recogido para Holmberg²⁴⁹. Ese mismo año, Ambrosetti recibió en donación objetos de su colección particular, formada en simultaneidad con la que destinaba para los museos de Hamburgo y Berlín (Fric y Radin, 1920).

En los años siguiente Ambrosetti y Fric mantuvieron la correspondencia, especialmente durante el año de 1912, cuando Fric le envió a Ambrosetti que se encontraba en Sudán una carta para que se la entregue a su cuñado Eduardito Holmberg. Fric estaba embarcado en la realización de una "Geografía Kinematográfica", auspiciada por la Sociedad Geográfica de Praga y que se iniciaría en América del Sur. La Geografía, consistía en un film que "se publicaría en forma de una descripción de viajes", "obligando" a que en Europa "aprendieran algo de los países" que le habían ayudado brindándole "hospitalidad y material para sus estudios". En realidad, Fric no quería mostrar "solo el lado salvaje" de los países que había visitado, sino más bien completar con vistas de ciudades como Buenos Aires, en la que se podría apreciar "su industria y adelantos", con imágenes de "los frigoríficos", la "Municipalidad de Buenos Aires", la "salubridad e higiene de las calles, e incluso proponer a algún actor la "interpretación de la independencia"²⁵⁰. Como su archivo personal estaba ya formado por imágenes de los "salvajes", intentaba ahora regresar a la Argentina para llevarse vistas de la ciudad; pero lo escaso de sus recursos lo obligaban a pedir ayuda económica para llevar a cabo esta empresa y una de las

²⁴⁸ Carta de Fric a Ameghino sobre el envío de objetos. 8 de junio de 1907. Doc. 4753, Archivo del Museo Nacional de Historia Natural.FECHA

²⁴⁹ Carta de Fric a Ameghino. Doc 4960. Archivo del Museo Nacional de Historia Natural.FECHA

²⁵⁰ Carta de Fric a Augustino. 15 de febrero de 1914. Archivo ME. FFyL-UBA.

personas, que ya lo habían ayudado en su estadía en América era precisamente "Eduardito". Por la falta de financiación para completar las imágenes para el film, Fric no logró regresar a América hasta 1919.

El problema etnográfico guayaquí y la presentación de una colección de objetos en el Congreso de Americanistas de 1910

En los Congresos de Americanistas, además de organizar los debates en secciones de discusión, recordemos que también se presentaban colecciones que llevaban los participantes o que exhibía el país anfitrión. En particular, en el de 1910 realizado en Buenos Aires, el alemán F. Mayntzhusen, conocido entre sus colegas como etnógrafo, historiador y colonizador de tierras en el Paraguay, había exhibido parte de su colección particular "guayakí", cuyos objetos habían sido en su mayoría obtenidos en las ocho expediciones que el mismo había realizado entre 1903 y 1910 en "búsqueda de campamentos guayakíes acompañados por hacheros paraguayos" (Susnik, 1984). Rápidamente esta colección atrajo la mirada de algunos directores de museos, entre ellos Ambrosetti, quien a pesar de haber recibido una pequeña colección donada por él en 1905, se interesó en estas nuevas piezas y lo comprometió a reunir nuevos objetos para el museo en cuanto regresara a Paraguay²⁵¹. No solo Ambrosetti sino también Hermann von Ihering, Director del Museo Paulista de Brasil, esperó a que finalizara el Congreso y viajó a la región del Alto Paraná para comprar parte de la colección que Mayntzhusen ofrecía en venta (Azevedo Damy y Hartmann, 1986).

Los guayaquíes habitaban una extensa zona del Alto Paraguay y de ellos se habían ocupado ya misioneros, científicos y la prensa local e internacional: en 1901 aparece una publicación de von den Steinen; en 1901 y 1903 el Padre Federico Vogt publica distintos trabajos considerados "los más importantes después del de Ten Kate" (Bertoni, 1939). En 1905 Pastor Obligado escribe "*La agonía del Guayaquí*" en sus "Tradiciones argentinas", 1906 Giufrida Ruggieri,

²⁵¹ Legajo de la colección Mayntzhusen. Archivo ME. JBA. FFyL- UBA.

presenta sus observaciones osteológicas y un cráneo incompleto en la Sociedad Romana de Antropología; en 1907, Virchow también había presentado un cráneo guayaquí y en 1908 Lehmann Nitsche publica "*Relevamiento antropológico de una india guayaquí*", trabajo antropológico sobre una niña de 15 años a la que llamó Damiana, la misma que Ten Kate había estudiado cuando tenía 3 años (Bertoni, 1941). A estas noticias y descripciones, se sumaba el conocimiento que Mayntzhusen tenía de este grupo a partir de sus exploraciones en la región y el cercano contacto con indígenas de este grupo resultado de la primera colonia guayakí que había formado el mismo Mayntzhusen en el Paraguay y que se mantuvo hasta el año 1914²⁵². La creación de esta colonia se inició partir de la asistencia que brindó a un indígena enfermo que había quedado separado de su grupo; lo trasladó a su casa y con el tiempo aprendió su idioma, logrando entrar en relaciones con el resto del grupo y convencerlos de trasladarse a las cercanías de su estancia en Yaguarazapa. Una combinación del sentimiento "humanitario" con el de "utilidad" e "interés científico" se desprende de sus relatos sobre las incursiones en el monte:

"Finalmente logré capturar a varios individuos al acercarse y atropellar su campamento en la noche. Habiendo yo aprendido de estos cautivos los principios básicos del idioma guayaki conseguí utilizarlos para entrar en contacto con las hordas del monte. Estas relaciones fueron tan buenas que podíamos utilizar a Guayaki como mano de obra sobretodo en empresas agrícolas. Nuestro intento puramente científico de entrar en contacto con este pueblo de la edad de piedra, tenía también el resultado práctico, y como mi personal de casa y de servicio ya se componía al cabo de un tiempo de guayaki, estuve en condición de hablar su idioma

²⁵² Mayntzhusen viajó a Europa en 1914 hasta 1919, años en los que se ausentó de la colonia guayaquí que había formado. La consecuencia fue la dispersión de muchos de los indígenas que allí vivían, quienes se fueron a trabajar hacheros paraguayos, en estancias o fábricas. A su regreso en 1920 había perdido su misma propiedad e intentó obtener del gobierno algunas tierras fiscales para restablecer una colonia guayaquí, pero el intento fracasó. Susnik 1984.

como lenguaje corriente durante varios años (1910-14)" (Mayntzhusen, 1945).

Incluso Ambrosetti, con quien mantuvo un extenso intercambio de correspondencia, lo presentaba a sus colegas elogiando su trabajo solidario con la creación de la colonia, evitando las matanzas que sufrían los indígenas por parte de los estancieros paraguayos; describía:

"ha sabido a fuerzas de no pocos sacrificios y tino admirable, entrar en relaciones con estos indios completamente salvajes y atraérselos poco a poco a fin de sustraerlos a la vida precaria que llevan y sobre todo ponerlos a cubierto, en lo posible, de la barbarie de muchos vecinos que no trepidaban en hacer una carnicería con ellos para vengar la muerte de una vaca o un caballo"²⁵³

Ese mismo año, desde Paraguay, Mayntzhusen enviaba en donación para el Museo Etnográfico una colección de 30 objetos guayaquíes similares a los que había exhibido en el Congreso. Las piezas eran acompañadas por un listado con una pormenorizada descripción del tipo y de la función del objeto, y en algunos casos con su nombre indígena.

La exhibición de la colección en el Congreso también instauró el debate sobre la clasificación de los guayaquíes. Mayntzhusen sostenía que un grupo de indios pampas que "al igual que los chaqueños habían sido llevados al ingenio azucarero de San Juan", se habían escapado hacia el Paraguay e influenciado a los guayaquíes con sus costumbres. Sin embargo, en el Congreso, Lehmann-Nitsche examinó la colección y cuestionó la influencia pampa, afirmando que en realidad el tipo de tejido de los cestos de fibra de caraguatá "eran propios de los indios del chaco". Mayntzhusen mismo una vez que estableció contacto con los guayaquíes y hubo aprendido su idioma, había constatado que en realidad

²⁵³ Carta de Ambrosetti a Decano de la FFyL. Legajo de colecciones, Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

también habían huído del ingenio indios maticos que tenían mujeres guayaquíes capturadas “sin pelear”, hecho posible únicamente por la relación que se había establecido entre ambos grupos. Sus características físicas también contribuían a establecer las diferencias:

“en un grupo guayakí que extraje de los montes, vino también un extranjero; un indio que por su estatura alta y su delgadez se diferenciaba de los demás. Por medio del vocabulario chorote o solote del Dr. Lehmann-Nitsche, pronto pude convencerme que el indio era matico” (Mayntzhusen, 1911).

De este modo, la colección de objetos materiales reflejaba esta historia de contactos, relaciones y transmisión del conocimiento de las técnicas de manufactura y decoración de los objetos ceremoniales de la vida cotidiana.

“el arte de hacer bolsitas de hilo de caragatá como los maticos es de uso generalizado entre los guayakíes (...) una novedad introducida también por este grupo es el mejoramiento del armamento mediante flechas con punta de hierro; antes los guayakíes utilizaban flechas con punta de madera dura y con la nueva modificación pueden matar animales grandes como ser el anta, que antes solo cazaban en pozos” (*idem*).

En la misma observación de estos objetos Mayntzhusen, se apoyaría en la tesis de Ehrenreich sobre una supuesta excursión de la cultura Aruaka de Norte a Sur, afirmando que los guayaquíes eran los “restos de los primitivos pueblos guaraníes originarios de la cuenca del Río de La Plata que habían sufrido la influencia lingüística de los Aruakas” (*ibidem*). Federico Vogt también coincidía en el origen guaraní y se apoyaba en Lozano, afirmando que pertenecían al grupo lingüístico “Guaraní-tupí”. El testimonio de Lozano a su vez se apoyaba en el del padre José Insaurralde, quien había intercambiado palabras con los guayaquíes, quienes “solo lo comprendieron una vez que él habló en guaraní”.

La dificultad de establecer una clasificación certera residía para Vogt en el mismo modo de hablar, similar al de los guaraníes: “en voz baja, apenas perceptible, más cuanto más tímidos son los naturales, rasgo este último particular de los guayaquíes de insuperable por otros grupos, (...) tiene defectuosa pronunciación quedándose con la mitad de la palabra en la boca, dejando oír solamente el final del vocablo. Por esta razón parecen truncadas las palabras y parece otro idioma el lenguaje que usan, diferente del guaraní” (Vogt, 1911). Para Vogt el único material que se podía encontrar en los “autores antiguos” eran “palabras” y no un vocabulario completo de los guayaquíes, con lo cual resultaban insuficientes para comparar el idioma de aquellos “naturales con el de otras naciones y clasificarlo”. De esta manera para afirmar su pertenencia a los guaraníes recurría a sus “modestos estudios etnológicos y lingüísticos de algunos individuos de la tribu”, que había reunido entre los años 1901 y 1903 y que publicó en las respectivas revistas de las sociedades antropológicas de Berlín y Viena.

Moisés Bertoni y su hijo Guillermo Tell se ocupaban en ese entonces del estudio de algunas parcialidades guayaquíes; aunque la información que recogían no fue publicada en ese momento, para Ambrosetti, Lafone Quevedo y Mayntzhusen, se habían convertido en una referencia sobre la recolección de datos *in situ* obtenidos en la misma experiencia de contacto con el grupo y que ellos mismos reconocían haberlos recogido metódicamente y anotado con prolijidad” (Bertoni, 1939). Moisés Bertoni, había vivido en 1887 en el sur, en Yaguarazapá y desde 1893 en el norte del Paraguay, en donde había adoptado un niño guayaquí al que llamó Silvano y gracias a esto pudo obtener “una importante colección de objetos”. Para el “la complejidad del problema guayaquí” se definía así:

“me es imposible admitir la unidad guayaquí. Es un grupo formado por pueblos que llamaré Guayaquíes Mbra’a a los del sur y Mberihuésvatchú a los del norte. Tienen un género de vida en común, y su lenguaje

pertenece a la familia guaraní, con simplificaciones curiosas, lo que me hace pensar que su lengua original pertenece a otro grupo”

Aunque creía una “exageración” pretender que la lengua sirva para asignar a un pueblo el lugar que le corresponde dentro de una clasificación “antropológica de los seres humanos”, pareciera coincidir con Lafone Quevedo en la importancia de los caracteres lingüísticos, porque efectivamente se podía “ligar con ciertos caracteres anatómicos”, e incluso podían ser el reflejo de algunas “características morales o psíquicas” (Bertoni, 1942). Por su parte Guillermo Tell había elaborado un “diccionario” en base a información que el mismo había obtenido de las “parcialidades guayaquíes más puras”. Sin embargo, pese a esta cantidad de información recogida por los Bertoni, existía entre los estudiosos de Buenos Aires y ellos, casi la misma distancia de separación que con los guayaquíes; y esto se refleja en la escasa información que se tenía de este grupo, a pesar del reconocimiento que recibían los científicos paraguayos.

El guayaquí se transformó en un problema etnográfico no sólo por que se consideraba una “tribu interesante para resolver cuestiones de la etnología americana”, tanto por sus rasgos físicos, como por su cultura material que muestra que se encontraban en “estado neolítico”-como los describían Ambrosetti, Vogt y Mayntzhusen-, sino también porque se cuestionaba la manera en la que se había obtenido la información, los datos aportados por terceros, la mezcla de vocablos y lenguas y la confusión de una “tribu” con otra, producto casi todo de la falta de contacto con el grupo. Así, en la primera década del XX, junto a la información fragmentada de los misioneros y en algunos casos confusa, “inciertas y fantasiosas”, se rescataban la primera expedición de Ten Kate organizada por el Museo de La Plata, la reducción que había organizado Mayntzhusen en Yaguarazapá, las referencias que se podían obtener de Moisés Bertoni y el trabajo del P. Vogt. De esta manera, los objetos materiales eran un “testimonio” de una sociedad renuente a la civilización.

A esta colección se sumaron 38 objetos descriptos como "indian curiosities" en 1911 donados por el ex presidente del Paraguay, Emilio Aceval a través de Luis Patri, un comerciante de Asunción. Esta vez, venían acompañados de una minuciosa descripción de su manufactura y uso en el contexto guayaquí. Incluso parte de estos datos se agregaron directamente sobre las tarjetas identificatorias de modo de no perder sus referencias²⁵⁴.

El tema araucano y la Patagonia

El Congreso de Americanistas en Buenos Aires de 1910 había demostrado también la posibilidad de reunir colecciones de los araucanos de Chile para utilizar como elementos de comparación con el material de este lado de la cordillera. Ya las colecciones arqueológicas y los estudios lingüísticos de Aníbal Echeverría y Reyes y de Toribio Medina, permitían organizar un corpus de información de la historia de los contactos y las migraciones de estos grupos entre ambos países. Pero cuanta mayor cantidad y variedad de tipos de objetos se reunieran, más fácilmente se podía encarar la narración de una historia local en un contexto sudamericano. Ambrosetti celebrará más tarde los resultados de la misión que le había confiado a Sergei Geiman, uno de los estudiantes rusos, a la araucanía chilena:

"La misión del Sr. Geiman, fue también muy feliz en sus gestiones en la araucanía chilena; de allí trajo una serie de ochenta y dos objetos que junto a los ya existentes en el Museo pueden dar una idea exacta de las principales costumbres e industrias de una raza que tanta actuación tuvo en nuestros territorios de sur"²⁵⁵.

En este Congreso el chileno Tomás Guevara (1863-1938), había presentado junto Aureliano Oyarzún, el trabajo "*Las pipas prehispánicas de Chile*"; Guevara era reconocido por sus contemporáneos por sus trabajos etnográficos sobre los araucanos entre los que se destacaban sus publicaciones

²⁵⁴ Carta de Aceval a Luis Patri. Legajo de Colecciones. Archivo ME JBA.FFyL-UBA.

²⁵⁵ Memoria Institucional del Museo Etnográfico. 1915-1916. 28 de abril de 1916. Archivo Juan B. Ambrosetti, ME. JBA. FFyL-UBA.

"Costumbres judiciales i enseñanza de los araucanos" (1904); *"Psicología del pueblo araucano"* (1908); *"Folklore araucano"* (1911); y *"Las ultimas familias i costumbres araucanas"*(1913), todos ellos realizados sobre la información que el mismo recogía en las sociedades indígenas. *"Civilización de Araucanía"*, publicado en 1898, había mostrado ser claramente una forma de trabajo americanista en pos de resolver cuestiones de la historia del país trasandino; basándose en los descubrimientos arqueológicos de la época y en sus estudios etnográficos, Guevara, además de plantear el problema del origen del hombre en Chile, como en América, sostenía que los araucanos habían sido influenciados por las culturas de la sierra peruano-boliviana. En el volumen sobre el Descubrimiento del Arauco, el objetivo era formar un cuadro completo de los sucesos de la historia de Arauco y para ello, había recurrido a una revisión sobre el material escrito hasta ese momento, a confrontar autores, corregir hechos, añadir nuevas noticias extraídas de los archivos y de las "numerosas tradiciones y datos recogidos en el mismo medio geográfico que se realizan".

La revisión de hechos y de los materiales recogidos sobre un tema específico, permitía para un americanista reformular viejas preguntas, sobre la base de nuevos datos y elaborarlos de manera diferente; incluso, los estudios de Guevara mostraban otra ventaja: sus propias observaciones y registro de información in situ le permitieron entablar relaciones con algunos indígenas de las comunidades, contexto que también facilitaba la formación de colecciones.

En el año de 1913 Guevara vivía en Temuco, y estaba a cargo del Liceo José Victorino Lastarria, pero ese mismo año sería trasladado a Santiago de Chile para organizar el Liceo Secundario. Antes que dejara su localidad, Ambrosetti le encargó una misión etnográfica enviándole un listado de objetos araucanos junto a 300 pesos para su compra. Meses después, Guevara remitía un conjunto de cajones que contenían objetos de plata, tejidos y aperos de montar; todos descriptos en un listado con el precio de cada uno de los objetos y detalle que justificaban su precio: "mantas de las más estimadas por los indios, 40 pesos", o un "Nitrove para amarrar las trenzas, muy caro porque es

muy escaso”²⁵⁶. Estos datos no eran menores, porque habían sido provistos por una “delegación de araucanos civilizados” a quienes Guevara les había entregado los 300 pesos para que se encargasen ellos mismos de la compra de la colección quedando así el criterio selectivo respecto del tipo de objeto y su precio a cargo de los mismos indígenas.

La particularidad de esta misión etnográfica al igual que la de Mayntzshusen, es ambos habían estrechado su relación con los indígenas, de modo tal que el listado de objetos que se les enviaba no dejaba de ser meramente orientativo, delegando en ellos la forma de conseguirlos y el tipo de información que los acompañaría. Esta colección enviada por Tomás Guevara, fue la primera de etnografía chilena y se sumaba a las de la Pampa y la Patagonia que Ambrosetti en 1912 presentaba de esta manera:

“De los Araucanos y Pampas fuera de algunas alhajas de plata, algunas bolas y una lanza, también pocos objetos se han podido obtener aún. Sin embargo pueden examinarse muchas piezas interesantes que pertenecen a la colección particular del Director que se hallan allí depositadas, entre ellas un manto nupcial de caballo blanco, pintado en su interior con vivos colores”²⁵⁷.

256

El listado contenía:

Un poncho o cobertor: 18 pesos

Cubresillas grande: 38 pesos

Bolsón de los indios 4 pesos

Riendas: 20 pesos

Manta nueva: 50 pesos

Mantas de las más estimadas por los indios: 40 pesos

Prendedor de plata: 25 pesos

Collar con forro de tela: 10 pesos

Cintillo: 25 pesos

Colgante: 25 pesos

Colgante: 20 pesos

Punzón: 5 pesos

Nitrove para amarrar las trenzas, muy caro y escaso: 25 pesos

2 anillos: 2 pesos

8 Lamas: 107 pesos

9 fajas: 70 pesos

2 hondas: 5 pesos

1 llpo (parte de juncos muy caro y escaso): 15 pesos

Cajones, flete, ferrocarril y carretuaje: 592 pesos

Legajo de colección Misión Tomás Guevara. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

257

Ambrosetti 1912:20.

Esta manera que tenía Ambrosetti de referirse a las colecciones araucanas de Chile casi unidas las colecciones de los pueblos de este lado de la cordillera, se debía a que a pesar de la frontera política entre ambos países, las colecciones parecían representar una continuidad cultural, porque los restos arqueológicos y los documentos demostraban la migración y el contacto entre las distintas sociedades. Ya lo había dicho Guevara: para él la población indígena se había fusionado con la española, más claramente en los grupos de la costa, la primera en someterse y colonizarse. Sin embargo la "fusión de los araucanos con los pueblos dominadores" no había sido totalmente definida, pero si podía asegurarse que los araucanos se habían extendido fuera de la región geográfica de la araucanía, emigrando en diferentes épocas a las faldas orientales de los Andes, para establecerse en el río Limay hasta el Atuel, y por las pampas argentinas en dirección al Atlántico. Estos grupos se habían conocido en Chile con el nombre genérico de indios puelches y pampas en la Argentina (Guevara, 1898).

Entre los "pocos" objetos a los que Ambrosetti se refería se hallaban 96 objetos de plata de los "extinguidos indios pampas del sur de la provincia de Buenos Aires" donados por su esposa María Helena Holmberg; 5 objetos araucanos de la Pampa, enviados por la Srta. Victoria Aguirre junto a los de Bolivia, Chaco, Paraguay y Tierra del Fuego y, los que en 1906 donara el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, de 21 objetos de plata entre los que se encontraban "aros y anillos de diversas formas de los indios Pampas del sur de la Provincia de Buenos Aires anteriores al año 1880"; para Ambrosetti esta donación era por demás importante por que los pampas se "habían extinguido como entidad étnica, siendo muy comunes las falsificaciones"²⁵⁸.

Esta colección de un pueblo ya casi inexistente se combinaba con la lengua puelche también en proceso de desaparición y que estaba siendo estudiada por Lehmann-Nitsche, quien además se ocupaba de presentar sus

²⁵⁸ Carta de Ambrosetti al Decano de la Facultad, 29 de mayo de 1906. Doc. 8. B-5-10. Archivo FFyL-UBA.

trabajos y avances al respecto en las reuniones de la Junta de Historia y Numismática Americana: en 1915, "*Toponimia puelche*", en 1915 y en 1916, "*Los indígenas de la Provincia de Buenos Aires en el siglo XVIII*", estudio referido al idioma, costumbres, y a las leyendas cosmogónicas que había podido determinar en su investigaciones sobre los puelches.

Los indígenas de la parte más austral del país, se habían constituido en tema de estudio para los americanistas argentinos y chilenos, además de las exploraciones enviadas por países europeos. En 1908 en Viena, el Padre Schmidt, redactor de la revista "*Anthropos*", había ofrecido una conferencia sobre la "fonología de las lengua americanas y su trascripción, proponiendo un sistema moderno", Asimismo en ese mismo Congreso, Denucé anunció la publicación de un vocabulario de lengua Yahgan de la Tierra del Fuego que había sido recogido por la expedición científica belga a bordo de La Bélgica comandada por Adrien de Gerlache entre 1897 y 1899. En 1908 el lingüista chileno Alejandro Cañas Pinochet presentará un trabajo sobre las sociedades de la Tierra del Fuego en el Cuarto Congreso Científico (1ª Panamericano) realizado en Santiago de Chile en 1908; en el de americanistas de 1910, Lehmann-Nitsche y Lafone Quevedo se ocuparán de la lingüística del grupo Tschom presentando un "estudio comparativo y cronológico del vocabulario del idioma hablado en la Patagonia y la Tierra del Fuego". En este contexto las colecciones de objetos de los grupos fueguinos empezaron a llenar salas y vitrinas de los museos. En el Museo Nacional se podía observar una colección que se había comprado a Lucas Bridge por encargo de Ambrosetti, el mismo año en que se alejaba de su función de encargado de la Sección de Arqueología.

Ambrosetti apostaba a la misión que le había encargado a su cuñado Eduardo o "Eduardito" a la Tierra del Fuego, quien en ese entonces se desempeñaba como Director General de Agricultura y Defensa Agrícola. Estando allá le escribió a Ambrosetti:

"Querido cuñado: Letier, el veterano de la isla, naufragó cuando venía remolcando la canoa de corteza por haberlo sorprendido el temporal que lo obligó a cortar el remolque. Dio principio a otra, pero el indio que la

hacia murió sin concluirla. Respecto de los esqueletos, ya me he convencido que están endiablados. No puede figurarse el trabajo que cuesta conseguirlos. Letier acaba de llegar trayéndome tres esqueletos de indios yahganes, uno de ellos con la dentadura intacta. A este Letier, por los esqueletos le regalé un winchester con 100 tiros. Tengo un cajón de canoas grandes que harán muy buen efecto en el Museo, más un montón de objetos, que recogió el Sr. Romero y se las entregó a Letier. Ya se las enviaré a Usted con Américo del Pino. En cuanto a la canoa encargada a la misión, aún no hay respuesta. Letier me dice que hay no hay quien la haga en la Misión; que el único que sabe construirla es un viejo yahgan de Tunel. Hemos convenido en que se lo llevara a Wallentohn, donde vive y le facilitara herramientas. Si lo consigo, será la última que se construya del tamaño de las antiguas²⁵⁹.

La misión de Holmberg ilustra claramente la ventaja de encargar la recolección de objetos a conocedores del lugar por la posibilidad que ellos mismos tenían de extender las redes locales. Al mismo tiempo ofrecía la ventaja de que no se invertía dinero enviando una expedición desde la institución, con todo el gasto que eso demandaba, más aún hacia el extremo sur del país, y aunque no se podía garantizar el envío de colecciones, por las mismas razones que Holmberg adelantaba, se reunían datos sobre los pobladores locales, nombres y tareas que desarrollaban en la isla, en caso de insertarlos en un futuro nuevamente en la red de recolección.

En el Congreso de Americanistas de 1915 que tuvo lugar en Washington, la presentación de Ambrosetti, como delegado por la Argentina y por Chile, consistió en una reseña de los trabajos más destacados de los estudiosos americanistas, orientados por “una de las mayores preocupaciones actuales de reunir el mayor número posible de restos humanos de las tribus indígenas existentes, muchas de las cuales se hallan en vías de una completa y pronta

²⁵⁹ Carta de Holmberg a Ambrosetti. 2 de octubre de 1912. Legajo de la Colección Holmberg. Archivo ME. JBA. FFyL-UBA.

extinción". En la arqueología riojana Ambrosetti destacaba a Eric Boman y las expediciones impulsadas desde el Museo Nacional de Historia Natural y hacia la costa atlántica, la exploración de los yacimientos arqueológicos explorados por Ameghino y Torres con el objetivo de buscar materiales del hombre fósil. En el Museo de La Plata, con Samuel Lafone Quevedo, se proseguía con los estudios lingüísticos y con la cooperación del Sr. Richard Hunt, misionero anglicano que residía en el Chaco, a través de quién se habían podido publicar dos estudios sobre el vejoz y el chorote. Lehmann-Nitsche había realizado un viaje a Río Negro para procurar un vocabulario de los indios "casi extinguidos" que Moreno había señalado como Puelches. Félix Outes seguía sus investigaciones sobre los antiguos habitantes de la Provincia de Buenos Aires. El Dr. Estanislao Zeballos prometía publicar sus textos araucanos recogidos personalmente hacía varios años. Los Sres. Carlos Bruch, Federico Kuhn y Alejandro Gancedo trabajaban en diversos tópicos arqueológicos. Incluía Ambrosetti también la historia de los indígenas según los documentos coloniales, que "aumentaban" con los trabajos del padre Larrouy, Cabrera y del profesor Freyre, auspiciado por la recientemente creada universidad de Tucumán, que empezaba a dedicarse preferentemente a los estudios americanistas. También en la historia colonial se destacaban Carlos Corres Luna, Juan A. García, Emilio Ravignani y Carlos Ibarguren.

Ambrosetti finalizaba su presentación con la noticia de la creación en 1911 del Museo de Etnología y Antropología de Chile con Max Uhle, Tomás Guevara y Aureliano Oyarzún como colaboradores". Con esta reseña sin omitir ningún nombre ni institución de la Argentina intentaba demostrar como el mismo lo decía, que a pesar de la guerra europea que mantenía en vilo a "todo el mundo occidental", la parte austral de América, demostrando que los estudios continuaban, daba "un bello ejemplo de trabajo y confraternidad"²⁶⁰.

El Congreso de americanistas de 1910 fue un episodio que evidencia claramente la relación entre debates y formación de colecciones; nos estamos

²⁶⁰ Presentación de Ambrosetti en el XIX Congreso Internacional de Americanistas de 1915, reunido en Washington.

refiriendo específicamente al crecimiento del volumen de colecciones que comenzaron a ingresar de las sociedades indígenas contemporáneas, tanto de la Argentina como de los países limítrofes, y a la cantidad de misiones etnográficas que se encargaron con tal fin tanto a personal del museo como a etnógrafos extranjeros. Sin embargo la recolección de estos materiales como una forma de recuperación o "salvataje", no estuvo acompañado del estudio de los mismos; por el contrario, los objetos se acumularon y exhibieron, con distintas técnicas expositivas, en las vitrinas y en las paredes, sin ocupar las mesas de estudio.

La formación de las colecciones americanas fue una instancia fundamental en el proceso de americanización del americanismo científico, y pone en evidencia que las mismas prácticas de recolección, misión, expedición, donación y discusión que se organizaron en torno a las colecciones involucraron a protagonistas de distintas partes del país, pobladores locales, funcionarios de gobiernos, miembros de las universidades, de los museos o de corporaciones eruditas, de los congresos, como así también a viajeros etnógrafos o etnólogos extranjeros. Aunque desde distintas actividades y con diferentes intereses, cada uno ocupó un lugar en una inmensa red americanista.